Autora de *El Pazo de Lourizán*

LOLA FERNÁNDEZ PAZOS

El SECRETO *de La* PERFECCIÓN

Un puente de historia y sentimientos entre Galicia y América



HarperCollins
Narrativa

Portadilla

LOLA FERNÁNDEZ PAZOS

El SECRETO *de La* PERFECCIÓN

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

El secreto de La Perfección
© Lola Fernández Pazos, 2025
Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Diseño de cubierta: CalderónSTUDIO®
Imágenes de cubierta: Dreamstime.com

ISBN: 9788410642393

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Dedicatoria
Prólogo
Primera parte
- 1. AMF Libertad
- 2. El árbol caído
- 3. Malentendidos
- 4. La celulosa de Bentos
- 5. El tsunami de las subprime
- 6. El pasaporte
- 7. La traición
- 8. El secuestro
- 9. Matrimonio de conveniencia
- 10. El interrogatorio
- 11. Tupamaros al poder
- 12. El tono del móvil
- 13. La huida
- 14. La Rambla de Montevideo

Segunda parte
- 15. El baile del Pirigallo
- 16. La invasión de las barretinas
- 17. El estilo de Nantes
- 18. El autoclave
- 19. El astillero de Purro
- 20. Imperfecciones
- 21. La inauguración
- 22. El primer jornal
- 23. El misterio de la pierna tullida
- 24. La Casa Escuela de Martina Baras
- 25. El naufragio
- 26. Fray Bentos
- 27. La intoxicación

28. Reyes Magos
29. La visita real
30. Pasaje a Montevideo
31. La partida
32. El transatlántico A. Delfino
33. Amor en cubierta
34. Visita a la primera clase
35. El Río de la Plata
36. La promesa rota
37. Una edad ficticia
38. Primeras misivas
39. Un asunto turbio
40. La huida a la capital
41. La Gran Depresión
42. La Segunda República
43. El gran casino de la sardina
44. La ballenera
45. La señorita Amara
46. La captura
47. El horror de una vida
Tercera parte
48. Voces de ultratumba
49. Diario Marín
50. Punta Balea
51. El cuaderno de hule
52. El fin de un imperio
53. El Guardián de las Ballenas
54. Bath
55. El pasado de Inda
56. La pandemia
57. El legado de Lida
58. Páginas arrancadas
59. El bidón de cal
60. El buque Artigas
61. La foto sepia
62. Susurros en la noche

63. El cumplido
Agradecimientos
Personajes

Dedicatoria

A mis sobrinos,
Natalia, Ángel, Sara y Laura, por darme vuestras sonrisas en tantos momentos tristes.

Prólogo

> «Filliña, camina, mira hacia delante, no te hundas nunca, intenta ser fuerte. Si hay imbéciles que no se dan cuenta de la persona que tienen al lado, peor para ellos. ¡No sucumbas a las mentiras, ni a los agravios, ni al mal que otros quieran hacerte, ni al ocultamiento que te impongan! ¡No hagas como yo! ¡No aceptes el silencio! Ten voz pese a que moleste. Sé capaz de reconstruirte, igual que me rehíce yo, de la misma manera que se reinventó tu padre. Intenta continuar, alejarte de las personas sin alma, de esos diablos de los que te prevenía de pequeña. Sé valiente, Lúa, no permitas que el lado oscuro de la vida gane».

El Pazo de Lourizán

Madrid, septiembre de 2015

Aquellas palabras de tu madre no se te iban de la cabeza: «¡Aléjate de los diablos! ¡No permitas que el lado oscuro de la vida gane!». Su voz, melosa y delicada, se alzaba una y otra vez, procurando que recobraras la confianza perdida y no cayeras de nuevo en los peligros de la maldad. Advertencias que resultaban tan insistentes y reales como la misteriosa pesadilla que te martilleaba la cabeza a diario, sin saber si se trataba de una invención o de un recuerdo. ¿Cómo diferenciarlo?

Al alba te revolvías entre las sábanas, sudando, alterada por el espeluznante sueño del que acababas de despertar angustiada.

Rogabas a Dios que aquel horror que aparecía de manera rutinaria no obedeciera a una situación real, sino a imágenes creadas por un subconsciente herido. «Por favor, por favor, por lo que más quieras, que eso no haya sucedido nunca —murmurabas—, que jamás haya ocurrido».

Anhelabas que ese atroz estado de duermevela fuera una sombra provocada por el estrés de la jornada laboral unida a la desazón del desengaño. Nunca el recuerdo vivo de una realidad contemplada. Preferías atribuirlo a esa manera tuya tan exagerada e intensa de sentir cada instante. Que fuera mentira. Tan solo una quimera.

Porque tú no habías matado a nadie o, al menos, de manera consciente. Ni tampoco conocías a alguien que hubiera cometido un crimen. Descartabas por completo haber participado en un asesinato o en un encubrimiento. Te negabas a aceptar esa parte tuya oscura, que se proyectaba en tus sueños como un acontecimiento lejano, sucedido en otro tiempo y otro lugar, con personas y lugares desconocidos.

Sin embargo, noche tras noche y pese a tu reticencia, esas misteriosas escenas volvían a sobresaltarte. Aparecían como voces que surgían cuando más silenciosa se hallaba la casa, colándose como susurros en tus oídos. De nuevo, en tu propia cama oías esas acusaciones. Y cuando despertabas recordabas cada sonido, cada palabra, cada reproche. Desesperada, no podías entender por qué se repetían las mismas frases, qué tipo de alucinación era esa que sucedía una y otra vez, de manera mecánica. Podías recrear el más mínimo detalle, uno a uno, los minutos de aquel terrible y angustioso sueño. Nada podría convencerte de que se trataba solo de una invención. En tu fuero interno, estabas convencida de haberlo experimentado, sentido, y lo recreabas con una fidelidad asombrosa, como si alguien te lo estuviera dictando.

La escena estaba protagonizada por un hombre moreno y atractivo, de unos treinta años, uno de aquellos diablos de los que te prevenía tu madre, al que tú ayudabas a arrastrar el cuerpo inerte de una pobre mujer al interior de una casa que no te resultaba familiar. Ni los escasos muebles ni los adornos de las paredes te sonaban. Un escenario desconocido sin ninguna referencia a la que

pudieras agarrarte. Tampoco conseguías ver con claridad el rostro de la víctima, muerta, de eso estabas segura, parcialmente tapado por una melena muy rubia y enmarañada. No sabías quiénes eran ni ella ni él, ni cómo habías llegado allí.

Nunca habías cargado a una persona fallecida y la flojera te impedía sostenerla por mucho tiempo. Aquel hombre, tirano, te exigía silencio. Con los ojos llorosos, muerta de miedo, le obedecías sin rechistar, no fuera a ser que se enojara y te matara a ti también: «¡Deja de llorar!», te increpaba, acalorado, sudando por el esfuerzo. «¡Ahora te has convertido en alguien tan culpable como yo!», amenazaba con sus punzantes pupilas negras, con las venas del cuello tensionadas como las cuerdas de una guitarra, escupiendo su veneno: «¡No lo olvides, ni se te ocurra contarlo! ¡Y si preguntan, nunca digas lo que has visto! ¡Calla! ¡Total, ahora nadie se va a dar cuenta y, cuando lo descubran, ya no estaremos aquí!».

«¿Quién eres? Por Dios, ¿quiénes sois?», gritabas en silencio. Resultaba obvio que el hombre había matado a la mujer y que le urgía ocultar el cadáver e implicarte en el horrendo crimen. Tú querías saber qué había ocurrido, pero no se lo preguntabas. Tenías miedo.

Por el rictus de espanto que presentaba la mujer parecía haber sido testigo de su propio final. Una muerte trágica y violenta. Un golpe contundente e inesperado, quizá realizado por su ejecutor ante su sorpresa. No tenía ni un rasguño, apenas un hilo de sangre; entre mechones se entreveían los ojos muy abiertos, asustados, con los globos oculares a punto de salírsele de las cuencas. Nadie le había cerrado los párpados.

Entre los dos disponíais el cuerpo de la mujer tendido en el suelo, pegado a la pared del fondo de un cuartucho, y allí mismo, delante de ti, aquel tipo echaba agua en un bidón, removía una espesa argamasa y comenzaba a levantar una doble pared de ladrillo para ocultar su delito. A media faena, regaba el cuerpo con puñados de cal viva, y seguía levantando el precario muro mientras tú temblabas, aterrada. Finalmente rompías a llorar. ¿Qué hacías ahí? ¡Por Dios! ¿Qué desgracia era aquella?

Ese llanto siempre te despertaba con lágrimas en los ojos. En tu cama, en tu casa. ¡Otra vez! ¡No podía ser! ¿Por qué se repetía aquello todas las noches? ¿Y quién era él? ¿Y quién su víctima? La boca seca y una tristeza aguda invadían tu alma.

Poco a poco, con el paso de los meses, se te fueron quitando las ganas de comer. Dejaste de comportarte como la alegre y sonriente Lúa que siempre habías sido, y por más que buscaras una respuesta, el día tampoco despejaba las horribles dudas. Las guardabas dentro en el corazón con mucho sigilo, sin contárselo a nadie, ni siquiera a tu madre o tus hermanas. Tampoco al psicólogo que otras veces te había ayudado. Callabas porque… ¿y si realmente te habías convertido en una asesina?

Por muy absurdo e irracional que pareciera, entre las explicaciones que te dabas a ti misma no descartabas la idea de que te hubieran drogado para involucrarte en algún asunto turbio o que el *shock* emocional hubiese borrado de la memoria un terrible suceso. Incluso que lo hubieras vivido en una vida anterior.

Qué poco sabemos todavía del cerebro. Ese órgano de kilo y medio que en ocasiones nos juega malas pasadas, capaz tanto de borrar los recuerdos e imágenes como de crearlos de la nada. Todavía recordabas cómo tus hermanas y tú teníais de pequeñas, todas, el mismo sueño: salir corriendo cuesta arriba por el monte de Marín perseguidas por un tsunami que engullía la tierra. Entre risas lo comentabais y luego os quedabais pensativas: ¿por qué soñabais lo mismo? ¿Serían vivencias de otro tiempo? Demasiado extraño todo.

Barajabas todas las posibilidades, pero ninguna te dejaba libre de aquella carga irracional. La pesadilla te había convertido en la cómplice de un crimen y ese era tu gran secreto. Necesitabas saber si las imágenes representaban recuerdos vividos o solo ensoñaciones inventadas. A medida que pasaba el tiempo y los sueños no cejaban, aquellas visiones iban abrasándote por dentro, despojándote de tu esencia. Cada vez parecías más triste, oscura y apagada. Tu madre te pedía que le explicaras qué te pasaba. Quería que recobraras esa energía innata en ti, las ganas de vivir, la verborrea a veces desesperante, pero ya no tenías ganas. Lo atribuías al estrés en el

trabajo, pero ella intuía que había algo más, algo que no le querías contar.

Llegaste a desesperarte. Solo pensabas en dejar de vivir para no recordar la terrible sucesión de imágenes de manera continua. Para no sufrir con cada repetición. Te inquietaba dormir sola porque enseguida surgía aquella mujer desconocida, de rostro marmóreo, sin identidad. La ansiedad, la agonía te superaban. Empezaste incluso a perder tu negra cabellera como un árbol deshojándose en otoño. Cada mañana, mechones de pelo se iban por el desagüe de la bañera y acabaste presentando una innegable alopecia. Otra pérdida que tampoco te sentiste capaz de afrontar, así que la ocultabas con originales sombreros. ¿Qué te pasaba? Llorabas a escondidas, sin saber qué contestar.

Tu madre no soportaba la zozobra, el desasosiego, el dolor que te invadía, y buscó el mejor, el más caro especialista de la piel y se plantó contigo en la consulta privada de aquella eminencia. El médico miró tus ojos tristes y, sin preguntarte, te inyectó algo con una fina jeringuilla en el cuero cabelludo. Con eso y unas vitaminas dio por terminada una consulta que había costado un ojo de la cara. Te apenaba haber gastado un dineral en una sesión que no iba a servir para nada y menos para recuperar esa melena azabache de la que no quedaba ni rastro.

Vivías como Rodión Románovich Raskólnikov, el protagonista de *Crimen y castigo,* cuyo sentimiento de culpa tras asesinar a una vieja avara le había ido transformando con el paso del tiempo de un ser justiciero a alguien huraño y hosco, obsesionado por esconder su fechoría y eludir las nefastas consecuencias penales de haber segado una vida. Temías que te ocurriera algo parecido. No querías que te desenmascararan. Adivinabas que la perturbación descrita con absoluta precisión y exquisitez por Fiódor Dostoievski era el mismo padecer que tú sentías por tus propias venas y arterias.

Esa condena social, que presentías iba a ocurrir de un momento a otro, amenazaba con destruir la apacible y tranquila vida que habías conseguido alcanzar en la editorial donde trabajabas. No sabías cuándo, pero estabas convencida de que te detendrían y juzgarían por asesinato. Aquellos sucesos escabrosos e inquietantes

avanzaban lo que pronto te iba a ocurrir, indicando el tortuoso camino que tenías por delante, marcando tu negro porvenir. No había elección. Te presentías una homicida e ibas a pagar por ello, lo mismo que aquel hombre que gritaba enfurecido.

Y de repente, un día, la claridad. En un segundo, sentiste que tus ancestros venían en tu ayuda para buscar el origen de todo aquello, para que no te desesperaras ni te conformaras. Para hallar una explicación que ahora no veías. De alguna manera, te sabías heredera de las meigas que no lograron quemar. De quienes se ganaron la vida con brebajes y pócimas para arreglar las injusticias que intuían. De esas valientes que incordiaban y protestaban contra lo establecido.

La explicación se encontraba en otro sitio: en un pasado reciente que no querías rememorar y que se remontaba a casi diez años atrás, cuando empezaste a vivir una vida repleta de incógnitas y mentiras.

Resonó en tu cabeza la voz del asesino. De repente te sonaba familiar. ¿Dónde la habías escuchado antes? Diste un respingo. Ronca y algo engolada, te resultó conocida. Tu cerebro empezó a funcionar a una velocidad vertiginosa, conectando momentos del pasado y el presente hasta encajar entonaciones, modulaciones del habla, piezas de un puzle a punto de ajustar. Solo había que seguir indagando, buscando entre los recuerdos, y así, como quien no quiere la cosa, empezó tu descubrimiento. Como siempre a lo largo de tu vida, de manera casual, revelándose como hallazgos inesperados que nunca quisieron quedarse ocultos ni escondidos, sino todo lo contrario, anhelantes de luz, buscando el destello y resplandor de tu iris y tus neuronas para cobrar sentido cuando ya ni te acordabas de ellos.

Aquel tono, ese mismo timbre de voz, lo habías oído por primera vez hacía casi una década, cuando comenzaste tu amistad con Lucio. ¿Lo recuerdas? Te disponías a salir de casa justo cuando una llamada del extranjero te interrumpió.

Primera parte

1
AMF Libertad

Madrid-Montevideo, marzo de 2004

—Disculpame, ¿Lúa Cid Palacios? —Del otro lado de la línea, una voz fuerte y desconocida con acento rioplatense preguntaba por ti.

Contestaste apresurada mientras abrías la puerta de casa para salir corriendo a trabajar. Al otro lado de la línea un hombre se presentó, vacilante, como Lucio, productor de la estrella matutina de la televisión uruguaya, una tal Sonia Berta, y que te llamaba de su cadena radiofónica, AMF Libertad, para pedirte un favor. Te quedaste en silencio. No supiste cómo actuar ni qué responder. Te sonó raro, pero le dejaste que se explicara.

Cándida y naíf como seguías siendo a tus treinta y cinco años, mantenías la firme convicción de que el destino guiaba tu existencia. Al oír ese acento medio porteño que te recordaba a Héctor del Mar, el locutor argentino de los setenta que tu madre ponía a todo volumen para despertarte en hora y no llegar tarde al colegio, algo se descolocó en ti. Ese deje, que te enervaba durante tu infancia, ahora, que te habías convertido en una mujer hecha y derecha, te resultó atractivo. Y seguiste muda.

—Perdoname, Óscar me facilitó tu número. ¿Te acordás de Óscar? ¿El flaco uruguayo que trabajó con vos hace dos veranos? ¿De pasantía? —preguntó, dubitativo—. Él me dijo que te llamara por si te prestás a ayudarme con una conexión el mismo día de las

elecciones en España para el programa líder de la radio uruguaya de la famosísima Sonia Berta. ¿La conocés?

—Para nada, pero de Óscar sí me acuerdo —le explicaste, mirando impaciente el reloj—. ¡Perdona que te interrumpa! Me pillas saliendo de casa a una reunión importante en la oficina y llego tarde.

Intentaste zafarte con la excusa de que no podías ayudarle porque, pese a trabajar en el Departamento de Marketing y Comunicación de la editorial, no habías estudiado Periodismo, sino Filología, y no te sentías capaz de elaborar una crónica política radiofónica. Y menos en directo. No obstante, como el uruguayo no se rendía, le conminaste a llamarte por la noche a ver si podías proporcionarle el contacto de algún amigo con experiencia en la radio. No le prometías nada, pero lo intentarías.

Antes de colgarle, volvió a proponértelo a ti. Aquella insistencia, reconócelo, no te extrañó, sino que te hizo gracia. Pensaste en que quizá el celestino de Óscar le habría hablado de tu apatía general por entablar relaciones, lo que habría provocado esa manera reiterada de intentar convencerte, como si no quisiera cortar la conversación. Como si solo hubiera buscado una excusa cualquiera para contactar.

—Bárbaro, muchas gracias. Contá con mi llamada, pero pensá que con vos lo podríamos grabar en diferido y así, si te equivocás, empezás de nuevo. ¡Me harías un gran favor! —te suplicó.

—OK, lo pensaré, pero ahora tengo que dejarte. Chao. —Le colgaste algo borde.

¡Joder, no! ¡No! ¡La concha de la madre de Óscar! Imitaste para ti de manera calamitosa ese acentito, reprochándote lo gilipollas que podías ser a veces. ¡Quién te manda decir que lo ibas a pensar! ¡Pero si odias la radio! ¿Y a Óscar? ¡Cómo se le ocurre dar tu teléfono! Enfadada contigo misma, con Óscar y con todo el Río de la Plata, saliste pitando calle arriba y bajaste los escalones del metro de dos en dos, a punto de matarte. Una vez sentada en el vagón, con el ceño fruncido, pensaste de nuevo en esa llamada del otro lado del Atlántico que tanto te había molestado y caíste en que estabas siendo injusta y que el menos culpable de tus reticencias presumiblemente era ese tal Lucio. ¡Pobre hombre, qué culpa

tendría él de tu miedo a hablar en público, de tus pocas ganas de conocer a gente nueva! ¡De no saber decir que no!

Después de tantos años de psicólogo, aún no habías aprendido a digerir tu falta de asertividad, esa flojera que te entraba a la hora de mantener tu criterio con contundencia para evitar causar decepción en los demás. Por recomendación terapéutica habías leído de manera pausada y crítica dos veces seguidas *Cómo decir que no y no sentirte culpable.* Lo habías subrayado, memorizado, esquematizado, y aún seguías manteniendo inalterable tu principal problema: sentirte mal y desgraciada al negarte de modo convincente, intentando no herir a la gente con excusas absurdas que todos bandeaban.

A conciencia, el psicólogo te había recomendado ese volumen interminable escrito por un profesor universitario extranjero, sabiendo que no te dejarías guiar por cualquier otro manual de autoayuda que no tuviera rigor científico. En la consulta, incluso, habías llegado a poner en práctica lo aprendido telefoneando a tu madre, exnovio, jefe o amigos para aprender a establecer los límites y rechazar lo que no te convenía o no te apetecía hacer; sin embargo, en el fondo del asunto, ambos estabais seguros de que cuando salieras de la sesión volverías a caer en la misma trampa y aceptarías las propuestas que te ofrecieran, pese a no agradarte.

Te costaba trabajo entristecer a los demás, así que con aquel «lo pensaré…» dejabas, como siempre, la puerta abierta para afrontarlo más tarde o nunca, como solía pasar. Tu manía de procrastinar cualquier asunto. Si aquel periodista uruguayo no te hubiera insistido. Si no se hubiera obcecado en que cedieras, nada de lo que sucedió años después hubiera ocurrido. Piénsalo. Como siempre, rehuías esa primera intuición certera, el erizado de tu piel cuando algo no te cuadraba ni te agradaba, volviendo a errar en tu vida. De nuevo, te dejabas llevar por los objetivos de otros más que por los tuyos, con la excusa mal entendida de la amabilidad y la educación.

Como siempre, no viste más camino que emplazar la conversación a la noche. Eso sí, te prometiste que nadie te iba a convencer de emitir una crónica radiofónica, ni en vivo y en directo ni tampoco en diferido, ni por Óscar, ni por las mil grabaciones que tuviera que

repetir, ni por lo muy famosa que fuera la tal señora Berta. Lo tenías claro. Ibas a rechazar la propuesta y así se lo indicarías si llamaba por la tarde.

¡Ilusa!

Porque llamar, llamó. Después de un día horroroso, al llegar a casa lo que menos te apetecía era atender al reclamo de Lucio, así que al oír el tono empezaste a preparar la cena intentando no escuchar el sonido del móvil, haciéndote la tonta para eludir el enfrentamiento. Representaba tu táctica, la manera de evadir tus compromisos, el conflicto; sin embargo, aquel periodista parecía desesperado por intentar que lo cogieras y no se iba a dar por vencido tan fácilmente. A una llamada la siguió otra, así hasta que, cansada, decidiste responder y no inventarte ninguna excusa.

Le dijiste que habías tenido un día muy ajetreado y que no te había dado tiempo a contactar con nadie, una respuesta que él aprovechó para insistir de nuevo en que fueras tú quien realizara la grabación. «¡Lo grabamos!», volvió a insistir, persuasivo. «¡Cinco minutitos de nada!», te sugirió. Suspiraste. Al fin y al cabo, aquello te llevaría menos tiempo de lo que estabas tardando en intentar quitártelo de encima, y aceptaste con resignación. Alborozado, él te emplazó a realizar la conexión el mismo día de las elecciones generales. Un poco harta, claudicaste para terminar de una vez por todas con aquella conversación.

El día de autos hiciste de tripas corazón. Realizaste una breve crónica política insulsa sobre la victoria del presidente José Luis Rodríguez Zapatero, sin apenas contenido ni datos, que a la reconocida y prestigiosa Sonia Berta le pareció estupenda por la sencillez y lo escasamente engolada, así que le pidió a su productor que te convenciera para ser la cronista económica y política de España, o eso te explicó él a la semana siguiente. A decir verdad, la propuesta te halagó, pero no sabías si la idea había partido realmente de su jefa o de él mismo. En cualquier caso, volviste a rehuir su reclamo.

—No, Lucio —le contestaste de manera contundente y seria—; verás, te hice un favor puntual, pero no cuentes conmigo para nada más.

—Por favor, Lúa, no sabés lo que sería de cara a la vieja conseguirte como corresponsal. ¡Hacelo por mí! —te rogó—. No llevo mucho tiempo en la emisora y eso supondría ganarme su confianza.

Su frase te dejó tocada. Con eso ya no podías. ¡Cómo ibas a negarte a ayudar a que alguien pudiera mantener su trabajo! Aun así, no entendías por qué tenías que ser tú y no otro quien emitiera una crónica desde España. Le explicaste que te sentías incómoda hablando por la radio, que las palabras se te enredaban, así que, por más que insistiera, te resultaba imposible aceptar su oferta. Pero le dio igual, Lucio mantuvo insistente su plegaria, sus intereses. Machaconamente.

En ese momento no caíste en pensar si podía existir o no otra motivación oculta. Creíste simplemente que su empeño se debía a haber recibido una orden y no lo llevaste nunca al terreno personal. No obstante, a ti a cabezota no te ganaba nadie. Un «no», en tu caso, se convertía en un «no» fijo, poco flexible, jamás en un «quizá» o en un «a lo mejor», pero, claro, siempre que no presionaran, porque entonces podía significar un «hasta nunca». Necesitabas siempre libertad de elección, o si no, lanzabas un «adiós, muy buenas». Ese espacio imprescindible entre la propuesta, la meditación y la decisión que siempre exigías a quienes intentaban cambiar tu criterio.

Al poco tiempo, empezaron las llamadas continuadas del otro lado del Atlántico: la de Lucio, la de Sonia Berta, la del marido de esta, un tal Fidelito Falsano, encargado de la gerencia. Hasta que un día dijiste: «¡Basta!». No podías soportar más presión y otra vez, casi llorando, le prometiste que se lo preguntarías a tu jefa, la directora de *marketing* de la editorial, porque, además, tu colaboración implicaba una disponibilidad horaria dentro de la jornada laboral, tu último cartucho para zafarte. Sin su consentimiento no podrías comprometerte. De esa forma, fuiste labrando una estrategia para que, de una vez por todas, el mundo uruguayo te dejara en paz.

Podrías haberle mentido y ahí terminaba el asunto, pero, con lo que te costaba engañar, preferías decírselo a tu malhumorada jefa. Con menos voluntad que ganas le expusiste el caso para colaborar con AMF Libertad, esperando que se convirtiera en tu tabla de

salvación. Lejos de impedírtelo, se sintió orgullosa de poder informar al director de que su mánager ejecutiva había sido reclamada por los medios extranjeros, así que te instó a continuar para dar más visibilidad a la firma en el mercado latinoamericano.

Tu plan no había funcionado como esperabas, de modo que elucubraste que si solicitabas una remuneración por el tiempo empleado, intuyendo lo mal que estaban los medios de comunicación en Uruguay, rechazarían tu colaboración. Una jugada maestra, a eso sí que se negaría, pero ni con esas lo conseguiste. Enseguida Lucio te pasó con Sonia Berta, quien te ofreció cien dólares al mes por cuatro intervenciones de cinco minutos, y no te quedó más remedio que aceptar la raquítica factura anual que te propusieron. Así empezasteis juntos a preparar las conexiones de cada semana.

Cada vez que salías en antena, te encerrabas en un despacho para sentir el resguardo de las cuatro paredes. Estudiabas los temas concienzudamente para que nunca te pillara en un renuncio y sentirte más segura y libre a la hora de tratar los asuntos y dar respuestas a los debates de AMF Libertad, pero cada conexión siempre la vivías como uno de los momentos más tensos y agobiantes de tu vida profesional. No por falta de preparación, sino porque «la Vieja», como la apodaba el equipo, no se leía la documentación que Lucio preparaba contigo la semana anterior y solía salir por peteneras, más interesada en cotilleos políticos, de los que no tenías ni idea, que en asuntos serios y trascendentales para el país.

El final de esa aventura iba a concluir al año de comenzar, cuando fuiste a pasar la primera factura y entonces nadie se quiso hacer cargo. El total ascendía a mil doscientos euros que no te sacaban de pobre, pero tampoco ibas a regalar, así que después de hablar con Lucio y la Vieja, decidiste contactar directamente con su marido y gerente, Fidelito Falsano, para reclamar lo que era tuyo.

Cuando le localizaste, empezó a soltarte improperios por creerte Cristóbal Colón, riéndose de ti por reclamar tu sueldo, como si aquello fuera un discurso imperialista, advirtiéndote que nadie en AMF Libertad se doblegaría ante tus peticiones por muy española y

gallega que te creyeras, que tanto para él como para el resto de los compañeros la época de la colonización ya había terminado y los indios uruguayos de ahora —refiriéndose a ellos— no iban a consentir más conquistadores. Aquello te dejó atónita. No lo esperabas.

A tus espaldas te estaba cargando los abusos de la colonización española de tiempos de los Reyes Católicos. ¡Madre mía, qué ingenio y qué descaro para no pagarte! La verdad es que apelar a más de quinientos años atrás con el objetivo de evitar una factura te pareció magistral, de cine o novela.

A buen seguro, el gerente ya había previsto desde el principio que jamás abonaría aquel gasto de corresponsalía y te engañó para presumir de conexiones en directo con España. Aquello supuso tu primer contacto con el país. De aquel episodio, solo permanecería la amistad con Lucio, que siempre juró y perjuró que él no tenía nada que ver ni sabía que se iba a producir el engaño. Relación que se fue estrechando poco a poco, sin que te dieras cuenta de que su voz modulada y cálida ocultaba el dolor de quienes habían sido heridos y ultrajados.

Tu destino estaba echado. Todo lo descubrirías a su debido tiempo, con calma. Nada te unía a Uruguay, o eso creías tú. Lo más cercano que tenías en América Latina eran unos tíos gallegos de tu madre, en Venezuela. Nada más. Pese a ello, con charlas, risas y ocupando parte de tu soledad, Lucio consiguió atraer tu atención. Nada del otro mundo. Lo que empezó como una relación laboral semanal, con llamadas y charlas cada vez más largas y frecuentes, se fue afianzando y convirtiendo en algo más personal e insospechado. Se había metido en tu día a día.

2
El árbol caído

Madrid-Montevideo, junio de 2005

El cielo ya te avisó. Como si fuera un mensajero de la providencia, uno de aquellos días que saliste antes de la oficina para ir andando hasta casa mientras hablabas por el móvil con Lucio, un enorme árbol de la calle de Alcalá, casi en el cruce con Gran Vía, empezó a vencerse delante de tus narices. Y ahí notaste que en un segundo la vida podía troncharse con la misma rapidez que aquel tronco, sin tiempo a redirigirse. Cualquier mala decisión, una ira no contenida, unos celos resultaban suficientes para quebrar cualquier destino. Dar al traste con la anhelada paz.

Como en una película a cámara lenta, sin tiempo para pensar, percibiste cómo tu vida y la del enorme platanero peligraban a la par. Tu instinto de supervivencia te impulsó a correr en sentido contrario a la base del árbol para ponerte a salvo, en dirección a la diosa Cibeles, y notaste cómo en su caída las últimas ramas acariciaban tu espalda, como las garras de la madre naturaleza intentando atrapar a uno de sus hijos.

Ya a salvo, temblando con todo tu cuerpo, empezaste a recomponerte. De milagro, te habías librado de esas retorcidas y mortíferas manos. Te habías escapado por centímetros de aquel desastre, aunque otros no habían tenido tanta suerte: algunas personas se encontraban atrapadas bajo la copa vencida del árbol, y

los viandantes intentaban ayudarlas mientras llegaban las ambulancias.

En ese momento escuchaste tu nombre a lo lejos y te diste cuenta de que aquella voz conocida no provenía de la calle, sino de tu móvil. Lucio seguía pendiente al otro lado de la línea. No había colgado, y había escuchado entrecortadamente tu grito desesperado, tu respiración agitada al correr, el fuerte bramar del árbol al arrancarse de la tierra, más gritos de la gente alrededor, las primeras sirenas… sin saber qué estaba ocurriendo. Le contestaste de inmediato:

—Ay, Dios mío, Lucio, ¿estás ahí? No sabes lo que me acaba de pasar… Un árbol, un árbol tremendo, se ha caído delante de mí. Iba paseando y zas. —Por el susto apenas pudiste enhebrar una frase con sentido.

—Calmate, Lúa, tranquilizate, contame… ¿Qué pasó? —respondió, intrigado, ante un suceso tan poco habitual en el mismo centro de Madrid.

Al principio se mostró incrédulo. Se reía de manera inocente. Normal, no mucha gente ha estado a punto de morir aplastada por un árbol y te imaginaste que se burlaba de ti, pero al instante, al detectar lo nerviosa que parecías y el cariz que tomaba el asunto, empezó a mostrarse más empático. Necesitaba que le contaras absolutamente todo.

—No puedo, no puedo ahora, Lucio… —le dijiste con un hilo de voz—, por favor, llámame mejor esta noche. Me tiembla el cuerpo entero. Discúlpame, pero tengo que colgarte.

Le dejaste aturdido, sin palabras, pensando si estarías en tus cabales o si aquello que le estabas contando había ocurrido de verdad. Un árbol caído. ¿Sería cierto? Claro, todavía no te conocía tanto como para interpretarte. Tu incapacidad para la mentira. Tus ansias de buscar siempre la verdad.

Si hubiera sabido que para ti el engaño suponía el peor de los pecados, que no perdonabas ni los silencios ni las medias verdades, entonces no hubiera dudado de tu palabra ni vacilado de tu cordura ni de que uno de aquellos frondosos árboles, sin duda el más alto y

pesado, y también el más podrido, se había caído por el peso de las ramas en pleno centro de la capital de España.

Por la noche, Lucio volvió a llamarte. Parecía ansioso de que le detallaras el suceso. Al palpar tu sufrimiento y casi tus lágrimas, se mostró más empático, y te contó que él también sufría, que recientemente se había divorciado. Jamás antes había aclarado su estado civil ni su situación sentimental. Entonces, le sentiste igual de vulnerable que tú y así empezó a despertar tu corazón.

La sinceridad, la bondad, la generosidad te derrumbaban. Nadie podía resultar atractivo a tus ojos sin ostentar dichos rasgos. Solo con ellos existía la belleza. Te detalló el desgarro sufrido por la incompatibilidad de caracteres con su exmujer y la lejanía de sus dos hijos, arrancados de cuajo de su corazón, y te confesó que esperaba que la vida le diera otra oportunidad. Apreciaste su honestidad, su charla y su confidencia, así que, aprovechando la confianza surgida, te animaste a contarle el fracaso de tu primer emparejamiento, del que tanto te costaba hablar.

Cinco años habían transcurrido de todo aquello, de la primera vez que tu madre te aconsejó alejarte de los demonios sin alma, pero aún te resultaba una auténtica agonía recordarlo. Entre medias no había habido nada. Apenas amagos que se habían quedado sin desarrollar por miedo a que te volvieran a herir. Sentías que no podías creer en nadie y menos en un tipo que se encontraba al otro lado del océano Atlántico, así que te callaste lo más importante, lo más delicado, con los mismos silencios aprendidos de tu madre, mientras Lucio seguía contándote su vida sin pudor. Adentrándote en la vida de un país del que aún no conocías nada, ni su historia, ni su literatura, ni su sentir.

A los pocos meses, ya casi se podría decir que os habíais convertido en íntimos. Te inundó la mensajería instantánea que ambos compartíais en la BlackBerry con fotos familiares de asados en las que apenas aparecía él, solo cortes de carne que mostraba con orgullo. Te hacía gracia la similitud entre dichas celebraciones y los churrascos gallegos. Suponías que la costumbre había partido de los emigrantes que habían ido a trabajar a aquellas tierras a

comienzos del siglo XX o, quién sabe si quizá había sido al revés, y resultaban ser ellos los que habían traído esa tradición a Galicia aderezándola con su salsa chimichurri.

Pese a tus fuertes raíces en la tierra de Breogán, aquellos manjares vacunos no te atraían en absoluto. Preferías mil veces las viandas del mar. Pensabas que nunca llegarías a conocer ni Montevideo ni Buenos Aires. Solo de plantearte las horas de vuelo te ponías mala. Cierto que habías viajado a Río de Janeiro por motivos laborales y, aunque no te había resultado tan molesto como en un principio imaginabas, no pretendías volver a cruzar el charco.

Así que poco a poco fuiste contemplando a Lucio como un amigo más, con quien compartías charlas, formas de pensar parecidas, comentarios acerca de la política de España y Uruguay, trabajo.

Por aquel entonces te gustaba escucharle cuando conducía su programa vespertino, que te mandaba en un archivo de audio por *email.* Le imaginabas varonil, atractivo y sensual con esa voz tan especial. Ese tono que te hacía cerrar los ojos y se posaba en tus oídos como una caricia suave y placentera. Sonreías con sus ocurrencias, que luego comentabais por teléfono, hasta que un día, a punto de terminar la conversación, dijo algo que te alteró y no esperabas.

Fue como una despedida sorpresa, encajada con todo el atrevimiento para tantear tu respuesta: «Te deseo buenas noches, Lúa. ¿Sabés una cosa? Creo que te estoy queriendo mucho». Pero según lo expresó, apretaste el botón de terminar la llamada, intentando aparentar no haberlo oído, fingiendo que habías desconectado antes de que pronunciara la última frase. Sumamente seductor, estaba seguro de que le habías escuchado a la perfección. Había empezado a soltar sus deliciosas perlas. ¿Con qué intención? Ni te lo imaginabas, tan confiada como siempre habías sido. Medio boba por dejarte caer en su engaño.

3
Malentendidos

Madrid-Montevideo, agosto de 2005

No querías ya más dobles sentidos ni especulaciones en tu vida, tampoco nuevas incógnitas que resolver, así que la siguiente vez que conectasteis no eludiste el tema del broche final de vuestra última conversación. Cobijada detrás de la pantalla del móvil, le preguntaste con determinación qué le había incitado a terminar con esa frase tan confusa e inapropiada. Por qué había soltado con tanto desparpajo y sin tapujos aquel «te estoy queriendo mucho». Empezabas a dilucidar que con Lucio captar las sutilezas implicaba agudizar el ingenio hasta el extremo y, tras el *shock* inicial, presentiste que se trataba de un alegato o proclama de amistad más que de una declaración de amor incipiente. Nada hacía pensar que estuviera interesado en ti en ese sentido.

De hecho, lo solucionó con un «No, qué va, que te estoy queriendo mucho», sin darle la menor importancia, igual que si te hubiera dicho: «Pásame la mantequilla», sin aclarar qué tipo de connotación daba al verbo «querer». Era más sagaz y listo que tú…, así que le dejaste por imposible.

Sin descubrirse, iba avanzando cada vez un pasito más. Tejiendo esa red de quienes pretenden convertirse en imprescindibles. De manera cauta, sin destacar ni pedirlo. Siempre dejando a la voluntad de los otros la ejecución de los actos que iba tejiendo en su cabeza.

Como si no fueran suyos, como si no los hubiera pensado jamás. Así, haciéndose el encontradizo, enhebrando las frases con los días y los apegos hasta que finalmente lograba atraparte para no poder salir.

Al cabo de una semana, una amiga íntima te dio por teléfono una nefasta noticia. Otra vez aquella enfermedad que tanto te había hecho sufrir y que ya había causado un inmenso vacío en tu familia. De nuevo el cáncer haciendo acto de presencia en tu vida. Luego, cuando ambas ya habíais colgado, los silencios, risas y juegos de palabras para no perder la esperanza dieron paso a la desesperación. Estabas destrozada. ¿Cómo podía ser? ¡Tan joven! ¿Por qué? Te pusiste a fregar con rabia los cacharros del fregadero, como hacía tu madre, para que la explosión de tu pecho se mezclara con el sonido del agua y de la loza entrechocando, para no oír los gritos de tu mente. De repente, irrumpió una llamada de Lucio.

No la cogiste en los primeros tonos. No podías ni hablar, pero sabiendo que persistiría, decidiste responderle al tercer o cuarto intento. Te notó triste, claro, te preguntó. Ya empezaba a conocerte mejor y sabía que aquella no era la manera habitual de contestarle, así que preferiste ser sincera y decirle que no tenías muchas ganas de hablar, que mejor lo dejabais para otro día, pero insistió para que le contases lo que te ocurría. Entonces atribuiste su insistencia a su carácter generoso, a pretender ayudar, aun cuando uno necesitaba tiempo y espacio para digerir la pena, y ante la presión, no tuviste más remedio que contarle.

Cuando insinuó que a lo mejor estabas cansada de vuestra historia telefónica, le contestaste que no se trataba de nada de eso, que habías recibido una llamada de una amiga íntima que estaba muy enferma. Él, a su vez, te contó que su madre sufría la misma terrible dolencia. De nuevo le sentiste empático, cariñoso, capaz de ponerse en tu lugar, algo tan poco usual en los hombres que tú habías conocido, más rudos y secos.

Poco a poco fuiste recobrando el ánimo y reconociéndole su ayuda cuando más decaída estabas. Sin embargo, augurabas que tu sensibilidad a flor de piel te distanciaría algún día de él. No resultaba demasiado fácil mantener una relación con una persona quebradiza, y menos a distancia. No lo era. Pero Lucio no se iba a rendir. ¡Obvio!

Ahora te das cuenta de que necesitaba seguir a tu lado como fuera. Pese a las costumbres opuestas, las distintas formas de ser, las diferentes culturas…, os fuisteis acercando sin necesidad de una declaración al uso. Sin promesas ni palabras grandilocuentes.

Lucio te contó que sus padres habían conseguido bandear las sucesivas crisis de su país gracias a que habían invertido todos sus ahorros en una cooperativa de residencias. Aquella casita, con un pequeño jardín, El Edén, como la habían bautizado, era todo lo que tenían. Y vosotros, algún día, podríais hacer lo mismo. Sin grandes pretensiones, con aquella sencillez, te conquistó.

Para explicarte el sentir del pueblo uruguayo, un día te contó que, mientras a España se la representa con el contorno de un rostro, el perfil de una persona, Uruguay tenía la forma del corazón humano. Razón frente a sentimiento, esa forma de ser tan peculiar, a veces tan deprimida, y otras tan festiva. El país, pequeño y poco poblado, en aquel entonces con algo más de tres millones de habitantes, casi los mismos que la ciudad de Madrid, representaba, según su visión, la esencia de la ternura y la poesía.

A pesar de la añoranza de la tierra, la morriña o nostalgia heredada de sus antepasados lejanos, muchos llegados de Galicia, la mayoría de los uruguayos por aquel entonces aprovechaban cualquier oportunidad para emigrar. Como tantos otros, los hermanos de Lucio también habían salido fuera en busca de un porvenir mejor. El mediano, a Canadá, y el más pequeño, directivo en una curtidora para bolsos de lujo, tomaría pronto un nuevo rumbo a Australia, pero en este caso como expatriado. Y a Lucio se le empezaban a notar esas mismas ansias por abandonar su país, o eso pensaste tú, hasta que un día te preguntó si a ti te gustaría vivir con él y, sin saber qué decir, simplemente abriste esa ventana.

Te pareció una opción más. Pensaste que quizá él, al igual que su país, palpitara de otra manera, con una mayor sensibilidad. Querías confiar en que todo podía ser. Que había sido un encuentro aleatorio, traído por el azar, fruto de un devenir apasionado, sin mucha racionalidad, hasta que mencionó una palabra, Marín, y a ti eso te paralizó. ¿De qué conocía Lucio el pueblo de tu madre?

4
La celulosa de Bentos

Madrid-Montevideo, septiembre de 2005

—¿Has dicho Marín? ¿De qué conoces ese pueblo? —Algo en tu interior, esa sensación que te prevenía de algo extraño, se encendió.

Fue como un fogonazo. Intentabas recordar alguna conversación con Lucio en la que pudiera haberse colado Marín, pero no recordabas ninguna. De repente, un miedo atroz se apoderó de ti. ¿A santo de qué venía citar a tu pueblo? Nunca, en todo el tiempo que llevabais hablando, le habías mencionado el lugar preciso del que procedía tu familia gallega. Se lo preguntaste de manera directa esperando impaciente su respuesta. Tenía que decir algo verosímil, algo que te permitiera despejar dudas, volver a confiar en él. No te ibas a conformar con cualquier excusa. Necesitabas, como siempre, la verdad.

—Se trata de tu pueblo, donde veraneas, ¿no? —contestó sin darle demasiada importancia.

En el fondo, Lucio sabía que había metido la pata al citarte Marín, pero de algún modo necesitaba cerciorarse de que aún mantenías el vínculo con el municipio. No quería errar. Tú asentiste.

Marín siempre había sido tu paraíso, el lugar en el que te refugiabas desde pequeña, donde te sentías protegida y querida. Tu principal morada, tu hogar. Con la Alameda, donde se conocieron tus padres, el paseo marítimo, que recorrías los días de vacaciones, y tu

anhelada playa de Portocelo, a diez minutos del centro y a la que acudías en invierno y verano para descalzarte en su arena fina mientras contemplabas las rocas cubiertas de algas verdes fluorescentes rodeadas de arboleda. ¡No existía ningún arenal como ese, pequeño, recoleto, lleno de recuerdos de infancia! Aquel paisaje representaba tu más íntima esencia.

Entonces Lucio argumentó que, al hablarte él un día de los asados uruguayos, tú le mencionaste el churrasco que se podía degustar en algunos de los restaurantes o *furanchos* que existían en Marín. Y que luego él buscó en Google ese nombre y se encontró con una hermosa villa marinera bañada por una ría que enseguida deseó conocer. Y alabó sus preciosas playas y el entorno del lago Castiñeiras, sus bosques y la cercanía con Pontevedra, capital de la provincia, como si se lo hubiera aprendido de memoria. ¿Aquella palabrería te resultó convincente? La verdad, no mucho, pero podía ser, por qué no… No estabas segura, ni había manera de comprobarlo.

En cualquier caso, preferiste no darle demasiada importancia y convencerte de que se trataba de una táctica para buscar más afinidad contigo y hacerte creer que solo él podía ser el hombre de tu vida, intentando incidir en todos los vínculos que os unían, como la sangre gallega que corría por las venas de ambos. En suma, te venía bien creerle, así que no le diste más vueltas.

Lucio sentía una gran admiración, casi adoración, por Galicia. Como medio Uruguay, parte de su familia, en su caso la paterna, procedía de allí; sin embargo, entre risas, te solía contar que su apariencia física remitía más bien a su otro abuelo, el padre de su madre, un enorme gaucho de la pampa, de quien había heredado su enorme estatura, una tez morena en la que resaltaban sus iris verdosos y una peculiar forma de andar, como a cámara lenta, sin prisas ni agobios, que le había valido a su abuelo el apelativo de «Filósofo» en varias cuadras a la redonda. Al confesártelo, notaste enseguida que se sentía orgulloso de ese mote.

En cuerpo y alma, Lucio se consideraba el más uruguayo de los uruguayos. Mientras conversabais por teléfono, siempre le escuchabas absorbiendo su mate, que imaginabas en su mano

próximo al termo del agua, a la vez que reflexionaba y meditaba, más como un pensador frustrado que como un periodista vivaz a la caza de una exclusiva. Sentía pasión por todo lo que acontecía en su país. Por eso, un día empezó a contarte un asunto que en ese momento le perturbaba y en el que estaba trabajando: la instalación de una nueva celulosa por una multinacional finlandesa en la localidad uruguaya de Fray Bentos.

Así como si tal cosa, como una noticia más de los informativos, sin percatarse de que el tema te resultaba especialmente sensible y hasta un poco doloroso, por su similitud con la historia de la pastera que llevaba funcionando desde hace décadas en los alrededores de tu pueblo, te narró la tensa situación que se estaba viviendo en su país a causa de la construcción de una nueva fábrica de papel. ¡Cómo podía ser! ¿Otra casualidad? Empezaste a dudar de tantas coincidencias. Reflexionaste acerca de si te había encontrado por azar o si, por el contrario, resultabas ser el centro de una estrategia calculada.

Para averiguarlo y para medir su real implicación con el asunto, comenzaste a hacerle preguntas muy concretas y hasta incómodas sobre esa factoría: el origen del proyecto, la reacción de los vecinos, la postura del Gobierno uruguayo… Lucio, por su parte, quiso conocer algo más de la situación de la celulosa de Lourizán, pegada a Marín: cómo la habían recibido los vecinos, el Estado, la inversión en pleno franquismo, la reacción de los marinenses y pontevedreses, los políticos, los ciudadanos, el movimiento ecologista… Le interesaba todo. Parecía como si quisiera trabajar en ese asunto español que tan lejano le quedaba.

Nunca habías prestado demasiada atención a cómo habían sido las negociaciones que tenían como objetivo destruir la hermosa playa cercana al Pazo de Lourizán y ganar terreno a la ría para instalar la celulosa en los límites de tu pueblo porque en ese momento ni existías, pero, ante su insistencia, le explicaste los recuerdos de una infancia vomitando al sentir aquel repugnante hedor cuando ibais a ver a vuestra «madrinita», quien al poco tiempo murió de cáncer de hígado. Eso pareció interesarle muchísimo. A ti te sonaba que la pastera incluso había barajado la

posibilidad de marcharse de la ría para potenciar otras inversiones en Asturias, e incluso en el extranjero, más concretamente en Uruguay, pero no le podías confirmar los detalles.

Por su parte, él te contó extensamente el conflicto entre los Gobiernos de Montevideo y de Buenos Aires por culpa de la nueva pastera. Estaba enterado de cada detalle: de cómo se había fraguado la implantación de aquella industria en Uruguay, de las negociaciones y los movimientos vecinales tanto en su país como en el país vecino. Tras relatarte aquello, una extraña sensación inundó tu cuerpo. Atribuiste tanto interés a la curiosidad propia de su profesión, al deber de informar de absolutamente todo. ¡Cómo ibas a imaginar entonces nada! Como productor del programa radiofónico más escuchado en Montevideo, resultaba creíble que conociera cada uno de los intríngulis de la negociación. Y los paralelismos con la pastera próxima a Marín…, una curiosa coincidencia.

Te explicó que, a comienzos del milenio, en el año 2002, el Gobierno uruguayo presidido por Jorge Batlle, de corte liberal, había concedido a dos multinacionales europeas el permiso para construir dos celulosas: a una finlandesa, en Fray Bentos, una ciudad de veinticinco mil habitantes flanqueada por el caudaloso río Uruguay, que la separaba de la vecina región argentina de Entre Ríos, y la otra a la misma pastera de Pontevedra, un poco más al sur, en la localidad de Conchillas.

La concesión en Fray Bentos había generado una gran crispación y tensión no solo entre los mismos uruguayos, sino también con sus vecinos argentinos. La coalición uruguaya de izquierdas del Frente Amplio, que gobernó posteriormente el país, se replanteó el proyecto de la celulosa.

El conflicto entre los tupamaros moderados, un movimiento de guerrilla urbana de extrema izquierda, integrado por componentes del Partido Socialista, de los grupos maoístas y anarquistas, surgido en los años sesenta, que formaban parte del Gobierno, y los diversos movimientos ecologistas, ocupó meses de negociaciones para acercar posiciones hasta que, finalmente, los primeros convencieron a los segundos para que limitaran su presión y aprobaran el proyecto de construcción de la planta.

En el fondo, Lucio sabía que los ecologistas le debían una a los tupamaros, y por eso los políticos salieron victoriosos en sus objetivos. Se trataba de algo relacionado con una causa ambientalista pasada, que había ocurrido entre finales de los setenta y principios de los ochenta, un asunto que Lucio no volvió a mencionar y en el que tú tampoco profundizaste más.

Sentiste mucha curiosidad por saber quiénes integraban el movimiento tupamaro, cómo se había gestado, qué los caracterizaba. Desconocías sus aspiraciones y motivaciones hasta que Lucio, sorprendido por tu ignorancia, te ilustró sobre los horrores de la dictadura militar uruguaya, hermana no menos espantosa de otras más conocidas como la chilena o la argentina. No hacía tanto tiempo de aquello, terminó apenas en 1985, cuando Felipe González ya llevaba tres años como tercer presidente del Gobierno de España y tú ya habías cumplido dieciséis años.

Amén de otros espantos, muertes, torturas, desapariciones, durante ese periodo el régimen dictatorial encarceló con un inhumano aislamiento, prácticamente enterró en vida, a varios dirigentes tupamaros para enloquecerlos, durante nada más y nada menos que trece años. No dabas crédito. ¡Trece años! ¿Cómo pudo ser? ¿Sin juicio? ¿Sin abogados? ¿Cómo era posible que desconocieras aquella barbarie?

Carambolas del destino, uno de esos rehenes que había sido secuestrado durante trece años de su propia vida, el tupamaro Pepe Mujica, de ascendencia vasca, se convirtió años después en uno de los dirigentes más importantes de Uruguay, justo antes de que la celulosa Bentos empezara su construcción en 2007.

Quienes habían tratado a Mujica como un terrorista peligroso, torturado, humillado, se encontraban ahora observando su salida del infierno con las manos levantadas en son de paz para gobernar. Con ese relato que te fue dibujando Lucio aprendiste que la vida había enseñado a Mujica a perdonar y, gracias a eso, algunos años después, los uruguayos lo elegirían para llevar el rumbo de ese pequeño país con forma de corazón. Se convertiría en presidente de Uruguay.

5
El tsunami de las subprime

Madrid-Montevideo, abril de 2007

Poco a poco se iba estrechando vuestra amistad, y Lucio consiguió ganarse tu confianza escuchando los problemas y preocupaciones que te asaltaban, convirtiéndose en indispensable en tu rutina. Habíais pactado intentar una relación a distancia basada en la conversación telefónica diaria, el apoyo mutuo y la comprensión, y os ibais acercando a un final o un principio, según se mirara, que implicaba un cambio de rumbo.

A ti te daba un poco de vértigo. No sabías por qué, pero siempre habías preferido que te seleccionaran a elegir tú, confiabas más en el gusto ajeno que en el propio, en el querer de los demás que en el tuyo, quizá porque sabías que a ti te costaba poco encariñarte con las personas y empatizar con ellas. Como buena acuario, amabas a la humanidad. Abrazabas siempre la diferencia y mostrabas respeto por lo genuino, sin querer alterar la esencia de cada cual.

Al conocer a alguien siempre reflexionabas si sería capaz de apreciarte tal cual eras, sin cambiarte, con tus defectos y virtudes, como tú lo hacías, respetando tanto tus momentos parlanchines y de humor irónico como la necesidad de silencio y el retraimiento. Confiabas siempre en lo que te decían, mucho más que en lo que veías, incluso hasta el límite de lo razonable tras observar evidencias chirriantes, hasta que llegaba el final, momento en que comprendías

que, por mucho amor que pusieras en las relaciones, respeto, libertad y cariño, no conseguías nada si no era algo recíproco. Y nunca lo era. Habías probado tantas veces que no sabías si querías intentarlo de nuevo con aquel uruguayo del que dudabas siempre.

Su rostro estático en una fotografía con sus hijos pequeños, fruto de un matrimonio que había acabado en divorcio años atrás, era la única imagen suya que habías visto. Parecía un tipo normal, de buen carácter, alegre y jovial. Ambos os mostrabais esperanzados de que pudierais luchar por afianzar vuestros lazos. Los dos habíais sufrido ya bastante en vuestras respectivas vidas. Esta relación incipiente os pillaba a una edad madura, la misma para los dos, entrada bien la treintena, y con importantes fracasos amorosos a vuestras espaldas, así que no pasaba nada por intentarlo. Si no salía bien, volveríais a empezar, cada uno en un lugar distinto, sin daños colaterales.

De ese modo, empezasteis a planificar un encuentro en Madrid simplemente para conoceros. Sin mayores pretensiones. Sería para las siguientes elecciones en España, en marzo de 2008, en las que Sonia Berta requeriría otro corresponsal, que por supuesto no ibas a ser tú, sino Lucio. El mundo empezaba a cambiar y vuestra relación, lo quisieras o no, también.

La crisis de la fábrica de celulosa y el conflicto entre los dos países rioplatenses, Uruguay y Argentina, se produjo en el mismo ejercicio que el fiasco de las *subprime,* también llamadas hipotecas basura, de Estados Unidos, que desembocó en la gran crisis financiera mundial. Durante la última parte de 2007 y principios de 2008, los bancos extranjeros empezaron a quebrar uno detrás de otro hasta que el asunto comenzó a afectar al mercado español, haciendo desaparecer a la mitad del sistema bancario y las cajas de ahorros, y sumiendo al país en una de las peores crisis de su historia, incluso más grave que la originada por la subida del precio del petróleo, allá por 1973. El fiasco de las *subprime* golpeó, además, a todas las economías europeas, por lo que ni siquiera la locomotora alemana quedó indemne ante el desplome del crecimiento europeo.

Te sabías lo ocurrido al dedillo porque estabas inmersa en la promoción del que iba a ser el éxito editorial de la temporada*: El tsunami de las* «*subprime*»*,* un libro que contaba de forma amena lo

que había pasado cuando esos préstamos concedidos en Estados Unidos a gente sin nómina ni ingresos se empezaron a dejar de pagar. De ahí al colapso del sistema financiero mundial fue un visto y no visto. Antes de que ocurriera y para deshacerse de ellos, a la gran banca no se le ocurrió otra cosa mejor que paquetizar esos préstamos a modo de títulos financieros para vendérselos a fondos de inversión y planes de pensiones demandantes de productos de alta rentabilidad, dando origen a unas pérdidas históricas como nunca se habían visto y originando la desaparición de los bancos históricos; pero lo peor llegó después, cuando empezaron a contagiarse las firmas más modestas y los pequeños ahorradores corrieron a mansalva a retirar el efectivo. Sin dinero no había crédito y poco a poco las empresas fueron desplomándose y echando a los trabajadores.

En ese instante estabas acabando la nota de prensa que la editorial iba a enviar para el lanzamiento del libro, cuando de repente se encendió tu móvil. Una llamada de Lucio que dejaste sin contestar apareció en la pantalla. Tenías que terminar la redacción lo antes posible para que la supervisara tu jefa, así que ya le llamarías más tarde, cuando llegaras a casa. Sin embargo, a los diez minutos, Lucio insistió, pero esta vez con un mensaje de texto: se había montado una buena entre argentinos y uruguayos por culpa del comienzo de las obras de la celulosa de Bentos y necesitaba que tú, al otro lado del Atlántico, emitieras una especie de crónica sobre la pastera de Lourizán.

Pensaste que menudo embrollo tenías tú con la crisis de las *subprime* como para buscar documentación del caso gallego, así que apagaste el teléfono. *El tsunami de las* «*subprime*» había acaparado todos los recursos del plan de *marketing* y comunicación de la editorial. La compañía había realizado una tirada propia de un *best seller,* se había diseñado una portada maravillosa con una hipoteca dentro de una papelera de oficina y el libro se presentaría con una faja roja y loa del presidente del Banco de España, por no citar la apretada agenda repleta de presentaciones a cargo de economistas de prestigio. En fin, que con ese panorama no ibas a poner en riesgo tu puesto por mucho que te lo pidiera Lucio.

No habías parado desde que el libro había llegado a tus manos, llamando a librerías para invertir en la mejor colocación de escaparates y espacios interiores con el fin de que lo destacaran sobre otros superventas. No sentías ni los dedos de tantos correos electrónicos que habías mandado. Cuando llegaste a casa, agotada por un día infernal, y encendiste el móvil, viste que había diez llamadas más de Lucio, insistiendo, así que le llamaste para explicarle por qué no habías podido contestarle, que habías tenido un día infernal de trabajo. Te atendió de mala gana, señalándote las implicaciones de esa información que tú habías ignorado:

—Lúa, los ambientalistas argentinos cortaron con doscientos autos el puente internacional sobre el río Uruguay que une Fray Bentos con la ciudad argentina de Gualeguaychú. —Alzó la voz, incrédulo ante tu pasividad—. ¿Vos sabés qué significa eso? ¿Sabés o no sabés?

—Pues no —tenías la cabeza como un bombo de tantas hipotecas, bancos, *subprime*—, la verdad es que no me he enterado.

—¡Una guerra! ¡Y vos cortándome la comunicación! ¡Sin atender el celular! ¡Pensá, Lúa, pensá un poco en mí! ¡En los míos! —te espetó de manera colérica sin darte tiempo a explicarte.

—Bueno, aquí tenemos nuestra propia guerra económica —refunfuñaste ante su egocentrismo. Ni siquiera te había preguntado cómo te había ido el día.

—Crisis, crisis. ¡Vos no tenés ni puta idea de lo que es una crisis! Nosotros sí sabemos lo que es una crisis, porque jamás hemos salido de ella.

Ahora sí le notaste abatido de verdad. Fundido, desesperado. Quizá te habías pasado un poco con eso de apagar el móvil. Te hizo sentir culpable.

—Bueno, venga, déjalo ya —dijiste para aplacar su disgusto.

Algo te decía que buscaba una respuesta tuya acorde con la situación, no un simple manotazo de tranquilidad y apaciguamiento en la espalda, sino algo que reparara tu desidia, tu indiferencia, pero necesitaba que lo dijeras tú, no él.

—No sé, pienso si no sería mejor vivir en España. —Ahí lo soltó.

—¿Aquí? ¿Sin conocernos antes? —le respondiste sin mayor entusiasmo.

—No, no, primero podemos conocernos y ya, después, arreglaría mi salida de la radio para instalarme en España. ¿Qué decís?

Pues no. Le tenías que haber contestado de manera contundente, pero no lo hiciste. No te agradaba la presión. Se notaba que quería tener la certeza de que no le ibas a rechazar, de que iba a contar con tu aceptación desde el principio. Sin ni siquiera haberle visto, sin que tu piel hubiera rozado la suya, sin que tu familia le hubiera conocido. Deseaba que te comprometieras, al menos, de palabra, sabiendo lo importante que era para ti dar tu palabra.

Pero te resignaste.

—OK. Vente cuando quieras.

Él había conseguido lo que deseaba, pero así no funcionaba tu corazón. Por imposición humana o divina, así no palpitaba. Bastaba que alguien quisiera vencer tu voluntad para que salieras corriendo y desaparecieras. Para que silenciaras esa presión y chao, te olvidaras del asunto. Sin embargo, en esta ocasión lo aceptaste a disgusto y, bajo esa premisa, sin ser consciente de ello, empezaron a menguar tus ganas de conocerlo. Ni siquiera habíais empezado y ya no le podías dar el ciento cincuenta por ciento que entregabas en cada encuentro. No obstante, darte al cien por cien tampoco te pareció un mal porcentaje.

Empezasteis a barajar diversas fechas para su visita, marcando en el calendario el mes de marzo de 2008, coincidiendo con las nuevas elecciones generales en España, que ganaría de nuevo José Luis Rodríguez Zapatero. Aquel conflicto entre Uruguay y Argentina, que Lucio consideró el anticipo de un conflicto bélico entre ambos países rioplatenses, se quedó en nada, apenas una discusión diplomática que terminó cinco años después de que la Corte Internacional de La Haya fallara a favor de Uruguay al dictaminar que el país no había contaminado el río gracias a las modificaciones impuestas por los ecologistas uruguayos.

Eso generó una especie de alianza no escrita entre el Frente Amplio y los ambientalistas. La crisis de las *subprime* no solo iba a afectar a España, sino también a Uruguay, que iba a quedar tocado

por la falta de crecimiento mundial. Una nueva mala racha para un país que no terminaba de despegar y cuyos habitantes buscaban a la desesperada cualquier oportunidad para salir de allí.

6
El pasaporte

Madrid, marzo de 2008

Al notar Lucio una cierta contrariedad en ti, cada día del nuevo año se iba comportando de una manera más cariñosa y solícita para que aceptaras su llegada con mayor agrado e ilusión. Trabajaba ese amor con absoluta entrega. Nada de piropos que te hicieran sentir ridícula, sino mucho humor, tu punto débil, según le habías mostrado en miles de conversaciones. A ti se te ganaba con la ironía y la inteligencia, ni regalos ni halagos te vencían. Poco a poco fuiste convenciéndote de que aquel uruguayo podía merecer la pena. Aunque tu piel dijera otra cosa, te esforzabas en no escucharla, en agarrarte a la más mínima señal para creer que Lucio representaba la autenticidad que tanto valorabas.

Después de años de conversaciones telefónicas, primero trabajando juntos y después como amigos íntimos, por fin le ibas a contemplar cara a cara, sin un móvil de por medio, sin la distancia. Necesitabas saber si lo que ambos sentíais a esas alturas suponía un sentimiento sincero que merecía la pena fortalecer o simplemente se trataba de un capricho que había que dejar pasar. Su llegada a Madrid sería casi al alba, para poder ir tú a buscarle antes de entrar en la editorial. Luego, Lucio había previsto marcharse a la presentación previa de la Expo en Zaragoza y, más tarde, entre ambos diseñasteis una ruta por París y Londres. El tiempo no daba

para recorrer más ciudades del Viejo Continente, pero con eso podría hacerse una buena idea.

Para el avión le prestaste tus puntos de Iberia, porque su sueldo, parece ser, estaba bloqueado por la Hacienda uruguaya. Lucio te aseguró que se debía a la deuda que había contraído con su exmujer por el impago de la pensión de sus hijos tras la quiebra de la emisora. Hacía meses que AMF Libre había dejado de pagar los salarios de los periodistas y ahí empezaste a comprender la deuda que la emisora mantenía contigo. Le creíste a pies juntillas, pero al cabo de los días te llamó para informarte de que, además, en el embarque le exigirían demostrar que llevaba algo de dinero en efectivo para su manutención durante la estancia y que no podía hacerse cargo de esa suma ni recurrir a sus padres, a quienes ya había explotado bastante para que le ayudaran con el alquiler.

A ti todo eso te pareció increíble. Que no le pagaran, que no tuviera dinero…, pero viviendo en el primer mundo quizá desconocieras cómo se movían las cosas en Uruguay, así que alcanzaste con él un acuerdo: estabas dispuesta a mandarle seiscientos euros si a cambio los devolvía en el mismo aeropuerto nada más llegar, algo que aceptó. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no cancelaste entonces su llegada? De nuevo, ¿por qué no te fiaste de tu instinto? Quizá por la ilusión, porque te suponía más problema cancelar el viaje que pedir explicaciones y continuar con lo pactado que romper definitivamente sin darle una oportunidad. Esa incapacidad tuya de poner los asuntos difíciles sobre la mesa, el asqueroso dinero del que tan poco te gusta hablar pese a ofrecer esa tranquilidad y paz que tanto anhelas.

Lucio, en ese momento, ya auguraba que su plan iba sobre ruedas. Había forzado de una manera tan sibilina el enredo que nada ni nadie podría deshacerlo. Partía de la casilla de salida como un gran triunfador, sin importarle las consecuencias de sus acciones. No contaste nada a tu familia por si acaso la relación no salía adelante, comportándote como una inconsciente al dejar entrar en tu casa a alguien a quien no conocías y del que apenas tenías más referencias que las de Óscar, el becario.

Al pensar ahora en ello te das cuenta de lo insensato de tu actuación, no sopesaste el valor de la palabra de un desconocido, la credibilidad de un extraño, el escaso significado de la expresión «dar la palabra». Pese a que a ti esa frase hecha te resultaba igual de comprometedora que un juramento, para otros era solo un decir. No dudaste ni un segundo de nada. Ni de su amor, ni de sus intenciones, ni de todo lo que te había contado. Seguías siendo crédula, generosa y confiada, igual que te definías cuando apenas levantabas diez palmos del suelo, con la única y gran diferencia de que en ese instante ya te habías convertido en una mujer bregada en engaños y falsificaciones.

A veces piensas que esa etapa adulta se debió a tu educación, a tu crianza. Actuabas como tu padre, incapaz de hablar mal de nadie a las espaldas, solo a la cara, pese al dolor de la confrontación y a la existencia de los muchos fariseos que seguían poblando el mundo. A lo largo de tu vida comprobarías que utilizarían tu verbo para dejarte en mala posición y apedrearte. Aprovecharían situaciones que ni habías dicho ni habías vivido para culpabilizarte, pero tú no lo impedías. Preferías dejar siempre que se retrataran por sí solos sin delatarlos jamás. No les avisabas de sus maldades, ni tampoco anunciabas al resto lo que intuías que iba a ocurrir. Preferías recibir el beso traicionero de Judas y esperar. Te acostumbraste a dejar que fueran ellos los que te decepcionaran, los que erraran. Al final, solo suponía una cuestión de paciencia.

Faltaba prácticamente un mes para vuestro primer encuentro según las cuentas optimistas de Lucio, quien descontaba enero porque ya estaba en los últimos días, y también febrero, porque resultaba casi un medio mes, «con sus 28 días», así que solo quedaba marzo. Prácticamente, un mes. A ti te resultaba graciosa y chispeante esa forma de acortar la espera para no hacerla tan prolongada, ganándote día a día con ese humor. Sin duda, el tiempo pasaba más deprisa cuando se proyectaba de esa manera.

Unos días antes de las segundas elecciones ganadas por José Luis Rodríguez Zapatero, Lucio aterrizó en el aeropuerto de Barajas, pero algo pasó dentro del control de policía porque ya habían salido todos los pasajeros del vuelo de Montevideo y Lucio no aparecía. De

alguna manera, presentiste que al final no había podido coger el avión o que algo raro había sucedido, pero cuando menos te lo esperabas, apareció todo «gaucho», alto, con barba de pocos días y patillas rojizas. Estuviste a punto de preguntarle por qué se había teñido el vello facial, ya que, en la única fotografía que él te había enviado, su tono de cabello parecía castaño oscuro, pero por una vez en tu vida primó tu discreción y lo eludiste a fin de no violentarle.

Sin esperarlo, te pidió un abrazo que tímidamente intentaste satisfacer fuera de las instalaciones, más por no resultar grosera que por deseo propio. Al fin y al cabo, llevaba viajando doce horas seguidas y se lo merecía, pero no pudo obtener nada más. Todas tus promesas, tus ganas se desvanecieron en cuanto lo viste. No te parecía igual a la persona que habías conocido por teléfono. Poseía una voz distinta sin un aparato de por medio, menos melodiosa, varonil y atractiva. Más normal y similar al deje argentino, con algunos matices menos histriónicos y exagerados, más sencillos, pero ya está. No era la voz con la que habías soñado tantos días, ese susurro ronco con el que esperabas que te acurrucara y te abrazara.

En casa, habías preparado un desayuno para quince comensales, exagerada como buena gallega: una jarra entera de zumo natural de naranja, bollería variada, tortilla de patatas, tomate, jamón, tostadas, yogures, café con leche, que él apenas probó.

Después sacó de su mochila un libro de la vida de Idea Vilariño, que te regaló, y se acercó a besarte suavemente. Sorprendida, justo cuando le ibas a pedir que no fuera tan deprisa, te agarró por la cintura para retomar con pasión el beso fugaz que había iniciado y ahí te venció. Te dejaste llevar. No sabías por qué le habías respondido afirmativamente si ya antes del desayuno te había dejado de gustar. Pero él, más listo que tú, conocía cómo embaucar a una mujer. Docto en artes amatorias, intentó sorprenderte con una pasión que al principio rechazaste, pero que, al cabo de unos segundos, te conquistó. Siempre te pasaba lo mismo: cedías por esa incapacidad de decir que no, por no contrariar el deseo del otro, por no entristecerle ni decepcionarle, poniendo por delante su anhelo

frente al tuyo. Te sentías culpable por haberle llevado hasta ese punto y él, Lucio, lo aprovechaba. Veía en tu mirada que no le ibas a fallar.

Así que, poco a poco, te dejaste vencer. No estabas segura de que aquel hombre fuera a ser el compañero soñado; pese a ello, querías intentarlo con todas las fuerzas después del primer amorío de los veinte años. Consciente de que no le podías despedir a la primera de cambio, fingiste un acercamiento deseado más que una imposición. Por otro lado, había un asunto que había quedado sin mencionar y eso no te agradó. Estaba faltando a su palabra. No te había devuelto el dinero prestado.

Lo siguiente que hizo fue coger el tren para la Expo de Zaragoza mientras tú bajabas al metro para trabajar por la tarde. A su vuelta, su reacción fue rápida. Te pidió perdón por haber olvidado devolverte el dinero prestado como habíais acordado previamente, y te entregó un sobre que metiste en un cajón sin revisar. Te dijo que te lo devolvía sin las comisiones y a ti no te pareció demasiado rastrero al ver qué tipo de ropa traía.

Olía de manera diferente, a podredumbre, a miseria, así que imaginaste la dura vida que estaría viviendo en su país. En realidad, sentiste un hondo pesar. E incluso ahora, te preguntas cómo tuvo el valor de viajar, de encontrarse con alguien que no conocía, de atravesar un océano sin saber si tú le ibas a esperar con los brazos abiertos o le ibas a cerrar la puerta en sus mismas narices y entonces, solo y desamparado, iba a tener que buscarse la vida. Te cuestionas cómo tuvo el coraje de presentarse con ese pasaporte, ese documento que se convertiría en otro de esos destellos inesperados que iban a iluminar tu vida. Un nuevo despertar.

Nada más llegar a Madrid, te lo enseñó para certificarte que estaba divorciado de verdad, cuando jamás lo habías puesto en duda. Insistió en que lo vieras, pero tú no querías escudriñarlo ni cotejar los datos. Te resultaba bastante grosero, desconfiado por tu parte, pero ante la cabezonería de Lucio, te limitaste a observar la foto y la palabra «divorciado». Nada más. Sin embargo, sin ser realmente consciente de ello, tu mente realizó una especie de pantallazo del documento. De manera mecánica, tu cerebro grabó

esa imagen que tan poco te importaba entonces para que tus neuronas se conectaran mucho después. Aquel pasaporte, que en ese momento no significó nada para ti, sería la gran pista para interpretar tus angustias. En ese documento viste, sin percibirlo apenas, la palabra que aclararía tus dudas: un nombre, su verdadero nombre.

7
La traición

Montevideo, septiembre de 2008

Habías preparado el viaje a Londres con mucha ilusión. La entrada a Heathrow fue normal hasta que, en la pasarela, tras enseñar tu documentación en el control, te percataste de que Lucio se demoraba demasiado en la fila de extracomunitarios. Entonces te acercaste a esa puerta y ahí lo viste, alterado. La autoridad británica le había retenido y le estaba preguntando algo acerca de su pasaporte, que uno de los agentes de policía portaba en la mano. ¿Qué pasaba? ¿Por qué revisaban con tanto detalle su identificación? ¿Qué tipo de preguntas le estaban realizando? Al mirarle, viste cómo él te señalaba y los demás te observaban; a continuación, le dejaron libre.

Ya contigo, le cuestionaste sobre la causa de esas pesquisas, pero Lucio te confesó que no dominaba el inglés y que apenas había comprendido lo que le preguntaban. Simplemente, los informó de que no iba solo. Nada te cuadró, te pareció una respuesta sin sentido, una excusa como tantas otras de las suyas, pero no te esforzaste mucho más. Posteriormente, ya en Londres, demostró un conocimiento profundo de la lengua, algo que te llamó la atención.

A medida que avanzaban vuestra relación y las vacaciones por las ciudades más bellas del Viejo Continente, ibas conociendo aspectos de Lucio que no terminaban de cuadrarte, que te alertaban de algo,

sin saber por qué. Hasta que, a la vuelta, el último día de su estancia, ya en Madrid, mientras se encontraba sentado en el sofá, declaró algo que te hizo perder toda la confianza en él. Azorado, rojo, mencionó un asunto que en realidad habías olvidado.

—Lúa, ¿te acordás que me prestaste dinero para venir? —te preguntó, consternado.

—Sí, claro —afirmaste, sin darle mayor importancia porque te lo había devuelto sin las comisiones. En realidad, no habías contado el interior del sobre, pero imaginabas que guardaría todo el importe, seiscientos euros, menos veinte de comisiones o así.

—Te engañé. —Esa frase te rompió.

El miedo empezó a apoderarse de ti. Estabas de pie en el salón y tuviste que apoyarte en un respaldo de la silla maciza de madera para sostenerte y evitar que se notara tu temblor. ¿A quién tenías delante, dentro de tu casa? ¿Qué iba a hacer ahora contigo?

—Por Dios, Lucio. ¿Me engañaste? ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?… ¡No me hagas daño! —le soltaste, atemorizada.

—¿Cómo pensás que voy a hacerte daño? ¡Estás loca! Solo te he engañado con el dinero. Pensaba llevarme un poco. En el sobre no hay la cantidad que tú me prestaste… ¡No sabés cómo me encuentro, lo desesperante que es no tener nada! No soy un criminal, solo un profesional al que no pagan, al que embargan el sueldo cada mes para pasarlo a mis hijos, nada más. No puedo comer en condiciones, apenas me alimento de los regalos que traen a la radio. ¡Pero toma, acá está, no lo quiero!

Comprobaste que te devolvía trescientos dólares, así que imaginaste que en aquel sobre tan solo habría metido algunos billetes de menor importe para que abultaran. Te dio lástima. Te apenó esa negra situación, sin poder ver a sus niños del alma. No le quisiste juzgar. Uno no puede juzgar cuando no se encuentra en el mismo lugar. A pesar de ello, su gesto de arrepentimiento había sido honesto y eso te ganó.

Admiré la capacidad para enmendar su inmenso error y dar la cara, frente a frente. Te sentiste como en *Los miserables,* de Victor Hugo, con una diferencia: no ibas a ponerle los candelabros en su maleta. Había actuado mal y en ese momento te encontrabas

realmente enfadada, ofendida; tú, que habías intentado ayudarle tanto, que habías pagado absolutamente todo en vuestro viaje romántico. Sentiste que te traicionaba. Como decía tu padre, uno puede ser pobre de solemnidad, pero nunca un ladrón, por dignidad, por respeto a sí mismo. Uno no puede caer tan bajo.

Desde entonces, su forma de besar, de agarrarte, de acariciarte en la cama no consiguió avivar la ilusión ni las ganas. Ese torso cubierto de vello que te erizó la piel en el primer contacto físico había perdido la capacidad de relajarte y evadirte de todo lo que te rodeaba. Ya no sentías su roce como una pluma suave posándose en cada uno de tus poros. Solo deseabas que se marchara cuanto antes. Que abandonara ese hogar cálido y real que le habías ofrecido como si fuera su propia casa. Te despediste de manera fría mientras le acompañabas al aeropuerto, sin pensar si volverías a verle o no. Era lo de menos. No te importaba demasiado, te había defraudado.

Sin embargo, al cabo de unas semanas, él no se dio por vencido y empezó a intentar conquistarte de nuevo. Consciente del poder seductor de su voz, más que del de sus actos, comenzó otra vez con sus llamadas, interesándose por tu estado de salud, tu trabajo, pidiéndote que reservaras tus próximas vacaciones en septiembre para viajar a Montevideo, a su pequeño apartamento, para empezar sin tantas expectativas, solo los dos. Te reclamaba clemencia, perdón. Y tú le creíste. Por culpa de la Biblia que te leía tu madre, siempre perdonando, poniendo la otra mejilla. Ese era el gran drama de tu vida: la otra mejilla. A pesar del asunto turbio que habías vivido, pensaste en su sincero arrepentimiento y aflicción, y le exculpaste.

Después preparaste tu maleta con ropa de fin de invierno y volaste a Montevideo. Nada más llegar a Uruguay, te sorprendió que la policía fronteriza se quedara con el queso, la cinta de lomo y las lonchas de jamón envasadas al vacío que habías preparado para agasajar a tus compañeros de la radio. ¡Empezabas bien en el país! Luego le pediste a Lucio que se tomara una semana de vacaciones para acompañarte a Buenos Aires y así aprovechabas la estancia en el Río de la Plata para visitar el país vecino que siempre habías deseado conocer y, de paso, encontrarte con algunos antiguos

compañeros de carrera. Viajaríais por barco, no por avión, algo que a ti te pareció bien. Pero, sin esperarlo, el incidente del pasaporte volvió a aparecer. Ocurrió de la misma manera que en Heathrow, pasando sin problemas tú primero por el control rumbo al barco y Lucio retenido en el cubículo policial.

Algo pasaba con su pasaporte, pero no sabías el qué. Te preguntaste qué ocultaba. Ahí empezaste a sospechar de verdad. No obstante, le volvieron a dejar libre sin problemas, así que cuando se acercó, insististe en saber por qué había ocurrido otra vez, qué le habían dicho, a lo que volvió a argumentar que no sabía, que seguramente le paraban por lo de la pensión de los niños. En lo más hondo de tu ser, intuías que algo tapaba. No podían existir tantas casualidades, pero, por otro lado, no debía de ser nada serio cuando le soltaban enseguida.

Tú no lo harías, pero pensaste que muchos otros no tienen más remedio que ocultar su verdadera identidad para sobrevivir, para evitar ser descubiertos y reconocidos por lo que antaño perpetraron, fueron y vivieron. No es sencillo transitar con una carga. Nadie quiere mostrar sus vilezas, por eso los cambios de país, de profesión, de físico, con tal de pasar inadvertidos. Siempre van a existir personas dispuestas a perdonar, a dejar abierta la puerta de su casa y su corazón, sin saber nada de ellos ni de su familia, aceptando el retrato que aportan sin ponerlo en duda, ofreciéndoles una nueva oportunidad. Sin poder adentrarse en lo más profundo de su mente ni en su vida anterior. Sin conocer las desgracias que rodearon su pasado. Daba igual. ¿Acaso alguien sabe cómo son realmente sus seres más próximos? ¿Qué piensan realmente?

En Argentina, vivisteis en una habitación preciosa del barrio de Palermo, repleto de pequeñas tiendas de ropa y restaurantes recoletos. Buenos Aires te pareció una réplica de Madrid y te encantó la alegría de los argentinos, su deje, el aroma de los cafés. Adorabas sentarte en el Café de los Angelitos, en el cruce de Rivadavia y Rincón, en Balvanera, inaugurado en 1890, cuna del primer Carlos Gardel que entonaba tangos. Podrías haberte quedado allí durante días para escribir. La zona de Caminito, con sus colores y la ropa tendida… A vuestro regreso volvisteis en autobús cruzando el

Puente Libertador General San Martín, que se alza sobre el río Uruguay y separa Argentina del país vecino. Al otro lado os esperaba una ciudad cuyo nombre te era familiar, Fray Bentos, donde apenas os parasteis.

Lucio entonces te contó que, precisamente, hasta aquella ciudad había viajado, muchos años atrás, su abuelo paterno procedente de un pueblecito perdido de Orense para trabajar. Tiempo después, el hijo de aquel gallego, su padre, se casaría con su madre, Maribel, y ambos partirían a Montevideo para dar estudios a sus hijos. Sería la primera generación de ambas familias que llegara a la universidad.

Aquella estancia en Montevideo te llenó de nostalgia. La bruma de los últimos días de invierno, el Río de la Plata golpeando gris y melancólico sobre la Rambla, el mate y la honda tristeza de los viandantes te generaban una cierta sensación de desamparo y desasosiego igual a la que habías experimentado en tus años de estudiante en Moscú, tras la Perestroika. Los uruguayos te parecían un pueblo deprimido. Observarlos te desgarraba. Eran tu sangre. Los europeos venidos a menos. Cada calle evocaba un pasado lejano mejor, cuando la mitad de la población de Europa había llegado a esta tierra para iniciar una nueva vida. Por eso, convertiste la Ciudad Vieja en tu refugio, en ese remolino de cuadras en las que podías encontrar vestigios de tu Viejo Continente, de un hogar en decadencia. Con la morriña por lo que pudieron ser y no fueron.

Aquellos paseos te permitieron comprender mejor la actitud de Lucio. La miseria. Intentabas que ese ambiente de pesadumbre no salpicara de nuevo vuestra relación. En un empeño por trasladar allí los hábitos del primer mundo, contrataste a una profesora de danza para que os enseñara los primeros pasos para bailar tangos. Cambiaste las viejas mantas de Lucio por un edredón rojo a juego con un kílim de pared que hacía las veces de cabecero con el que inyectar optimismo y alegría a la habitación. Compraste flores para la mesa del comedor. Pretendías contagiar tu estado de ánimo a todo el mundo preparando cenas con tortillas de patatas y albóndigas para los compañeros de la emisora. De alguna manera, asumiste el rol de salvavidas.

Lucio te contó que la mayoría de los jóvenes habían emigrado en busca de una vida mejor a Estados Unidos, Europa o donde fuera. Solo se habían quedado los viejos y sus llamadas vía Internet, esperando el regreso de los suyos. Allí se veía desamparado, sin poder ver a sus hijos, porque no podía pasar la pensión establecida. Sentiste lástima por su situación, sin hermanos, sin hijos, así que presentiste que pronto le tendrías en Madrid. No iba a ser un amor loco ni apasionado, sino más bien una relación como el país: sosegada, tranquila, sentida. Ya no querías dar marcha atrás.

Cuando conociste a su familia, te hizo gracia observar los rasgos tan gallegos de su padre. No se parecían en nada. Lucio medía casi dos metros, digno heredero del gaucho de su abuelo materno, indio, alto, moreno, con ojos verdes; en cambio, su padre tendría una estatura similar a la tuya: bajito, delgado, poca cosa, como buen gallego.

8
El secuestro

Montevideo, septiembre de 2008

Entre tu llegada y el encuentro con la familia de Lucio, sus padres, transcurrió algo más de una semana, propiciado por el lapso del viaje a Buenos Aires. A ti, confiésalo, no te parecía muy oportuno conocer aún a su entorno más íntimo, sobre todo porque no teníais claro qué ibais a hacer con vuestro futuro, pero, ante su insistencia, claudicaste. Ellos te hubieran agasajado con el clásico asado, pero, al explicarles que no te gustaba demasiado la carne y no querías que se molestaran tanto, propusieron un breve encuentro que después se prolongó durante horas.

Su familia parecía ansiosa por conocerte, por saber más de ti, así que desististe de formalismos y te mostraste dispuesta a pasar una tarde de charla con ellos. Padres y hermanos resultaron igual de apacibles que el resto de los uruguayos que fuiste conociendo: compañeros de la radio, amigos, familiares. Gente buena, mentes claras, nada retorcidas. Enseguida te preguntaron si habías viajado antes a Latinoamérica o si aquella era tu primera vez en la región.

Les comentaste que solo habías viajado a Río de Janeiro con anterioridad por razones de trabajo, pero que Latinoamérica no te resultaba extraña al tener, incluso, familiares en el continente. Como tantos gallegos, los tíos de tu madre habían emigrado por la década de los sesenta al continente. A partir de ese momento, el padre de

Lucio decidió centrar la conversación en esa parte de tu familia que tú jamás habías conocido. Su curiosidad te pareció infinita. Preguntaba todo: las razones de su marcha a Sudamérica, el viaje, el impacto ante la llegada al otro lado del Atlántico…

—¿A dónde, exactamente? —te animó a contestar mientras vertía el agua hirviendo del termo en la yerba.

Quería saber con total precisión el recorrido de tus tíos. Parecía como si el padre de Lucio persiguiera que tus respuestas sirvieran de constatación de algo. O a lo mejor solo se trataba de una simple y llana curiosidad. El caso es que empezaste a contar lo que sabías, porque tampoco habías indagado demasiado sobre esa parte de tu familia gallega.

—A Caracas —respondiste amablemente—; de hecho, aún viven allí.

Todavía recordabas el cariño con el que tu madre hablaba de ellos, de sus tíos Roi y Laurita. Les mencionaste que habían sido sus preferidos. Antes de marcharse a América quisieron adoptarla como una hija, pero su abuela no consintió en desprenderse de ella. Recalcaste el vínculo fuerte y estrecho que ni un océano ni el tiempo habían logrado borrar entre tío y sobrina. Tampoco el acento caribeño de tus primos, tan alejado de los altibajos celtas, con el que se habían criado sus hijos.

—¿Y tú viajaste alguna vez a Venezuela? —te preguntaron al unísono su mujer y él.

—No, nunca. Algún día me gustaría ir para conocerlos. El tío Roi siempre mantuvo contacto telefónico con mi madre. Jamás dejaron de hablarse, de contarse cómo les iba la vida. Año tras año.

La familia de Lucio no disimuló su interés. Querían profundizar más en la historia, en las razones de esa marcha a un país extranjero. A ti no te resultaba extraño. ¡Quién no había emigrado en aquellos años posteriores a la posguerra en Galicia! Parecía como si Galicia se despoblara para habitar en el Nuevo Continente. Nadie se resistió a quedarse y a sentarse a esperar. La naturaleza gallega los obligaba a seguir luchando, a no rendirse jamás, a buscar el pan y la comida donde fuera, aunque luego añoraran toda su vida la tierra. La morriña.

Sin embargo, no había sido ese el caso de los tíos de tu madre. No se habían ido con una mano delante y otra detrás, sino todo lo contrario. El tío Roi se había marchado con parte de la herencia de los Carballo para fundar junto con unos socios norteamericanos una entidad financiera en la capital justo en el momento en el que el país necesitaba mayor financiación para desarrollar grandes proyectos de materias primas, viviendas, negocios. De un día para otro, la familia se convirtió en millonaria, no de pesetas, sino de dólares.

Aquella familia venezolana, tíos, primos, nunca había sido ocultada por tu madre como había ocurrido con las cartas de ribetes rojos y azules de Londres que mantenía escondidas en la cómoda de su habitación. Al contrario que estas, guardaba con cariño, devoción y orgullo cada una de las fotografías en color que su tío Roi le mandaba desde que había iniciado su aventura en Caracas, a la vista de su marido y sus hijos. Podías observarlas cuando quisieras. Solo tenías que abrir el primer cajón del aparador de la casa de Moratalaz para encontrarlas. Las había colocado al lado del gran diccionario, el mayor tesoro de la casa, de ahí que uno se topara con ellas cuando tenía que buscar el significado de cualquier palabra.

Te parecía como si los primos venezolanos, como los llamabais, pertenecieran a la mismísima familia Kennedy, gracias al porte y distinción de la mujer del tío Roi, María Laura. Bella, atractiva y estilosa, mantenía un cierto aire con la mismísima Jacqueline, siempre con modelos a la última. Solía vestir su estrecha figura, similar a la esposa del presidente estadounidense, con vaporosos vestidos de color pastel amarillos y azules. Por su parte, el tío Roi nada tenía que envidiarle a JFK ni en elegancia, ni en juventud ni en belleza, con esos profundos ojos azules que había heredado del patriarca de la familia, de don Aldo Ramón Carballo, un legado que también recibieron sus hijos caraqueños.

En aquellas fotografías se podía apreciar una enorme finca con una mansión en el centro, rodeada de ponis y caballos. Cada estancia era como toda la humilde morada de Moratalaz. A ti aquella riqueza, los vestidos sesenteros de Gucci y Dior, los muebles importados, las enormes estancias del salón y el porche te deslumbraban. Representaban el nivel de vida que jamás podríais

llegar a alcanzar con el único salario de tu padre como funcionario de ICONA. Tampoco se lo mencionasteis nunca a nadie, ni a tus amigas ni a tus compañeras del cole.

Esa riqueza te hizo recordar un suceso que le había ocurrido en Caracas a tu primo mayor, Victoriano, recién llegado de Harvard tras estudiar Ingeniería Civil, y que resultó el detonante para abandonar Venezuela y venirse a vivir de nuevo a Galicia: el secuestro a manos de un grupo ultraizquierdista que aprovechó su vulnerabilidad de estudiante para vaciarle las cuentas paseando durante toda una jornada de banco en banco, cajero a cajero automático, encañonado con una pistola en su espalda para recaudar la máxima cantidad permitida. Ellos sabían que aquel chaval de enormes ojos azules provenía de una familia pudiente y habían perpetrado el plan para obtener liquidez.

Aquel episodio, más propio de un país sin ley que de una nación segura y respetuosa con el bien ajeno, había destrozado a la familia. Le había generado un terror imposible de borrar. Después de un día entero paseando impunemente por la ciudad amenazado de muerte, sin poder reaccionar ni salvarse, Victoriano se prometió a sí mismo que si salía de aquello retornaría a su país natal, España, para no volver jamás; de hecho, él tenía nacionalidad española, y había nacido en La Coruña. Aquel horror terminó mejor de lo esperado, porque, aunque siempre presintió que le esperaba un final fatal, una muerte sinsentido en algún descampado de las afueras de Caracas, milagrosamente ese desenlace no tuvo lugar. Al cabo del recorrido, los ultraizquierdistas le soltaron sano y salvo.

Sus padres le recibieron perplejos y aceptaron su decisión de volver a España con compresión. Ellos ya tenían su vida allí y no querían deshacer el camino recorrido. Además, tenían nietos y no soportaban pensar en separarse de los bebés.

Cuando los padres de Lucio escucharon el relato se sorprendieron. Imaginaste que no les había gustado que hablaras así de los ultraizquierdistas, refiriéndote a ellos como bandidos y delincuentes. Por conversaciones con Lucio, sabías que su padre no solo pertenecía a la izquierda uruguaya, sino que militaba activamente desde su época de juventud como tupamaro. Por eso supusiste que

aquella historia de tu familia en Venezuela no debió de agradarles demasiado. Seguro que para sus adentros pensarían: ¡que se joda por capitalista!, pero para ti se trataba de uno de tus primos más queridos, los tíos que tu madre tanto amaba. Tu misma sangre, tu familia.

A tu primo Victoriano le conociste cuando regresó a su tierra. Primero solo, sin su mujer Irene, otra ingeniera civil de origen canario. Por mucho que tu madre os hubiera hablado siempre de sus tíos, conocerle te desarmó, porque además de albergar la gran belleza que imaginabas en tu abuelo Aldo con unos enormes ojos azules, resultaba tierno y cariñoso, meloso, con ese cálido acento venezolano.

En la familia le acogisteis como si de pronto se convirtiera en el hermano mayor de todos mientras realizaba los trámites de convalidación del título de ingeniero. Luego, cuando llegó Irene, todos caísteis rendidos ante su dulzura y encanto. Los dos se marcharon a Galicia y allí empezaron desde cero, justo en el momento en el que Venezuela se desplomaba.

Años después conocerías a tu otro primo, su hermano pequeño, Juan Miguel, un científico especializado en células madre, simpático y conquistador, e igual de bondadoso y atractivo que su hermano Victoriano, que siguió viviendo en Caracas, pero visitaba de vez en cuando Madrid para asistir como ponente en distintos congresos.

—¿Y tus tíos? —preguntaron padre e hijo a la vez—. ¿Regresaron alguna vez a España?

—No. Mi madre y ellos nunca más volvieron a verse.

Tu madre te había contado que algo les había ocurrido para tomar esa tajante y contundente decisión. No lo sabías, pero deducías que un asunto importante habría desembocado en esa decisión, quizá alguna riña familiar por desavenencias con la herencia de los Carballo o un conflicto de tierras, como solía ser común en Galicia. El caso es que nunca más tuvieron intención de volver a su *terriña,* a su país. Además, ya no tenía sentido volver. No vivían sus padres, don Aldo Ramón Carballo y doña Emilia, tampoco su hermano mayor Aldo, ni su hermana Isabel, Madrinita, tampoco Jaime, al que se sentía más unido. Solo quedaba su cuñada Dolors, la mujer de

Jaime, y la pareja formada por la bruja de Eugenia, su cuñada, y Ramón, el hermano con quien no tenía mucha confianza y con quienes nunca había mantenido contacto. Y, por supuesto, su pequeña Elenita, tu madre, su adorada Nita, la hija de su hermano mayor Aldo. Al resto ya nunca los volverían a ver. No deseaban regresar cuando sus seres queridos ya no se encontraban para evitar el vacío.

La vena periodista de Lucio se superpuso a la de su padre, al que llamaban Inda, para preguntarte más sobre ese suceso que les había ocurrido en España, pero tú no sabías a ciencia cierta qué había pasado. Imaginaste algo relacionado con la codicia humana, uno de los siete pecados capitales, y que causaba estragos en las relaciones familiares de los gallegos, así que contestaste que seguramente no pudo soportar tanto dolor, tanta fragmentación entre hermanos unidos, y decidió permanecer lejos.

Quizá Roi prefirió darse la vuelta ante los reproches y los enojos, no conservar nada en España, desprenderse de todo y seguir viviendo tranquilamente en el país de acogida. Podías comprender esa actitud. Esa falta de interés por los bienes materiales. Ese carácter generoso, como acto de supervivencia. Para ti, el dinero, las casas, las tierras no poseían un gran valor. En cambio, los recuerdos, lo vivido, lo experimentado, el sentimiento, el latir del corazón eran lo que más valorabas de la vida, el gran tesoro de tu existencia. Nadie te lo podía quitar, solo la muerte. Podías vivir sin bienes materiales, pero nunca sin recuerdos, sin el amor de los que habías querido. Los apreciabas más que el oro y los brillantes.

En medio de tan animada conversación te sirvieron lengua de vaca, ¡sí, lengua de vaca!, que creías que ibas a tener que ir al baño a echarla, pero como persona educada que eras, te recompusiste de cada trago echando mano al mate, que, ese sí, te encantaba. Mientras se te caían unos lagrimones enormes ante cada bocado, interpretados por todos como emoción al contar la historia de tus tíos de Caracas, ibas engullendo aquello como si se tratara del manjar más exquisito. A respetuosa no te ganaba nadie.

Por tu parte quisiste saber más sobre las costumbres uruguayas, los asados, comidas, encuentros, el país. El padre de Lucio te contó

que trabajaba para la compañía estatal de electricidad y que ejercía como chófer del presidente. El nombramiento de su jefe había sido cosa del partido que en ese momento gobernaba Uruguay, el grupo de izquierda Frente Amplio, y necesitaban a alguien de confianza para llevarle por todo el país. Entendiste que ese hombre de confianza había sido él.

Todo el mundo le conocía y, pese a que su cargo no implicaba una gran importancia ni estaba remunerado con un abultado sueldo, resultaba trascendental para la política del país. Sin energía no existía nada, por eso aquel pequeño hombre, descendiente de gallegos, suponía la pieza clave de un entramado para que el país nunca se quedara sin electricidad y pudiera resistir a los posibles ataques procedentes de Estados Unidos. Lo intuiste mucho después, en Madrid, cuando en una recepción del nuevo embajador en España, el padre de Lucio se convirtió en uno de los hombres más alabados por los uruguayos concentrados en esa mansión de La Florida.

No era para menos. Con el consentimiento del presidente, filtraba cualquier conversación de índole secreta que mantuviera con los mandatarios extranjeros. Durante toda su vida había sido el hombre de la izquierda uruguaya en la sombra. El leal y fiel escudero del nuevo poder.

Sin tener carrera universitaria ni estudios superiores, Inda se había ganado el respeto del pueblo, de los despojados de la riqueza. Adoraba sus orígenes y, aunque se sentía uruguayo hasta la médula, sentía los colores de la bandera española como propios. Algo que a mí me resultó extraño. En el salón de la coqueta casa, la bandera roja y gualda coronaba la estancia. La había comprado en uno de los múltiples viajes que había realizado a bordo del buque insignia uruguayo Artigas, similar al Sebastián de Elcano español, donde había ejercido de intendente de compras para la tripulación; sin embargo, no se había acercado nunca a Galicia, a Orense, a la tierra de su padre, o eso al menos fue lo que te dijo. No indagaste nada más.

9
Matrimonio de conveniencia

Madrid, octubre de 2009

Lucio se mudó a Madrid en octubre de 2009 con la idea de comenzar un noviazgo clásico. En tus planes no existió nunca la palabra «boda», pero cuando te llamó desesperado desde el aeropuerto de Barajas mientras esperabas su salida porque se encontraba en el calabozo, intuiste que después de aquello ibais a preparar el enlace para que nunca nadie más en España pudiera retenerle en contra de su voluntad por indocumentado, por no llevar papeles españoles.

Le escuchaste atentamente, sin perder palabra de lo que decía. Te pedía que te acercaras a la comisaría del aeropuerto y que explicaras que eras su novia y que venía para casarse. No quisiste escuchar nada más. Se trataba de sacarle de esa situación como fuera y luego ya hablaríais ambos. La policía te sometió a un pequeño interrogatorio que te pareció desproporcionado, pero, como siempre ocurría, después de tamaño disgusto, le soltaron.

¿Por no ser español le hacían pasar por esto? Hasta que no conociste a Lucio no habías sido consciente de las dificultades que tenían que pasar los inmigrantes de terceros países para recalar en España. Al final, con un abrazo se resolvió todo y entonces la policía fue consciente, mirando tus pupilas bañadas en lágrimas, de que se

encontraba delante de una mujer enamorada a punto de contraer matrimonio.

Lucio no tuvo que comprar anillo ni pedírtelo oficialmente. Si aquella policía le volvía a meter en un calabozo jamás volvería a pisar España, así que empezasteis los trámites para casaros. Debía ser algo rápido. No podíais esperar el año y medio que solicitaban las instituciones madrileñas para formalizar un enlace, así que entre los dos decidisteis que la boda tendría lugar en Galicia, en Pontevedra, en tu *terriña,* para resolverlo lo antes posible.

Como trabajabas tantas horas en la editorial, no podías encargarte de los preparativos, así que lo dejaste todo en manos de Lucio. Sería su primer trabajo en España: ser el *wedding planner* de vuestro propio enlace. Habíais decidido realizar una pequeña celebración para cincuenta personas, los más allegados, hermanos, primos y amigos más cercanos, con la intención de guardar un recuerdo íntimo y testimonial. Para ello viajó varias veces solo a Marín, a Pontevedra, consultando precios de hoteles para el banquete, gaiteros, payasos, peluquería, entrando y saliendo del juzgado de familia de primera instancia en Pontevedra, en los juzgados de Marín…

Un proceso que podía haberse acortado de haberos casado por la Iglesia, pero como él ya había estado casado anteriormente, los trámites para la ceremonia civil dependían exclusivamente de vosotros. Para ello, le proporcionaste toda la documentación necesaria: partida de bautismo, libro de familia, DNI y no sé cuántas mil cosas más. A los dos meses de su llegada a Madrid, ya seríais marido y mujer. Hasta que un día de aquellos en los que Lucio se encontraba en plena vorágine de papeleo en Marín, llamó de repente. Había surgido un nuevo problema. ¿Otro?

—¡Gallegos boludos! ¡Sí, boludos de mierda! —le escuchaste decir nada más responder a su llamada. Te tronchabas con el acentito.

—¿Qué pasa? ¡Cálmate! —le pediste para que te explicara lo que estaba ocurriendo allá en tu tierra.

—¡Andá la concha de su madre! ¡Ahora me dicen que hay que pasar una entrevista para descartar el matrimonio de conveniencia!

Te dio la risa.

—¿Cómo? ¿De verdad? ¿Como en las pelis?

Empezaste a desternillarte como una imbécil recordando una de tus películas preferidas protagonizadas por Gérard Depardieu y Andie MacDowell, cuyo interrogatorio resultó fallido al no recordar él el nombre de la crema de ella, Monticello. Pero al notarle tan serio y desesperado, no te pareció tan divertido, e intentaste recobrar tu preocupación hasta que la ironía te pudo de nuevo.

—¡Venga, no te preocupes! ¿Cuál es tu comida preferida?

—¡No me jodas, Lúa!

Lucio estaba estresado, atacado. Sabía que no iba a pasar el interrogatorio. De repente, se dio cuenta de que no sabía nada de ti. Nada acerca de tus gustos culinarios, ni de tus escritores preferidos, ni de tu color favorito, ni de tu ciudad de ensueño. Absolutamente nada. La entrevista, además, debía ser presencial en los juzgados de Marín a la semana siguiente y él estaba convencido de que iba a fallar y que tendría que volverse a Montevideo, ahora que había dejado un alquiler baratísimo en el centro mismo de la capital uruguaya. Sentiste sus nervios, su manera de caer en bucle, sin poder salvarle. Todo lo veía negro, muy negro.

Entonces, con mucha paciencia le contaste que a ti nada te gustaba más que la empanada gallega y el pote que preparaba tu madre en invierno. Que, si te daban a elegir, preferías el pescado a la carne, y que no tolerabas ningún tipo de alcohol porque su ingesta te machacaba el hígado. A modo de titulares de prensa, le fuiste resumiendo que admirabas a Javier Marías y a Jane Austen más que a ningún otro escritor o escritora de cualquier época. Que adorabas los dos colores de tu tierra, el verde y el azul, y así, poco a poco, de una manera dulce y tierna, como si fuera un cuento, conseguiste que se calmara, que recobrara la confianza perdida y creyera en sí mismo. No tenías ninguna duda de que superaríais el interrogatorio sin dificultad.

A la mañana siguiente, compraste un billete de ida y vuelta en el tren para ir a Pontevedra y ahí empezaste tu periplo para pasar el interrogatorio. A Lucio le habías escrito la noche anterior un folio entero de preguntas para que te mandara sus respuestas lo antes posible, porque, a decir verdad, tampoco sabías demasiado de sus

gustos y aficiones. En el tren, mientras viajabas, fuiste leyendo en el ordenador portátil que sentía pasión por su familia, sus hijos y por la selección uruguaya de fútbol. Que, a diferencia de los españoles, cuando sacaban la bandera azul y blanca de Uruguay y entonaban el himno uruguayo, llegaba a llorar de amor a su patria. Te parecía inconcebible, pero así lo leíste.

Que no soportaba el frío, que su cuerpo empezaba a ponerse morado cuando el termómetro bajaba y que solo un buen asado regado con vino tinto de su tierra podía reanimarle. Que no existía un color que apreciara más que otro, porque además combinaba fatal los tonos en su ropa y no tenía ningún gusto en el vestir. Ahí te reíste, porque eso ya lo habías notado. Te parecía un poema verle elegir cualquier indumentaria. Le gustaba muchísimo su profesión de periodista, locutor y productor radiofónico; lo que más le apasionaba era ese medio, el contacto con el público a través de las ondas, sin que nadie pudiera reconocer su rostro, solo su voz. Ni el periodismo escrito ni la televisión le habían seducido nunca tanto como la radio.

A la pregunta sobre qué le había atraído más de Lúa Cid Palacios, contestó que su bondad y su alegría, y eso te desarmó. No se había fijado ni en tu cuerpo, ni en tu patrimonio, ni en tu casa, tampoco en tu alto salario, ni en tu reputada profesión liberal, solo había mirado tu interior («y no tu ropa interior», apostilló, y te reíste). Dijo que adoraba pasarse horas y horas charlando contigo, hablando de lo humano y lo divino, ofreciendo sus reflexiones y escuchando las tuyas. Que había aprendido muchísimo de esa manera tuya de pasar por la vida, deteniendo cada instante, cada recuerdo, cada reacción para conocer mejor al ser humano y meditarlo. Tú pensaste que a Lucio también se le veía un hombre humilde, un voraz lector de libros, un filósofo del siglo XXI, intentando hallar respuestas al sentido de cómo somos. Un gran admirador de las mujeres, a veces demasiado. Todo ello te lo creíste, sin sopesarlo.

Él, y no otro, se había fijado en aquella parte escondida de tu ser que cuidabas con esmero, esa parte de ti a la que dedicabas mucho tiempo, mucho más que al gimnasio para mantener tu cuerpo, al

que casi nunca ibas, o las carísimas cremas que siempre olvidabas echarte de noche. Eso te enamoró.

Al llegar a la estación de Pontevedra le viste, despistado, esperándote, sin casi darse cuenta de que había llegado el tren, y te abalanzaste sobre él con el beso más apasionado. El resto de los viajeros no pudieron más que aplaudir. Parecía un amor de película.

10
El interrogatorio

Marín, noviembre de 2009

El martes de la siguiente semana tendríais la cita en los juzgados de Marín. El frío y el nerviosismo os helaban la cara. La funcionaria os miró con recelo cuando os presentasteis, pero al rato se mostró más amable al ver el gesto de tensión y los dedos anudados de vuestras manos. Mientras ambos temblabais, os dijo que se trataba de un mero trámite y que no os preocuparais. A él le metió en un cubículo con otra empleada y tú seguiste en su despacho, sentada. Te preguntó de todo.

Cuando llegó a la parte de los hijos, caíste en que eso no lo habíais preparado. No supiste qué contestar, porque esa cuestión ni se te había ocurrido en tu listado ni tampoco habíais tenido tiempo de hablar de ello. ¡Joder! Algo tan trascendental como la paternidad y ni lo habíais tocado. ¡La releche! La funcionaria no te metió prisa y hasta te tranquilizó, te explicó que era normal, que apenas llevabais un año saliendo y que a ella le parecía un poco pronto para tomar decisiones al respecto. Entonces coincidiste con ella, primero necesitabais saber cómo funcionabais como matrimonio y luego ya se vería.

El trance pasó al cabo de una hora, después de contestar a los veinte folios del interrogatorio, donde parte de las preguntas correspondían a tus gustos y otra parte a las aficiones y *hobbies* de

tu futuro marido. Lucio y tú salisteis casi a la vez y, cuando os juntasteis, lo primero que hiciste fue preguntarle si se había acordado de cuál era tu comida preferida.

—Pescado, dije pescado —contestó.

—¡No puede ser! ¡Madre mía del amor hermoso! ¡No te fijas en lo que te digo! —exclamaste, incrédula.

Al principio pensaste que estaba bromeando, pero al ver su rostro serio, no pudiste contener las lágrimas de pena, de rabia, no sabías de qué. Ante la sorpresa de Lucio, tu rostro empezó a palidecer. ¡Mira que se lo habías contado! ¡Recalcado para que no se le olvidara! ¡Y nada! ¡Le costaba prestar atención, incluso, a lo que resultaba clave para su vida! ¡No soportabas tanto despiste, que fuera tan desmemoriado, tan poco observador para cuestiones trascendentales! Quizá estaba distraído con sus propias preocupaciones, inmerso en su mundo interior. No sabes por qué, pero te atraen esos locos de mentes inquietas hasta que te das cuenta de los problemas que acarrean.

—¡Lucio, te dije la empanada y el pote gallego! ¡Joder! —Intentaste no alterarte, pero, al cabo de unos segundos, estallaste —: ¡Es que no me lo merezco! ¡Tanto esfuerzo para nada! ¡Pareces tonto!

De inmediato, se percató de su error, enfadándose consigo mismo, contigo, con la vida, con los boludos gallegos. Ambos sabíais lo que os jugabais en aquel cuestionario. Tú lo habías preparado a conciencia y, sin embargo, Lucio tan solo lo había repasado una vez, convencido de que se lo sabía de memoria. Se lo habías advertido. Podían tirar el expediente para atrás y no casaros nunca o aceptarlo. Sería solo cuestión de suerte, así que había que esperar a que el juzgado tomara una decisión.

Tú le explicaste que también habías fallado en el tema de los hijos, pero, claro, ese asunto no lo habíais mencionado nunca, por lo que intentó tranquilizarte respondiendo que por supuesto quería un «galleguito», si venía, y empezasteis a buscarle un nombre, que enseguida encontrasteis: si era niña se llamaría Xoana, y Tabaré, el nombre uruguayo por excelencia y título del poema épico nacional escrito por Juan Zorrilla de San Martín, si era niño. La verdad es que

esa tarde estabais desesperanzados. Tú, como buena acuario, proyectando el futuro ya te imaginabas viviendo en esa ciudad, Montevideo, igual de deprimida que el resto de los uruguayos si querías casarte con Lucio.

Al día siguiente os llamaron de los juzgados para anunciaros que el trámite se había saldado sin dificultad pese a algunos errores cometidos, que ellos consideraban normales, y que ya podíais retomar los trámites para la boda. La alegría de esa respuesta os generó uno de esos momentos íntimos y felices que viven las parejas mejor avenidas. Empezasteis a planear una nueva vida juntos, soñando que en vuestra jubilación viviríais siempre en vuestra estación preferida, el verano, pasando largas temporadas en el austral en Uruguay y en el litoral gallego. Los comienzos siempre resultan preciosos y, entre abrazos, os pusisteis a intentar crear esa descendencia deseada.

11
Tupamaros al poder

Montevideo, noviembre de 2009

A finales de noviembre, Uruguay vivió uno de los momentos claves de su historia. Aquel tupamaro que quedó bajo tierra durante trece años, Pepe Mujica, llegó al poder y se convirtió en el presidente del Gobierno uruguayo con amplia mayoría. La paciencia de aquel viejito que había salido con una plantita en flor de su celda se convertiría en el ejemplo de toda una nueva generación de jóvenes, no solo de uruguayos, sino de todo el mundo, por su particular forma de gobernar, sin apenas coches oficiales, cediendo parte de su sueldo a quienes nada tenían, viviendo en la chacra donde plantaba sus verduras y hortalizas, rechazando la residencia oficial. Al final, se decía que el poder no había cambiado a Pepe Mujica, pero que él sí logró transformar el poder.

A partir de entonces, el mundo volvió su mirada a ese hombre de gobierno que no se dejaba arrastrar por cantos de sirenas. Que no quería nada porque lo tenía todo en su finca y al lado su mujer, otra tupamara forjada para ayudar y conseguir una vida mejor para los suyos. Reflexionaste sobre ese hombre ejemplar, con esa manera de concebir la vida en la que lo material no aportaba felicidad, sino tristeza y discrepancia. Y te comprometiste, en la medida de lo posible, a seguir sus pasos.

Cuando nada quieres, nada te pueden quitar ni comprar. Si no anhelas bienes materiales, resulta muy difícil camelarte, seducirte y convencerte para que pienses de otra manera, y gracias a ello, te sientes libre. Así que te despediste de ese capitalismo que nunca había ido contigo. No necesitabas ni una casa más grande, ni un sueldo mejor, ni bolsos de determinada marca, ni mejores manjares. Te viste entonces feliz con tu trozo de empanada, tu pequeña vivienda y tu familia. El resto te sobraba.

Por eso, cuando empezaron los rumores de que en la editorial podría haber despidos no te afectó demasiado. Ya pensaríais algo Lucio y tú. Te sentías pletórica, feliz, despreocupada, hasta que una semana antes de la celebración de la boda, que habías señalado para el puente de la Constitución, en el mes de diciembre, con el objetivo de que los invitados que vinieran de Madrid, Uruguay, Estados Unidos y Londres pudieran desplazarse sin problema, Lucio te confesó algo que te desestabilizó. Se trataba de un asunto que habíais tratado al principio de vuestra relación y del que nunca habíais vuelto a hablar.

—Lúa, ¿te acordás cuando te dije que mi matrimonio se había roto por incompatibilidad de caracteres? —te preguntó sin darle demasiada importancia.

—Sí, claro —contestaste tranquila, mientras le dabas la espalda en la cama, a punto de dormir tras un día agotador de últimos preparativos.

No entendías el sentido de esa pregunta, pero de repente su silencio te aterró. Bruscamente giraste la cabeza hacia su lado para verle y le miraste callada, muda, igual de asustada que cuando te engañó con el dinero. Entonces, en décimas de segundos, lo viste claro. En medio de la oscuridad, observaste su mente perversa, el brillo afilado de su iris y una macabra sonrisa, que reflejaba la misma alma podrida que la del protagonista de *El retrato de Dorian Gray,* de Oscar Wilde.

—Te mentí —afirmó de manera contundente—. Le fui infiel a mi exmujer nada más nacer mi hijo.

¡No podía ser! ¡No podía ser! Otra vez el uso de la mentira para cambiar tu voluntad. Paralizada y sin saber cómo reaccionar, te

volviste sin decir palabra. ¿Por qué te contaba la verdad en ese preciso instante? ¿A falta de escasos días para la boda? ¿Pretendía detener la celebración? No, ni mucho menos. Lo que necesitaba era blanquear su infidelidad, su falta de sensibilidad, su maldad. Al día siguiente, te pidió perdón por haberte ocultado la verdad. De haberlo sabido no te hubieras casado con él. Nadie desea contraer matrimonio con alguien que abandona a su mujer cuando más débil se encuentra. Lucio se dio cuenta de que algo se había quebrado en ti; por eso, el día posterior a la noche de bodas, él y su tío de Florida desaparecieron sin dar señales de vida ni contestar al teléfono. Estuvieron ausentes día y noche, pero ya no te importó demasiado.

Cuando regresasteis a Madrid, os llamaron del juzgado de Pontevedra para recoger el libro de familia. A ti te pareció bien que Lucio volviera a marcharse a Galicia, a Pontevedra, pero te sorprendió que para un mero trámite de recogida de un documento alargara su estancia durante casi quince días. Cada vez que le llamabas le encontrabas recorriendo los juzgados de Pontevedra. ¿Qué estaba haciendo allí? Nunca te lo dijo.

Cuando volvió a la rutina madrileña, empezaste a notar que Lucio echaba de menos a sus retoños, por lo que no tuviste ningún problema en que él viajara con regularidad a su país para así poder ver a su familia. A él no le importaba cruzar el charco como quien se va de excursión. Su madre había empeorado y Lucio decidió viajar para ir a verla. Cualquier momento parecía especial para volver. A ti esas estancias en Uruguay te dejaban en paz contigo misma. Aprovechabas para realizar escapadas con tus amigas, comidas y cenas con gente de tu entorno que él no soportaba.

Así ha sido siempre. Ayudar a tu pareja cuando lo necesita, comportarte de manera desprendida con la familia… forma parte de tu esencia. No concibes otro modo de querer. La generosidad y el agradecimiento por encima de todo. Siempre apostillas que una persona roñosa resulta miserable en el resto de los aspectos de la vida, incluso en la cama. Uno se comporta en la alcoba con la misma naturaleza con la que se muestra en el resto de las actividades, este es un mantra que repites con asiduidad. Por el contrario, su familia siempre se mostraba miserable, como el día de la lengua de vaca,

cuando pidieron una *pizza* solo con salsa de tomate, sin ningún ingrediente añadido. Quizá era un detalle nimio, pero a ti se te quedó grabado.

Las carreras de tus primos por pagar en la barra del bar demostraban que la mezquindad tampoco iba con ellos. Bien es cierto que ninguno sufría necesidades, pero, aunque no fuerais ricos, siempre priorizabais la invitación, y no al estilo de la familia política uruguaya, donde ellos te invitaban y resultaba que, al final, eras tú quien pagaba. Un modelo realmente curioso, que quién sabe si habían heredado de esos ascendientes llegados al país en la pobreza más absoluta.

12
El tono del móvil

Madrid, junio de 2011

Al poco tiempo del enlace, te quedaste embarazada. Acogisteis la buena nueva con ilusión y sorpresa, porque ya te encontrabas en una edad «añosa», como te informó de manera desagradable la doctora, o al menos, en una etapa infrecuente para los embarazos naturales. Por Madrid y Galicia había ido pasando una gran parte de la familia uruguaya; primero los más cercanos: la tía argentina hermana de su madre, el hermano australiano, sus hijos…, para luego abrir el cupo a los amigos de Lucio, los hermanos de amigos, los amigos de los amigos… y, al final, tu pequeño apartamento en Madrid se convirtió en parada obligatoria para todos los uruguayos que pasaban por la ciudad.

Embarazada, a ti aquel trasiego de gente te dejaba agotada, con la cantidad de compras, comidas y preparativos que necesitabas realizar como la buena anfitriona que te considerabas. La vida se te hizo agobiante. Además, en el trabajo se podía decir que no pasabas por una buena temporada, con una jefa impertinente que reclamaba atención cada segundo y te exigía lo mismo que le pedían a ella, pese a cobrar mucho menos y no ser tú sino ella la directora de *marketing.*

Así que, un día, medio harta y con casi cuatro meses de gestación, le dijiste a Lucio que a partir de entonces debería encargarse él de

cocinar para sus invitados. A ti no te importaba asumir el coste adicional que te generaban las visitas, pero no tenías fuerza para cocinar ni para ir al supermercado en ese estado. A pesar de no estar trabajando en esos momentos, Lucio tampoco cumplía con las tareas del hogar que, entre los dos, os habíais distribuido. Lo habíais hablado hasta la saciedad, pero siempre ocurría lo mismo, y su falta de compromiso te exasperaba.

Cuando llegabas a casa, cansada de una intensa jornada laboral en la editorial, ahí estaban los platos y vasos sucios en el fregadero, la cama sin hacer, el baño asqueroso, absolutamente toda tu tarea tirada por la borda, y él repanchingado en el sofá, obsesionado con su nuevo iPhone, tras jubilar la BlackBerry. Tampoco tenía nunca preparada la cena, porque, según su teoría, resultaba más entrañable prepararla los dos juntos. ¡Tenía un morro que te alteraba!

La noche en la que llamó su padre para avisar de que en las próximas semanas se alojaría en tu casa uno de esos tupamaros de Montevideo, ya no quisiste claudicar con más abusos. No era cuestión de dinero, que también, sino de dignidad. Desde ese momento, ambos entrasteis en una vorágine de reproches. Esa misma noche, en la cama, Lucio intentó convencerte con caricias y carantoñas, pero te diste media vuelta de manera brusca y de pronto empezaste a sentirte más dolorida, cada vez con más angustia. Sentías que la vida se te iba hasta que descubriste que la cama estaba llena de sangre. Le pediste corriendo que se diera prisa, que te estabas mareando, que ibas a perder el conocimiento, el aliento. Mareo, dolor, asfixia… ¡El niño!

No pensaste que estabas a punto de perder a tu hijo, sino el pulso, la vida. Creías que se acercaba tu final. Sentiste tu muerte. Al ver tu palidez y nada más alcanzar la Maternidad de O'Donnell, no te hicieron esperar, enseguida recuperaron tus constantes vitales y te monitorizaron hasta lograr estabilizarte. Allí, delante de otras mujeres que estaban viendo cómo sus retoños se movían en las ecografías, te dieron la peor noticia: el corazón de tu pequeño Tabaré ya no latía y había que realizar urgentemente un legrado para evitar la infección. ¡No te lo podías creer! ¡Tu hijito había

decidido no venir al mundo! En ese momento, triste, destrozada, recordaste su poema:

¡Ah!, no, no pasarás, como la nube
que el agua inmóvil en su faz refleja;
como esos sueños de la media noche
que en la mañana ya no se recuerdan.

Tabaré iba a estar contigo siempre. Al cabo de unos minutos, ya te encontrabas en el quirófano. No llorabas. Necesitabas toda tu concentración para salvarte, instinto humano. No dejaron a Lucio estar a tu lado. En ese momento no le querías ver. Por el contrario, un doctor joven, dulce y cariñoso te acompañó y te cogió de la mano.

—Pronto va a pasar todo —dijo con serenidad mientras sonreía y te quedabas dormida—, no te preocupes. Estoy contigo. Soy tu doctor.

Con esa tranquilidad ocurrió la pérdida de Tabaré. Cuando te despertaste, te encontraste en la habitación a Lucio, tu madre y tus hermanos, la pequeña, Xita, la mayor, Sefa, y Germán. Solo notaste la ausencia de tu padre, pero a él siempre le apartabais de las tristezas agudas y de esos momentos que le podían llevar al pozo oscuro de la depresión, para evitar recuerdos de un pasado doloroso. Lloraste. Ellos te abrazaron. Lucio también lloró. Perdía a su hijo, pero también la única posibilidad de mantener los lazos con España.

Desde entonces supiste que el cielo no te iba a permitir nunca más ser madre, algo que siempre habías anhelado, pero lo aceptaste, resignada. Sin dramas, sin culpa, sin golpes de pecho. Poco a poco, ibas asumiendo los vuelcos de la vida con mayor docilidad, sin tanta fiereza. Ibas madurando, convirtiéndote en una persona adulta que comenzaba a entender que la vida no solo se presenta como uno quiere, sino como le dejan. Otros tendrían hijos, pero no tú. La entrega incondicional y amor filial no sería el destino de tu existencia, por mucho que te hubiese gustado. Tu mundo lo

poblarían la imaginación, las ideas, los pensamientos, los proyectos. Crearías, sí, pero sin hijos.

Ante eso, reflexionaste sobre lo que habría significado ese hijo. Tú, tan responsable, presuponías una vida angustiosa para que a ese niño no le faltara de nada, quizá incordiándole hasta el punto de no dejarle vivir, pendiente de sus necesidades, sus frustraciones, marcándole el camino para que no se equivocara. Te sabías demasiado preocupada, demasiado madre. Te viste como una protectora a todas horas, alterada en cada momento por las horas de llegada, por los estudios, por el daño que pudieran inferirle, por las decepciones, tal y como te comportabas con tu hermana pequeña Xita cada vez que salía. Ya fuera de compras o por la noche, te daba un infarto si no llamaba cada dos o tres horas. No. En el fondo de tu ser, sabías que no hubieras soportado ser madre. Habrías agonizado antes de tiempo.

Así que de un tremendo disgusto creaste un espacio de serenidad. Te sentías completa así, sin hijos, y aceptaste tu duelo. Al pequeño Tabaré lo despediste en silencio como si hubiese sido él mismo quien, de manera consciente y voluntaria, eligiese partir, alejarse de esa familia hispanouruguaya que empezaba a quebrarse, a desmoronarse. Como si te hubiese advertido de que él no iba a pasar media vida cruzando el Atlántico para ver a sus progenitores separados.

Al volver al trabajo de la editorial, el director, que te había mandado flores blancas en tu convalecencia, entonó un «lo siento» frío y poco sentido. Al preguntarte cómo te encontrabas, respondiste de manera espontánea, sin prepararlo, que no te ibas a recrear en lo que ya no tenía solución. Sorprendido ante tu entereza, tu vida siguió hacia delante; sin embargo, la de Lucio se paró.

Aquel hijo suponía para él la última oportunidad de seguir vinculado a España. De repente, parecía como si sus planes se hubieran ido al traste. Como si ya nada tuviera sentido en este país. No le importaba buscar trabajo ni simular ya su desapego. Prefería colocaciones a través de empresas de trabajo temporal para no implicarse demasiado ni permanecer más tiempo del establecido. Poco a poco, percibiste que te dejaba de escuchar. Las

conversaciones, que en otro tiempo habían sido lo que más le habían enamorado de ti, le hartaban, le ponían de los nervios. Empezó a llevarte la contraria en todo. Si tú proponías un plan, prefería lo contrario. Observabas por primera vez en tu vida las señales del desamor que nunca antes habías visto, pues fuiste tú quien abandonó aquella primera relación de los veinte años para evitar la locura.

Mostraba lo que intuías siempre había sentido: un desprecio absoluto, sin disimulo, hacia tu persona. Lo que al principio suponía admiración se convirtió poco a poco en celos y envidia. Por mucho que se hubiera autoconvencido para valorar los atributos de tu personalidad, especialmente tu generosidad y por tanto el bienestar y el dinero que le proporcionaría ser tu marido, en cuanto todo eso empezó a flaquear, su amor, si alguna vez existió, comenzó a diluirse, a dar muestras de no existir, imponiéndose excusas banales para justificar sus endiablados planes.

¿Cómo no te habías dado cuenta antes? ¿Cómo no escuchaste a tu madre cuando dudaba de él? No sabes. Pese a estar persuadida de que resulta mejor alejarse de los que muestran amor falso que odio acérrimo, lo consentiste. En cualquier caso, si no lo llegaste a ver fue porque no te lo mostraron. Está claro. Tu sinceridad y confianza se alzan sobre los silencios y las mentiras. Seguramente como buen cobarde, no deseaba que te enteraras antes de tiempo de sus verdaderos sentimientos e intenciones, o al menos antes de poner en marcha su estrategia, y por eso, jamás lo verbalizó ni ofreció pistas que fundaran tu desapego y decepción. Tenía que difamar primero, ensuciar tu nombre y vilipendiarte. No lo afrontó honestamente con una conversación que le resultaría dura ante quien le había amado y entregado todo con sinceridad.

Durante todo un año mantuvo su opacidad, sincerándose solo con sus familiares más allegados, con una crueldad y una malicia fuera de serie. Una frialdad que le acercaba más a la psicopatía que simplemente al desamor. Con astucia, dejó pasar la vida para ver cómo afrontar la situación sin mostrar empatía y cumpliendo sus deberes maritales sin ningún ápice de sensibilidad o capacidad para ponerse en el lugar del corazón roto que iba a pisar. Sin pensar

cómo podría afectar a un ser humano el desprecio rutinario, porque en ese momento y a base de mucho cariño, tú sí que habías construido las bases para un matrimonio estable que durara de por vida. Mientras Lucio iba destruyendo, tú ibas creando una etapa madura, prólogo de una vejez acompañada, pero, al final, por mucho que uno necesite autoimponerse el amor por bienestar económico, si no se siente de verdad, y Lucio no lo sentía, es imposible mantenerlo en el tiempo. Aprendiste bien la lección, o eso creías.

En uno de esos viajes a Montevideo para la celebración de la fiesta de la puesta de largo de su hija mayor, te demostró lo poco que le importabas. Apenas contactó contigo durante el mes y medio de su estancia allá. Las pocas veces que lo hizo se mostró malhumorado, enfadado, sin explicarte las razones de su enojo, pese a haber asumido tú todos los gastos de viaje, regalo y manutención. Tu esfuerzo suponía el mejor regalo que le podías entregar a esa niña, acompañada del brazo de su padre. Nadie te lo agradeció, pero ya estabas acostumbrada a los desplantes de todos, de que la gente creyera que simplemente suponía una obligación más entre tus deberes.

Después vendría el ERTE en la editorial y un proceso de incertidumbre que tuviste que vivir sola, sin su apoyo. Al cabo del tiempo de consultas, cuando el comité de empresa obtuvo la lista definitiva de afectados por el cese temporal de empleo, te viste en ella y acto seguido supiste que tu sueldo iba a quedar reducido al mínimo. Durante una etapa cobrarías el paro y ya no podríais hacer tantos viajes a Montevideo al módico precio de tres mil euros. Cuando se lo contaste, Lucio tomó una decisión que no te contó entonces, pero que tú consideras crucial para entender la pesadilla que años después asoló tus sueños: su vuelta a Uruguay, solo, sin ti. Se marcharía de tu lado para siempre. No podía hacer otra cosa.

El objetivo con el que había llegado a España, y que tú seguías desconociendo, ya estaba totalmente cerrado, un asunto del que jamás te había hablado y que, por supuesto, jamás te contaría. Lo poco o mucho que descubrieras tendrías que hacerlo por tus propios

medios. Ni por asomo podías haber sospechado que iba a ser ese tu destino. Lucio se mantuvo en silencio todo ese tiempo.

Evidentemente, a ti no te hizo partícipe de nada. Quizá había tejido una vida paralela allá, un mundo mucho más vibrante y sofisticado que el vuestro, con implicaciones políticas en el país y en su propio padre. Ahora que su hijo no nacería, supondría que era el momento de ejecutarlo. Desconocías sus verdaderas intenciones, pero una mañana en la que él se encontraba en la ducha, estuviste a punto de descubrir algo.

Ocurrió en décimas de segundo, mientras escuchabas correr el agua. De repente, de su iPhone, situado encima del aparador del distribuidor cercano a la puerta del baño, surgió una llamada. Al comprobar que Lucio no se encontraría disponible para contestar, te acercaste para saber si la llamada estaba identificada y si era alguien conocido de su familia a quien contestar.

Al leer «Papá» hiciste el amago de descolgar. Siempre te echaba en cara que eludieras responder cuando él estaba ocupado conduciendo, como si no quisieras hablar con su familia. Por eso, lo cogiste con total inocencia. Te pareció un gesto de amabilidad para que Lucio no se enfadara más contigo en un momento en el que cualquier actuación tuya le producía malestar y rechazo. Por eso no entendiste su reacción. Cuando habías alcanzado el móvil, Lucio apareció delante de ti mojado, desnudo y con cara de pocos amigos y te quitó el móvil de la mano. ¿Por qué?

Al instante, supiste que algo ocurría y no lo soltaste. Se abalanzó sobre ti y te retorció el brazo, produciéndote un dolor increíble, hasta amoratarte la piel; luego te empujó encima de la cama y se echó sobre ti. Te estaba ahogando. No te dejaba respirar, y no pudiste hasta que soltaste el móvil y lo cogió en sus manos, apagándolo. Ahí se recompuso. Se levantó y fue a secarse al baño. Tú estabas conmocionada y le preguntaste qué le había pasado. ¿Por qué no dejaba que contestaras a su padre? ¿O no era su padre?

Así fue como tu mundo se quebró. Sentiste que tu vida volvía a ser otra mentira. Que esos silencios explicaban algo que no se atrevía a contarte. Ya no pintabas nada en su vida y él había tomado una decisión unilateral, sin advertirte de nada, sin que se notara. De

una manera paranoica, esquizofrénica, narcisista, sin empatizar, sin importarle tu dolor ni tu sufrimiento.

Inmediatamente caíste poco después en que esa actitud, esa violencia por despojarte del móvil, significaba que te estaba engañando, que te había ocultado algo realmente serio por algún motivo que en ese momento desconocías. Entonces, tus neuronas se revolucionaron. ¿Cómo había sido posible que saliera corriendo de la ducha para intentar responder esa llamada si no sabía quién le llamaba? ¿O sí lo sabía? ¡Joder! ¡El tono de llamada del móvil! ¡Pareces estúpida! Era una melodía distinta a la habitual y, aunque en la pantalla apareciera la palabra «Papá», obviamente no correspondía al teléfono de su padre. Se trataba de otra persona. ¿Una mujer? ¿Qué significaba aquello? Lucio lo negó hasta la saciedad. Si no tenías pruebas, por qué decías eso. Siempre respondía lo mismo. Había estado a punto de asfixiarte sin motivo; entonces, si no le telefoneaba otra mujer, ¿cuál era su verdadera razón para comportarse así?… No tardarías en saberlo.

13
La huida

Madrid, diciembre de 2013

Lucio empezó a dormir en la habitación de invitados. No quería despertarte mientras hablaba con los «suyos». Esa era siempre su respuesta cuando le pedías alguna explicación. A medida que transcurría la noche, te ibas quedando dormida mientras a lo lejos escuchabas las conversaciones por Skype con su padre o sus hijos, en Montevideo, su hermano en Australia o las llamadas a Canadá para conversar con su otro hermano. Esos susurros con acento rioplatense se iban colando en tu oído como una especie de bruma del mar en una siesta en la playa, sin poder discernir de qué trataban ni interesarte lo más mínimo. Como una nana cantada a lo lejos o el leve sonido de la televisión puesta mientras dabas una cabezada. Asuntos de tu familia política en los que no te gustaba indagar ni cotillear.

Lucio tampoco te implicaba en sus charlas nocturnas. Hablaba con sigilo, espaciando cada frase con la cadencia de los silencios para que no escucharas absolutamente nada en la habitación. Necesitaba mantenerte al margen de todo aquello, de lo que estaba tramando. Ocultártelo todo.

A pesar de haberse reducido al mínimo tu sueldo por culpa del ERTE, tu marido te había pedido dinero para cursar un máster audiovisual con la excusa de devolvértelo cuando trabajara. No

podías en ese momento, le dijiste. Apenas disponías ya de ahorros con tantos viajes a Uruguay. Así que Lucio se ofendió y volvió a mostrar su lado más oscuro, su modo agresivo, y no tuviste más remedio que claudicar.

Al terminar el curso en junio, empezó a pedir más y más. Dinero para volver a Uruguay, para visitar a su familia, para causas que desconocías, y entonces te mostraste impertérrita y paraste el grifo de la financiación altruista.

Alterado y sin dar ninguna explicación, cogió la maleta más grande que teníais y empezó a llenarla con la ropa y zapatos que tú le habías ido comprando, con los artículos de lujo que le habías regalado y, sin mediar palabra, se marchó con un portazo. Dejó gran parte de sus papeles y las carpetas de sus estudios en los cajones del despachito, así como su antigua BlackBerry. Te imaginaste que habría ido a casa de alguno de esos amigos uruguayos que se había echado en la capital española, o de algún compañero del máster.

Suponías que utilizaba esa artimaña para volver a obtener dinero, para convencerte y que pusieras de nuevo tu tarjeta de crédito sobre la mesa, pero esta vez no lo hiciste. El chantaje no le había funcionado. Al día siguiente, comprobaste que había comprado un billete de avión a Argentina con tu tarjeta de débito, solo pasaje de ida, y sin dar crédito a su huida, le llamaste:

—¿Dónde andas? —le preguntaste de manera circunspecta después de pasar toda la noche preocupada, sin dormir.

—¡En Buenos Aires! —contestó riendo—. Y sin la alianza. La he empeñado.

Te quedaste impactada. Dolida. No lo esperabas. Tampoco lo merecías. ¿Pero acaso el ser humano se merece todas las desgracias que le ocurren? El abandono, la enfermedad, la traición, la muerte, el dolor, la pérdida, la pobreza.

Lo había planificado todo. Se había reído de tu sufrimiento. No sabías cómo afrontarlo, de qué manera asumir otra pérdida. El pequeño Tabaré ya te lo había adelantado, con todo lo que habías querido a su familia, a él mismo. Parecía que la vida siempre te reservaba lo peor después de entregar lo mejor de ti misma y así iba a ser siempre, porque tú no ibas a cambiar. Ni en el peor de los

tragos estabas dispuesta a convertirte en una mujer resentida y odiosa. No ibas a dejar que las circunstancias de la vida amargaran el carácter afable y cariñoso que siempre habías tenido. No pensabas mudar, ni convertirte en una hija de puta. ¡Allá ellos! No entendías por qué te devolvían tanto odio ni tampoco la batería de sentimientos negativos que lanzaban contra ti. ¿Qué les ofendía? Resulta que ser como eras les resultaba desesperante a los que habías querido de verdad, a los que habías confiado los más íntimos pensamientos, que ahora utilizaban para atacarte.

Te daba igual. Desde ese momento, esa ya no sería tu familia. Nunca en tu recorrido vital los volverías a ver. Te habían demostrado hasta qué punto la maldad puede ensuciar la existencia de alguien, dotarle de un alma negra, que por supuesto no iba a coincidir jamás con la tuya. Ni siquiera les deseabas lo peor, te bastaba con sentir indiferencia. Seguramente la visión de Lucio sobre vuestra relación era totalmente diferente a lo que tú sentías. Quién sabe si no te veía como la causante de la separación de sus hijos, su tierra, su gente, pese a haber realizado tú los esfuerzos más ímprobos para mantener vivos sus lazos familiares.

Recordaste tu último regalo por su cumpleaños: un pasaje a Australia para ver nacer a su último sobrino, comprado con mucho esfuerzo, y mientras se lo dabas te decía, compungido: «¡Dios mío, Lúa, deja de ser tan bondadosa! ¡No me hagas sentir más culpable!». Esa palabra, «culpable», ¿por qué no la escuchaste? ¿Por qué no la quisiste oír? ¿Culpable de qué? ¿Qué estaba tramando?

Habías planificado la celebración de tu cumpleaños en Roma para solucionar vuestras diferencias. Nunca sucedió. Perdiste vuelo y alojamiento. Lucio fue incapaz de pedirte que anularas las reservas a sabiendas de que no iba a ir. Prefirió dejar que perdieras esa gran inversión para mayor venganza. No solo dejaría tu corazón vacío, sino también tu bolsillo.

Ahora lo entendías mejor. A partir del momento de su huida, cuando te ibas a dormir, ya no escuchabas los murmullos de Lucio ni el acento de su padre Inda ni el resto de sus familiares uruguayos desde el otro lado del ordenador, sino únicamente tu llanto dentro de una horrible pesadilla que, al poco de marcharse, empezaste a

experimentar de manera recurrente. Sentías una agonía desesperada por salir de aquella ensoñación, de esa casa en la que un asesino construía una doble pared para emparedar a una mujer de cabellos rubio platino. ¿O no era una pesadilla?

Aquel hombre de unos treinta años, al que no reconocías, seguía arrastrando el cadáver y pidiéndote ayuda una y otra vez. Continuaba apareciéndose, con la misma voz profunda, ronca, de cada día. No reconocías ninguno de sus rasgos. ¿Quién era? ¿Qué te estaba pasando?

Al día siguiente de su llamada desde la escala en Buenos Aires, despertaste, agonizante, y llamaste a tu madre por teléfono para anunciarle la marcha de Lucio.

—Mamá, tengo que decirte algo. Lucio se ha ido… —la informaste con resignación y tristeza.

Tu madre ya había imaginado que pronto ocurriría un desenlace así. Notaba cómo Lucio se iba despegando de sus vínculos españoles, de su mujer, cómo se mostraba complaciente con ella cuando le manipulaba para conocer sus verdaderos sentimientos. Cuando le hablaba mal de ti para saber si él pensaba lo mismo. Nunca vio amor en Lucio, solo interés, pero nunca te lo dijo abiertamente. Sí a tus hermanas, que te defendieron para no desilusionarte. Mientras tú llorabas en silencio, con el auricular en la mano, te preguntó algo que ya intuía.

—¿A dónde?, hija, ¿a dónde se ha marchado? —respondió apesadumbrada. No soportaba más dolor para su hija.

—Creo que a Montevideo. Para siempre.

Ella comprendió. Luego le hablaste del estrés y el dolor que no te dejaban vivir ni dormir por la noche, y creyó entenderlo todo. Tu falta de energía. Te pidió que siguieras luchando, que no te rindieras. Tenía que salvarte como lo había hecho siempre de las personas sin alma.

14
La Rambla de Montevideo

Madrid, octubre de 2014

Aquella consulta con el eminente dermatólogo no te devolvió tu hermosa cabellera, pero poco a poco, a medida que iba pasando el tiempo, observabas cómo la pesadilla te iba llevando a procesar todo lo que había ido pasando a lo largo de tu vida. Te incitaba a buscar explicaciones a los asuntos más enigmáticos que no lograbas entender. Volvías y volvías a lo que había ocurrido desde el principio del encuentro con Lucio para encontrarle sentido. Sabías que ahí se encontraba la explicación de aquel horrible sueño.

¿Por qué te había hablado de Marín nada más conocerte? Ahora estabas completamente segura de que jamás lo habías mencionado antes. ¿Y lo de que existiese una fábrica de celulosa tanto en Marín como en Fray Bentos? ¡Qué enorme casualidad! Por no hablar de las detenciones para revisar su pasaporte.

Por mucho que te sintieras ligada a las tradiciones gallegas de tu familia materna, con las historias de meigas, duendes y la Santa Compaña, ya habías madurado lo suficiente como para saber que, más allá de la imaginación, cualquier enigma siempre tenía un origen terrenal. Lo que la gente oculta, no dice, calla, siempre cuenta con una argumentación, un porqué. Si lograbas descubrirlo, entonces encontrarías la varita mágica que te desvelaría los

misterios e incógnitas en torno a la figura de Lucio, las explicaciones detrás de cada silencio. Sin embargo, no siempre era fácil.

Sabías que serían necesarios horas, días, meses de reflexión para que las neuronas conectaran una situación con otra y ofrecieran alguna pista fiable y, aun así, aquello suponía solo el principio de un largo camino de investigación. La ruta para encontrar la verdad, a veces, se volvía cansada, tediosa, enmarañada, confusa y obligaba a parar. A detenerse para dejar espacio al tiempo, para volver a retomar las pesquisas y empezar de nuevo. Mientras cavilabas sobre todos estos asuntos, tu mente, sin percatarse de esta vuelta de tuerca, voló a una foto de la tía Laurita.

De repente, fruto de una conexión mental instantánea, recordaste esa imagen de tu infancia, cuando tu madre sacaba del cajón del aparador la foto de tus tíos emigrados en Venezuela. Recordaste el entorno, la ambientación. Ahora que habías viajado más por Latinoamérica y conocías algo de Buenos Aires y Montevideo, te pareció reconocer ese mismo escenario, como si de verdad hubieras estado allí. A lo mejor se trataba de un engaño del propio cerebro, pero algo te decía que no, que siguieras recordando, hilando, porque estabas a punto de descubrir el origen de los misterios que te atormentaban.

Recordaste el viaje a Montevideo que habías realizado después de que Lucio llegara por primera vez a Madrid y te propusiera verle en su propia tierra. Volvieron a tu mente las primeras palabras de un poema que le habías escrito en la Rambla de Montevideo mientras esperabas su llegada tras salir de la radio. Aquella imagen romántica, casi idílica, que habías retratado en tu memoria mientras él se abalanzaba sobre ti para besarte, te acercó a otra que ya tenías olvidada y que no guardaba ninguna relación con la pesadilla.

Un encuadre que habías visto repetidamente y que se parecía bastante a lo vivido aquella tarde mientras esperabas a Lucio en Montevideo: la foto de tu tía Laurita. Sin embargo, sabías que no podía ser, porque era a Caracas adonde ella había emigrado con el tío Roi. A no ser que ambas ciudades se parecieran muchísimo, algo que podía ocurrir, dado que mucha gente te había advertido de que Buenos Aires, por ejemplo, tenía muchas similitudes con Madrid.

Este era un asunto que, a bote pronto, no podías saber porque jamás habías estado en Venezuela.

La estampa antigua de tu tía en Venezuela, en color sepia, cuando apenas rozaba los quince años, la relacionabas con Caracas, aunque en realidad no supieras en qué ciudad se había sacado la fotografía. Se la había mandado tu tío abuelo Roi a su hermana Isabel para enseñarle la muchacha con la que pretendía casarse. Después Madrinita la había conservado en una caja que más tarde heredó tu madre, junto a un montón de fotografías de antepasados y escrituras difíciles de identificar. El encaje parecía complicado, pero no imposible, así que, sin demora, rauda y veloz, llamaste a tu madre por teléfono para preguntarle si podía buscar esa fotografía cuyo recuerdo te perturbaba.

—Mamá, ¿sigues teniendo las fotos de la tía Laurita en el cajón del aparador? —inquiriste directa y sin vacilar.

Ella se extrañó de la petición.

—Claro, hija, sabes que siempre las guardo en el mismo sitio —contestó de modo apacible y sereno.

—¿Te acuerdas de una que había, en color sepia, en la que aparece la tía Laurita de adolescente, como si tuviera poco más de quince años, con el fondo de un paseo marítimo? ¿Con un hombre a su lado? —indagaste, segura de que esa imagen estaba dentro de la cajita identificada con Caracas, Venezuela.

—Sí, sí, claro que me acuerdo. Esa foto la heredé. Se la había enviado el tío Roi a nuestra Madrinita para enseñarle a la joven de la que se había enamorado.

—¿Puedes buscarla, por favor?

Ella, tu madre, respondió afirmativamente. Abrió el cajón y enseguida dio con ella. Resultaba fácilmente identificable. Destacaba dentro del manojo de fotografías en blanco y negro, o color, y su tamaño resultaba algo más pequeño, con una especie de marco en blanco. Cuando la tuvo en sus manos, volvió a coger el auricular.

—Ya la tengo, Lúa. Dime, ¿qué necesitas? —respondió, sorprendida por la petición.

—¿Tiene algo escrito por detrás? ¿El año, el día? ¿El nombre de una ciudad? ¿Una calle? En aquellos tiempos, siempre era habitual

escribir detrás la fecha y el lugar para poder identificarla con el tiempo… A ver si tenemos suerte.

—Por supuesto. ¡Una excelente costumbre! Espera.

La cogió con delicadeza y le dio la vuelta para comprobar el reverso. De repente, dijo: «¡Aquí está!», una frase que yo escuché desde mi móvil. Luego se acercó al auricular del teléfono fijo.

—A ver, hija. Pues sí, tienes razón, aquí está escrito: «La Rambla, Montevideo, Uruguay, 1950». Siempre pensé que se trataba de una imagen de Caracas. —Tu madre se quedó pensativa. ¿Por qué ponía Montevideo? No sabía que su tía política, Laurita, hubiera estado en Uruguay antes de conocer a su tío Roi.

—Ya, yo también. ¿Y sabes qué haría la tía Laurita durante esos años en Montevideo? —le preguntaste.

—Ni idea —contestó ella con sinceridad.

No os lo esperabais, pero los destellos volvían a aparecer. En tu foro interno sospechaste que ese entorno de la fotografía reflejaba el mismo lugar en el que esperabas a Lucio después de trabajar. Podía ser la parte de la Rambla de Montevideo que daba a parar a las callejuelas de la Ciudad Vieja, donde se encontraba tu rincón preferido de la ciudad. Creías haberlo reconocido, pero nunca habías caído en esa coincidencia: la tuya y la de tu tía Laurita. Montevideo, Montevideo…

Con la huida de Lucio, sin embargo, tu mente necesitaba encontrar una explicación a todo lo vivido. Diseccionar todo lo que sirviera para entender qué había ocurrido desde el momento en el que Lucio se había infiltrado en tu existencia. Poco a poco, empezaste a pensar que quizá él y su familia no habían llegado a tu vida por una mera casualidad, fruto del azar y del destino, sino por una incursión planificada, mucho tiempo atrás, cuando tú ni siquiera habías nacido.

Quizá la llegada de Lucio, tu marido, a Madrid había sido estratégicamente diseñada de antemano y su visceral enamoramiento podría haber consistido en una treta calculada con un propósito definido, pero ¿cuál? ¿Qué se podía esconder detrás de vuestro matrimonio? Ni lo sospechabas, ni lo hubieras creído si lo hubieras sabido, pero en ese momento depositaste toda tu confianza

en el tiempo y en esas células nerviosas que pronto se conectarían unas con otras, en un baile de conocimiento, para enseñarte lo que te faltaba por descubrir. El sentido de la vida, de tu vida, solo podía explicarse mediante el aprendizaje.

Los errores de tu existencia no eran tales, sino únicamente fórmulas para aprender, para abrir el saber a lo que te costaba creer, a las sospechas dolorosas que nunca quisiste evidenciar para evitar el dolor. El reconocimiento de que tus seres más queridos, los allegados más cercanos, amistades, familiares o simplemente conocidos, resultaban más humanos de lo que jamás habías imaginado. Nunca tan perfectos como soñabas. Era el precio que debías asumir por cumplir años y perseguir la sabiduría, el lastre de las decepciones.

Segunda parte

15
El baile del Pirigallo

Bueu, 24 de diciembre de 1925

—¿Y cómo me ha dicho que se llamaba? —inquirió Elvira Fandiño de manera educada, lamentándose por no haber prestado más atención cuando el mozo se había presentado para sacarla a bailar.

—Héctor, Héctor Carreras. ¿Y usted? —contestó mirándola fijamente a los ojos.

—Yo, Elvira —dijo sonriendo mientras intentaba evitar que la pisara de nuevo—. ¿Y hace mucho que vive en Bueu?

—¡No, no! ¡Vivo en Cangas! Solo vinimos a celebrar la Nochebuena con mi abuela y de paso arreglar unos negocios con los Massip… —Héctor dudó que Elvira supiera a quién se refería—. ¿Sabe quiénes son?

—Sí, sí, de sobra…

«¡Cómo no saberlo! Eran los propietarios de La Perfección. ¡La familia más rica del pueblo!», pensó Elvira sin decirlo.

Con esa carambola del destino, parecía que la vida se le ponía de su parte…

Alcanzar La Perfección, y no en el sentido literal de la palabra, suponía para las jóvenes de la comarca del Morrazo asir la completa felicidad. Elvira Fandiño había intentado ingresar en aquel remanso de paz, seguridad y bienestar que proporcionaba el paraguas de la compañía catalana, pero, al faltarle unos meses para tener la edad

reglamentaria de incorporación, sus aspiraciones se habían visto truncadas a favor de otras muchachas con los catorce años requeridos ya cumplidos.

Aquella exigencia había caído como un jarro de agua fría en el seno de su familia. Durante los meses previos a la inauguración de la factoría conservera, su madre, doña Elvi, se había desvivido llamando puerta a puerta a todos sus conocidos con la esperanza de que alguno pudiera interceder por su hija y, de este modo, mejorar la maltrecha economía del hogar, pero todo había resultado en vano.

Incluso se había despojado de su orgullo y había pedido una recomendación a su prima lejana, doña Crisálida, con la que hacía años que no se hablaba por un asunto de lindes de tierras, pero esta, pese a ostentar un buen cargo en el primer negocio de los Massip, la salazonera y conservera conocida como Almacén del Rey, había evitado terciar por su hija.

Los Fandiño debían seguir ajustándose el cinturón con el escaso jornal que traía el padre, Juan Fandiño, trabajador del astillero de Purro y cuya labor consistía en recoger los tablones de madera en la margen del río Bispo. Con eso y con las escasas propinas obtenidas por el hermano pequeño, Xián, cuando ayudaba a los pescadores a extender las redes y secar los aperos, iban malviviendo.

Cada patacón que entraba en la modesta vivienda de piedra de los Fandiño, ubicada en un extremo de la ensenada de Bueu, y que contaba con dos reducidas estancias, un minúsculo corral con dos gallinas ponedoras y un terrenito para sembrar las patatas, se rentabilizaba hasta el último céntimo. Nada se despilfarraba.

Aquel día, tras recoger la puesta de huevos y zurcir algunos calcetines, Elvira Fandiño decidió olvidarse del ambiente desolador que se respiraba allí y prepararse para celebrar las Navidades. Era el día de Nochebuena y, pese a encontrarse algo desanimada y triste por las ilusiones perdidas, los sueños truncados y las expectativas rotas, Elvira se había puesto sus mejores, aunque modestas, galas, para salir y despejarse. Había ido junto a sus vecinas al baile que se daba en el café de Pirigallo dispuesta a tomar un buen tazón de chocolate con el que entrar en calor. Apenas sentía los entumecidos dedos por el frío a causa de la dichosa humedad que se colaba hasta

el tuétano produciéndole un dolor constante y soportable a regañadientes.

Al poco, un muchacho delgaducho a quien no había visto nunca en el pueblo entró en el café. Se dispuso a sacar a bailar a las jóvenes de la localidad sin demasiado éxito. Aparentaba ser algo mayor que ella, quizá ya rozara los dieciocho o veinte años; sin embargo, aún mantenía los cuatro pelos ralos en el bigote propios de quien aún no se afeitaba con asiduidad ni jamás iba a lucir una barba cerrada. Cuando el joven barbilampiño se acercó con una leve cojera al corrillo de rapazas que estaban en primera fila, las compañeras de Elvira empezaron a disimular y a poner cara de circunstancias para disuadirle de sus intenciones. ¡Bailar con un cojo! ¡Ni locas!

Avergonzada por aquella actitud hosca y grosera ante el pobre muchacho, Elvira pensó que ella sí aceptaría de buen grado su ofrecimiento para demostrarle la hospitalidad del pueblo y, de paso, desentumecerse del frío que la tenía aterida. Cuando el joven se acercó a ella y le sonrió, la dulce y compasiva Elvira respondió con un paso al frente de conformidad. La enterneció verle con aquella figura delgada y un rostro afilado y ojeroso que suscitaba pena y cariño.

Y ahí estaban los dos, bailando al son de la música. Sin ella saberlo, al apiadarse del delgaducho, Elvira le estaba prestando su estrecha cintura y mirada alegre al hijo del dueño de los Talleres Carreras, uno de los industriales más ricos y pudientes de la zona, emparentado con los Massip. Ambas familias formaban parte de la colonia de emprendedores catalanes que habían comenzado a instalarse en las Rías Bajas ya desde el siglo XVIII, en lo que se dio en llamar «la invasión de las barretinas», y que se habían convertido en la élite de la comarca.

Sin tener todavía ni idea de su origen y mientras se pisaban mutuamente, el rapaz comenzó con timidez una conversación hablándole de su familia, de su procedencia catalana y del espíritu audaz de aquella estirpe que llevó a su padre, Josep Carreras, a crear un pequeño taller en Vigo que, con el paso de los años, se

transformó en uno de los mejores astilleros del litoral gallego, capaz de construir los mayores buques de pesca.

Elvira notó el entusiasmo creciente del muchacho al contarle cómo, a modo de un mecano, en los talleres se estaba ensamblando la estructura metálica de la techumbre de la conservera La Perfección, que pronto inaugurarían sus parientes.

Orgulloso por aquella proeza, ideada entre el prestigioso arquitecto Jacobo Stens y el ingeniero Manuel Pérez, le explicaba cómo se había conseguido evitar soldar las piezas y crear un conjunto metálico totalmente sólido y consistente, unido tan solo con tornillos, igual de estable que la mismísima torre Eiffel, levantada treinta y seis años antes. El icono parisino, símbolo de los principios de la Revolución francesa de 1889, que promulgaba la libertad, igualdad y fraternidad, había servido de inspiración para forjar La Perfección, de ahí que todos vaticinaran una larga y deslumbrante vida para la nueva fábrica.

En mitad del cúmulo de datos históricos, nombres y fechas, Elvira no pudo evitar pensar en que su acompañante podía suponer la gran y última oportunidad para integrarse en la nueva planta. Le daba vergüenza pedírselo abiertamente, a sabiendas de que le acababa de conocer, pero su necesidad superaba a la prudencia.

El destino había querido que aquel joven al que todas sus amigas habían rechazado por su enclenque figura, pálida tez y pequeña cojera resultara ser ahora la única puerta de entrada que le quedaba por explotar. Así que se armó de valor y dirigió la conversación hacia ese asunto.

—Y dígame, Héctor, ya que está usted tan bien relacionado, ¿sabe cuándo abrirán la nueva planta? —quiso saber Elvira.

—Sí, sí. Si todo marcha según lo planificado, a primeros de abril ya estaría lista —aclaró el muchacho.

De repente, Héctor Carreras se mostró feliz de tenerla entre sus brazos y comprobar el interés que su relato había despertado en ella. Su madre le había insistido hasta la saciedad para que saliera y se entretuviera un poco en el pueblo antes de la cena de Nochebuena y, sin esperarlo, aquella tarde había cobrado un sentido especial tras encontrar a su pareja de baile.

Elvira, que apenas discernía la diferencia entre soldar y ensamblar, aparentó una curiosidad infinita a fin de cautivar a su nuevo amigo y prolongar así la conversación. Necesitaba que Héctor se convirtiera en su benefactor para permitirle el acceso a un puesto de trabajo en la nueva fábrica, así que le habló en un castellano dulce y meloso, presumiendo, por sus orígenes, que no sabría ni una palabra de gallego. Pese a la distancia con su tierra de origen, la colonia catalana había conservado su lengua materna como vehículo de comunicación entre ellos y pocos, por no decir ninguno, dominaban la lengua de su nueva tierra.

En la calle permanecía todo helado. Las gotas de lluvia se habían convertido en escarcha y resultaba peligroso y resbaladizo andar por el pavimento. Héctor aprovechó la atención de la joven para someterla a una soporífera exposición sobre tornillos, estructuras, matrices, complejidades técnicas y máquinas de nombres impronunciables que los Massip habían ido adquiriendo de cara a la apertura de la nueva planta. Le explicó la importancia de las últimas novedades en planchas litográficas, rebordeadoras, cizallas y cortadoras, que a ella poco o nada le interesaban, hasta que, al languidecer la tarde, le anunció con timidez que le gustaría convertirla en su novia para poder besarla. Así, a bocajarro.

Sorprendida por su atrevimiento, Elvira enmudeció. Le había imaginado algo más retraído, pero, ni corta ni perezosa, recurrió a responderle con su misma moneda: un intercambio de favores. A sus trece años no había sido besada por nadie, pero presuponía que no supondría nada del otro mundo. Apenas acercar suavemente los labios para que Héctor los rozara. Entonces decidió retarle de un modo descarado. Igual que él.

—Bien, Héctor, pues si ese es su deseo, le propongo un trato: si consigue buscarme una colocación en La Perfección, pese a no haber cumplido aún los catorce años, le dejaré besarme —le desafió Elvira—. ¿Qué me dice? ¿Acepta?

A Héctor se le iluminó el rostro. Se acordó de su adolescencia truncada, de aquellos veranos siendo uno de los mejores partidos para las muchachas catalanas, cuando aún poseía un porte fuerte y sano que le infería prestancia, seguridad y un gran atractivo. De esa

época en la que, a escondidas de sus padres, tonteaba con las descendientes más bellas de la colonia catalana, antes del grave accidente que le había mudado el color, el aspecto y hasta el interior del alma, convirtiéndole en un ser retraído e inseguro. Un apestado para las delicadas y hermosas jóvenes de la alta sociedad bueuense.

Entonces, ante el reto de Elvira, Héctor pensó en su padrino. Podía ser su oportunidad. No lo mencionó para no crearle demasiadas expectativas, pero le sirvió para recoger el guante.

—¡Está bien, acepto!, pero no me subestime —exclamó, risueño, Héctor—; que sepa que lo voy a conseguir y luego no le quedará más remedio que darme mi beso.

Estaba convencido de poder lograrlo. Sabía el sentimiento de compasión que despertaba entre sus más allegados y, especialmente, en Fernando Vila, amigo íntimo de su padre y el hombre de confianza de los Massip. A Vila, el suceso que había trastocado el prominente futuro de su ahijado le había conmocionado de tal manera que estaba seguro de que pondría todo su empeño en contentarle.

Al escucharlo, Elvira rio inocente y, de manera espontánea, le cogió la mano para bailar otra vez. Se la veía libre y segura. Era un verso suelto, diferente al resto de sus amigas y también completamente distinta a él. Viva, alegre, positiva, incluso en las peores circunstancias, frente al talante taciturno y poco entusiasta del joven.

A él, la vida le había ensombrecido el carácter demasiado temprano, pero le daba otra oportunidad y no la pensaba desaprovechar. En ese momento, el joven Héctor se dio cuenta de que ya la quería para siempre, sin ni siquiera haberla besado.

16
La invasión de las barretinas

Bueu, enero de 1926

La nueva fábrica se ubicaría en pleno centro de Bueu, muy cerca de la opulenta residencia de los Massip y al lado de la antigua salazonera, el Almacén del Rey, donde casi un siglo antes el fundador del emporio, Salvino Massip, comerciante catalán de vino y licores, había levantado su imperio. Allí, sobre un pequeño depósito se estableció al poco de desembarcar en lo que se dio en llamar «la invasión de las barretinas»: la diáspora de cientos de empresarios gerundenses hacia tierras gallegas. Los Massip enseguida dominaron el proceso de elaboración de la salazón de pescado, bacalao principalmente, para años después ampliar el negocio a la conserva hasta alcanzar con el tiempo un modelo de perfección y eficiencia único.

Tras el fallecimiento del primer patrón, sus herederos, Salvino y Gabino, conocedores de las limitaciones del Almacén del Rey, empezaron a proyectar en el terreno colindante una fábrica de enormes dimensiones y capacidades para producir y alimentar a toda la población mundial. Se trataba solo de un sueño, un anhelo, una gran ambición, pero al poco tiempo la ostentosa factoría en la que habían creído los Massip comenzó a ser una realidad.

Bautizada con la cualidad más excelsa y difícil de lograr para cualquier ser humano, La Perfección enseguida necesitó emplear a

una buena parte de la mano de obra femenina del Morrazo, la preferida de los Massip por su esfuerzo y espíritu de sacrificio. En la planificación, las mujeres se encargarían de realizar todo el proceso de elaboración de la conserva, mientras que los hombres se destinarían a la fabricación del enlatado, sobre todo, pero no exclusivamente, de sardinas en aceite.

La habían ideado pulcra, un lugar idóneo para albergar cómodamente a un total de casi mil mujeres, acopladas en sus respectivos asientos, y no como en la centuria anterior, de pie y descalzas, medio hacinadas unas con otras. El siglo XX había comenzado aportando una nueva manera de producir.

Héctor no se había olvidado de su promesa, así que, pasados los festejos navideños, emprendió camino a La Perfección, donde su padrino se encontraba supervisando el proyecto de construcción de la nueva planta. Quería solicitarle un gran favor para la muchacha que acababa de conocer, a sabiendas de que aún no había cumplido la edad reglamentaria. Le rogaría cierta flexibilidad, hacer la vista gorda.

Para ello, se desplazó en un flamante Cerqueiro, el novedoso coche de la recién inaugurada línea entre Cangas de Morrazo, donde él vivía, y Bueu, con parada en Aldán y Beluso, similar a un vehículo, pero mucho más alargado y con capacidad para una docena de pasajeros. Pensaba alcanzar la planta antes de que abriese el día, cuando aún los trabajadores no hubieran entrado a cubrir sus puestos, y encontrar a su benefactor en los minutos previos al inicio de la jornada, con la intención de poder expresar libremente su ruego sin que nadie pudiera escuchar la conversación.

Poco después de atravesar el Ramal dos Galos, uno de los primeros callejones bueuenses dotados de luz artificial gracias al único tendido eléctrico de la villa, se encaminó a La Perfección. Durante los últimos días había llovido de manera copiosa, así que el camino de tierra se había enfangado de manera lamentable. Con el traje y los zapatos salpicados de barro, llegó al lugar donde ya se había iniciado la construcción de la enorme chimenea.

Echó una ojeada para comprobar si entre quienes empezaban a llegar al complejo se encontraba su padrino, pero no le vio. Pensó que, a buen seguro, se hallaría reunido reportando los avances de la obra ante los Massip. Durante años había ejercido como responsable de la sala de despiece del pescado en el Almacén del Rey, pero ahora, con la nueva fábrica, se le abría un futuro prometedor. Sabía el tipo de favor que le iba a solicitar, lo poco que le iba a gustar tener que saltarse las normas, pero confiaba en que el asunto no implicara demasiado compromiso, al menos por unos meses.

Mientras le esperaba, se quedó ensimismado con la nueva chimenea de ladrillo. Reflexionó sobre el gran avance que suponía la innovadora conservera que estaban edificando. Podía haberle pedido ayuda a su padre, pariente lejano de Salvino Massip, pero ello hubiera supuesto desvelar de manera temprana sus sentimientos hacia la muchacha, y provocar seguramente el consiguiente disgusto a sus progenitores y a su abuela paterna por romper las reglas de la escala social. Además, suponía molestar a las más altas instancias empresariales para un puesto tan insignificante como el de aprendiz, así que prefirió optar por su protector.

Su abuela, doña Mercè, le había relatado la asombrosa llegada del matrimonio Massip a esas tierras que ella recordaba de su niñez. Los numerosos y enormes baúles, más armarios que maletas, fabricados en madera y hierro y forrados con una delicada piel de cabritillo, daban fe del abultado y lujoso ajuar familiar. La esposa y madre de los Massip, doña Esmeralda Ferrán, había descendido de la embarcación vestida y peinada como una reina, con miriñaque, muy de moda en la alta sociedad parisina, y en la cabeza raya en medio y bandó.

Al encuentro de la familia había acudido lo más granado de la sociedad catalana instalada ya en el Morrazo, fundadores todos ellos del Liceo Casino de Bueu. Allí estaban los Tapias, los Albó, los Curberá, los Goday, los Noves, los Serrat, los Comá, los Pujol, los Colomer, los Barret, los Marcet o los Detrell para agasajar a los recién llegados con una calurosa ceremonia de bienvenida.

La mayoría de ellos ya contaban con incipientes negocios pesqueros aprovechando la prosperidad de la ría. De la tradicional

salga o salazón artesanal, cuyo procesamiento en Galicia databa de tiempos inmemoriales, en los que el pescado se conservaba con sal gorda en vasijas de barro, se pasó con los nuevos dueños a instalaciones modernas y mecanizadas dotadas con una *chanca,* ocupada por las piletas o lagares para la salazón de la sardina, y el *morto,* dedicado al prensado dentro de barriles de madera.

Al poco, los catalanes empezaron a erigirse en la alta sociedad bueuense, adquiriendo grandes flotas pesqueras en la localidad para controlar todo el proceso de la producción, desde la captura de la materia prima hasta la manipulación y fabricación de la salazón y la comercialización y distribución. Después de casi un siglo de estancia en Bueu, los Massip ya poseían diez embarcaciones, entre ellas, un galeote.

Al lado del negocio del Almacén del Rey, la familia Massip decidió edificar la casona solariega a fin de ahorrar tiempo en los desplazamientos. Se construyó con dos plantas y escalera de piedra central, a la que después se añadió un espléndido jardín interior con una fuente de agua dulce. Tal era el número de empleados que acudían al Almacén del Rey que pronto empezó a necesitar más capacidad y de ahí surgió el proyecto de La Perfección. El complejo industrial de los Massip pronto se convertiría en el centro neurálgico del pueblo, incluso obligando a la casa consistorial a emplazarse a su lado.

De la mano de la innovación y el conocimiento, los Massip consiguieron competir sin que nadie les hiciera sombra. Ni siquiera las compañías más importantes de su tiempo, como la de Egidio Gaglione, heredada después por su hijo, Guido Gaglione, ni la de Ambrosio Almansa, estrella indiscutible de la Feria de Bruselas gracias a su llamativa lata Palais d'Orient. Pese a que todos parecían buenos empresarios, a la mayoría le faltaba el gran don del fundador: la constante innovación.

A él se debía la primera incorporación de la máquina de vapor a las embarcaciones para dotarlas de mayor rapidez y productividad, la estrategia de controlar todo el proceso productivo, la expansión a otros mercados internacionales e incluso la instauración de los primeros pasos del *marketing,* lo que le valió la medalla de oro en la

Exposición Universal de Barcelona de 1888, un año antes de morir. Después, serían sus descendientes quienes seguirían y engrandecerían su obra.

17
El estilo de Nantes

Bueu, enero de 1926

Mientras Héctor contemplaba los últimos retoques a la chimenea, una mano en el hombro y la carcajada ronca de su padrino le sorprendieron. Tras el respingo inicial, ambos se abrazaron efusivamente, y el padrino preguntó al ahijado por sus padres y por el motivo de tan grata visita; no esperaba verle, así que achacó su presencia a algún asunto referente a la techumbre de La Perfección que se trajesen entre manos él y Josep Carreras. El muchacho contestó algo nervioso que la verdadera razón de su visita era algo bien distinto. Nada que ver con la nueva fábrica. Quería ayudar a una amiga y buscarle una colocación antes de partir a estudiar a Santiago de Compostela. Se lo había prometido. Entonces un silencio sepulcral se estableció entre ambos.

—Espero que sea guapa —respondió Fernando un tanto molesto. En realidad, no deseaba que las jóvenes de la comarca se aprovecharan de la debilidad de su ahijado, de su cojera, para pedirle favores que él no podía cumplir por sí solo.

El desafortunado comentario hirió profundamente al joven.

—¡No vaya a pensar mal, padrino! Se trata de una muchacha gallega, sencilla, sin pretensiones y con muchas ganas de aprender, que, además, necesita un jornal para ayudar a su familia —le dijo,

azorado, sin mirarle directamente a los ojos, desviando su vista al suelo.

En ese momento, imaginó lo que estaría pensando su padrino, y se quedó callado durante unos segundos que le parecieron eternos. Por eso, cuando Fernando Vila le vio tan apurado, decidió tranquilizarle.

—Hijo, no sé, veré lo que puedo hacer, pero ya sabes cómo somos; no nos gusta mezclar los asuntos del corazón con el patrimonio. No creo que a tu padre le agrade demasiado la idea de ayudar a esa jovencita… ni la idea de esa relación en general.

A través de bodas concertadas y bautizos, la «colonia de las barretinas» había ido agrandando su poder. Esas eran las únicas relaciones bien vistas entre ellos. Héctor se enfureció para sus adentros, sin mostrar a su padrino claramente su contrariedad, pensando en esa tradición tan desfasada y poco frecuente en estas nuevas tierras gallegas donde él había nacido y ahora vivían. Aquello no iba nada con su forma de ver la vida. A veces se sentía más gallego que catalán. Jamás había ido a Cataluña, no conocía la tierra de sus padres, ni la de sus abuelos. ¡Qué le estaba contando Fernando! ¡Su nacimiento había tenido lugar en Vigo en el siglo XX!

Todo eso que su padrino le insinuaba lo contemplaba con lejanía, ni siquiera con el debido respeto a las costumbres de sus mayores, sino como algo rancio y anticuado. Tampoco le estaba pidiendo tanto. Pero no se lo dijo. Su carácter reservado, su timidez, su introspección le impedían hablar de sus sentimientos ni siquiera con los seres más queridos. Así era él.

Vila le había decepcionado con su respuesta. No lo esperaba. No podía decirse que se tratara de un don nadie, sin influencia alguna en la contratación. Ganaba uno de los mejores sueldos de la planta, unas dieciséis pesetas, cuando la mayoría de los hombres apenas cobraban cinco. ¡Sería pan comido para él! Sin embargo, se calló de manera prudente e inmediatamente su padrino, al percibir su sufrimiento, le ofreció una posibilidad.

—No te prometo nada, pero te digo algo cuando vaya al astillero de tu padre —dijo para sosegarle—; quizá para el eviscerado pueda

ser.

—Por favor, padrino, haga lo que pueda, pero con discreción. No diga nada a mis padres sobre el motivo de mi visita y mucho menos a mi abuela. Ninguno de ellos debe saber nada —le pidió a Fernando, quien asintió cabeceando varias veces en señal de comprensión.

Héctor reprimió su alegría. Desde que había quedado tullido, su carácter, antes tan extrovertido, había cambiado radicalmente, y algo le impedía verbalizar una gratitud exacerbada. Sabía que su padrino había accedido a su petición para satisfacerle. Toda su familia se comportaba así con él, incapaces de negarle nada para no causarle más daño. Concediéndole todo lo que deseaba. En cierta manera, las circunstancias le habían convertido en un malcriado, un caprichoso, siempre dependiente de la opinión de los suyos y con muy pocas armas para afrontar los sinsabores de la vida. En definitiva, un ser débil, con escasa voluntad y mínima resistencia a la frustración.

Menos tenso ya y con la misión cumplida, empezó a interesarse por el uso de aquella chimenea que algún día permitiría a La Perfección abarcar una producción completamente industrial, gracias a la gran caldera de cocción y a la esterilización del pescado. Héctor empezó a imaginar cómo sería la nueva planta, de qué manera distribuirían el espacio, dónde colocarían las máquinas y cómo situarían a las empleadas.

—Os espera un futuro prometedor —predijo en voz alta al lado de su padrino, mientras ambos observaban a los obreros.

—Sí. Desde luego. No ha sido fácil, pero, al final, lo hemos conseguido —manifestó orgulloso su padrino.

Aquel comentario dio pie a que Fernando Vila le contara, una vez más, la evolución del imperio que él había vivido en primera persona. Héctor escuchó con atención cómo los Massip quisieron innovar en el mundo de la salazón y la conserva, a finales del siglo anterior, para ampliar la actividad de la compañía. Durante la amena charla, Vila le explicó a su ahijado que, antes que en las latas, los Massip pensaron en el cristal como recipiente para envasar la conserva, pero de manera inmediata lo rechazaron al darse cuenta de la fragilidad para su transporte. La hojalata, por el contrario, era

perfecta. Reunía todas las ventajas para la exportación, salvo por un pequeño inconveniente. Una tontería de nada que había pasado desapercibida.

—¿Cuál? —preguntó su ahijado.

—Un detalle casi sin importancia —repitió, riendo, su padrino—. Ninguno de nosotros sabíamos cómo se fabricaban esas latas que venían de Francia, pero lo peor no fue eso. Lo más grave fue que en realidad tampoco conocíamos cómo se elaboraban las conservas.

—¡No me digas! Pensaba que había sido al revés, que el dominio del proceso os había convertido en los mejores conserveros.

—¡Qué va! ¡Pero somos catalanes! ¡Lo solucionamos pronto!

Entonces le contó la intrépida historia de las nuevas conservas Massip. Todo había ocurrido por casualidad: en unas vacaciones en Nantes, fue el presidente de la Cámara de Bayona, Feliciano Domínguez, amigo íntimo de la familia, quien cató por primera vez uno de los manjares que hacía las delicias de los franceses en el verano: las latas de sardinas. En ese momento, pensó que había que imitarlas. Defendía que aquí poseíamos en abundancia lo más importante para triunfar en esa industria: la materia prima, las anheladas sardinas, y que solo necesitábamos aprender el proceso de elaboración.

Así que los hermanos Salvino y Gabino Massip se pusieron manos a la obra. Encontraron un socio industrial francés, Pascal Ducrocq, un industrial bretón gran conocedor de la técnica, que se trasladó a Bueu junto con medio centenar de trabajadores franceses traídos de Nantes para enseñar el proceso. El estilo de Nantes, como se llamó a ese tipo de conservación en aceite, encantó a los Massip, que, desde ese momento, producirían y envasarían las sardinas, mientras que Ducrocq y Domínguez afrontarían la distribución en España y Francia. Una alianza abocada al éxito.

El aceite lo importarían de Niza, cuyo gasto suponía el 45 por ciento de la estructura de costes de La Perfección, y también de allí provendrían las primeras máquinas, las prensas Durox, las soldadoras y gasógenos, de las que salieron las primeras latas elaboradas con la técnica del *décollage,* de apertura fácil.

El gran giro de guion, sin embargo, se produjo con un movimiento inesperado por parte de los Massip. La fama y la facturación a mansalva explotaron cuando los comerciantes franceses empezaron a comprar a los Massip latas sin marca para hacerlas pasar por francesas. Ante eso, los Massip, sopesando la oportunidad de comerciar ellos mismos el producto, decidieron que la nueva marca se llamaría El Fígaro, en referencia al personaje de la ópera de Rossini *El barbero de Sevilla,* que podría funcionar bien tanto en España como en Francia. Y… ¡eureka! ¡Funcionó! A partir de entonces, las exportaciones rebasaron las expectativas más optimistas. Así, cuando llegó la crisis del sector pesquero francés y ellos se quedaron sin materia prima, las sardinas de Bueu empaquetadas con nombres franceses rompieron el mercado mundial.

—¡Qué genialidad! ¿Y te acuerdas de cuando llegaron los franceses a Bueu?

—¡Pues claro! Supuso todo un acontecimiento en el Morrazo. Los tenías que haber visto llegar, con sus batas blancas, impolutas, sus guantes. Parecían más cirujanos que industriales. Nosotros no estábamos acostumbrados a esa limpieza, ni mucho menos. Fue algo impactante.

—¡Qué pulcritud!, ¿verdad? Se debieron de sorprender ante las condiciones en Galicia —aventuró Héctor.

—Desde luego, y eso resultó ser su gran aportación para la industria y la compañía. ¡Dieron en el clavo al traer la clave del éxito: el autoclave! —le contestó con una carcajada, orgulloso de su trabalenguas.

Los avances de unos pocos habían constituido el progreso para todos. El joven no paraba de preguntar: aunque ya conocía la historia de las conservas Massip, nunca dejaba de disfrutar oyéndola y siempre aprendía nuevos detalles. El hecho de que aquellos empresarios catalanogallegos siguieran buscando soluciones a los problemas, siempre sin desesperarse, inventando algo nuevo para evitar que el negocio se fuera al traste, le resultaba maravilloso. Cada palabra de su padrino suponía para él una fuente de

inspiración y enseñanza para cuando le tocara emprender su profesión.

18
El autoclave

Bueu, febrero de 1926

A través de Vila, Héctor supo también que una intoxicación alimentaria era lo peor que le podía ocurrir a una conservera. Entonces le contó en qué consistía aquello del autoclave, una voluminosa máquina de hierro negro, como un enorme armario, que se usaba para esterilizar el alimento y conservarlo fresco y seguro durante mucho tiempo. El aceite y las sardinas se introducían cuidadosamente a mano en las latas para su posterior cocción al vapor, vacío y esterilización dentro del autoclave, de tal manera que la conserva no perdiera ninguna de sus propiedades ni sabor. Del cuidado y esmero en la higiene, con manos y uñas impolutas, un aseo impecable, dependía el futuro de la fábrica.

Gracias al aumento de la presión y por medio del calor húmedo, la maravillosa máquina eliminaba los microorganismos que pudieran afectar al producto. Siempre que se hubiera actuado con destreza, cumpliendo con la temperatura exacta, ni un minuto más ni un minuto menos, de cuya corrección se encargaban los operarios que gozaban de una mayor precisión y responsabilidad, el resultado saludable estaba garantizado. Ninguna bacteria podría poner en peligro el buen nombre de la empresa.

Cuando Fernando Vila terminó la explicación a su ahijado, apareció por sorpresa el joven Gabino Massip, nieto del fundador,

quien se había acercado a donde estaban ambos charlando. En la empresa sonaba ya su nombre como futuro heredero del imperio, no solo por su arrojo y bondad, sino por las horas de dedicación que pasaba entre máquinas para comprender el funcionamiento de cada una de ellas. Saludó a Fernando Vila, a quien le unía una gran complicidad, y después a Héctor, con quien compartía un parentesco remoto. De manera improvisada, Héctor le explicó que su gran sueño era, tras terminar sus estudios en Santiago de Compostela, poder servir de ayuda en la futura planta.

Ambos tendrían una edad parecida, quizá Gabino le llevaría tres o cuatro años de diferencia, pero la convicción del muchacho le llamó la atención.

—¿Y qué te gustaría estudiar? —le preguntó Gabino Massip a Héctor.

—Aún no lo he decidido, pero me inclino tanto por industria como por medicina. Me parecen dos campos de investigación realmente interesantes, ¿no cree?

—Sí, por supuesto. En ambos casos, tendrás siempre abiertas las puertas de La Perfección. Y si es medicina, mucho mejor, porque uno de los retos de la nueva factoría será poner en marcha el sistema de prevención sanitaria para los trabajadores gracias a la asistencia de un médico y una enfermera.

Gabino Massip empezó a contarles cómo pretendía incorporar la medicina en el trabajo, un proyecto que a Héctor le entusiasmó. Por aquel entonces, ninguna empresa en España contaba con un doctor y una enfermera para vigilar e impulsar la salud entre trabajadoras y trabajadores, algo que el empresario en ciernes consideraba vital para seguir produciendo a buen ritmo, sin enfermos que menoscabaran la planificación de la compañía, pero, e igual de importante, para contribuir al bienestar de la sociedad bueuense y evitar la mortalidad infantil.

Al ver el interés del muchacho, Gabino le explicó su intención de crear en los próximos meses una zona de lavado y secado de manos colectivo y posteriormente incorporar unas duchas con el objetivo de que las mujeres se asearan a la entrada de la planta y así evitar riesgos de intoxicaciones en los productos de la fábrica con

microorganismos provenientes de las cuadras, y también a la salida, para que no olieran a pescado, no solo por higiene, sino por dignidad de las trabajadoras.

—Te ha explicado Vila la extrema importancia de la limpieza en los procesos productivos y la historia de los bretones, ¿verdad? —le preguntó Gabino.

Vila asintió con la cabeza y los tres rieron. Tras despedirse con un apretón de manos y que le desearan suerte en su andanza universitaria, Héctor pensó que algún día intentaría parecerse a él, con ese andar resuelto, ese porte recto y esa sonrisa confiada.

Don Fernando y Héctor entonces no podían saberlo, pero al poco tiempo de la inauguración de la fábrica y gracias al dominio de la técnica, del autoclave y del resto de máquinas para elaborar las latas, los Massip comenzarían a doblar y triplicar sus cifras de facturación. Con ese capital, empezarían también a financiar y construir embarcaciones de mayor calado, pasando del motor de vapor al de explosión y desarrollando las comunicaciones.

Tanto el telégrafo como después el teléfono sirvieron para dar el espaldarazo definitivo a la exportación de los productos Massip, que, con diferentes marcas, se iría expandiendo por todo el mundo.

La Habana, Manila, México, Panamá, Túnez o Singapur recibirían con agrado los productos de los Massip. Gracias al cable inglés, la planta de Bueu quedaría conectada con los cinco continentes vía Vigo para poder responder a los pedidos y, luego, comunicada a través de una de las primeras centralitas de la compañía de teléfonos. Llevar los productos a esos remotos lugares dejó de ser un imposible. Pronto la nueva fábrica de los Massip acabaría convirtiéndose en la primera compañía española con, incluso, línea telefónica privada entre la fábrica y el almacén.

19
El astillero de Purro

Bueu, febrero de 1926

Una semana después de haber acudido a la futura planta de La Perfección, Héctor volvió a Bueu para ver si encontraba a Elvira. Caminó hacia la carpintería de ribera, ubicada en la misma arena de la playa de la Banda do Río, donde sabía que estaría ayudando a su padre, según le había mencionado en el baile, y en efecto, allí la vio. La joven se aplicaba afanosamente en desenterrar del lecho de arena los tablones ya maduros para ser utilizados en la construcción de los nuevos botes.

La muchacha se esforzaba con las piezas más pesadas para que su padre, ya mayor, no cargara demasiado peso en su espalda encorvada. Mientras tanto, en el astillero de Purro, sus compañeros se dedicaban a construir un airoso *polbeiro,* el bote tradicional de Bueu, cuya solidez y estabilidad lo convertían en el preferido para la recogida del pulpo. Tras terminar la fase de las cuadernas y el balanceado, los hombres colocaban el palo para la vela guaira bajo la supervisión del maestro carpintero, dejándolo listo para faenar.

Elvira tenía las manos entumecidas y amoratadas del agua helada y la cabeza cubierta con un pañuelo que le tapaba las orejas. Al ver llegar a Héctor, sorprendida por tan repentina e inesperada aparición, le saludó sonriente alzando la mano. Mantenía la esperanza de que el muchacho hubiese intercedido por ella para

ingresar en la plantilla de La Perfección, así que solicitó permiso a su padre para ausentarse unos minutos. Anhelaba dejar atrás esa tarea cargada de humedad y frío que le estaba estropeando el semblante y agriando el carácter.

—¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo está, Héctor?, ¿viene a por su beso? —le preguntó picaronamente, intentando disimular su entusiasmo.

Entonces Héctor le pidió que le tuteara y abandonaran los formalismos del primer encuentro, algo que ella aceptó gustosa. Prefería el trato como igual, independientemente de cuál fuera la clase social a la que pertenecieran.

—Ya te lo dije. Te prometí que lo conseguiría y en eso estoy. —La escueta respuesta de Héctor tampoco dejaba claro nada.

—¿Y…? ¿Me aceptarán?

—Harán lo posible. Les dije que pronto cumplías los catorce. ¿No es así?

—En mayo, sí. ¡Ay, gracias, gracias, Héctor! ¡No me lo puedo creer! *¡Pai, pai!* —Elvira le cogió de la mano y, arrastrándole al lugar donde se encontraba su padre, los presentó.

Le contó que Héctor estaba realizando unas gestiones para colocarla en La Perfección. Su progenitor no dijo nada, tan solo le estrechó amistosamente la mano en señal de agradecimiento y empezó a agitarla con un fuerte brío y los ojos llorosos. Héctor notó la desesperación de la pobreza, de un pasado y un presente plagados de miseria, del esfuerzo continuo por mejorar sin que nunca las condiciones le fueran favorables. A Elvira le alegró ver a su padre complacido, así que aprovechó para pedirle permiso para acompañar a su amigo antes de que se volviera a Cangas, algo a lo que el padre accedió gustoso.

Al instante, y ya solos, ambos se encontraron imaginando un mejor porvenir para los dos. Héctor aprovechó el paseo para contarle sus aspiraciones en Santiago de Compostela, lo que le había sugerido el futuro dueño de La Perfección, mientras Elvira se empezaba a hacer a la idea de cómo sería trabajar de aprendiz en la nueva planta.

El joven llevaba un tiempo barajando la posibilidad de estudiar una carrera científica relacionada con la rama sanitaria para intentar buscar explicaciones a lo que le había ocurrido en su pierna. Ahora, después de la sugerencia del que pronto sería el nuevo patrón de los Massip, estudiar Medicina le parecía la mejor opción para poder así contribuir con sus conocimientos a una mejor salubridad en la factoría.

—A mí también me hubiera gustado estudiar —le dijo Elvira, contenta de que su nuevo amigo pudiera cumplir su sueño.

—¿Sabes leer y escribir? —le preguntó Héctor.

Elvira negó con la cabeza. Con lo mayor que era, se mostraba avergonzada de no haber podido acudir a la escuela.

—Te puedo enseñar a leer y escribir, si quieres —le sugirió el muchacho mientras cavilaba que con esa excusa también podría verla más a menudo y conocerla mejor.

—¿Lo harías por mí? ¿De verdad? ¿No me mientes? Y si me aceptan y me piden que lea o escriba algo en La Perfección, me ayudarás, ¿verdad? ¡Ay, Héctor, qué alegría haberte conocido!

Su propuesta le hizo abrazarle de manera espontánea. A Héctor le resultó enternecedor que tuviera esas inquietudes en su mundo de escasas oportunidades. ¡Qué injusta podía ser la vida! Elvira le confesó que al ser analfabeta se sentía vulnerable. Débil, frágil, y así, sin venir a cuento, empezó a temblar, a dudar de sí misma y a ponerse nerviosa, mordisqueándose las uñas.

Desconocía en qué momento Héctor le podría ofrecer más información, no sabía cómo se comunicaría con él si finalmente conseguía el anhelado puesto, con quién tendría que hablar ni qué decir, e incluso, si necesitaría firmar o solo le pedirían estampar su huella dactilar.

—No te preocupes por nada, Elvira. Te ayudaré en todo lo que pueda.

La muchacha se hizo el firme propósito de aprender, de prosperar, de no quedarse atrás. Luego, se despidieron amistosamente.

A Héctor le dio vergüenza recordarle la promesa del beso que casi se había merecido. Notó que su figura se alejaba del perfil del pretendiente y se acercaba a la del protector, alguien especial para

ella, similar a un ángel de la guarda. Pese a mirarla con admiración e incluso veneración y deseo, ella parecía no sentir lo mismo, a lo sumo un fuerte aprecio o agradecimiento.

Quizá pensaba que existía demasiada distancia social, así que decidió esperar, con paciencia, a que ella se sintiera más segura de sí misma, prosperara y le viera como un aspirante a su amor. A Héctor le bastaba con tenerla a su lado. Sin tocarla. Solo mirar sus ojos azules y ese cabello rubio y liso cubierto con la pañoleta, del que, de vez en cuando, se desprendía un mechón claro y suave como una cinta de seda.

20
Imperfecciones

Bueu, marzo de 1926

Antes de trasladar el armazón de la techumbre de La Perfección al puerto de Bueu, Fernando Vila se acercó al astillero de Josep Carreras, en Vigo, para comprobar que todo estaba listo para la fecha y hora programadas.

A Héctor el corazón le dio un vuelco al ver cómo su padrino avanzaba en dirección a donde se encontraba junto con su padre. Nada más saludar a ambos, Vila le pidió a su amigo cierta documentación que este se dispuso a recoger inmediatamente en su despacho, una ausencia que le permitió hablar a solas con su ahijado. Discretamente, Vila le confirmó entonces que había conseguido el puesto para su amiga, en un principio sin remunerar, hasta que cumpliese la edad reglamentaria.

—Así que, Héctor, y sin que salga de aquí, mándala venir cualquier día a primera hora y que sea lo que Dios quiera —le dijo casi en un murmullo para que el resto de los trabajadores no le escucharan.

Héctor sonrió agradecido por el favor. Esa misma semana, volvió a la carpintería de Bueu para anunciarle la buena nueva a su amiga, quien no cupo en sí de felicidad e inmediatamente, entusiasmada, fue a contárselo a sus padres y hermano, quienes se unieron a su satisfacción. En pocos minutos, la alegría pareció inundar a todo el vecindario, que tanto apreciaba a la joven Elvira. A corto plazo era

su oportunidad para contribuir en la casa, pero también la manera de labrarse un porvenir.

A la mañana siguiente, se arregló con un pañuelo blanco en la cabeza y emprendió el camino al Almacén del Rey. Allí le había dicho Héctor que estaría Fernando Vila esperándola. Tras rebasar la entrada, preguntó al primer trabajador que se encontró por el señor Vila, y él la llevó adonde se encontraba el jefe. Sorprendido este por los rasgos finos y la expresión cándida de Elvira Fandiño, la conminó a pasar a su pequeño despacho, sin caer en la cuenta en un principio de que aquella joven, apenas una niña, era la protegida de su ahijado. Ella se presentó tal y como le había recomendado Héctor:

—Soy Elvira Fandiño, señor, amiga de Héctor Carreras. Él me pidió que viniera a verle.

Entonces la miró con más interés, con más detenimiento. No la imaginaba tan delicada. Aquel pañuelo blanco resaltaba sus dulces facciones, como si hubiera salido de una pintura costumbrista de principios de siglo. Con esos labios carnosos y esas manos delgadas que el río Bispo aún no había logrado estropear.

—Pase, pase. Así que es usted. Venga por aquí, por favor, no puedo entretenerme demasiado. —Ella le siguió.

Vila no disponía de mucho tiempo, así que sin perder un minuto la condujo a la sala de eviscerado. La idea era que pasara desapercibida por unos cuantos meses, pasados los cuales podría convertirse en aprendiz, con pocos derechos y muchos más deberes.

En la sala, repleta de mujeres que destripaban sardinas a una velocidad inusitada, el patrón buscó a una mujerona llamada Maruxa y le anunció que en los siguientes meses aquella chica se convertiría en su ayudante para retirar los desperdicios del pescado. A Maruxa la inminente incorporación no le agradó en absoluto. La pilló de sorpresa y la puso en alerta. ¡Con esa cara de pánfila, seguro que había encandilado al señor Vila para obtener ese puesto!

A Maruxa, los cambios le desagradaban profundamente. Insegura como era, le provocaban una ansiedad desproporcionada. La llegada de cualquiera siempre la convertía en sustituible y eso le desataba los nervios y hacía que le subiera la tensión, así que empezó a

increpar a la muchacha por su lentitud minutos después de que Fernando Vila se hubiera marchado a supervisar las obras de La Perfección. Le encantaba que todo el mundo a su alrededor escuchara y presenciara los errores de la nueva.

Como el resto de las compañeras, Maruxa también había entrado de adolescente como auxiliar de las veteranas en el Almacén del Rey. Su tarea consistía entonces en entregar las tapas de los envases a las mayores y ver cómo estas los cerraban, lo que, suponía, era la única forma de aprender el oficio. A pesar de eso, le sentó fatal que Elvira Fandiño se incorporase bajo su vigilancia, porque al tener que prestar atención a la chica perdería la oportunidad de dominar los cierres de las latas, que requerían una gran destreza y resultaban muy importantes para un futuro ascenso.

—¡No, si siempre me cae a mí la carga! ¡Ahora me ponen a otra inútil a la que enseñar! —se quejó en voz alta, para que el resto la escuchara. Entre ellas, se miraron. Adivinaban cuál iba a ser su próxima víctima.

—¡Deja de refunfuñar, Maruxa, que siempre estás con lo mismo! —le espetó Crisálida, la oficial de primera, de quien dependía.

Maruxa cerró la boca apretando los morros. Solo se callaba si la reprendía una superior; entonces, se marchaba airada y gruñendo por lo bajo. Cuando era una igual, una de las auxiliares, montaba en cólera. Elvira Fandiño no entendió el áspero recibimiento: ni el enfado de su jefa más directa ni la frialdad con la que Crisálida, la prima lejana de su madre, la había recibido, cuando ni siquiera había empezado la tarea. Pero decidió seguir con lo que el señor Vila le había encomendado, retirando los restos de pescado, cabezas y tripas, y echándolos a un cajón de madera, sin importarle lo más mínimo el enfado de sus compañeras. Desde su puesto observó cómo las mujeres rumiaban algo sin quitar el ojo a la faena. Tenían prohibido entretenerse.

De sobra sabía Maruxa las pocas simpatías que despertaba entre sus compañeras de la planta, pero tenía una estrategia a largo plazo que ninguna de aquellas parvas e inútiles lograría estropear. Sabía leer y escribir, cosa que el resto a duras penas. Lo único que

necesitaba era tiempo y cumplir la mayoría de edad, veintiún añitos, para prosperar como se merecía.

De pinche pasaría a oficial de segunda, donde ya no tendría que soportar ninguna supervisión de nadie, y luego a oficial de primera, puestos reservados para las muchachas más espabiladas, las que se encargaban de una de las fases del proceso de producción, para después seguir avanzando por las salas de La Perfección, cuando esta se inaugurara, y ascender a maestra; entonces se vengaría de todas esas ñoñas que la despreciaban, incluso de Crisálida.

Su táctica consistiría en pudrir las aspiraciones del resto y seguir peloteando a la jefa, jefes y mandos intermedios para que alguno de ellos la reclamara a su lado. Con hablar de manera sibilina de las demás, sin aparentar desprecio ni odio, sino más bien lástima y empatía, recalcando los defectos ajenos con piedad y compasión, conseguiría convencer a los superiores del nefasto trabajo de sus iguales en pro de sí misma.

El hambre la había vuelto sagaz y lista. Había aprendido las letras por sí misma, sin demasiada ayuda, solo a veces acompañada de su hermano, que fue el único de su familia que pudo ir a la escuela. Trepar por la escala de La Perfección exigiría mucha dedicación y compromiso, también algo de maldad y frialdad, pero estaba dispuesta a todo. A denunciar si hacía falta a quien cometiera algún error si eso favorecía sus aspiraciones, a intentar deshacerse de las que ahora ocupaban mejores cargos con el fin de ascender a maestra, su gran sueño.

Esperaría paciente a que todas las jóvenes de la fábrica la respetaran y llamaran doña María, nada de Maruxa, y así realizar el adiestramiento del resto de compañeras a su imagen y semejanza. Preveía acabar llevando el control de los procedimientos más difíciles para codearse con los hombres. No le importaba el tiempo que tuviera que emplear, si algo le sobraban eran días.

21
La inauguración

Bueu, abril de 1926

El último día de marzo, los Massip realizaron el trasvase del personal desde el Almacén del Rey a las instalaciones de La Perfección con vistas a preparar el convite y la visita oficial que tendrían lugar durante el primer día de abril. La nueva planta tenía un diseño diáfano y sin compartimentos estancos para que los encargados pudieran supervisar el trabajo. Las mujeres se distribuyeron en pequeñas mesas de diez jornaleras, cinco a cada lado, todas pulcramente peinadas hacia atrás y con los cabellos cubiertos por una pañoleta blanca para extremar la higiene.

La inauguración de La Perfección se convirtió en toda una fiesta para Bueu y a ella acudieron representantes políticos, empresariales, culturales y miembros de todas las familias que integraban la colonia catalana. En el momento en el que vieron entrar a las personalidades, Elvira y el resto de las compañeras se sintieron halagadas e importantes en su pequeño universo. De refilón, empezaron a observar el paseíllo de los invitados, que se interesaban tanto por el proceso de producción de la conserva como por las nuevas artes de pesca más productivas, que sustituían el *xeito* o cerco por la *xávega* o arrastre.

Al cabo de una hora de visita, pasaron al comedor para degustar un exquisito y selecto desayuno. Entre los manjares, no faltaron los

bizcochos de Carballino ni los borrachos, como tampoco los célebres mantecados de la tierra de masa trabajadísima. El humeante café y la leche caliente con toda su nata, así como algunas frutas y zumos hicieron del pequeño ágape una delicia para las autoridades que se habían congregado en La Perfección aquella fría mañana de abril.

En la planta, las jóvenes obreras empezaron a trabajar algo más relajadas que otras veces ante la ausencia de los encargados, que ejercían de maestros de ceremonias en la visita mostrando a los invitados las particularidades del proceso. Elvira y otra muchacha llamada Juana se afanaban por volcar las cajas con los restos del pescado a un contenedor donde se trituraban para convertirlos en una especie de harina de pescado útil para abono de la tierra. Desde la primera vez que se habían visto, ambas habían congeniado gracias a que compartían el mismo origen humilde, edad e ilusión, y habían creado un estrecho vínculo de confianza dentro del cual comentaban los últimos acontecimientos.

—Elvira, ¿los has visto? —le preguntó Juana mientras cargaba con una de las cajas que contenían las sobras—. ¿Te has fijado en doña Adela, la esposa del señor Massip? ¡Qué guapa está!

—Sí, iba guapísima. Ese vestido le habrá costado una fortuna. Ni trabajando toda la vida aquí podría pagar yo una gasa como esa…

—¿Y su hijo? ¿Qué me dices? ¿No te parece buen mozo? —añadió su amiga.

—Vaya si lo es, y más con ese traje. Pero ya sabes cómo funcionan los catalanes —le explicó Elvira.

—No, no lo sé. ¿Cómo?

—Cerrados. Los catalanes solo se casan entre ellos, y solo hablan catalán, así que no te hagas demasiadas ilusiones.

Juana se quedó sorprendida.

—¿Hablan catalán en Galicia?

Entonces, Elvira le dijo que se lo había contado Héctor, un muchacho que había conocido en el baile del Pirigallo y que resultó ser uno de ellos. De hecho, fue gracias a su mediación como consiguió una oportunidad para entrar en La Perfección. Él le había explicado que tan estrechos se suponen que son los lazos entre ellos que algunos se casan entre parientes, primos lejanos y así. También

le contó que mantienen sus costumbres como si estuvieran allá: sus guisos, sus tradiciones, sus festividades. Todo.

—¡Vamos, que no nos dejarían entrar en su círculo si antes no sabemos hacer una buena butifarra! —rio Elvira, contagiando a su amiga.

—Ya, pues conmigo que no cuenten. ¡Difícil me resulta hablar castellano, como para aprender catalán! —Entre ellas preferían usar la lengua de la aldea, la de sus padres, pero tenía que ser cuando nadie las escuchase. El gallego seguía estando mal visto en su trabajo—. Y venir de tan lejos para no mezclarse, ¡qué aburrimiento!

Elvira zanjó la conversación con su amiga Juana con un baño de realidad. Le explicó que ellos visten a la moda francesa y no quieren saber nada de las mujeres gallegas, y menos de las obreras.

—Pensarán que somos unos sarnosos y muertos de hambre y que no tenemos ni un lugar donde caernos muertos —apuntilló Juana.

—¡Muy alejados no están! ¡Somos más pobres que las ratas! ¡Los gallegos siempre seremos unos desgraciados! ¡Nos falta iniciativa! ¡Solo servimos para obedecer, no para mandar! Parece que siempre estamos pidiendo disculpas por todo y, además, nunca nos apoyamos entre nosotros. ¡Mira ellos, parecen todos una gran familia, no existen las envidias ni los rencores que tenemos entre nosotros, que cuanta más familia somos, más nos deseamos lo peor!

Elvira pensó en Crisálida, que no había tenido con ella ni una palabra agradable desde que apareció por la fábrica. Resultaba descorazonador que otros hubieran sacado provecho a las costas de la ría ante la falta de riqueza e iniciativa. Que el arrojo gallego no se impusiera por falta siempre de capital o por abundancia de envidias.

—Será porque otros son más espabilados, o más ricos, o no sé… —sostuvo Elvira—. Mira mi padre, viejo y aún sigue trabajando en la carpintería. Siempre mirando cada patacón que gasta. La culpa la tienen los que no nos enseñaron a escribir y leer. A saber adónde hubiéramos llegado con educación, porque somos un pueblo listo.

—¿Tú sabes leer y escribir? —le preguntó Juana.

Ninguna de las trabajadoras, ni las muchachas de la fábrica, se avergonzaba por no saber ni leer ni escribir. Parecía un mal

endémico común en esa época. La mayoría reconocía ser analfabeta por no haber tenido tiempo ni dinero para educarse.

—No. ¿Cómo vamos a saber? —Elvira lanzó la pregunta al aire—. Las mujeres no servimos más que para plantar patatas y criar hijos y gallinas. Pero voy a aprender, Juana, te juro que voy a aprender. Héctor ha prometido enseñarme…

—Anda, anda, algo querrá a cambio… —Juana sabía que los hombres que se comportaban de manera generosa luego siempre pedían favores, especialmente a las aldeanas.

—Pues si lo que busca es dinero, mal andamos… —dijo resuelta Elvira, mientras las demás compañeras al escucharla empezaron a reírse…

—¡No, hombre! ¡No me refiero a eso, Elvira, que pareces tonta! —Elvira se percató al instante de su error, pero de sobra sabía ella que Héctor no buscaba eso. Ni siquiera se le había acercado al bailar, ni le había reclamado el beso que le había prometido.

—¡Héctor es un buen muchacho, generoso, no creo que sea un canalla como insinúas!… —respondió a Juana, defendiéndole.

—¡Bueno, ya me lo dirás, ya! —contestó su amiga con una sonrisa picarona.

Cansada de verlas cuchichear, Maruxa las puso firmes. Agria y de mal humor, les ordenó que tiraran una nueva caja al contenedor. Nunca ofrecía buenas palabras a nadie, pero con las aprendices y subordinadas, su comportamiento resultaba de lo más despótico y controlador, vigilando cada palabra que emitían y observando cada movimiento que realizaban.

A la única que aguantaba, por su condición, era a Crisálida, algo mayor que todas ellas, y porque no le quedaba más remedio, al ser su jefa más directa. Desconocía que un cierto parentesco unía a su jefa con la hija de los Fandiño, pero, a juzgar por cómo la trataba, hubiera sido imposible adivinarlo. Entre ellas dos, Maruxa y Crisálida, cotilleaban sobre los jefes, sus mujeres e hijos, del trabajo, de los hombres y del resto de las compañeras.

Cuando el silbato de hojalata empezaba a soltar vapor de agua por todos sus orificios, señal de haber terminado la mañana y de entrar en el tiempo del almuerzo, todas acudían rápidamente a

lavarse las manos. En orden, se enjabonaban y aclaraban en una enorme pileta de cerámica blanca en la que ocho grifos vertían agua sin parar. Después pasaban a la máquina de secado de manos, un tubo blanco que soltaba aire al pisar un pedal, y podían ya almorzar.

La higiene de manos suponía un procedimiento obligatorio tanto a las ocho de la mañana como al final de cada jornada y siempre que se abandonasen los puestos de trabajo, para evitar que los gérmenes pasaran al pescado y causaran un desastre. En La Perfección ya se habían extremado al máximo las medidas sanitarias; de esta forma, se pretendía que las empleadas no cayeran enfermas y no faltaran para evitar perjuicios a la producción.

22
El primer jornal

Bueu, mayo de 1926

Elvira Fandiño recibió su primer sueldo oficial tras cumplir los catorce años. Vila se lo entregó en un sobre de papel manila de color parduzco. Solo ascendía a una peseta, pero pronto se convirtió en un jornal imprescindible para la casa y para empezar a pensar en un futuro mejor. La muchacha trabajaba contenta, ilusionada, pero mucho más después de sentir que su trabajo valía dinero, así que nada más detectar las primeras gotas de vapor en los orificios del avisador, anunciando la hora del almuerzo, salió corriendo de la fábrica. Por primera vez en su vida, iba a invitar a su familia por su cumpleaños y conocería las primeras letras de la mano de su amigo Héctor.

Con premura se acercó al lavadero y acto seguido al secadero de manos. Intentaba ser siempre la primera en cumplir con la obligación del aseo para tener tiempo de almorzar algo en casa y no tener que prepararlo a primera hora de la mañana, demasiado temprano, para no despertar a sus padres o hermano, pero en esta ocasión el momento lo requería más aún. Compró pan blanco y unas latas de sardinas Le Drapeau de La Perfección defectuosas en el etiquetado, que eran los únicos productos que los empleados podían adquirir a mejor precio. Sería la primera vez que los Fandiño probasen ese manjar que había convertido a los hermanos Massip

en millonarios. Y nunca mejor dicho, porque al poco tiempo de la inauguración, el capital social de la nueva fábrica ya se valoraba en un millón de pesetas de la época.

Elvira se dirigió alegremente a la casita de piedra para celebrar con su familia las viandas adquiridas con tanta ilusión. Abrió con cuidado la estrecha puerta, casi un tablón de madera, que a duras penas permitía el acceso a una persona siempre que no fuera demasiado gruesa. Al ver que su hija traía unas latas de sardinas, su madre se mostró muy contenta por el convite que iban a compartir. Para ese día, doña Elvi le había cosido a su hija una nueva pañoleta blanca para el pelo, que ella había recibido con una enorme alegría.

—*Miña nai,* ¿a que no sabe cuándo lo voy a lucir? —le dijo al desenvolver el humilde regalo.

—¿Cuándo, *filla*? —le preguntó, complacida, su madre, al haber acertado en la elección.

—Hoy mismito. Me dijo Héctor que vendría a enseñarme las letras a casa, después de que yo terminara la faena en la fábrica por la tarde.

No había avisado a su madre con antelación para que no se azorara con la visita. Conociéndola, imaginaba que doña Elvi intentaría adecentar la casa, colocar algunas flores del campo y comprar un pequeño refrigerio con el poco dinero que le quedaba del mes para que el muchacho comiera algo mientras le enseñaba las letras, y no quería acarrearle gasto alguno.

—¿Y cómo no me lo has dicho antes? ¡Tendré que pedir alguna silla a la vecina! —refunfuñó su madre—. Con lo que me gusta ese muchacho para ti y el pobre se va a encontrar la casa sin apenas muebles. ¡Qué vergüenza!

—¡Madre, cálmese, ande! ¡No se agobie! ¡Él ya sabe que no puede encontrar las mismas comodidades aquí que en su casa! ¡Ni lo notará! ¡No se preocupe! —dijo, abrazando a su madre—. Pero no se emocione, que solo somos amigos.

—Pues te convendría pensar en él de otra manera. ¡Qué remilgada eres, Elvira, no hay quien te entienda!

Doña Elvi consintió pensando que, si esas enseñanzas servían para que ambos estuvieran más tiempo juntos, las daba por buenas,

aunque en el fondo intuía que nada de aquello merecía la pena para una muchacha de origen humilde, sin mayores aspiraciones que cuidar a sus hijos y el hogar.

Pese al sentir de su madre, Elvira Fandiño tenía otros planes. En su vida albergaba demasiados sueños para su condición. Antes de enamorarse y tener hijos, deseaba ganar algo de dinero y ahorrar para poner un negocio con el que ganarse la vida. No quería pasar su existencia plantando patatas, dando de comer a las gallinas y criando a sus retoños. Necesitaba otra cosa, aún no sabía exactamente el qué, pero ya encontraría su lugar.

—Además, soy muy joven, apenas he cumplido los catorce…

—¡Pues más te vale que vayas asumiendo que tus padres no te pueden mantener toda la vida! ¡A tu edad ya me había pedido tu padre de novia, y al poco vinisteis tú y tu hermano! —replicó doña Elvi, saliendo para recoger el mantel del tendedero.

El padre de Elvira, harto de escuchar sandeces, se levantó de mal humor. Aunque era raro que diera su opinión y hablara sobre asuntos del corazón, de los que apenas sabía nada, le pidió a su hija que escuchara con mayor atención a su madre si quería tener un porvenir mejor.

Al terminar de comer, Elvira volvió a la planta por unas horas, deseando que llegara la tarde para dar su primera clase. Ya de vuelta en casa, a la hora convenida escuchó a Héctor golpear con los nudillos en la puerta de madera. Venía con unos libros debajo del brazo. Todos le instaron a entrar y recibieron con cordialidad. Él saludó educadamente y, sin más dilación, le entregó a Elvira un paquete que le había traído por su cumpleaños. La muchacha lo abrió ansiosa y, al ver un cuaderno y un lápiz, empezó a dar saltos de alegría. A Héctor le hacían gracia tanta espontaneidad y alborozo.

Acomodados en la única mesa de la humilde casa, Héctor empezó por escribir las vocales y pronunciarlas. Con sus dedos huesudos trazaba cada una de ellas con esmero y cuidado, en un tamaño grande para que Elvira pudiera apreciar el movimiento de la muñeca sobre el papel: la a, e, i, o, u. Ella le seguía con admiración. A él le encantaba ver su ilusión, su vocalización casi infantil.

—Dime, ¿y a ti qué te gusta más: leer o escribir? —le preguntó Elvira tras leer cada una de las vocales que Héctor había escrito sobre la primera página del cuaderno.

—Leer, sin duda —afirmó sin pensárselo demasiado.

Desde su punto de vista, no había comparación posible. La sensación de meterse en otras vidas, pisar lugares desconocidos y vivir épocas diferentes, sin demasiado esfuerzo, solo se alcanzaba con la lectura. Además, leyendo uno conseguía conocer nuevos personajes que, de otra forma, hubiera sido imposible descubrir y, mucho menos, intimar con ellos. Adentrarse en sus cerebros, en sus mentes, en sus pensamientos y saber sus opiniones para aprender de sus errores y de sus aciertos. Si le daban a elegir, Héctor prefería leer. Lo tenía claro.

—Ya, pero si escribes puedes convertirte en una especie de Dios, un Todopoderoso, creando vida. ¿No?

—Sí, puede ser, pero tengo la sensación de que, si uno escribe, desaparece la intriga, mientras que si lee acaba viajando e instruyéndose sin moverse del sitio. Quizá sea más cómodo para mí. —Héctor dirigió una triste mirada a su pierna.

Elvira observó su pantorrilla sin decir nada. Héctor nunca le había contado cuál había sido la causa de su pequeña pero más que evidente cojera.

Tras un breve silencio, el muchacho le pidió que volviera a repasar con el lápiz cada una de las vocales para no tener que gastar más papel. Mientras lo hacía, Elvira no dejaba de pensar si la discapacidad de Héctor sería de nacimiento o por algún accidente.

Había observado que el tobillo izquierdo, cubierto por el calcetín, tenía un grosor enorme, el doble que el de la otra pierna, y le hubiera gustado que le explicara algo, pero una vez más prefirió no mencionarlo ni indagar más. A veces notaba que a Héctor le dolía la pierna y esto le obligaba a andar despacio, pero no quería ser indiscreta. Se trataba de un asunto privado en el que rehusaba meter las narices.

—Entonces, también a mí me gustará más leer. Estoy segura —dijo Elvira para retirar aquellas elucubraciones de su pensamiento.

Héctor le contó entonces que en una visita a la casa Massip con su padre le habían dejado curiosear en la biblioteca de la familia mientras los mayores hacían negocios, y que había disfrutado inmensamente con las bellísimas ediciones que había visto. Los dos volúmenes que más le habían fascinado habían sido *Voyages extraordinaires,* de Jules Verne, y *Spanish Scenery,* de George Vivian, en francés e inglés respectivamente.

—¿Y sabes leer francés e inglés?… —Elvira no salía de su asombro.

Héctor no era un muchacho como los de su entorno, pero lo de poder entenderse con los extranjeros la dejó patidifusa.

—Claro, Elvira, y latín, y griego.

—¡Hala! ¡Cuánto sabes! Te prometo que yo también me voy a aplicar. Voy a ser tu mejor alumna, Héctor. ¡Verás, te vas a sorprender!

—No lo dudo. No me he encontrado nunca a ninguna joven tan voluntariosa como tú. Estoy seguro de que pronto podrás empezar a leer, y…, quién sabe…, quizá dentro de unos años también te pueda enseñar otros idiomas.

A Elvira se le iluminó el rostro, orgullosa de que alguien le reconociera su valor. Al cabo de una hora de lección, Héctor se marchó prometiéndole que volvería otro día para empezar con las consonantes, y mientras tanto, le pidió que rotulara con paciencia cada una de las vocales, primero en grande y luego cada vez más pequeñas. Después ya vendrían las sílabas, las palabras y, más adelante, las oraciones, para avanzar con los párrafos y textos completos. Lo lograría. Conseguiría poder leer y escribir. Con paciencia y tesón. Tenía por delante un largo camino por aprender, pero estaba deseando recorrerlo.

23
El misterio de la pierna tullida

Bueu, junio de 1926

El progreso de Elvira iba haciendo las delicias de Héctor, quien aprovechó el verano de ese año para pasar más tiempo en Bueu con su abuela Mercè y, de paso, conocer mejor a su amiga. Aquellas serían las últimas vacaciones antes de emprender sus estudios en Santiago de Compostela. El ingreso universitario se había demorado un par de cursos primero por culpa del incidente con su pierna izquierda y posteriormente le pudo la desgana de tener que estudiar con compañeros mucho más jóvenes que él, pero esta vez estaba decidido a afrontar su destino con responsabilidad y matricularse en la carrera de Medicina. Iba a ser médico. Después de que Gabino le animase, ya no le quedaban dudas.

Casi con veinte años, Héctor empezaría sus estudios en la Universidad de Santiago de Compostela. Pese a que le seguían apasionando las máquinas y los procesos productivos, prefirió decantarse por curar el dolor de los enfermos, los que sufrían como él. Necesitaba investigar qué le había ocurrido a su propio cuerpo, por qué se encontraba ahora así y cuál iba a ser su esperanza de vida. Se trataba de un buen muchacho, con un corazón noble y desprendido, que necesitaba siempre buscar respuestas a lo que desconocía.

El accidente en su pierna izquierda le había obligado a permanecer en el hospital durante un año, vigilado constantemente por médicos y enfermeras, sin poder salir a ninguna parte. Con la juventud quebrada, el espíritu de Héctor se había vuelto retraído y volcado en la lectura, muy diferente a como había sido en su infancia y adolescencia. Antes de que aquello ocurriera, se le veía competir en todo tipo de deportes, especialmente los marítimos, como la vela; sin embargo, el año en el que cumplió los diecisiete años, ocurrió algo inesperado.

En mitad de una carrera deportiva, se había formado en su cuerpo un coágulo de sangre que le había llegado a los pulmones y le había producido una embolia pulmonar que le dejó sin poder respirar y casi sin vida. Empezó a ahogarse, pero afortunadamente la rápida actuación de los médicos logró salvarle.

Gracias a una operación a vida o muerte, Héctor consiguió salir adelante. Para intentar que no volviera a repetirse, los doctores decidieron pinzar la arteria en la pierna izquierda, casi de forma rudimentaria, con el fin de achicar la cavidad y evitar así la formación de nuevos coágulos de sangre que provocaran más embolias. Desde entonces caminaba con una extremidad amoratada e hinchada, mucho más ancha que la otra, que le producía una cierta cojera.

Todo eso hizo que se volviera más reservado. De mostrarse como un muchacho culto, divertido y deportista se había convertido en un ser solitario, inseguro y algo raro. Alguien con quien las jóvenes de su edad rehusaban tratar. Se comentaba que el accidente también había afectado a su virilidad, convirtiéndole en estéril para el resto de su vida, una circunstancia que a las madres de la colonia de las barretinas no les pasó desapercibida, por lo que decidieron tácitamente excluirle del elenco de candidatos para sus hijas, ante la posibilidad de quedar sin descendencia ni herederos para su patrimonio.

La única salida a su dolor emocional y físico la encontró en los libros. Leía compulsivamente con tal de no salir y permanecer encerrado en su habitación sin la visita de nadie. Ese

enclaustramiento provocó que la piel se le fuera empalideciendo y sus ojeras ensombreciendo más su rostro gris.

Cuando aquellas Navidades su madre le avisó de que iban a dar un baile en el Pirigallo, Héctor ni se molestó en escucharla, pero ella insistió tanto en que se divirtiera que, para obligarle, decidieron pasar la Nochebuena en Bueu, en casa de la abuela doña Mercè. No le quedó más remedio que salir y, ante la presión para que no regresase sin sacar a bailar a una de aquellas jóvenes que esperaban impacientes una invitación, empezó a tantear, con cierta vergüenza, sus posibilidades.

Ahora lo agradecía. Si no hubiera sido por esa insistencia jamás hubiera conocido a la dulce Elvira ni hubiera notado que algo importante había ocurrido en su corazón. Antes, en su adolescencia, no le importaba tontear con las jóvenes de su edad e incumplir promesas, ser más descarado e insensible. Pero después de lo que había pasado, se había transformado en una persona más comprometida, más respetuoso con los sentimientos ajenos y más responsable. Había madurado.

Le prescribieron evitar el deporte, lo que agradeció para que nadie pudiera observarle en pantalón corto y reírse de esa piel amoratada. Las pocas veces que se había descuidado y alguna muchacha había podido ver parte de la pantorrilla, habían salido corriendo señalando con asco y repugnancia el aspecto de su pierna, hiriendo a Héctor en lo más profundo de su alma. Se sentía igual de desamparado que la Bestia, que el Quasimodo de Notre Dame.

Cuando sus padres le preguntaron con quién había bailado, el joven contestó sin reprimirse que con una muchacha de la aldea. Aunque siempre le habían animado a que hiciera nuevos amigos en el pueblo paterno para entretenerse de vez en cuando y tener otras distracciones, no les gustó demasiado que se relacionase con una joven tan humilde, aunque, ¿qué iban a hacer? ¡Hacía tanto tiempo que no veían a su hijo interesarse por algo que no fueran sus novelas!…

Y Héctor acabó metiendo a Elvira en todas las conversaciones, en el desayuno, la hora de comer y la cena. Elvira, Elvira, Elvira, su madre se sabía de memoria la vida de aquella muchacha. Sus ganas

por aprender, su trabajo en La Perfección. No había nada que se le escapara.

Veía a su hijo tan entusiasmado con la joven que en ningún momento se le pasó por la cabeza reprenderle por aquel capricho. Ya se le pasaría cuando entrara en la universidad. Con la compañía de nuevos amigos, aquella chica acabaría por marcharse de su pensamiento. Pero se equivocó. No fue así.

24
La Casa Escuela de Martina Baras

Bueu, agosto de 1926

Con la llegada del nuevo curso y su inminente marcha a la Universidad de Santiago de Compostela, Héctor propuso a Elvira preguntar si podrían admitirla en la famosa Escuela de Martina Baras, para de ese modo no tener que interrumpir el aprendizaje ahora que ya conocía el abecedario al completo. La fama de doña Martina Baras, maestra de tres generaciones de bueuenses, se había extendido más allá de la comarca y no había nadie, ni dentro ni fuera del Morrazo, que no alabara su reputación y dedicación. Si uno pretendía llegar a ser alguien en la vida debía pasar antes por sus manos.

Doña Martina se había convertido en toda una institución en la localidad, y a Elvira Fandiño, que Héctor la juzgase merecedora de aspirar a estudiar en su institución la honraba y enorgullecía. Era un ejemplo a seguir. Gracias a la pequeña pensión que había recibido de sus padres, doña Martina se había sacado el título de Primera Enseñanza para comenzar a impartir clases en la escuela privada de Bando do Río. Tenía treinta y cinco años, un hijo de soltera y un sueño: crear su propia escuela dentro de su hogar.

Lo consiguió gracias a su hermano, Miguel Baras. Este había abandonado su tierra natal emigrando a Buenos Aires para emprender una vida literaria y sofisticada. En poco tiempo se había

convertido en uno de los periodistas y escritores más admirados y aclamados de la intelectualidad argentina, y había conseguido grandes contactos en el país y en la vecina Uruguay. Viendo que la influencia de su hermano podía servir para hacer realidad su deseo, a sus cincuenta y dos años se embarcó hacia Argentina a fin de conseguir el dinero en una colecta pública, y en 1906 empezó a funcionar el Colegio Particular Virgen de los Dolores.

Aprovechando la luz de finales de verano y tras terminar la tarea en la fábrica de los Massip, Héctor y Elvira decidieron acudir a la casa escuela. Se encontraba a solo unos minutos de La Perfección, y estaba ubicada en un edificio señorial de doscientos treinta metros cuadrados, cuya planta inferior se había acondicionado al completo para poder dar clases tanto a niños como a adultos.

Entró primero Héctor al centro y preguntó en la recepción si podían ver a doña Martina, la conocida maestra. A los pocos minutos los recibió ella misma en persona, morena, delgada, con un moño recogido en la nuca y vestida de negro riguroso. A sus setenta y dos años todavía seguía ejerciendo la docencia y formando a todos los que tuvieran ganas de aprender, aunque en esos momentos ya contaba con la inestimable ayuda de sus antiguas alumnas para atender a los alumnos, fueran mayores o pequeños.

—¿Les puedo ayudar en algo? —preguntó doña Martina con suavidad mirando primero a Elvira y luego a Héctor.

Los dos se dispusieron a explicarle al unísono el motivo de su visita, hasta que Elvira dejó mejor que lo explicara su compañero.

Querían saber si Elvira podía seguir profundizando en el aprendizaje de la lectura y la escritura sin faltar al trabajo diario en La Perfección ahora que Héctor iba a emprender camino a Santiago de Compostela y ya no podía ocuparse de darle clases particulares. Doña Martina era quien seguía tomando las decisiones de los admitidos, así que les pidió a ambos que la acompañaran a un pequeño despacho para conversar tranquilamente.

Doña Mercè, abuela de Héctor, le había avisado de que se trataba de una mujer brava, de firme carácter, aunque de espíritu maternal. Durante sus años de juventud, su semblante se había endurecido

por culpa de tener que acallar los rumores y comentarios de los habitantes del pueblo por quedarse embarazada sin marido.

Para poder seguir estudiando, y con mucho dolor, no había tenido más remedio que enviar a su único hijo, Julián, a una institución religiosa con la intención de que le educaran como correspondía. Aquel muchacho se había convertido en un hombre hecho y derecho que, aun después de contraer matrimonio, seguía viviendo en la casa familiar para estar más cerca de su madre. Para ella, tanto él como los *filliños* de la escuela mantenían inalterable su ilusión y seguían dando sentido a su vida.

A Elvira le agradó mucho ese tono serio y seguro de su voz, así como la historia que le había contado Héctor. Le había dado confianza. Gran defensora de la alfabetización de niños, mujeres y hombres, Martina Baras impartía clases a diario en horario nocturno y los sábados por la mañana, con el fin de que los obreros aprendieran a leer y a escribir antes de partir a hacer las Américas.

En sus clases, hombres y mujeres no solo empezaban a conocer las letras, sino también los números y las nociones básicas del cálculo matemático. Sumar, restar, multiplicar y dividir podían resultar imprescindibles al otro lado del Atlántico, donde tendrían que firmar contratos y evitar engaños.

Al conocer las necesidades y disponibilidad de la joven, la maestra se interesó por sus conocimientos.

—¿Y el nivel de la muchacha? ¿Sabe leer? —le preguntó de manera directa a Héctor.

—Todavía no, pero casi —contestó él—. Le he ido enseñando las letras y los números, y ya sabe distinguirlos, su sonido, y dibujarlos, pero no nos ha dado tiempo a más. En septiembre debo partir a Santiago de Compostela y a ella le gustaría seguir avanzando.

—¿Su nombre es? —inquirió mirándola fijamente.

—Elvira Fandiño, para servirla —respondió la muchacha, igual de seria.

Ambas se cayeron bien. Su porte majestuoso y distanciamiento suponían el escudo del dolor que Elvira reconocía a la perfección dentro del carácter gallego. Una coraza forjada para que nadie

pudiera infligirle daño. Un disfraz para esconder esa ternura y sensibilidad que desprendían sus pupilas.

—El horario de los sábados comprende desde las nueve de la mañana hasta las doce del mediodía. ¿Podrá cumplirlo, señorita Fandiño? No admitimos a alumnas que ocupen una plaza y luego no vengan —añadió, tajante.

—No será el caso, doña Martina. ¡Confíe en mí! —le aseguró Elvira —. Le doy mi palabra de que asistiré cada sábado, con mucho gusto y el permiso de mis padres. Trabajo todos los días en La Perfección, pero el fin de semana podría dejar los domingos para ayudar a mis padres y asistir a misa, mientras que vendría aquí los sábados.

—Pues entonces no se hable más. La espero el próximo sábado.

—¿Y el dinero? —preguntó Héctor.

—Por eso no se preocupen. Las clases de adultos son gratuitas o a la voluntad. Por ahora no hay que pagar nada —aclaró la maestra.

Terminaron la visita con un apretón de manos y con ganas de empezar una nueva etapa. Habían conocido a una de las mujeres que más se había esforzado para garantizar la educación en la localidad, la maestra que se había empeñado en que ningún vecino de Bueu fuera analfabeto e incapaz de ganarse la vida en el Morrazo o donde fuera.

Además, con los años, el colegio había conseguido erigirse en el epicentro de la vida cultural de Bueu gracias a la capacidad de la maestra para organizar actividades culturales, especialmente grupos de teatro y comparsas. Pero no solo eso. También en el núcleo de emigración gallega. A todo aquel que quisiera emprender viaje a Argentina o Uruguay, además de impartirle clases, se le ofrecía una carta de recomendación de su hermano Miguel para encontrar un trabajo fijo allí.

25
El naufragio

Bueu, septiembre de 1926

El primer día de clase, Elvira llegó a la casa escuela con el cuaderno y el lápiz que Héctor le había regalado el día de su cumpleaños. Abrió la puerta la señorita Gloria, la primera ayudante de doña Martina, quien la situó al lado de otros tres muchachos algo mayores que ella que estaban aprendiendo a rotular y vocalizar las consonantes. Del pequeño grupo de los sábados, Elvira parecía la más avanzada, así que pronto empezó a juntar consonantes con vocales para emitir el sonido de las sílabas y aprender a escribirlas.

Le encantó dibujar su nombre y deletrearlo como le había enseñado Héctor: «El-vi-ra, Elvira», dijo para sus adentros. Se imaginó pudiendo escribir las primeras cartas a Héctor a Santiago, leyendo las páginas del *Faro de Vigo,* ayudando a su padre y hermano con las cuentas para manejar la pequeña economía del hogar, y se sintió, por primera vez en su vida, útil de verdad.

El resto de los compañeros, dos chavales, Manuel y Adrián Mosteiro, ambos de diecinueve años, primos hermanos, y una joven de catorce años, Ana Castro, le contaron que estaban aprendiendo las letras para poder marcharse pronto a América.

A Elvira le sorprendió que quisieran irse siendo tan jóvenes aún y con tanto trabajo como había entonces en Bueu, pero ellos replicaron que su idea de vida no era malvivir en Galicia, sino que

esperaban prosperar de verdad, hacerse ricos. En Argentina, en Buenos Aires, los dos primos ya tenían a un tío trabajando, igual que Ana en Uruguay. Se habían ido casi con lo puesto y estaban viviendo sin privarse de nada, así que a Elvira no le pareció tan raro que desearan reunirse con su familia allí y buscar nuevas fórmulas para crecer.

A la hora de la salida caminaron juntos por la playa buscando el mejor atajo para alcanzar sus respectivas casas. Elvira tenía prisa por ayudar a su madre con el caldo y luego cavar el huerto para plantar las patatas; no obstante, pensó que tampoco se retrasaría tanto, así que los acompañó. Quería saber qué expectativas tenían al otro lado del Atlántico.

—Me han dicho que en Argentina ofrecen trabajo incluso a gente analfabeta que solo sabe labrar la tierra. ¿Será cierto? —preguntó Elvira con los ojos encendidos.

—Pues sí. Créetelo —le explicó Manuel, que parecía el más entendido de los tres—, pregúntale el próximo sábado a la maestra, que tiene allí a su hermano Miguel, ya verás qué te dice. Allí les sobra terreno y necesitan manos diestras que hagan fértil la tierra.

—¡Con lo fácil que es plantar patatas! —le dijo, incrédula, Elvira—. ¡No será para tanto!

Entonces, el muchacho empezó a contarle con detalle la experiencia de su tío, que se había marchado a comienzos del nuevo siglo. El joven aseguraba que el hermano de su madre había conseguido enriquecerse en La Pampa cuando el Gobierno argentino emprendió la repoblación ofreciendo como aliciente no solo dinero para empezar una nueva vida en aquellas tierras, sino también la posibilidad de sufragar parte de los gastos que ocasionaban el desembarco, la residencia y hasta el viaje al punto de destino elegido de quienes emigraban.

—A cada familia, el Gobierno argentino de entonces otorgaba una propiedad con un cierto número de hectáreas de terreno de cultivo, un rancho e incluso algunos instrumentos de labranza para comenzar a trabajar —explicó Manuel—, aunque ahora mismo las cosas han cambiado y ya no dan tantas ventajas.

Por la radio habían oído decir que, con esa política de repoblación, más de un millón de europeos, muchos de ellos gallegos, se habían marchado para allá sin pensárselo dos veces. América representaba la única salida a una vida mejor. El mar que tenían delante no suponía el fin, sino el principio, así que muchas familias se quedaron partidas por la mitad cuando los suyos emigraron.

—Nuestro tío ni siquiera había viajado antes a las grandes ciudades gallegas —añadió Adrián—, ni a Vigo, ni a Santiago de Compostela, ni a La Coruña, ni tampoco a Lugo u Orense. Venía de una aldea del interior de Pontevedra, pero fue un valiente y lo logró, aunque lo que más le costó fue decir adiós.

Las despedidas en el puerto de Vigo, el de La Coruña o el de Villagarcía de Arosa se habían convertido en una constante durante esos años. Muchas de esas familias jamás volvieron a verse. Cruzaron el Atlántico con la esperanza de mejorar, hacerse ricos y millonarios y regresar, pero no todos lo consiguieron. Para los que se arriesgaron en aquel viaje de treinta días, la separación supuso una auténtica herida abierta que hizo de la morriña la palabra gallega más universal.

En aquellos navíos que atravesaban el océano Atlántico se llevaron consigo una hermosa vida en su tierra, llena de recuerdos, fotos, sentimientos, ilusiones y trozos de papel, que no eran otra cosa que el pasaje sellado con nombres de los buques correo o de los transatlánticos, el fatídico Santa Isabel, el Blas de Lezo, el Alcántara, el Aragón, el Arlanza, el Santa María, el Veracruz, el Mercè, el Begoña…

—¿Y no os da miedo que os ocurra algo como lo del Santa Isabel? —preguntó Elvira.

El caso del Titanic gallego, acaecido cinco años atrás, había causado una fuerte conmoción en la escuela, porque uno de los antiguos alumnos había fallecido en el naufragio del navío Santa Isabel, un vapor correo de la Compañía Transatlántica Española, en el que perecieron un total de doscientas trece personas de casi trescientas que viajaban en él, incluida la tripulación.

—A mí, sí —apuntó Ana bajando la voz—. Me aterraría que se repitiera algo así. Dicen que todo se desató cuando más cargado iba

el barco, tras hacer escala en Bilbao para recoger a otros ciento cincuenta y cinco pasajeros de Castilla, León, Cantabria y Asturias. Desde allí volvieron a La Coruña y a Villagarcía con la idea de partir a Cádiz, donde pensaban transbordar a los pasajeros procedentes del Reina Victoria Eugenia de Barcelona, como hacían siempre, y de ahí al destino final, Argentina y Uruguay. Pero al final…

—Tuvo que ser terrorífico, terrorífico —murmuró Elvira—. Solo de pensarlo, se me ponen los pelos de punta. Y aquellas chicas de Sálvora intentando salvarlos… ¡Qué miedo! ¡Qué valor!

En la memoria de los gallegos todavía resonaba lo ocurrido en el naufragio. El desastre, con el mar helado y embravecido, se había desatado el sábado 1 de enero, después de oficiarse a bordo la misa de Año Nuevo. Los pasajeros se habían retirado a sus camarotes ante el fuerte temporal y el capitán, Esteban García, había bajado la velocidad en el navío y dirigido la maniobra, pero el 2 de enero de 1921, a la una y media de la madrugada, la bravura del mar a la altura de Fisterra provocó el choque del buque contra las rocas a doscientos metros de la isla de Sálvora. El Santa Isabel, equipado con radioteléfono, solo pudo enviar estas palabras: «Estamos encima de las rocas de Sál…», y ahí se acabó todo.

A pesar de recibir el mensaje, ningún buque pudo brindarle socorro. Solo tres jóvenes que aparecieron como sirenas, de nombre María Fernández Oujo, Josefa Parada y Ciprina Oujo Maneiro, con catorce, dieciséis y veinticuatro años, consiguieron rescatar en sus barquitos de pesca atracados en Sálvora a entre quince y veinte personas.

—No deberían haber salido de La Coruña con ese temporal, por eso yo embarcaré en verano —precisó Manuel.

Todos coincidieron en que era la mejor época. A Ana Castro la esperaba su padrino en Fray Bentos, a trescientos kilómetros de Montevideo, en Uruguay. No era el caso de Elvira, que no conocía a nadie al otro lado del Atlántico y de hecho ni se había planteado cruzarlo hasta el momento, pero los muchachos le insistieron en que no tardaría en encontrar trabajo o un mecenas que la ayudara a pagarse el pasaje. A ella ese dineral le parecía un despropósito.

Un pasaje a Buenos Aires, en la clase inferior, valía doscientas pesetas, el precio de una vaca. Con el sueldo de ayudante de pinche, de dos pesetas y media mensuales, que tenía previsto cobrar cuando pasaran los seis primeros meses, le parecía un reto imposible de conseguir a corto plazo. Además, tampoco le llamaba mucho la atención hacer las Américas. La Perfección iba muy bien y, pese a las presiones de Maruxa, ella seguía encantada de ocupar su puesto junto con su amiga Juana, de quien se había hecho inseparable. A veces, la faena era tanta que algún día el encargado les pedía si podían retrasar una hora su salida hasta las ocho de la tarde para poder acabar con el trabajo pendiente, algo a lo que accedían gustosas y que suponía una peseta más.

Para Manuel y Adrián, sin embargo, la prioridad pasaba por ahorrar hasta pagarse la mitad del barco. La otra mitad se la regalarían sus familiares al otro lado del Atlántico. Todavía faltaban un par de años para su marcha.

26
Fray Bentos

Bueu, octubre de 1926

Las increíbles historias contadas por Manuel, Adrián y Ana, sus compañeros de la escuela, seguían causando admiración y sorpresa en Elvira. Argentina y Uruguay, países solo separados por el Río de la Plata, aparecían en su imaginación como el paraíso perdido, el edén del trabajo, donde los sueldos no resultaban tan miserables como en Galicia y se podía prosperar de manera más rápida. Y la idea de emigrar empezó a abrirse camino en su mente.

Elvira sabía por doña Martina Baras que su hermano había conseguido convertirse en poco tiempo en el gran nexo entre ambas tierras. Si ella finalmente decidiera algún día viajar a América, le podría solicitar una de esas cartas de recomendación que la maestra ofrecía a los emigrantes para abrirles las puertas del continente americano.

Su compañera de pupitre, Ana Castro, muchas veces le hablaba de la ciudad de Fray Bentos, donde vivían sus familiares, en mitad de la pampa uruguaya, y en la que resultaba muy fácil encontrar trabajo, pues se había instalado allí una gran industria, similar a La Perfección, pero de envasado de carne. En lugar de sardinas allí se enlataba carne de vaca, pero el procesamiento y tratamiento de la materia prima era muy similar a lo que Elvira estaba aprendiendo en la nueva factoría de los Massip.

La muchacha echaba cuentas, pensaba… Solo si dedicaba el salario completo de los próximos cinco años a financiarlo, podía soñar con emprender un viaje de ese tipo. De momento solo le quedaba esperar, y aprender perfectamente tanto a leer y escribir como el oficio de oficial de segunda.

Su amiga la había informado de que la compañía tenía una gran solera y prestigio internacional y que su padrino se había convertido en uno de los principales encargados de la planta, que ocupaba alrededor de tres kilómetros cuadrados y daba empleo a un total de cuatro mil quinientos trabajadores, entre hombres, mujeres y niños. Parecía una empresa de lo más solvente.

—¿Por qué no te lo piensas? —le preguntó Ana.

—No sé, Ana, mi sitio está aquí, en La Perfección. Tengo un sueldo decente y, además, puedo ayudar a mis padres con la tierra.

A Elvira le atraía la idea, pero le pesaba abandonar a su familia. No quería separarse de sus padres ni de su hermano. Además, se encontraba a gusto en La Perfección, pese a las recriminaciones insistentes de Maruxa y la pasividad de Crisálida. Sus compañeras, especialmente Juana, se portaban bien con ella y los jefes superiores no resultaban demasiado exigentes ni incómodos. Se podría decir que se sentía parte de una pequeña familia donde cada día aprendía más. Además, tampoco quería abandonar las clases de Martina Baras, que tanto le gustaban, ni a Héctor.

—Pero no lo descartes, Elvira. Quizá podrías ayudarlos más desde allí. En poco tiempo, te harías rica y tus padres vivirían como reyes solo con parte de ese salario —le insistió su compañera.

Ana pretendía convencerla de la buena oportunidad que tendría junto a ella y con el patrocinio de su padrino. Estaba segura de que él podría sufragarle parte del pasaje descontándoselo de su futuro sueldo, y pronto ambas mejorarían su estatus mucho más rápido que en Galicia. La propuesta resultaba tentadora.

El corazón de Elvira se encontraba dividido: por una parte, sentía curiosidad por ver el Nuevo Mundo, por ganarse mejor la vida, pero por otra sentía pavor por el prolongado viaje, miedo ante un nuevo país, inseguridad ante otras formas de ser, de pensar, incluso de hablar, de expresarse… A medida que Ana le iba contando las

posibilidades al alcance de su mano, la idea empezó a no parecerle tan descabellada. Marcharse supondría avanzar más deprisa y poder volver allí, a Bueu, y lograr establecer el negocio deseado, ese pequeño comercio de ultramarinos. Se trataría de unos años de sacrificio para volver con la vida resuelta.

Seguía dándole vueltas, y le pidió a su amiga que le contara más acerca de Fray Bentos y esa conservera. También que le hablara de Uruguay y de los uruguayos, de qué tipo de gente serían. Quería saber si esa empresa les ofrecería o no buenas condiciones, y Ana, deseosa de convencerla, le repetía las bondades que su padrino le había explicado sobre la fábrica.

De su mano, Elvira supo que los alemanes la habían construido para fabricar y exportar un invento creado en Alemania: unos cubitos de concentrado de carne para hacer caldo con los que alimentar a la clase obrera industrial y a los soldados, fáciles de transportar y muy nutritivos. Debido a la escasez en Europa de la materia prima, la carne, en plena época de hambruna, la explotación industrial de los cubitos no era rentable en Europa, pero sí en la pampa uruguaya. De hecho, se necesitaban treinta kilos de carne para fabricar un kilo de cubitos.

Parecía ser que en aquella ciudad, Fray Bentos, limítrofe con Argentina, se desperdiciaba la carne al no existir frigoríficos ni fábricas de hielo, y solo se aprovechaba la piel de las vacas para las curtidoras de cuero, que en aquel entonces suponían la actividad principal de la zona. Justo lo que el ingeniero alemán Georg Giebert necesitaba, así que consideró que esa ciudad podía convertirse en una buena oportunidad para ubicar su compañía y aprovechar la carne de las reses fabricando cubitos de caldo OXO y también latas de carne en conserva, la apreciadísima *corned beef*.

Al principio la conservera se llamó LEMCO, siglas de Liebig's Extract of Meat Company, en honor al inventor del extracto de carne, el químico alemán Justus von Liebig, y en 1865 comenzó su andadura con tanto éxito que, después de la Primera Guerra Mundial y la Revolución rusa, cuando más escasez había en Europa y más rentable era, fue vendida en 1924 por una gran suma a empresarios

ingleses. Pasó entonces a llamarse Frigorífico Anglo, que era donde el padrino de Ana trabajaba.

—¿Frigorífico Anglo? —preguntó Elvira —. Jamás había escuchado ese nombre.

Tampoco le sonaban para nada los cubitos de extracto de carne. Todo le parecía novedoso y de un gran atractivo.

—No, porque aquí en Galicia la producción de carne de vaca no la tenemos que importar, pero figúrate en aquellos países en los que no existe tanta ganadería. ¿De dónde la sacan? Te aseguro que se trata de una de las factorías más importantes del mundo, igual que La Perfección, pero de carne —le dijo Ana.

Su gran éxito, lo mismo que les ocurrió a los Massip, fue apostar por la innovación. No achantarse con el progreso. Hasta la Frigorífico Anglo había llegado la última tecnología del momento, desde la primera lámpara eléctrica del país hasta los últimos ingenios para enlatar, e incluso máquinas de despiece capaces de enviar desde el matadero a las neveras un animal desangrado, sin cueros ni vísceras, en un tiempo récord de veinte minutos.

Ana conocía todo tipo de datos sobre la fábrica. Le contó que en una sola jornada podían sacrificarse mil ochocientas vacas, seis mil cuatrocientos corderos y cuatro mil ochocientos capones, y se elaboraban hasta un centenar de conservas distintas. Pero no era lo único. Para el aprovechamiento de las pieles curtidas se había creado toda una industria paralela del cuero; además, los cuernos se vendían a los fabricantes de botones y los desechos se aprovechaban para fertilizantes. ¡Incluso los cálculos biliares de las reses se utilizaban en la industria del perfume! Todo tenía una utilidad y eso provocaba que los beneficios de la compañía fueran creciendo como la espuma.

El negocio resultaba redondo gracias a la exportación. Los barcos se marchaban de Uruguay llenos (sobre todo tras la invención de los buques-frigorífico) de carne en todos sus formatos, y de vuelta traían carbón y sal del Viejo Continente. Cuanto peor le iba a Europa, más pedidos entraban. Su padrino le había hablado de los miles de cartas de madres británicas cuyos hijos combatían en la Primera Guerra Mundial que no hacían otra cosa que solicitarles los

cubitos de caldo de carne, que se comercializaban bajo la marca OXO, a través de la correspondencia militar.

El complejo fabril en torno a esa actividad resultaba la envidia de todo el país. Junto a la fábrica, se habían erigido una escuela, biblioteca, hospital, y hasta una casa de té para los gerentes, de origen británico, que a las cinco en punto de la tarde no faltaban a su ritual como si estuvieran en el mismísimo Chelsea. Todo ello atraía cada vez más a los emigrantes gallegos y de otras partes del mundo, convirtiendo a Fray Bentos en uno de los lugares predilectos de aquella época para hacer las Américas.

Igual que Bueu se había transformado alrededor de La Perfección, en Fray Bentos la población se había concentrado en torno a Frigorífico Anglo. La dirección vivía con su familia en la Casa Grande, una elegante mansión con jardines ingleses ubicada en las cercanías de la fábrica desde la que se dominaba el barrio Anglo, más conocido como La Ranchada, donde vivían los obreros.

La entrada a la fábrica era conocida por todos como «la chapería», pues cada turno fichaba con una chapa, y en la primera planta estaba la sala con los pupitres de los secretarios y las paredes cubiertas por coloridos carteles publicitarios de los famosos cubitos OXO y las latas de *corned beef* que allí se producían.

Al igual que en la nueva factoría de los Massip, la inmensa planta de Frigorífico Anglo destacaba por su sala de máquinas, que empezó a funcionar primero con carbón, pero que ya usaba fueloil y electricidad. Engranajes, roldanas, elevadores o los ganchos de la playa de faenas donde se sacrificaba a los animales suponían todo un espectáculo para los trabajadores. También existía una inmensa sala-congelador con capacidad para congelar dieciocho mil kilos de carne, e incluso un aserradero en el que se armaban los cajones de envasado o enlatado para todo el mundo. A medida que prosperaba el negocio, se atrevieron también con los preparados vegetales, y finalmente abrieron oficinas comerciales en Montevideo, Londres y Amberes.

—Yo le he pedido a mi padrino que me coloque lejos del matadero, no lo podría soportar —decía Ana—, mejor en las cocinas.

Elvira se dio cuenta inmediatamente de que el enlatado de carne era muy similar al de las conservas de pescado. No haría falta destripar ni eviscerar las sardinas, sino deshuesar y trocear la carne y remojarla en salmuera antes de introducirla en las latas, que se sellaban y metían a temperatura superior a la de la ebullición del agua en algún tipo de autoclave. No presentaba demasiadas complicaciones. El proceso lo conocía a la perfección.

Cada vez más el pensamiento de Elvira se centraba en aquella fábrica de conservas cárnicas de Uruguay. La idea de poder ganar más dinero en menos tiempo le atraía para cumplir su sueño, y empezaba a sopesar en serio la posibilidad de emigrar junto a sus nuevos amigos.

27
La intoxicación

Bueu, diciembre de 1926

Como cada mañana, Elvira había acudido rauda y veloz a su puesto en La Perfección. Se encontró de frente a Maruxa, quien detestaba la puntualidad rigurosa de Elvira, su manera eficaz de responder a cada una de las tareas encomendadas y su absoluta entrega a la empresa.

Todos sabían que, pese a su juventud y los pocos meses que llevaba en la planta, Elvira obedecía cualquier encargo a la primera, jamás mostraba un mohín de enfado o repulsa y nunca criticaba a sus compañeros, lo que provocaba aún más el odio de Maruxa. Cada gesto, cada sonrisa de amabilidad, por pequeña que fuera, la irritaba, como las paupérrimas botas de color negro que su padre le había fabricado de manera rudimentaria y que Elvira nunca se cambiaba al carecer de otro calzado. Para complacencia de Maruxa, cada jornada, estas se volvían cada vez más viejas y andrajosas.

Le molestaba cualquier palabra de ánimo de la muchacha hacia las compañeras, las frases de aliento y el buen humor e ironía con los que se tomaba todo. Aquella belleza natural que ni siquiera necesitaba de un leve rubor para aparecer brillante y esplendorosa. Aunque más que su físico, envidiaba su carácter, afable y respetuoso, que estaba dispuesta a arruinar. Primero con el silencio y la ignorancia, con el desprecio más absoluto, luego utilizaría el

sarcasmo para hacerle daño, y después, si aún no había conseguido amargarle la vida, la difamaría, mentiría, se inventaría frases que ella nunca hubiera dicho para que los demás la repudiaran, la heriría hasta conseguir que se marchara y, así, dejaría el camino libre de su futuro ascenso.

No estaba dispuesta a soportar más esa bondad, que la enojaba hasta el punto de provocarle una fuerte presión en las sienes. Consideraba esa manera de ser como algo artificial, algo impostado. No comprendía cómo podían existir personas así, que ella consideraba bobas o tontas. En el fondo envidiaba su alma pura, esos sentimientos con los que a ella le hubiera gustado nacer y criarse, y no el hogar lleno de rencor y reproches en el que ella había vivido. La obsesión llegó hasta tal punto que Maruxa solo tenía oídos para las palabras que Elvira emitía. Pedía al resto de las compañeras un silencio sepulcral con el objetivo de poder captar cualquier frase que saliera de su boca.

Aquella mañana fría de diciembre, Fernando Vila había acudido con premura a la zona donde estaba la joven Fandiño para encomendarle una nueva ocupación puntual e inesperada. Necesitaba a alguien sensato para que pudiera suplir el puesto de Ginés, el encargado de medir y controlar la temperatura del autoclave, quien había enfermado de manera repentina. Ella lo sintió como una petición de ayuda más que como una orden, y sin dudarlo y con convicción, se dispuso a acompañarle para que le enseñara lo que debía hacer.

Cuando ambos salieron de la estancia, Maruxa fue corriendo a contarle a Crisálida lo que había oído, inyectándole su veneno. Fernando Vila parecía confiar más en Elvira que en la propia Crisálida para solicitarle un favor tan grande. Al escucharla, a Crisálida se le encendieron los ojos de rabia. Aquello suponía una auténtica afrenta a sus méritos, así que ambas empezaron a diseñar una estrategia para dejar a la muchacha en muy mal lugar y evitar que se creyera la preferida de don Fernando.

Por Ginés, Crisálida sabía cuál era la temperatura necesaria para eliminar todas las posibles bacterias, así que si conseguían que Elvira se despistase un momento podrían modificar la temperatura durante

el tiempo suficiente para estropear esa partida de conservas. Eso pondría en tela de juicio la imagen y la marca de la compañía al provocar una intoxicación. No les importó. Era justo lo que necesitaban para que la reputación de Elvira cayera en picado en La Perfección y la echaran inmediatamente de allí.

Al cabo de un par de horas, Maruxa y Crisálida se acercaron a donde estaba Elvira vigilando el autoclave. Crisálida se aproximó para recriminarle su ausencia en su puesto sin haberla avisado, a lo que Elvira respondió que seguía órdenes directas de Fernando Vila.

En ese momento, Maruxa, sin que Elvira se diera cuenta, bajó el nivel de ebullición y a continuación se marchó. De esta manera, tan sutil y malvada, consiguieron su objetivo. Cuando acabó el proceso, Elvira retiró las latas y preguntó a Fernando dónde tenía que ponerlas. De allí, volvió a casa a almorzar, y ese lote después siguió su ruta habitual.

Lo peor que les podía suceder a los Massip en la fábrica era una intoxicación por botulismo, la enfermedad mortal causada por la bacteria *Clostridium botulinum,* descubierta el siglo anterior por Kerner, el científico y médico personal del famoso escritor romántico Hölderlin, tras observar las frecuentes intoxicaciones acaecidas en el ducado de Baden por la ingesta de embutidos. En Bueu se tenían muy en cuenta todos los descubrimientos alrededor del botulismo, conscientes de que esa enfermedad podía acabar con el negocio, de ahí el excelente y esmerado cuidado que observaban respecto a las temperaturas de ebullición.

Aquella pequeña partida de latas se reservó para el consumo nacional, y al cabo de tres semanas, cuando estaba a punto de ser distribuida, Fernando Vila, en uno de sus frecuentes recorridos por el almacén, observó que algunas de las latas de conservas presentaban ciertas abolladuras y deformaciones que no le parecieron normales. Al comprobar la numeración, que identificaba la fecha de fabricación, se percató de que esta había tenido lugar el día en el que había dejado a Elvira al cargo del autoclave.

Alarmado, abrió una de las latas estropeadas y, aunque aparentemente el contenido mostraba un buen aspecto, sabía a la perfección que la toxina botulínica, producida por la falta de higiene

y el contacto de alimentos con manos que habían tocado heces humanas, sin una adecuada ebullición posterior, podía suponer el cierre de la empresa. Así que, consecuentemente, mandó que destruyeran todo ese lote, avisando a los trabajadores de que no se les ocurriera consumir ninguna lata.

El asunto se quedó ahí, sin peligro de propagar la temida intoxicación. Nadie sufrió parálisis muscular ni problemas respiratorios o dificultades al tragar. Nadie se envenenó ni murió, pero necesitaba saber cómo había actuado Elvira durante ese día en que la había dejado al mando, así que la llamó inmediatamente a su despacho.

—Buenos días, señor. —Elvira abrió la puerta después de llamar con los nudillos—. ¿Se puede?

—Sí, pasa, Elvira; te hice llamar porque necesito saber si aquel día que te solicité cubrir a Ginés moviste algo del autoclave.

—No, señor. Yo lo dejé tal y como usted lo había puesto —le contestó Elvira.

—¿Y no te distrajiste, no fuiste al servicio o te ausentaste por alguna causa? —le insistió Fernando Vila, mirándola fijamente a los ojos.

—Usted me pidió que no me moviera del sitio y no me moví —le aseguró Elvira.

—Estupendo, pues eso era todo —zanjó Vila la conversación.

En su fuero interno, empezó a dudar de la muchacha. Elvira no había eludido su mirada y había contestado francamente a lo que él le había preguntado, pero aquel día algo había fallado. La ebullición no había alcanzado la temperatura necesaria para destruir la toxina y eso solo había podido ocurrir si alguien había movido los parámetros que él mismo había programado. A Elvira le llamó la atención el interrogatorio, y dándole vueltas a por qué le habría preguntado todo eso, se acordó de la visita inesperada de Crisálida y Maruxa ese día. No se lo había mencionado en su momento al señor Vila, porque consideró que carecía de importancia.

El silencio siempre supone el gran triunfo del envidioso, que sabe que, aunque algunos detecten sus intenciones, pocos van a actuar contra ellas. Se escudan en la bondad humana, en la misericordia y

en la absoluta convicción de los otros de que repetir una forma miserable de ser los convertiría en iguales. Se engrandece así su podredumbre creando un caldo de cultivo, para que sus mentiras sean consideradas como verdades, al no ser enfrentadas ni contrastadas. Y así, por La Perfección, se fue corriendo el rumor de que Elvira Fandiño había puesto en un brete a la empresa al descuidar sus funciones y modificar la temperatura de ebullición cuando sustituyó a Ginés.

Al cabo de unos días, la mayoría de los trabajadores ya le había retirado el saludo. Por su culpa y descuido, habían estado a punto de perder el empleo. Crisálida y Maruxa vieron cómo su plan empezaba a funcionar, tal y como ellas lo habían diseñado. Al principio uno contó que había visto a Elvira ausentarse para ir al servicio, otros la acusaron de tontear con varios trabajadores, y hubo alguno que hasta certificó cómo la muchacha se había creído la reina de La Perfección y había cambiado la temperatura del autoclave a su antojo. Ni siquiera Maruxa o Crisálida tuvieron que mancharse las manos con nuevos comentarios. Eran tantos y tan exagerados los rumores que ya circulaban sobre la nefasta actuación de Elvira que no resultó necesario inventarse más.

Elvira, después de recordar la visita de las dos mujeres, y ante el cariz que estaba tomando el asunto, intentó comentarle a Vila lo que había pasado ese día, pero él ya no quiso escuchar nada más. Estaba decepcionado con ella, así que le impidió entrar en el despacho diciéndole que tenía mucho trabajo para escuchar chiquilladas, y le cerró la puerta de un portazo en sus narices. A su ahijado, Héctor Carreras, sí le contó que a partir de ese momento retiraba su confianza a la muchacha. No pensó en qué ganaba Elvira Fandiño con esa reprobable actuación, ni en quiénes eran los beneficiados.

Esa pregunta se la hizo Héctor cuando Vila le contó lo que había ocurrido.

—Padrino, no desconfíe de Elvira; piense, sea más inteligente, pregúntese qué ganaba ella bajando la temperatura del autoclave. ¿Un despido? —preguntó—. ¡Pues vaya un beneficio!, ¿no cree? Si usted se saltó la jerarquía y, en vez de solicitar a Crisálida que

buscara una persona en su departamento para suplir a Ginés, fue usted mismo quien la eligió, imagine el revuelo que tuvo que generar… ¡Ni me lo quiero imaginar! ¡Todas las mujeres riéndose de su superiora! Estoy seguro de que eso ha despertado un odio capaz de cualquier cosa.

—No te quito la razón, Héctor. Quizá no me debería haber saltado la jerarquía. A lo mejor azucé la ira de sus compañeras. Incluso me pregunto qué quiso decirme el otro día cuando intentó hablar conmigo y yo le cerré la puerta del despacho. Pero también es cierto que alguien tuvo que cambiar la temperatura. ¡Eso resulta más que evidente! Por ahora, no la despediré. Intentaré indagar algo más y ya veré lo que hago.

28
Reyes Magos

Bueu, enero de 1927

Después del asunto turbio del autoclave, Elvira empezó a notarse cada vez más incómoda en la planta de los Massip. Con lo que le había costado llegar a La Perfección, ahora se sentía incapaz de mantener su puesto. Estaba demasiado triste para afrontar cada día la carga de trabajo, ni siquiera por el jornal que tanto necesitaba su familia. Desconfiaba de Crisálida, de Maruxa. De su sarcasmo, siempre a punto de dispararse contra cualquiera.

Empezó a pensar que seguramente el motivo de la visita inesperada de las dos mujeres al autoclave se debió a una intención oculta. Con una gran probabilidad, mientras Crisálida la reprendía por haberse marchado sin decir nada, Maruxa había aprovechado para mover la manecilla de la temperatura de la máquina; sin embargo, no tenía pruebas y no podía acusar a nadie.

El asunto no se le iba de la cabeza. ¿Y si llegan a poner en peligro a la población con una intoxicación? No tenían escrúpulos. Les daba igual. A ellas lo que realmente les importaba era que expulsaran a Elvira y, de esa forma, propiciar el ascenso, el de Maruxa, porque ya se las ingeniaría ella para quitarse de en medio a Crisálida.

Para que se calmara y se distrajese, su amiga Juana la había convencido para salir a dar una vuelta el día de Reyes. Trabajar domingos y festivos era algo recurrente en la factoría durante los

meses de mayor bonanza meteorológica, entre junio y noviembre, periodo en el que los hombres trabajaban un mínimo de diez horas y entre doce y catorce las mujeres. Sin embargo, durante el invierno, en Navidades, y en la temporada de lluvias y temporales en Galicia, muchos días las embarcaciones se quedaban amarradas en tierra y disminuía mucho la carga de trabajo.

Elvira había citado además, a las puertas del café del Pirigallo, a sus compañeros de clase Ana, Manuel y Adrián. Los acompañaba también su hermano pequeño, Xián, de tan solo doce años, pero que aparentaba dos más por su altura y desarrollo. Había notado a su hermana triste y quería acompañarla, y además, de paso, vería a Juana, por la que sentía devoción. A veces Xián, en su inocencia, soñaba con casarse con esa muchacha morena, de piel luminosa, aunque consciente de la diferencia de edad entre ellos apenas se hacía ilusiones.

En el encuentro con sus amigos, Ana explicó a todos que su padrino le había prometido comprarle un billete para el transatlántico Antonio Delfino y que esperaba poder marcharse en el verano del siguiente año, a finales de julio. Estaba exultante de alegría. Una nueva vida se abría para ella en el país uruguayo. Manuel y Adrián, que aún no habían conseguido el pasaje, tenían previsto llegar un año después, en la primavera de 1929, así que Ana se comprometió a escribirles y contarles sus experiencias. Para cuando llegara ese momento estaban seguros de que ya podrían escribir y leer todos perfectamente, así que se mantendrían en contacto.

Contagiada de esa alegría y optimismo, Elvira les pidió que también le escribieran a ella y, si la experiencia merecía la pena, a lo mejor no desecharía por completo la idea de embarcarse después. Lo dijo resuelta, feliz, sin tener en cuenta la presencia de Juana y su hermano Xián, quienes enmudecieron al oírla.

—No me miréis así, tampoco me parece tan descabellado. —A Elvira le costó mucho mantener las miradas de su amiga y su hermano.

—Pero tú siempre habías dicho que ibas a estar al lado de tu familia —protestó Xián—. ¿A qué viene ahora ese cambio?

—Xián tiene razón. Nunca te habías dejado llevar por cantos de sirena. Elvira, no seas tonta. Nosotras en La Perfección estamos bien, ¿o no? —le preguntó Juana observando su mirada tensa, que anunciaba que no la estaba ayudando demasiado.

—Sí, pero ya sabes lo que ha ocurrido, Juana. La situación ha cambiado. Ya no me siento tan a gusto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Xián, desconcertado. Elvira miró a Juana, que prefirió volver la cabeza.

—Cuéntanos, ¿qué ha ocurrido? —preguntaron los compañeros de la escuela a coro.

—No le des más vueltas, Elvira. No fue culpa tuya. No eches más leña al fuego —la tranquilizó Juana.

Sin embargo, a Elvira algo le oprimía el corazón. Se sentía fuera de ese mundo, y por primera vez en su vida empezaba a barajar seriamente la idea de marcharse y hacer las Américas. Además, y aunque ella tampoco entendiese mucho de esas cosas, la situación política no era demasiado estable en España para garantizar una vida tranquila y un porvenir.

—En la fábrica me la han jugado —explicó, sopesando su respuesta con sinceridad—. Pensé que en la planta éramos como una pequeña familia y me he dado cuenta de que pululan por allí verdaderas arpías.

—¿Por qué? ¡Dinos! —intentaron convencerla para que se sincerara del todo y les contara la causa de su sufrimiento.

—¿Os acordáis de que os conté que hace un mes encontraron varias latas hinchadas? Pues bien, en La Perfección me echaron la culpa a mí…

—Sí, sí. Pero ¿cómo puede ser? ¿Qué culpa tienes tú? —preguntó Xián.

—Ninguna —replicó su amiga Juana—. Intuimos que ha sido cosa de Maruxa y Crisálida. ¡Menudas dos víboras! A Elvira le mandaron cuidar la temperatura de esa partida y, mientras la jefa la reprendía, la bruja de Maruxa parece que aprovechó para bajar la temperatura.

—Ya, pero yo, sabiendo cómo se las gastan, no tenía que haberme distraído. Debería haber sospechado cuando las dos se acercaron.

Pero, bueno, lo de Uruguay también lo pienso como una oportunidad. Mirad cómo está todo en España de revuelto…

—Eso es verdad —advirtió Manuel—, acordaos de la Sanjuanada de junio. ¿Quién iba a esperar algo así? Tenemos un Gobierno inestable. La gente de izquierdas no quiere ni ver a Primo de Rivera. En cualquier taberna de pescadores a la que vayas oirás improperios. Además, cobrar aquí un salario como el que nos van a pagar allá resulta impensable.

—Pero ¿a qué precio? Al coste de separarte de tu sangre. De no volver a vernos nunca más en tu vida —le reprochó la pobre Juana, que no concebía trabajar en La Perfección si Elvira Fandiño se marchaba.

Al oír esas palabras, Xián sintió cómo la garganta se le cerraba de la emoción. No podía imaginar que nunca más volvería a ver a su querida hermana. Entonces, Elvira le hizo una señal a su amiga con la mirada para que suavizara el tono de sus comentarios. Al darse cuenta de que había metido la pata, Juana cambió su discurso.

—¡Venga, venga, no nos pongamos tristes! —soltó para contentar a su amiga—, tu hermana seguro que volverá, Xián, aunque se vaya. A lo mejor, se da una vuelta, ve todo aquello y se vuelve tan ricamente. No dramaticemos. Dejemos que sea libre. Que vuele si quiere y si necesita ver el Nuevo Mundo que lo vea…, pero luego para casa.

—¡Ja, ja, ja! —se carcajeó Elvira—. ¡Tienes una forma de reprenderme…! ¡No os preocupéis, no podría vivir mucho tiempo lejos de mi tierra y de vosotros!

Aquella conversación, no obstante, la dejó dubitativa mientras caminaban cercanos al arenal. Como todas las decisiones difíciles, aquella tenía sus pros y sus contras. Empezó a pensar que, si se marchaba, su hermano se quedaría solo con sus padres y tendría que buscar un trabajo pronto para completar la economía familiar hasta que ella empezara a cobrar un jornal al otro lado del Atlántico. Además, le daba miedo el viaje, tantas horas cruzando el océano, y no sabía nadar. Y otra cosa que no era menor: ¿realmente podría llegar a devolver las doscientas pesetas del pasaje? Era muchísimo dinero…

Lo que más le atemorizaba, sin embargo, era la nueva vida allí, sin los mimos de *sua nai,* ni las enseñanzas de Héctor, ni los buenos consejos de su padre. Sin Juana, sin la seguridad de un jornal. Pero, por otro lado, pensaba en la inquina de la perversa Maruxa y su cómplice Crisálida, en un futuro prometedor, en las oportunidades perdidas, en su juventud.

29
La visita real

Bueu, septiembre de 1927

Para el otoño de ese mismo año, el renombre y prestigio, tras año y medio a pleno rendimiento, que había alcanzado la fábrica se extendían por todo el territorio nacional, e incluso, fuera de las fronteras, hasta tal punto que los Massip empezaron a pensar en enseñársela a los reyes de España como ejemplo de prosperidad de las Rías Bajas.

Se trataba de una de las plantas más avanzadas del mundo, de ahí que no fuera difícil conseguir que sus majestades visitaran la localidad.

Aquel esperado viaje supuso un gran revuelo para Bueu. Se trataba no solo de impulsar el comienzo de las obras del ansiado ferrocarril por la maltrecha orografía gallega, sino también de mostrar a la nación los grandes avances de la industria de la zona. Hasta el mismo día en que don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia de Battenberg llegaron a Bueu para comprobar *in situ* el progreso de la nueva fábrica de los Massip, Héctor Carreras no había podido desplazarse desde Santiago a casa de su abuela, doña Mercè.

Para poder citarse con Elvira con vistas al recibimiento real al que todo el pueblo acudiría, Héctor mandó recado a través de la Casa Escuela de Martina Baras, indicándole que él y su hermana pequeña, Flavia, la esperarían delante del portalón de La Perfección a las ocho

de la tarde. Los monarcas, que habían comenzado su viaje en La Coruña, apenas dedicarían un par de horas a la visita antes de partir a Orense.

Se desplazarían en uno de los tres vehículos que existían en la comarca del Morrazo, y que pertenecía a la familia Massip, el elegante Fiat Zero; irían saludando a la población, que seguramente los recibiría entre vítores y aclamaciones. Otro de ellos lo utilizarían los hijos de los Massip junto con el resto de las autoridades locales, y el último coche, de su competidor, el también empresario conservero Guido Gaglione, sería utilizado por el séquito real.

Por aquel entonces, Bueu había ido creciendo sin demasiado orden ni concierto alrededor del complejo industrial creado por los Massip. Ante las posibilidades que ofrecían los nuevos empleos en la conservera, muchos trabajadores empezaron a construir casitas cerca del mar, en el mismo arenal, lo que provocó un hacinamiento que obligó a la casa consistorial a tomar medidas, propiciando un ensanche mayor que permitiera el crecimiento vecinal sin problemas.

Elvira apenas tardaba diez minutos andando desde su hogar a la fábrica, así que caminó deprisa para llegar puntual al encuentro con Héctor y su hermana pequeña, de la que tanto había oído hablar y aún no conocía. Se había puesto sus mejores galas. El pañuelo blanco que le había regalado su madre, recién lavado y planchado, anudado al cuello, y un sencillo vestido del mismo color secado al viento.

La zona más próxima a la entrada de la nueva fábrica conservera se había destinado para que los grandes magnates de la industria pudieran saludar a los regentes. Destacaba la colonia catalana, pero también asistieron representantes de ilustres estirpes gallegas de la zona, como los Silveira o los Carballo de Marín. Con estos últimos, los Massip habían entablado acuerdos comerciales de gran envergadura gracias a la flota pesquera que estos poseían en el puerto marinense y al control de los precios que ejercían sobre el producto en la lonja de Marín.

A la hermana de Héctor, Flavia Carreras, le hacía ilusión coincidir de nuevo con sus compañeros de las clases de inglés, sus amigos Roi Carballo y Alberto Silveira, con quienes compartía edad, once

años, y profesor, el peculiar maestro Skyes, quien solía aprovechar algunas excursiones para juntar a todos sus alumnos.

Durante la llegada de sus majestades, los muchachos no pararon de saludar con la mano; después, Héctor y su hermana se unieron a la comitiva real durante la visita a la fábrica. Al terminar el recorrido estaba previsto que las familias de los industriales se reunieran en el Liceo Casino de Bueu para el besamanos. A sus puertas, Héctor Carreras aprovechó para presentar a Elvira a su querida abuela, doña Mercè.

Entre Héctor y Flavia, que se había mostrado de lo más alegre y cariñosa con la amiga de su hermano, habían intentado camuflar el sencillo vestido de Elvira cubriéndolo con el elegante mantoncillo de seda de tonos rosados que la hermana pequeña había llevado consigo por si refrescaba. Sin embargo, el calzado delataba su origen humilde y deslucía cualquier intento de aparentar otra cosa. En la aldea seguía viéndose a las mujeres faenar descalzas, como para comprar unos zapatos nuevos.

Con gesto desagradable hacia la muchacha, doña Mercè desdeñó incluso mirarla al comprobar de un vistazo que no se trataba de una de aquellas jóvenes descendientes de la colonia de las barretinas ni tampoco de la alta sociedad gallega, sino que simplemente era una rapaza de campo, sin porte ni distinción. A Elvira aquel desprecio le partió el corazón. Se sintió molesta, observada y humillada públicamente por esa mirada altiva sin ningún tipo de cariño ni disimulo.

Para sus adentros repetía que, cuando consiguiera convertirse en millonaria, nadie le impediría comprarse cada mes unos zapatos nuevos. Estaba harta de esas botas toscas cosidas a mano. No obstante, realizó la leve inclinación de cabeza ante doña Mercè que Flavia le había enseñado, y acto seguido le dijo a Héctor que se marchaba.

Una vez terminado el besamanos, se creó un corrillo en torno al monarca en el que se hablaba de la primera película en color española que se había exhibido meses atrás en el Teatro Principal de Pontevedra. El rey, aficionado como pocos al séptimo arte, se interesó muchísimo no solo por la temática y la figura de su creador

y artífice, Enrique Barreiro, fotógrafo, cineasta e investigador, quien había filmado el documental *Pontevedra, cuna de Colón,* sino por la técnica utilizada, el cromacolor.

Con ese sistema había conseguido emular los colores del paisaje gallego de manera tan fidedigna que hasta el conocido Fermín Galloso, cronista de *El Pueblo Gallego,* destacó en su texto las tonalidades: «El azul del cielo, el verde aplomado del mar, los diferentes verdes de nuestra campiña, el colorido natural de los rostros… han sido un triunfo rotundo». Para conseguirlo, había colocado un filtro rotatorio de color rojo anaranjado, otro de carmín violeta y, finalmente, el último, amarillo-verde con una franja azul que, una vez revelada la película, había teñido los fotogramas con colores alternos, de modo que, al proyectarlos a gran velocidad, la persistencia de la retina se encargaba de realizar la mezcla y ver la imagen en color. Al monarca le sorprendió gratamente tanta destreza y solicitó que aquel creador pudiera visitarlo alguna vez en Madrid.

Respecto a la temática, don Gabino Massip, experto navegador marítimo y gran conocedor de las rías de Pontevedra y Vigo, le explicó al rey que la película partía de los argumentos defendidos por el historiador Celso García de la Riega y sus continuadores sobre la idea de que el descubridor Cristóbal Colón había nacido en Pontevedra. El hecho de que al desembarcar en La Española lo primero que hiciera fuese replicar los nombres de los cabos y salientes de las rías gallegas allí, al otro lado del Atlántico, le daba cierta verosimilitud a dicha teoría.

Mientras todos estaban tan entretenidos complaciendo al monarca, Héctor salió en busca de Elvira, a quien encontró en el camino, ya cerca de su casa, para preguntarle qué le había ocurrido para marcharse de esa manera tan repentina. Ella le mintió diciéndole que una de aquellas jóvenes, hijas de los industriales de la zona, se había reído de ella. Sabía que, si le contaba la verdad, el desprecio que había sentido por parte de su abuela, Héctor no volvería a Bueu a verla. No quería influirle ni ponerle en contra de ella, y mucho menos quedarse sin sus visitas, así que prefirió morderse la lengua y no volver a ver más a aquella ridícula señora.

A su amigo le pareció de pésima educación el comportamiento de las muchachas, y le aseguró que lo que realmente sentían era envidia por su delicada belleza. Elvira Fandiño se lo agradeció, pero, interrumpiendo la conversación, le contó de manera abrupta su gran secreto. En su fuero interno, sabía que no debía demorarlo más. Había pasado casi un año sopesando una propuesta que su compañera Ana Castro había recibido de su padrino, sin confesárselo casi a nadie. Y ahora acababa de decidirse.

—Da igual ya, Héctor. Tengo que decirte que he tomado la decisión de viajar a Uruguay —le soltó a bocajarro y sin mirarlo. No quería que sus ojos la disuadieran de su intención.

De repente, se había sentido con fuerzas para confesarlo. El padrino de Ana Castro le había ofrecido encargarse de los pasajes, a cambio de que Elvira acompañara a su sobrina y trabajara en Frigorífico Anglo una temporada con el sueldo reducido, y, casi sin pensarlo, esa misma tarde había resuelto que lo mejor que podía hacer era aceptar tan generosa propuesta. Pasaría los primeros años con un descuento salarial, pero, aun descontando el precio del pasaje, iba a ser diez veces superior a lo que ahora cobraba en La Perfección.

La inesperada noticia dejó boquiabierto a Héctor. Y a punto estuvo de marearse cuando la muchacha le dijo que no había vuelta atrás. El muchacho no sabía si pedirla en matrimonio nada más terminar los estudios de Medicina en Santiago de Compostela o seguir los consejos de sus padres, quienes ya le habían advertido de que nunca le dejarían ni un patacón de herencia si insistía en seguir cortejando a esa aldeana. Más que el dinero, a él le importaba que su familia dejara de hablarle por querer enlazarse con Elvira.

—Elvi, Elvira, pero no te puedes marchar ahora —suplicó Héctor—. ¿Qué es eso de irte a América? Jamás me habías contado nada parecido. ¿A qué viene ahora ese cambio repentino?

Elvira se le quedó mirando. Tenía razón. No había compartido con su mejor amigo ese anhelo, pero las cosas se habían precipitado después de lo ocurrido en la fábrica. No había sido todo lo honesta que Héctor o su propia familia, su hermano Xián, se merecían, pero le explicó que había tardado mucho tiempo en estar segura, y por

eso no quiso adelantarles nada. No pudo mirarle a la cara mientras se lo contaba. Sabía que le estaba decepcionando. En el fondo de su corazón, sentía cómo Héctor la quería de verdad, aunque de una manera un poco cobarde, sin defender su amor ante sus seres queridos.

No deseaba ser una mujer mantenida y mucho menos que la acaudalada familia de su supuesto prometido la considerase de una clase social inferior, y pensase de ella que su máximo interés residía en enriquecerse y aprovecharse del patrimonio de un débil muchacho. Si ella no hubiera tenido otras aspiraciones en la vida, prosperar, montar su propio negocio, valerse por sí misma, seguramente le hubiera incitado a que le pidiera matrimonio, como imaginaba que Héctor sopesaba. Pero sabía que nunca iba a responder de manera positiva a su petición de mano hasta que no pudiese valerse por sí misma, así que debían olvidarse el uno del otro y continuar cada uno por su camino.

Allí trabajaría hasta ahorrar y poder pagar el pasaje. Entonces volvería, se lo prometía. Y allí, quién sabe si vendiendo latas, salazones y todo tipo de comestibles en su propio comercio de ultramarinos o colocada como jefa de otra Perfección, se encontrarían de nuevo.

—¡Ya verás cómo triunfo, Héctor! ¡Cree en mí! ¡Igual que yo en ti! ¡Vas a ser el mejor médico del Morrazo! —Elvira le animó con los ojos empapados en lágrimas mientras él giraba su rostro para no mirarla.

—Ya, pero eso no era lo que yo quería… Siempre has sido muy tuya, muy independiente, pero a mí me hubiera gustado seguir paseando, charlando, contigo… No sé, Elvira, te voy a echar mucho de menos —dijo Héctor, quebrándose.

No le salía ni una palabra más. Con una sensibilidad a flor de piel que un hombre jamás debía mostrar en público y mucho menos delante de una mujer. Elvira le cogió las manos mientras él seguía reacio a mirarla.

—Sé lo que estás pensando. Sabes que no sería fácil ser tu esposa, pertenecer a tu familia. Aunque todos ellos lo consintieran para agradarte a ti, me iban a hacer la vida imposible. Me mirarían

como una aprovechada, capaz de camelar a uno de los suyos para sacarle los cuartos…, y sabes que eso no lo soportaría. Me moriría de pena. ¡Piensa en mí, Héctor, por Dios! ¡No podemos casarnos, pero al menos estaremos unidos como amigos inseparables! ¿No te das cuenta de que eso es una ventaja? Nada ni nadie nos podrá separar nunca.

—¿No te parece bastante todo el océano Atlántico? —exclamó Héctor, sarcástico, dolido por la noticia que acababa de recibir.

—Por Dios, Héctor, no me disgustes más de lo que estoy… —le contestó Elvira para zanjar el asunto que tanto dolor les estaba causando a ambos—, para mí tampoco va a ser fácil. Separarme de ti, de mis padres, de Xián. De mis amigas, de mis compañeras. Decirles a los Massip que no continúo en la fábrica…

A Héctor no le compensaba tanta amistad. Ser amigo de Elvira suponía no poder contemplarla cuando amanecieran juntos. Ni observarla al dormir ni ayudarla si enfermaba o sentir su auxilio si lo necesitaba él. Los amigos no se besan ni se abrazan y a él le hubiera gustado intentarlo con ella. Juntos podrían adoptar a una niña pequeñita con el mismo rostro de marfil y la brillante mirada de Elvira. No le encajaba la idea. No le parecía ninguna ventaja, pero lo asumió y le mostró su beneplácito.

—Si estás así de decidida, mi querida Elvira, solo me queda apoyarte y darte mis bendiciones para que tengas toda la suerte del mundo y regreses pronto. ¿Sabes ya cuándo partirías? —le preguntó, circunspecto.

—Sí, a finales de julio del año que viene embarcaría para llegar a Montevideo a finales del invierno austral, alrededor de finales de agosto o a lo sumo primeros de septiembre, según como vaya el viaje.

Hubo un silencio entre los dos. Todavía quedaba un año para su partida. A lo mejor conseguía convencerla, pero en el fondo de sus entrañas, Héctor sabía que la estaba perdiendo de verdad.

30
Pasaje a Montevideo

Bueu, 30 de junio de 1928

El tiempo pasó veloz. Cuando apenas faltaba un mes para el esperado viaje a Montevideo, Elvira Fandiño sintió la zozobra de no tener a Héctor cerca. Sus charlas, sus enseñanzas. Tras una larga temporada en Santiago de Compostela estudiando, sin verse, Elvira esperaba poder despedirse de él, aunque fuera solo durante unos minutos, antes de partir. Deseaba contarle los avances en la Escuela de Martina Baras, las últimas lecturas que había emprendido y la carta de renuncia que había escrito para Fernando Vila, esperando que pudiese corregir posibles errores gramaticales. Además, necesitaba pedirle la dirección exacta de su ubicación en Santiago para seguir en contacto a través de la correspondencia.

En aquella carta de renuncia, comunicaba a Fernando Vila la fecha de su marcha para que pudiera buscar enseguida una sustituta para el puesto de oficial de segunda que había alcanzado en la factoría después de trabajar dos años y medio seguidos sin rechistar, de un día para otro. Quería además dejar constancia de su honradez y dar las gracias a quien le había dado la primera oportunidad en La Perfección. En su poder ya obraban el pasaje en tercera clase en el transatlántico Antonio Delfino a Montevideo, su Cartilla del Emigrante, donde se podían leer los consejos sanitarios, culturales e

históricos, y la hoja de embarque con las instrucciones para los treinta días de viaje.

Se había puesto de acuerdo con su compañera de pupitre, Ana Castro, para preparar lo necesario para el viaje y no duplicar los enseres que necesitarían en el trayecto a Uruguay. A ella no le faltarían el cuaderno y el lápiz que Héctor le regaló en el primer cumpleaños que pasaron juntos —pese a que al cuaderno ya no le quedaban hojas en las que garabatear y el lápiz era diminuto y ya sin punta—, la foto de sus padres y hermano y la primera cartilla y el primer libro de lectura que le habían regalado en la escuela de Martina Baras por aprobar el curso de alfabetización, *La vida del Lazarillo de Tormes*.

Como recuerdo de su tierra, también pensaba llevarse, a modo de pisapapeles, una piedra de color gris de su playa querida, con los bordes redondeados por la erosión del mar, que tan bonita le parecía. En la maletita de cartón de color crema incluyó también dos vestidos y dos mudas nuevas, un camisón y varios pares de calcetines y algunas latas de sardinas procedentes de remesas con el etiquetado defectuoso de las destinadas a los empleados, que había ido adquiriendo en la fábrica a precio reducido para el viaje. El padrino de Ana Castro les había comprado el pasaje más barato del transatlántico, sabiendo que gracias a su juventud no necesitarían demasiados lujos.

Todos los días, antes de salir de casa camino a su empleo en La Perfección, Elvira contemplaba el pasaje con ilusión. Las muchachas de la fábrica empezaron a mirarla con envidia porque ninguna de ellas podía pagarse un pasaje tan caro. Su jefa Maruxa, que ya había alcanzado el puesto de oficial de primera, se burlaba constantemente de ella y de lo que le esperaría en el lejano Uruguay.

—Me han contado que allí solo hay timadores. Lo peorcito de cada casa, de España, de Italia, de Polonia…, si no, ¿a qué se van a ir tan lejos? Ninguno con sentido de la decencia, todos pobres de solemnidad, pícaros, así que, Elvirita, hija, ten cuidado, no vaya a ir alguno de esos gauchos a embaucarte y quedarse con todo lo que vayas ganando —le soltó con una carcajada impostada.

A Elvira no le hacían el menor daño los correosos comentarios de Maruxa. Reconocía la envidia nada más escucharla. Tenía ese don. Siempre se había preguntado por qué una persona que albergaba tal defecto se delataba tan fácilmente ante el resto de la gente, por qué no lo ocultaba con mayor destreza para que resultara más sutil, más prudente y menos llamativo. Nunca lo había entendido.

Pensaba que los tacaños, orgullosos, vanidosos simulaban sus vicios para evitar ser detectados como tales; sin embargo, con la envidia no ocurría así, quizá porque el objetivo consistía en inferir dolor al otro y eso requería su manifestación pública. A su amiga Juana la llevaban los demonios siempre que Maruxa soltaba algún improperio de ese tipo contra Elvira o contra ella, y lo atajaba con sarcasmo, con alguna de sus ironías.

—¡Bicho malo, y lo peorcito de esta casa eres tú, pero ni siquiera te das cuenta porque jamás te paras a pensar sobre tu esencia! —le soltó Juana de manera directa, sin sopesar si esas palabras iban a tener consecuencias en su empleo—. ¡No le hagas ni caso, Elvira! ¡En Uruguay, como en el resto del mundo, hay de todo, gente buena y mala! ¡Y tú vas protegida! El padrino de Ana te ayudará y más con la carta de recomendación que lleváis del señor Baras, que pertenece a lo más selecto de la clase cultural porteña. Os va a ir muy bien y, cuando volváis, Maruxa va a tener que tragarse sus palabras. ¡Anda, Maruxa, que como vuelva de jefa, te vas a enterar!

Ambas se echaron a reír silenciosamente. Sin emitir una carcajada, para que nadie pudiera reprenderlas. Maruxa se las quedó mirando fijamente y luego se dio la vuelta. Estaba obsesionada con cada movimiento de Elvira. Si se levantaba la primera para ir a lavarse las manos y salir corriendo a su casa a almorzar, malo; si se demoraba, peor; si hablaba, porque era una parlanchina, y si estaba en silencio, porque estaba callada. Nada le cuadraba.

Aquella mañana, Maruxa había estado bien atenta a la conversación de las dos jóvenes. Elvira le había preguntado a su compañera y amiga Juana si ese mes iba a utilizar la parte salarial que la empresa les daba para comprar las latas de sardinas con el etiquetado defectuoso y que le correspondía, y Juana le dijo que no.

Elvira le pidió, por favor, que las cogiera, que después ella se las abonaría, que le venían fenomenal para poder llevárselas en el viaje a Uruguay. Las latas defectuosas quedaban para los empleados que las pudieran pagar a un precio algo más barato; sin embargo, no había tantas, por lo que se tenían que racionar. Aquel trato íntimo encendió los oídos de la rabiosa Maruxa, quien decidió frenar las aspiraciones de sus subordinadas y se guardó la información para contárselo a Fernando Vila cuando ambas habían abandonado el recinto.

A él no le gustó nada el comentario malicioso de Maruxa, pero era consciente de que Elvira y Juana no debían llegar a esos tratos entre las dos, puesto que se beneficiaban en detrimento del resto de la plantilla.

—No creo que una actitud así deba ser permitida —le comentó Maruxa maliciosamente a Vila—. Si todos llegamos a ese tipo de acuerdos, entonces no todos los asalariados vamos a tener la misma oportunidad. ¿No es así? Unos tendrán la casa llena de latas para ellos y sus familias y otros se quedarán sin nada, ¿no le parece?

—Sí, exacto. No se apure. Trataré de arreglarlo hoy mismo —contestó, taciturno.

El señor Vila le agradeció la confianza, aunque en su fuero interno no compartía la actitud maliciosa de la oficial de segunda. Alrededor de esa mujer siempre giraban los problemas. Sabía darse cuenta muy bien de esa mirada fría de rabia e ira con la falsa excusa de pensar en toda la plantilla, cuando en realidad únicamente pensaba en sí misma. Pero tendría que reprender a Elvira y a Juana antes de que aquello se convirtiera en una práctica en toda la compañía. Cada empleado debía preservar su cuota, que era intransferible, aceptarla o rechazarla.

Al día siguiente, Fernando Vila ordenó llamar a las dos amigas a su despacho para reprenderlas brevemente por ese comportamiento y se limitó a solicitar que devolvieran las latas. Todas. A cambio, la empresa les abonaría lo pagado. Se trataba de una reprimenda para que no se volvieran a pactar ese tipo de cuestiones, y Elvira se quedaría sin gran parte del alimento que planeaba acumular para el prolongado viaje a Uruguay. Ninguna de las dos muchachas sabía

cómo el encargado había logrado enterarse de sus intenciones, pero ambas pensaron que había sido obra de Maruxa.

Al regresar a su puesto, Maruxa, con sonrisa torcida, les pidió explicaciones sobre su ausencia, y Elvira respondió fríamente.

—Tú lo sabes mejor que nosotras. Creo que estás bien informada —soltó de manera descarada, mirando de reojo a su amiga Juana.

A lo mejor Maruxa se pensaba que ninguna se atrevería a decírselo en público y a la cara, pero ella ya no tenía nada que perder. A Elvira solo le quedaba el verano para seguir trabajando allí y pronto dejaría de ver a esa compañera que le estaba haciendo la vida imposible, así que no se contuvo. Todas las demás compañeras estaban escuchando indisimuladamente.

—No sé a qué te refieres —murmuró Maruxa, haciéndose la sorprendida. Se notaba tanto que mentía que el resto de las trabajadoras no pudieron reprimir su asombro ante tanto descaro.

—Pues al motivo por el que nos ha llamado el señor Vila —puntualizó Elvira—. Nos dijo que le habías comentado algo sobre un acuerdo que habíamos alcanzado las dos y que no habíamos dicho a nadie más. No se trataba de un hecho delictivo como para ir corriendo a contárselo, sino simplemente de una oportunidad para que me pudiera llevar alguna lata más de las que me correspondían para mi viaje a Uruguay. Tan simple como eso. Espero que estés contenta, porque tendré que devolver las de Juana.

—¿Yo? —respondió, falsa—. Te estás equivocando. No sé de qué me estás hablando y, por tanto, no he podido decirle nada, así que no me acuses sin tener pruebas, porque entonces sí que voy a ir a don Fernando a decirle que estás poniendo en contra a todas las trabajadoras. A lo mejor, con eso, apuran los trámites para que te marches de aquí.

—Déjala, Elvira —le frenó Juana—, además de envidiosa, mentirosa. No hay peor bicho en toda la fábrica. Ya le caerá su merecido. Estoy segura de que ambas lo veremos.

Al ver que estaban poniendo en evidencia a su mano derecha, Crisálida se enfadó y decidió zanjar la conversación y, sin más explicaciones, castigar a las muchachas ordenándoles que se quedaran toda la noche para terminar de destripar un cargamento

de sardinas que acababa de llegar. No valoraba a Maruxa más que a las demás, pero la necesitaba para saber lo que se cocía dentro de la planta.

Juana y Elvira estaban seguras de que llegarían a ver el día en el que Maruxa traicionaría a su jefa Crisálida para ocupar su puesto. No tardaría mucho. Sería cuestión de tiempo. Ambas se quedaron toda la noche trabajando.

Ya solas, cuando el resto de las compañeras se habían marchado, Juana le confesó a su amiga Elvira algo que todavía no le había contado porque no sabía cómo decírselo. Le daba cierta vergüenza y apuro. Con remilgo le explicó que había conocido a alguien, un hombre mucho mayor que ella, en la parroquia de Lourizán, cuando iba a visitar a sus padres los fines de semana. Se llamaba Eugenio. Apenas sabía nada de él, pero a Juana le parecía atractivo y de buen porte. Quizá demasiado, teniendo en cuenta los orígenes humildes de la joven, pero la cuestión era que aquel hombre se había fijado en ella y le había hecho alguna que otra proposición.

Las amigas aprovecharon la buena noticia para ponerse al día, y pasaron toda la noche gastándose bromas y contándose confidencias en voz alta como si fueran las auténticas dueñas de La Perfección. Mucho tiempo después, cuando el platino tiñera sus sienes, ambas recordarían ese momento, cuando eran tan jóvenes e inocentes, sin saber lo que les quedaba por venir, por vivir…

31
La partida

Vigo, julio de 1928

El día de la partida se acercaba. Tras despedirse con rapidez de sus compañeras y de los jefes en su último día de trabajo, Elvira Fandiño se encaminó a la puerta y, de pronto, vio a Héctor hablando con Fernando Vila. Los dos se miraron en silencio. El joven había llegado el día anterior de Santiago de Compostela a propósito para decir adiós a su amiga. Cuando se quedaron a solas no hicieron falta las palabras. Ambos se observaban con miradas desbordadas de emoción. Necesitaban despedirse. Ninguno de los dos sabía si volverían a verse en la vida, si aquella separación sería para siempre o si, por el contrario, se encontrarían más tarde cuando Héctor ya se hubiese convertido en un respetado médico y ella hubiera hecho una pequeña fortuna.

—Ahora no tendrás excusa para no escribirme —dijo el muchacho, rompiendo el silencio que le estaba quebrando el alma e intentando simular su congoja—, ya sabes leer y escribir.

—Sí, solo me falta tu dirección. Apúntamela —le pidió la joven Elvira.

Sacando una libretilla de bolsillo que portaba, Héctor empezó a escribir. Arrancó la hoja y se la ofreció a su amiga. Ninguno de los dos sabía hacia dónde mirar para reprimir las lágrimas, en qué lugar depositar su tristeza y timidez por tan dolorosa despedida, pero el

tiempo corría en su contra y necesitaban decirse adiós. Héctor sintió que debía besarla, que no se podía marchar sin haberse cobrado lo que le había prometido en el baile del Pirigallo y que los unió aquel día de Navidad, pero no pudo. Su voz interior, su conciencia, le detuvo.

Percibió la decepción de Elvira, pero resultaba mejor así para que buscara a alguien de quien enamorarse más acorde a su condición. Tenía prisa. Sus padres y hermano la esperaban para coger el autobús con destino a Vigo, así que solo se atrevió a pedirle que le enviara de vez en cuando una carta contándole los progresos en la universidad.

—Escríbeme, Héctor. ¡No me olvides! —le gritó, mientras corría hacia su casa llorando. Aquel día compartiría una cena especial con su familia, y no quería llegar tarde.

Al día siguiente, después de repasar mil veces el humilde equipaje y despedirse de las compungidas vecinas, el pequeño grupo familiar se dirigió a la parada del autobús que los llevaría a Vigo. Iban con mucho tiempo de antelación para no poner en peligro un viaje tan trascendental. Al llegar a la ciudad olívica, se apearon para dirigirse de nuevo al tranvía que los acercaría al muelle. Los asientos, fabricados con tablones de madera, permitían sentarse de dos en dos en cada banco, unos frente a otros.

Elvira anudó su brazo al de su querido Xián mientras sus padres se colocaban de cara para mirarlos. Les parecía mentira que su hija fuera a abandonar Galicia y se marchara a un lugar desconocido, del que apenas sabían nada. El rostro de su madre reflejaba un hondo pesar, el miedo a un futuro incierto, a no saber si volvería a poder contemplarla, tan bonita como era. Su padre sollozaba con disimulo, aparentando estar resfriado para sonarse la nariz con un pañuelo blanco, e intentaba calmar su congoja y sus nervios mirando las calles de la ciudad por la ventana. Ninguno hablaba, para qué.

Fueron atravesando las céntricas callejuelas de Vigo hasta llegar a las inmediaciones del recién estrenado muelle Transversal, reconstruido unos años antes. Desde allí, una barcaza repleta de emigrantes gallegos los iba a acercar al transatlántico, el Antonio Delfino. Cuando Elvira creyó divisar a su amiga Ana Castro entre la

multitud que se agolpaba con maletas, gritó su nombre y alzó el brazo.

Su compañera le respondió poniéndose de puntillas y sacudiendo un pañuelo. Se abrieron paso empujando a la gente que se hacinaba en el muelle y, al encontrarse, se abrazaron con fuerza, emocionadas, agarradas como si desearan contener los sentimientos a flor de piel que las asolaban, sus temores, ilusiones, hasta que empezaron a despedirse de sus respectivas familias.

Doña Elvi fue la primera. Llevaba un viejo monedero en la mano.

—Elvira, mira, hija, he ahorrado algo de dinero, no mucho, pero puede que te venga bien. Cógelo, por favor —le dijo con semblante tranquilo, intentando aparentar una entereza que no tenía—, y nunca te olvides de nosotros. Ahora que sabes escribir, escríbele a Xián para que nos lea cómo te va. ¿Lo prometes, hija?

—*Miña nai,* claro que lo prometo, pero, ande, guarde el dinero, que no lo voy a necesitar —le contestó Elvira—, a vosotros os hace más falta que a mí. Por favor, ya me apañaré yo con lo que llevo.

Su madre ni la escuchó. Como buena gallega, le importaba más su pequeño polluelo criado con dedicación que su propio bienestar, como en los versos, tan entrañables, de Rosalía de Castro:

Miña nai, miña naiciña,
como a miña non hai ningunha,
que me quentaba a cariña
co calorciño da súa.
Miña nai, miña naiciña,
como miña nai ningunha.

Esa imagen de una madre calentando la carita de su pequeña con el calor de la suya recorría el sentir de todas las hijas gallegas. Se abrazaron hasta la extenuación, unidas más allá de la carne, con el latido sofocado del corazón de ambas.

Su padre retuvo aquella imagen, congelada en el tiempo. Le serviría para evocarla cada vez que echara de menos a su hijita, siempre que llegara una carta con noticias. Sin quererlo, convirtió ese recuerdo en una herida profunda que supuraba de vez en

cuando. Las lágrimas le rodaban por el rostro sin parar. No quiso disimular más, así que, cuando Elvira le besó, él tomo su dulce y blanca cara entre sus manos para observarla bien, para retenerla unos minutos y no olvidarla nunca.

Xián fue el último en despedirse. Para Elvira resultaba la separación más difícil. Le había visto nacer. Elvira había deseado tanto tener un hermanito que rogó a sus padres que le concedieran ese deseo, eligiéndole, incluso, el nombre. Xián le había comprado, con las propinas ganadas por secar los aperos de pesca, un pequeño regalo, parecía algo así como un libro o un cuaderno, y se lo dio envuelto en papel de periódico. A ella ese detalle la entristeció más si cabe. Su hermano, su pequeño Xián, se quedaría como el hombre de la familia.

—Prométeme que no lo abrirás hasta que llegues a Montevideo —le pidió él.

—Prometido —respondió su hermana. Y guardó el paquetito en su bolso.

Después se abrazaron con premura. La barcaza para llegar al transatlántico situado en medio de la ría de Vigo estaba a punto de salir. Cuando Ana y ella se encaminaron a la cola, los sollozos de todos los presentes se confundieron con el sonido de la partida creando un alarido infernal, con gritos, bocinas, llantos. Del barco pasarían al transatlántico varado a una considerable distancia. Cientos de emigrantes se agolpaban unos contra otros, sin apenas espacio para respirar ni llorar.

32
El transatlántico A. Delfino

Vigo, 30 de julio de 1928

El transatlántico Antonio Delfino, el A. Delfino, de origen alemán, pertenecía a la Hamburg South America Line, más conocida en Galicia como la Compañía Hamburguesa Sud Americana, fundada en 1871 con la idea de transportar emigrantes europeos a las diversas naciones de Latinoamérica, un negocio ya muy boyante en la época. De manera inteligente, muchos de sus barcos, como el mismo A. Delfino, se bautizaban con un nombre español para hacerlos más familiares a los gallegos que salían de Villagarcía, Vigo y La Coruña, los tres enclaves donde recogían ciudadanos que deseaban hacer las Américas. De hecho, la mayoría pensaba que se trataba de transatlánticos españoles.

El A. Delfino se había construido en 1922, y pese a no ser una de las mayores embarcaciones de la compañía, sí se sentía como uno de los más queridos por los emigrantes, ya que era fama que en él se trataba a los pasajeros que viajaban en tercera igual que a los turistas de primera. Contaba con ciento ochenta y cuatro viajeros de primera clase, trescientos treinta y cuatro de segunda y un total de mil trescientos cincuenta de tercera, a la que lógicamente iban destinadas Ana y Elvira.

Cuando las dos muchachas finalmente embarcaron en el A. Delfino se miraron entusiasmadas. Empezaban una nueva aventura, una

nueva vida. Les quedaba tanto por ver, por conocer. A su lado, en cubierta, se encontraba un muchacho guapo, humilde y sencillo por el tipo de ropa que llevaba, pero muy atractivo, que entabló con ellas una conversación socarrona de manera graciosa y elocuente para ganarse su compañía. Se notaba que estaba bregado en conquistar a las mozas de su pueblo.

—A ver, a ver, estas dos jovenzuelas, si saben ya dónde van a tener que dormir… —dijo sonriendo de manera picarona—. Que luego vienen los problemas y se cuelan en camarotes que no son.

A Elvira se le escapó una carcajada, pero enseguida Ana tiró de su mantoncillo para que no le hiciera ni caso y siguiera su camino sin responderle. Al muchacho se le veía contento, alegre, demasiado avispado, como si la vida le hubiera bandeado ya muchas veces y supiera cómo engatusar a las cándidas muchachas.

Ana, por el contrario, sentía que no estaba el asunto para bromas y que su amiga y ella debían mantener las formas y extremar las precauciones porque les esperaba un largo viaje con gente desconocida, que no habían visto en la vida ni sabían qué escondían de su pasado. Siempre se mostraba mucho más precavida y cauta que Elvira Fandiño. No se fiaba de nadie.

—Métase en sus cosas si no le importa —le respondió Ana de una manera displicente. No quería líos nada más empezar.

Aquel rechazo tan directo resultó áspero y rudo a oídos de todos los presentes, que intentaron defender al muchacho de la antipatía mostrada por Ana. No parecía la mejor manera de comenzar un viaje tan largo.

—¡Vaya, vaya con los modales! —dijo el joven, menos ofendido de lo que aparentaba.

Sin embargo, nada más verle, Elvira se quedó prendada de sus hermosos ojos negros y sus largas pestañas que casi le hacían sombra. De repente, lo que no había conseguido su querido Héctor con tardes de paseos y admiración, momentos de entrega y enseñanza, ese muchacho lo había logrado en segundos. Había caído rendida a sus pies. Como si de un embrujo oceánico traído por un golpe de brisa marina se tratara, su mirada permanecía clavada en aquel emigrante, cuyas frases le parecían de lo más ingeniosas.

Parecía una tonta incauta, riéndole todas las gracias y ocurrencias, incluso las contestaciones menos decorosas a su amiga Ana. No lo podía evitar. Le gustaba todo de él.

De alguna manera, en ella había prendido la chispa que no creía nunca poseer y que nadie había logrado encender. Jamás había visto una mirada tan profunda y brillante, tan intensa, observándola de arriba abajo con un descaro inusitado, como si la estuviera desnudando y pudiera imaginar sus blancos senos, su cintura estrecha y su deseo contenido. El aire canalla y bohemio, el color azabache del pelo quizá demasiado largo y la gorra negra ladeada la dejaron totalmente cautivada. Percibiendo la admiración que había despertado en la cándida Elvira, el joven dio la sesión por terminada, tiró el cigarrillo con chulería, a modo de protesta por las palabras de su amiga, y después se marchó.

No lo volvieron a ver hasta que, por la noche, cuando ya se habían instalado en el área destinada a las mujeres, salieron a respirar un poco de brisa marina en la cubierta. Allí volvía a estar él, admirando la profundidad del mar, recorriendo mentalmente el camino que empezaban a emprender, primero alcanzando las Azores para repostar y luego del tirón. No conocían su nombre, porque ninguno se había presentado en el embarque, pero Elvira estaba deseando volver a entablar conversación con él.

Apenas había espacio en el lugar donde se encontraba, pero, al divisarlas a lo lejos, las llamó insistentemente, como si les hubiera estado guardando un sitio a su lado. Ana no quería acudir, pero Elvira le pidió que la acompañara.

—¡Señoritas, señoritas! ¡Aquí, aquí! —gritó el chico alzando la mano y apartando a los dos caballeros que tenía al lado para permitir que Ana y Elvira se acomodaran a su vera—. ¡Qué casualidad! Justo estaba pensando en ustedes dos. Por favor, hagan un poco más de hueco para mis amigas —siguió recriminando a sus vecinos de cubierta.

—*Graciñas* —contestaron las dos a la vez—, muy amable. ¿Qué se le ofrece? —le preguntó Ana.

—Algo muy especial. Una noche espléndida, estrellada como pocas. ¿No le parece suficiente? —contestó, mirando con curiosidad

y devoción a Elvira—. El buen tiempo nos va a acompañar en el viaje.

El estómago de Elvira se encogió al escuchar su voz aterciopelada y varonil. Se encontraba incómoda a su lado, pero al mismo tiempo no quería separarse ni un ápice de él. Es más, le apetecía pegarse un poco más a su cuerpo. De pronto, sintió hasta la necesidad de besarle. ¡Ella, que nunca había besado a nadie! No escuchaba lo que estaba contando, solo miraba el movimiento de sus labios carnosos mientras contaba una historia y otra, su sonrisa, la chispa de sus pupilas. Se sentía embriagada con cada uno de sus encantos. De vez en cuando simulaba estar atenta a su discurso y asentía, según le parecía, pero nada más lejos de la realidad, solo le llegaba un murmullo hipnotizador. No le interesaba tanto lo que decía como lo que veía. Calculó que tendría unos veinte años, cuatro o cinco más que ella, y que podía convertirse en el hombre de su vida.

Después, para entablar conversación, el joven les preguntó a ambas por su procedencia y, luego, si sabían algo del barco en el que estaban viajando.

—¿Saben que no es español, sino alemán? —les preguntó, socarrón, haciéndose el interesante. Las muchachas no comprendieron.

—¿Pero no se llamaba Antonio Delfino?… —dudó Ana, intrigada.

—Sí, ese nombre se lo pusieron para darnos más confianza a los gallegos. Para que pensáramos que todavía seguíamos allí después de partir y convencernos de que no iba a pasar nada malo durante el trayecto.

—Anda, pues no teníamos ni idea, ¿y a qué se debe entonces ese nombre? —le replicó, curiosa, Elvira.

Quería que siguiera hablando, que no parara, que no se acercara nunca la hora de tener que marcharse a dormir. Había una luna llena espléndida que iluminaba la charla y el camino, así que Ana y ella se prepararon para escuchar la historia de aquel transatlántico con nombre españolizado.

—A un montevideano —comenzó él.

Entonces les contó la historia del mítico Antonio Delfino.

33
Amor en cubierta

Vigo, julio de 1928

—Antonio Delfino existió de verdad, de hecho, yo le conocí. Le contrató la Compañía Hamburguesa Sud Americana cuando el negocio no le iba demasiado bien, por lo que uno de sus dirigentes, un tal Herr Amsinck, se acercó a Montevideo para pedir ayuda al presidente del Banco de la República, Lorenzo Márquez. Necesitaba contratar a un buen agente que se encargara de los negocios navieros de la compañía en el Río de la Plata y sus conexiones marítimas por toda la América del Sur.

»Delfino me contó que fue este directivo quien le vio por primera vez en Buenos Aires mientras discutía en voz alta con unos funcionarios aduaneros y portuarios sobre un asunto al parecer complicado. Al contemplar, en la plenitud de sus cuarenta años, la manera mesurada, pero a la vez vigorosa, persistente y enérgica de sus decisiones, el alemán quedó cautivado. Así que pensó en él para remontar el negocio y le propuso su incorporación. Así fue como aquel uruguayo, prestigioso agente marítimo que, además, prestaba otros servicios portuarios con embarcaciones propias, llamado Antonio Delfino, empezó a formar parte de la compañía como uno de los agentes más importantes de la Hamburguesa, y tal fue su labor que decidieron bautizar uno de los buques con su nombre.

Aquí, en sus camarotes, se ha alojado gente de lo más ilustre, como el mítico Carlos Gardel, el creador de los tangos —concluyó el joven.

Elvira quedó obnubilada con tanta sabiduría y conocimiento. Parecía que estuviera dando una conferencia. No sabían que el muchacho, sin embargo, pese a su autoestima y orgullo, había presentado alguna dificultad para entender lo que ponía en su billete, dando muestras de su limitado conocimiento para leer, aunque sí que poseía una portentosa memoria y una seguridad en sí mismo como pocos. El autoconvencimiento de su valía proyectaba tal distinción que nadie le solía contradecir, aunque a veces no tuviera ni la más remota idea de lo que estaba contando. Se trataba, como tantos, de un encantador de serpientes. Un hombre sin estudios, pero con mucha labia.

Por el contrario, a Ana Castro no la engañaba nadie. Había coincidido antes con mucha gente de ese tipo. Un estafador. Un galán de medio pelo que pensaba que le bastaba con conocer y oír a alguien docto en una determinada materia para que, solo con escucharle, su sabiduría se le contagiase. Estos parásitos solían alimentar sus propios pensamientos con las reflexiones de los ilustres para convencer a los demás de que sabían tanto o más que los propios expertos que se lo habían enseñado.

Muchos no se daban cuenta de sus lagunas, ni de lo ridículo que resultaba ante cualquier audiencia, pero formaba parte de su manera de ser, de su estrategia. Sin embargo, Ana observaba a su amiga Elvira, más crédula e inocente que ella, y veía cómo empezaba a caer en sus redes. De nada serviría avisarla y aconsejarla, cuando se respiraba en el aire que su latir se aceleraba con aquel patán.

A Ana le había resultado algo extraño que conociera tan bien la historia de Antonio Delfino, transcurrida allá en Uruguay, cuando el muchacho había embarcado en Vigo proveniente de un remoto pueblecito de Orense, pero pensó que la habría escuchado contar previamente a algún pasajero montevideano y se la había adjudicado como propia.

No le dio más importancia. Quizá si hubiera indagado más, podría haber conocido detalles trascendentales para el futuro de su amiga,

pero en ese momento no le pareció necesario. Solo quería descansar y dejar de escuchar al papagayo que tenía delante, así que conminó a su amiga a retirarse, algo que Elvira escuchó con desagrado. No le parecía que estuvieran haciendo nada malo y buscaría cualquier excusa para quedarse un ratito más.

—Elvira, venga, es hora de marcharnos a dormir, ¿no te parece? —le preguntó, recordándole el pacto realizado entre el resto de las pasajeras para guardar silencio por la noche y no interrumpirse el sueño las unas a las otras.

Pero ¿qué hora era? El tiempo se le había pasado volando a Elvira escuchando aquellas increíbles historias. Le parecía una suerte haber coincidido con aquel muchacho que lo sabía todo de Uruguay y España. Entonces, con más valor que certeza, pensó que tampoco pasaba nada si desobedecía a su amiga. No se trataba de su madre.

—Ana, por favor, vete tú. Yo voy ahora. Me quedo con este joven tan simpático un ratito más, a ver si cuenta alguna otra historia interesante como la de Antonio Delfino. —La joven le miró entusiasmada—. Por cierto, aún no nos ha dicho cuál es su nombre…

—Me llaman Dale, es parte de mi nombre y además en Uruguay todo el mundo utiliza ese latiguillo de ánimo.

—Pues le llamaré Dale. —Ambos sonrieron—. Nosotras somos Ana, y yo, Elvira.

—Un gusto —contestó Dale.

Cuando Dale se dio cuenta del interés que había despertado en Elvira, supo que caería rendida en sus brazos si así se lo pedía. Lo cierto es que la muchacha le gustaba de verdad, tan inocente, tan bonita, con ese cabello tan rubio. Hacía tiempo que no observaba esa cándida forma de sonreír. Tampoco él quería que se marchara tan pronto, pero no se lo pidió; sin embargo, cuando ella vio que se acomodaba en su sitio por unos minutos más, pensó que el destino había provocado ese encuentro y que no debía desperdiciarlo.

Aquella noche estrellada, Dale y Elvira empezaron a revelarse mutuamente su vida en Galicia y los sueños que pensaban cumplir en Uruguay. Sabían que todavía les quedaba mucho, pero ya los visualizaban para que sucedieran. Elvira le contó que ella y Ana

llevaban una carta de recomendación de Miguel Baras, uno de los hombres más ilustres en Argentina y muy reconocido también en Uruguay, que esperaba que les abriera muchas puertas, aunque empezarían trabajando en Frigorífico Anglo, porque el padrino de Ana se había convertido en encargado de la conservera cárnica más importante del país.

Por su parte, Dale le explicó que planificaba convertirse en conductor de autobuses, uno de los empleos más valorados en aquellas tierras rioplatenses, y poco a poco ahorrar para poder comprarse una pequeña camioneta y, de ahí, un ómnibus con el que obtener liquidez diaria. Así terminaron la conversación. Ambos con la misma ilusión de quienes no tenían nada que perder y mucho que ganar.

34
Visita a la primera clase

Atlántico, agosto de 1928

Los treinta días de embarque pasaban lentos, como si fueran el doble o el triple. Cada día suponía una auténtica batalla por sobrevivir a los bandazos del transatlántico, a las olas impresionantes que las corrientes provocaban en el océano. Para Elvira significó un alivio encontrar la protección de Dale, que siempre aparecía a su lado cuando más miedo tenía y atemorizada se encontraba pensando que aquel buque se iba a partir en dos a modo del Titanic. ¡No lo podía soportar! A cambio, compartió generosamente con él —y también con Ana— las latas de sardinas que había conseguido acumular antes del incidente con Maruxa, sus desvelos y algo más…

Cuando ya habían trascurrido veinte días del viaje, se habían convertido prácticamente en inseparables. Como todas las tardes, Dale y Elvira habían quedado en el salón de fumar de la tercera clase. Se trataba de un espacio modesto pero cómodo, con columnas y butacones de mimbre alrededor de bancadas cuadradas para permitir el asiento de los muchos fumadores, todos hombres. Su amigo había llegado nervioso por verla: había convencido a uno de los mozos del buque para que le diera acceso a un camarote de primera mientras los señores que lo ocupaban se encontraban cenando en el lujoso restaurante.

A Elvira aquello le pareció una temeridad, pero también una gran aventura. Siempre se había comportado como todos esperaban de ella, así que, por una vez, quiso hacer lo que en realidad le apetecía y respondió afirmativamente a la propuesta de su nuevo amigo. Dale le había ofrecido al mozo del transatlántico alguna de las latas de Elvira a cambio de ese paseo por la zona elitista y lujosa del barco.

Tanto él como Elvira habían comentado en numerosas ocasiones lo que les gustaría conocer las estancias de los millonarios. El mozo, que al principio presentó ciertas reticencias a la oferta, al final accedió con la condición de que la entrada a uno de los camarotes se acotara solo a un par de horas a lo sumo, ni un minuto más. Él se encargaría de estar pendiente de avisarlos antes de que los señores acabaran su cena en el comedor. De esta forma podrían ver con sus propios ojos cómo vivían los ricos a bordo, y recorrer los maravillosos salones repletos de lámparas reservados a los pasajeros de primera clase.

Nada más entrar a la zona hasta entonces vedada para ellos descubrieron la espectacular escalinata interior más propia del Hermitage que de un barco, rematada al frente por una especie de retablo en el que sobresalía la figura de la diosa Afrodita. A los lados, unas puertas acristaladas que iban a parar a la sala de fumadores de primera clase, con artesonados en las paredes y ventanas con cortinas. Pudieron también asomarse con discreción al lujoso comedor, iluminado por arañas y con mesas vestidas de hilo, donde estaban cenando los señores. Inmediatamente después, el muchacho les indicó la puerta 25, abriéndoles con la llave maestra y advirtiéndoles de la necesidad de cumplir con la puntualidad requerida. Después los dejó un par de horas para que disfrutaran de ese lujo fuera del alcance de sus bolsillos.

Al entrar, ambos se quedaron anonadados por la elegante y amplia estancia, tan diferente a todo lo que habían visto antes, tanto a bordo como en tierra. Contaba con dos habitáculos separados, uno destinado a dormitorio, con dos camas individuales flanqueadas por barrotes con sus correspondientes pilas para el aseo, y decorado con un enorme espejo, mientras que el segundo era una pequeña sala

de día, y estaba amueblada con un sofá, una mesa pequeña y un aparador para guardar los objetos de valor.

Elvira Fandiño miró por el ojo de buey para contemplar las vistas desde ese lugar privilegiado, pero enseguida Dale corrió las cortinas para que nadie los pudiera ver. Le explicó que las ventanas eran redondas y no cuadradas para que resultara más difícil que se rompieran con la fiereza de las olas. ¡Lo sabía todo! Eso le permitió acercarse por detrás de ella para contárselo y agarrarla de la cintura.

Elvira sintió su aliento sobre su esbelto cuello pidiendo a Dios que no se acercara más, porque no le iba a poner ninguna resistencia. Se encontraba totalmente entregada, sin voluntad, envuelta en un halo de placer y deseo del que le parecía imposible salir. Con atrevimiento y confianza, Dale empezó a besarle el cuello con suavidad desde el lóbulo de la oreja hasta la espalda. El mecer del transatlántico transportó a Elvira a una bruma de ensoñación que solo ella podía sentir de esa manera.

Mientras la iba despojando de su ropa, no se opuso. Dale le murmuraba que al llegar a Uruguay se casaría con ella, la convertiría en su mujer, en su amante, en su vida. Elvira le escuchaba callada, dejándose llevar por las olas que ahora parecían alcanzar hasta el mismo interior del camarote, hasta una de las camas.

Dale le susurraba que la había amado desde el mismo momento en que la había visto, que nadie ni nada podría separarlos ya nunca más. Que su amor sería eterno. Elvira Fandiño se lo creyó. Se dejó arrastrar por las caricias y las palabras, por la sensación de bienestar que aquel hombre, el primero que había conocido tan íntimamente en su vida, le proporcionaba. No deseaba que el instante se terminara nunca, ni que se acabaran las dos horas pasadas con aquel joven.

El tiempo pasó volando y, abrazados, escucharon cómo el muchacho tocaba con los nudillos en la puerta, avisándolos de que debían salir. Se vistieron inmediatamente y emprendieron el camino hacia la tercera clase. Luego allí cada uno volvió a su zona correspondiente para dormir durante la noche. Cuando Ana Castro la escuchó entrar sigilosa para no despertar al pasaje, le preguntó en un susurro dónde había estado, por qué había tardado tanto.

—Chssss, calla, mañana te lo cuento —le dijo Elvira a Ana. No quería escuchar ningún sermón, solo rememorar esos instantes en los que había sido tan feliz.

—¿No habrás hecho algo malo? —Ana la miró para reprenderla.

—¡No! Espera a mañana. ¡Qué malo voy a hacer!

Elvira se durmió soñando con esa promesa de matrimonio cuando llegaran a Uruguay. Serían muy dichosos juntos. Estaba deseando pisar tierra para escribir a sus padres, a Xián, y contarles que por primera vez en su vida se había enamorado, que era un muchacho cultísimo llamado Dale. Quería gritarlo al viento. Su vida empezaba a florecer, comenzaban a ocurrirle cosas interesantes. Al día siguiente le contaría a Ana con pelos y señales todo lo que había acontecido, la visita a la clase alta del transatlántico, el comedor, la escalinata. Quería recordarlo todo tal y como era para no perder detalle al explicárselo a su amiga. Se imaginaba que algún día podría viajar ella también en primera. Solo necesitaba trabajar mucho para poder pagarse el billete de vuelta y volver a ver a sus padres.

La emoción le impidió conciliar el sueño en toda la noche. Pensó que con los dos sueldos que tendrían ella y Dale podrían sacar con facilidad una familia adelante. Le pediría a Ana el favor de presentarle su prometido a su padrino para permitirle también una oportunidad en Frigorífico Anglo, aunque luego él siguiera con su sueño de ser conductor de autobuses. Empezó a echar cuentas como la lechera del cuento, pensando que, con su paga, descontando el pasaje, que al cambio sería de diez pesetas, y el salario de Dale, cercano a las doce pesetas, el doble que para los hombres en España, mal se les tendría que dar para no vivir holgadamente.

Convencería a Dale en cuanto le viera. Aquella noche había sentido en sus entrañas la inmensa devoción que Dale sentía por ella, ese amor intenso y entregado. Nadie podía decir lo contrario, ni siquiera Ana. Lo había percibido, casi tocado. Lo sintió como algo físico. Le había sostenido el rostro de una manera muy especial, como su padre al partir, para grabar sus rasgos en su mente, para no olvidarla nunca, una devoción que solo un enamorado puede mostrar.

Rememoraba cómo, de manera delicada, le había rozado con sus labios los ojos, las cejas, la boca hasta las orejas, y a ella, a Elvira, le daba la risa esa admiración desmesurada. Se sentía la Virgen María contemplada por los feligreses en plena procesión. Por eso, no le preocupaba para nada la competencia. El resto de las mujeres, las posibles reprimendas de su amiga. Ya sabía que Dale jamás querría estar en los brazos de otra ni probar los besos de otra. Notaba que con ella rozaba el éxtasis.

—Cuando desembarquemos será el primer día de nuestra vida en común. En esta tierra nos casaremos —le susurró Dale al oído mientras la estrechaba en sus brazos a la mañana siguiente cuando se volvieron a encontrar en la cubierta.

Elvira Fandiño se había convertido de golpe en una mujer. Él seguía soñando en una vida nueva. Sabía que había cometido errores a lo largo de su existencia, pero ahora tenía delante otra oportunidad y no la dejaría escapar tan alegremente. Necesitaba tiempo para arreglarlo todo de la mejor manera posible, pero lo conseguiría. Sentía que por primera vez en su vida amaba de verdad a una muchacha. Apostaría por ese amor, lo daría todo. Se lo prometió a sí mismo. Se hizo un juramento para intentar que nadie le quitase esa felicidad que sentía al lado de Elvira.

35
El Río de la Plata

Montevideo, 1 de septiembre de 1928

Al llegar al Río de la Plata, Elvira empezó a sentirse mareada. Ese río o ese océano Atlántico resultaba ser completamente distinto al que cubría las Rías Bajas. Menos iluminado, más parduzco, gris plomizo, casi negro. No entendía cómo le habían llamado de plata, cuando no brillaba, más bien parecía de color pizarra. Pensó que se debería al invierno austral y el temporal con el que la tierra uruguaya les daba la bienvenida. Pese al tonelaje del transatlántico, las fuertes olas empezaron a golpear el barco de una manera abrupta y despiadada, provocando vómitos y mareos entre los pasajeros.

En ese momento, se hizo patente más aún la debilidad de Elvira, que había resistido con entereza el viaje, pero a la que apenas le quedaban ya más fuerzas para aguantar los vaivenes. Le entraron ganas de agarrarse al suelo, de sentir tierra firme, de olvidarse de los balanceos. Habían pasado exactamente treinta y tres días de su partida y ya no podía más.

Ana se sentía más fuerte que ella, así que ayudaba a su amiga a mantenerse firme y evitar el desvanecimiento. Poco a poco, a medida que se iban acercando al muelle, la situación empezó a mejorar. Al cabo de unos segundos, el capitán del barco solicitó a todos los pasajeros que esperaran en sus respectivos lugares de estancia y camarotes para recoger sus maletas a fin de ir saliendo

poco a poco. Los de primera clase antes, luego los de segunda y, por último, los de tercera.

Mientras esperaban sentadas en su camastro, Elvira, ya algo más recuperada, cogió el bolso con sus enseres. Allí se encontraban sus documentos, la carta de recomendación de Miguel Baras y el dinero que le había dado su madre. En ese preciso instante, se acordó del regalo que Xián le había envuelto en papel de periódico y lo abrió. Había cumplido su promesa de no hacerlo antes de llegar a su destino, pues consideró que ya estaban prácticamente tocando tierra uruguaya.

Para su sorpresa, resultó no ser un libro, que ella había imaginado por su tamaño. Se trataba de un pequeño cuaderno de hule negro en el que Xián había copiado una hermosa poesía del ilustre autor gallego Ramón María del Valle-Inclán. Y, sin dificultad, empezó a leer los primeros versos. Al parecer, como ponía, la había sacado de su obra *El Pasajero,* y se trataba del primer poema, «Rosa matinal»:

Ante la parda tierra castellana,
se abre el verde milagro de una tierra
cristalina, en la paz de la mañana,
y el castañar comienza con la sierra.

El agrio vino, las melosas niñas,
la vaca familiar, el pan acedo,
un grato son de flauta entre las viñas,
y un místico ensalmar en el robledo.

De repente, aquellas palabras la llevaron a su tierra. A su Galicia querida, ya tan pronto añorada. Al acabar, Xián había escrito una dedicatoria: «Elvira, mi hermosa hermana. No olvides nunca tu tierra y vuelve, vuelve siempre. Anota en este cuaderno todo lo que te preocupe. Tus tristezas y alegrías. Para contármelo cuando regreses con pelos y señales. Te quiere, Xián».

Elvira pensó que, por ahora, solo podría apuntar dichas y maravillosas experiencias, pero lo conservaría siempre por lo que pudiera pasar. Tras desembarcar con expectación, ilusión y algún

que otro empujón, se dirigieron los tres, Dale, Ana y ella, a la estación Artigas para coger el tren rumbo a Fray Bentos. No había tiempo que perder. Era necesario comprar el billete para el viaje de la noche antes de que se agotaran por la llegada de tantos emigrantes.

Con cierta extrañeza, Ana comprobó que Dale parecía moverse por Montevideo como por su propia casa, torciendo en cualquier calle, atajando, pasando por las aceras como si las hubiera pisado toda la vida. Para venir de un pueblecito retirado de Orense, el muchacho se sabía manejar con rapidez y destreza por la ciudad uruguaya, algo que a ambas les venía muy bien, porque jamás en la vida habían salido de Bueu. Sin embargo, suscitó cierta desconfianza en ella, aunque no le comentó nada a Elvira, cargadas como iban con la pesada maleta. Cruzaron la ciudad, a pie y en ómnibus, y pronto se vieron en una estación ferroviaria grandiosa y bella como no habían visto en su vida.

Ana había accedido a las peticiones y ruegos de su amiga para presentarle a su padrino a Dale, así que los tres se mostraban contentos de poder aspirar a una colocación nada más llegar. Faltaban cinco horas para que el tren partiera camino a la ciudad limítrofe con Argentina, y Dale les dijo que se tenía que ausentar para visitar a un amigo y que en el transcurso de ese tiempo volvería a encontrarse con ellas en los andenes de la estación, ya para tomar rumbo a Fray Bentos.

Al marcharse Dale, Ana le comentó a Elvira mientras comían un pancho caliente, una salchicha en pan, que Dale no le parecía trigo limpio. Así lo dijo, no lo insinuó, sino que dijo esas palabras: «trigo limpio». Por alguna razón, le desagradaba su descaro, esa forma insolente de hablar y dirigirse a los demás, y tanta socarronería. Parecía un viejo con mucha vida, mucha más experiencia que ellas. Un zorro listo y despiadado.

—Pero ¿por qué dices eso? Siempre pones en duda a la gente que se muestra diferente a ti, a tu forma de ser. ¿No serás tú, que le has cogido manía porque está enamorado de mí? —preguntó Elvira, medio enfadada.

—¿Manía? No, qué va. A mí eso me da igual, te lo digo para que te protejas tú, para que no confíes a la primera. Todo el mundo te parece bueno, maravilloso, y claro, luego vienen los disgustos. Mira lo que me contaste de Maruxa. Al principio te parecía una buena mujer, un poco cotilla, pero nada más, y luego, zasca, mordiste el anzuelo y viste su maldad despiadada. No digo que desconfíes de él, sino que vayas con cuidado, poco a poco. No me pareció demasiado honesto el modo en el que te sedujo en el barco, sin posibilidad de salida —contestó Ana con calma, pues no quería que ella pensara que se sentía celosa.

—¡No le juzgues por eso! ¡Yo también quise estar con él! Además, me ha prometido matrimonio en cuanto estemos asentados… ¿Tampoco te sirve?

—Sería muy poco caballeroso que no lo cumpliera. ¡Ojalá lo haga y no se deriven peores consecuencias! —Ana lo dijo mirando al cielo.

—Claro que lo cumplirá. ¡No digas tonterías! ¿No ves cómo me mira? Si parece que tiene una diosa delante de él —replicó Elvira.

Elvira veía destellos en la mirada de Dale como nunca se los había visto a nadie, brillos en el iris negro, que imaginaba producto de la ilusión y el amor. Sin embargo, Ana creía que se trataba más del filtro del entusiasmo de Elvira que de cualquier otra cosa. Pero no quería amargarle la existencia a su amiga y tampoco se lo contó.

—A otros he visto embelesados que han salido corriendo, pero Dios quiera que me equivoque —dijo Ana, acabando la conversación.

Al cabo de las cinco horas, Dale apareció por la estación puntual para el tren de las ocho de la noche. Cuando llegó, recién aseado, no le preguntaron adónde había ido para haberse cambiado de ropa y duchado. Tampoco él dio más explicaciones. Ayudó a las muchachas a colocar las maletas en su compartimento y se acomodaron en los asientos que correspondían a sus billetes.

Los tres pasaron gran parte del trayecto durmiendo, sin hablar. Se encontraban demasiado cansados como para entablar ninguna charla después de más de treinta días en el Atlántico, por eso Ana se extrañó cuando, abriendo disimuladamente un ojo en mitad de la noche, creyó ver a Dale despierto y rebuscando algo en el bolso de su amiga. Quizá eran solo imaginaciones suyas y no dijo nada.

Seguro que era otra equivocación, un mal pensamiento como siempre le achacaba Elvira. Empezaba a sentir que sus intuiciones se estaban cebando con Dale y que debía darle, al menos, una oportunidad. No podía ser tan descarado como imaginaba, así que los tres permanecieron juntos hasta llegar a Fray Bentos durmiendo o simulando que dormían.

36
La promesa rota

Fray Bentos, octubre de 1928

A principios de octubre, Ana, Elvira y Dale ya habían ocupado sus respectivos puestos en la compañía, las dos primeras cociendo la carne antes de ser enlatada y Dale como aprendiz en el matadero de Frigorífico Anglo, una empresa donde el bullir de las distintas nacionalidades se palpaba en cada esquina. Aquello parecía una Torre de Babel de lenguas románicas, anglosajonas, eslavas y acentos de diferentes lugares del mundo, todos unidos por una misma causa: el trabajo.

Habían llegado a un entorno totalmente diferente a La Perfección, pero igual de hermoso y privilegiado, rodeado de agua que, en este caso, no era el océano, sino el caudaloso río Uruguay. El complejo abarcaba un total de doscientas setenta y cinco hectáreas y se componía de una fábrica, una edificación de piedra dorada, bañada por el sol, similar a un monasterio cisterciense, y un complejo industrial formado por los muelles sobre el río, el matadero, una zona reservada al pastoreo y, un poco más alejados, pero dentro del mismo recinto, las residencias de los jefes y la barriada de los obreros, así como algunos lugares para el esparcimiento.

Allí se habían congregado emigrantes de cincuenta y tres nacionalidades dispuestos a trabajar las horas que hicieran falta. El padrino de Ana enseguida vio cualidades en la fortaleza de Dale para

encontrarle un puesto en el área donde se sacrificaban las reses. A los tres, el empleo estable en Fray Bentos les había sabido a bendición divina y se aplicaban a diario rigurosamente en sus quehaceres. En la factoría, la mayoría de los trabajadores admiraban a los gallegos por su entrega y obediencia a los jefes, además de la pasión que ponían en su empeño y su escasa competitividad entre compañeros.

Desde por la mañana, bien temprano, el edificio principal, con varias plantas y sin apenas ventanas, se convertía en el centro de la vida durante la jornada laboral. La planta baja estaba ocupada por el complejo productivo, donde se encontraban las grandes máquinas para el tratamiento de la carne, la fabricación de las latas y la elaboración de los procesos de enlatado. Próxima a él, se encontraba la zona de manipulación. Por su parte, las oficinas se situaban en el primer piso, con mesas y sillas de madera de caoba pulcras y brillantes donde se ubicaban los oficinistas, la mayoría de ellos ingleses.

Alrededor de la fábrica se hallaba la Company Town, una especie de ciudad aledaña con casitas de tejados a dos aguas, similares a las existentes en Alemania, de donde procedían los primeros arquitectos que habían diseñado, a finales del siglo XIX, el complejo, que también contaba con un campo de golf y otro de fútbol. Cercano a todo ello se erigía la Casa Grande, una grandiosa residencia colonial pintada de blanco, con abundantes cristaleras enmarcadas en verde y hermosos jardines repletos de exuberantes palmeras que convertían ese lugar en un paraje de ensueño en el que vivían los gerentes, que pocos años antes habían pasado de ser alemanes a ingleses.

Para las dos amigas, los días transcurrían según lo planeado. Ana y Elvira convivían en una estancia con dos habitaciones y derecho a cocina en La Ranchada, el cercano barrio de los trabajadores, por lo que no tenían que andar demasiado cada mañana. Trabajaban y se divertían cuando podían. Las jornadas las marcaba la llegada de los buques. Los trabajadores sabían que, si venía un barco a las dos de la madrugada y avisaban por el silbato, tenían que dejar de dormir o

parar lo que estuvieran haciendo para ocupar sus posiciones. La producción era lo más importante.

El producto estrella era el *corned beef,* y se cuidaba como si fuera la gallina de los huevos de oro. No solo había servido para alimentar a los soldados de la Gran Guerra europea, sino para el resto de los países que no producían la suficiente carne de vaca, tan necesaria para fortalecer a la población, para su consumo. Había sido una decisión adoptada por los ingleses nada más comprar Frigorífico Anglo a los germanos y con ello pretendían aumentar el negocio. De las reses aprovechaban todo, desde el pelo grueso de la vaca para hacer pinceles hasta las pezuñas molidas para estiércol de los campos del Viejo Continente.

Uno de aquellos días de intensa faena, Elvira empezó a sentirse mareada, con la misma sensación que había sentido en el transatlántico Antonio Delfino a punto de desembarcar en Montevideo. Había echado cuentas de que el periodo no le había bajado en el último mes, pero pensó que la causa se debía más a los trastornos del viaje que a un posible embarazo no deseado tras aquella noche de pasión en el camarote de primera; sin embargo, temerosa de que así fuera, pensó en acudir al día siguiente a primera hora al matadero, cuando aún la mayoría de los trabajadores de la Anglo no se habían incorporado a sus puestos, para compartir con Dale sus sospechas y ponerle al tanto de la situación.

Se levantó temprano y se vistió antes de que Ana se despertara. Luego, fue directa al matadero y allí encontró a su amor. Sabía que le gustaba madrugar, así que fue al grano nada más verle.

—Dale, ven, acércate. Tengo que decirte algo urgente. Estoy preocupada —le susurró Elvira al muchacho, que estaba preparando las reses para colgarlas y despiezarlas.

Ella se movía inquieta, con nerviosismo, frotándose las manos sin parar. Esta imagen alertó de manera considerable al joven.

—¿De qué se trata, Elvira? Venga, rápido, dime, sabes que no me gusta que nos vean cuchicheando juntos en el trabajo —le replicó, limpiándose las manos para hablar con ella.

—¡Ay, es que no sé ni cómo decírtelo! ¡Que no me viene el periodo, Dale, y estoy asustada! ¿No será que…? ¡No sé qué hacer! —Elvira le miró desorientada, con los ojos vidriosos, la mueca de su boca en tensión.

Estaba alterada ante la posibilidad de la incipiente llegada de un retoño, aunque tranquila por la promesa realizada en el barco. Pronto, cuando estuvieran más asentados, contraerían matrimonio.

—¿Cómo? ¡No puede ser! ¡No te asustes, mujer! ¡Seguro que es un desarreglo por el viaje! ¡Tomé mis precauciones! ¡Ya verás cómo en unos días te baja! —replicó él, seguro ante la práctica rudimentaria que había llevado a cabo, en realidad un método nada fiable para evitar dejar encinta a las muchachas.

—No sé yo, intuyo que algo se está transformando en mi cuerpo. Pero no pasa nada, ¿verdad? ¿No nos íbamos a casar? Mira, los pechos se me han hinchado, y el vientre también. —Elvira ahogó su voz en un sollozo.

Ante las evidencias fisiológicas, Dale comenzó a inquietarse. Había notado cómo la figura de la muchacha parecía más rotunda, pero pensó que se debía al efecto de comer carne, algo que en Galicia solo se reservaba para la gente pudiente. Aquel asunto podría acabar de un plumazo con sus planes, con su vida, no lo podía permitir. Le pidió a Elvira que volviera a su sitio y que le esperara a la salida del trabajo para hablar sobre el tema. Que, hasta entonces, no dramatizara ni le contara a nadie sus sospechas. Ya pensarían algo entre los dos, qué tipo de decisiones adoptar y cómo afrontar la situación.

Así lo hizo, y esperó angustiada junto a las calderas, al lado de Ana, sin contarle nada a su amiga, preocupada por lo que pudiera venir, por las implicaciones que eso podría acarrear para su futuro en la fábrica, para su reputación. Cuando llegó la hora de la salida, Elvira se retiró apresurada para ir al encuentro de Dale, con la excusa de que habían quedado para hablar sobre la futura boda. Ana observó cómo ambos se alejaban paseando camino al río Uruguay.

Se mantuvieron en silencio hasta que se encontraron fuera del alcance de los oídos de los compañeros de la fábrica. Ninguno de los

dos sabía cómo afrontar el tema, cómo romper el hielo, así que Elvira habló:

—No sabes qué día es hoy, ¿verdad? ¡Ni te acuerdas! —Para ella era un día señalado, para él uno cualquiera.

—Sí, 1 de octubre de 1928 —contestó Dale sin concederle la menor importancia.

—Ya, pero no te acuerdas de que hoy se cumple justo un mes desde que desembarcamos del Delfino. Entonces me prometiste que en esta tierra nos casaríamos. Lo dijiste también antes, en el camarote y en la cubierta. ¿No te acuerdas?

—La verdad, Elvira, ahora mismo me encuentro en un estado en el que no recuerdo nada. Si me apuras, ni mi nombre. No puedo ni pensar con lo que me has contado allí dentro —contestó, intentando concentrarse.

Dale no quería que aquella noticia fuera cierta. Ahora que había conseguido un trabajo fijo en Fray Bentos pensaba asumir sus responsabilidades, pero de otra manera. Necesitaba algo más de tiempo. Quería pedírselo más adelante, cuando ya hubiera podido solucionar lo que le preocupaba, pero ahora todo se precipitaba. Se estropeaba. La había visto tan bella en el barco, tan joven, tan inocente que no se había podido resistir a sus deseos ni había reflexionado sobre las consecuencias. Y ahora, de pronto, se encontraba con aquello.

—Ya veo. No me has vuelto a insinuar ni una palabra, nada, desde que estamos aquí. ¿Te gusta verme sufrir? —le recriminó la muchacha al ver que Dale no le pedía matrimonio, como ella esperaba.

—¡Qué tonterías dices! —le replicó él, centrado en buscar soluciones a la situación.

—Bueno, pues, empiezo de nuevo: ¿no crees que me tienes que decir ya algo? —le conminó a declararse.

Elvira esperaba que Dale tomara la iniciativa de comprometerse de verdad, pero en vez de eso empezó a temblar, a balbucear, a no saber qué decir ni cómo decirlo. Se mostraba indeciso, inseguro, frágil, como nunca lo había visto. De repente, su rostro dejó de estar pálido, para ponerse morado, rojo, de todos los colores. Sudaba. Ella

necesitaba un compromiso, un hogar propio, una seguridad, pero lo único que tenía delante era un hombre que parecía incapaz de decir una palabra. De repente, se derrumbó…

—No puedo, Elvira. Ese es mi problema. No creas que no me gustaría pedírtelo, pero no puedo —contestó Dale, por fin.

¿Había escuchado bien? Elvira se paralizó. Sintió un fuerte golpe en el estómago. No podía ser una patada de su hijo. Se trataba de la crudeza de la decepción. No se esperaba aquella respuesta, aquella negativa. No entendía por qué se lo había prometido y ahora venía con esas. Su mundo se tambaleaba por momentos, sus ilusiones, sus esperanzas. De repente, se sintió frágil, como una muñeca a punto de ser desarticulada por cabeza, brazos y piernas. Aun así, mantuvo la calma. No gritó. No lloró. Necesitaba valorar con sosiego la respuesta inesperada de Dale.

—¿Cómo? ¿Y tu promesa? —preguntó Elvira sin entender nada.

La muchacha había imaginado todo menos un rechazo. Siempre había visto en el brillo de sus ojos el deseo, esas ganas de estrujarla continuamente. En cada beso, ella sentía el calor de su cuerpo. Nunca había besado a nadie, pero aquellos apasionados encuentros la abrasaban por dentro y se prolongaban durante minutos de fuego. Provocaban que su rostro quedara señalado con un tono rojizo tras rozar su blanca piel con la incipiente y rasposa barba. No le parecía real lo que estaba escuchando.

—Lo siento. No puedo, ya te lo he dicho —respondió él; no era capaz de mirarla. Cabizbajo, se mantuvo en silencio.

—Sí, ya te he escuchado, pero ¿por qué? ¿Qué te lo impide? ¿Cómo me dices ahora eso? ¡No lo entiendo! Pero si me besas como si fueras a morir mañana, con unas ganas que me abrasan. ¿A qué viene todo esto? ¿Acaso no me quieres? —le inquirió, desesperada.

—No es eso. Es verdad que te deseo, pero no puedo casarme contigo —confesó el joven, tenso y serio.

—Pero ¿por qué?…

—Porque, Elvira, yo ya estoy casado y tengo un hijo.

Al escuchar Elvira esa sentencia de muerte inesperada, los segundos se convirtieron en minutos, en horas, en días. El tiempo se había congelado igual que sus ilusiones. No sabía cómo reaccionar.

De repente, sintió un vacío largo y profundo en su cuerpo. Un hueco en el estómago, y un dolor punzante en los pulmones. Se ahogaba. ¡No podía ser verdad! La vida se le estaba rompiendo a trozos, no sentía el latido del corazón. Intentó tranquilizarse, aspirar aire y expulsarlo, pero solo le salieron lágrimas. No había odio, ni siquiera rabia, solo tristeza. No podía parar de llorar. Se sentía traicionada, ultrajada. ¡Se había acostado con ella, sabiendo que le truncaba la vida! ¡Que estaba casado! ¡Y no podía cumplir su promesa! Las imágenes se grabaron en el metraje de su memoria para siempre. Dale permanecía a su lado angustiado, sin saber cómo afrontar la mentira o, mejor dicho, sin saber cómo dar sentido a los silencios que había ido elaborando en torno a su vida, a su existencia. Sabía que ya no tenía escapatoria.

Ahora se suponía que no podía demorarse más. Tenía que confesar, contar, aunque le hubiera gustado permanecer callado el resto de su vida, pero no podía soportar más la tensión de aguantar el mundo irreal que se había inventado en el transatlántico. Había que aclarar las cosas. Se trataba de afrontar la verdad para no perder ese trabajo en el que tantas expectativas había puesto. Para darle a su hijo una vida mejor e incluso a su mujer, de la que no le importaba divorciarse, con tal de poder sostenerlos. Debía convencer a Elvira de que sus sentimientos habían sido reales, pero no sus posibilidades.

—¿Casado? ¿Con un hijo? ¡Dios mío! ¡Cómo me has engañado! ¿Quién eres tú, Dale? ¿Quién eres? ¿Y ese niño? —le susurró Elvira bañada en dolor y lágrimas. Quería saber de dónde salía ese hijo, dónde vivía, con quién.

—Vive aquí, en Montevideo. Es uruguayo, se llama como yo —le explicó finalmente Dale.

Aprovechando la revelación añadió que su ausencia en la estación se debía a la visita que había efectuado para abrazarle rápidamente antes de partir hacia Fray Bentos. No era su primera vez en América.

—Entonces, ¿tú has estado antes en Montevideo? —Elvira seguía preguntando, sollozando, incrédula, sin poder asimilar lo que estaba escuchando. Maldiciendo su inocencia, su ingenuidad. En su cabeza, no paraban de resonar las advertencias de su amiga Ana. Sus

sospechas ante el profundo conocimiento que Dale mostraba callejeando por la capital uruguaya. Todo cobraba sentido.

Se daba cuenta de que no conocía de nada a Dale, que se había dejado engatusar como una tonta, sin preguntar siquiera por sus circunstancias. ¿Quién era? ¿Cuál era su pasado? ¿De dónde venía? Había imaginado que aquel joven, mayor que ella, se encontraba en la misma situación que el resto de los pasajeros, con una vida parecida, que apenas había salido de su aldea de Orense. No le preguntó. Ahí tenía razón. Pero no concebía que hubiera viajado más veces a América.

—Tú no me preguntaste y yo no te conté nada; en el fondo, no te mentí —dijo a modo de disculpa.

—¿Cómo que no me mentiste? Yo confiaba en ti. —Elvira le miró ofendida.

—Y es cierto. No es la primera vez que estoy en América. Hace cinco años que vine a Montevideo a probar suerte, pero las cosas no me fueron demasiado bien. Luego mi novia se quedó embarazada. Tuve que volver a España de manera urgente porque mis padres estaban muy enfermos. Murieron los dos y pude cobrar la herencia. Con ese dinero, retorné.

—¿Y ese hijo?

—Tiene cuatro años. Vive con su madre —replicó él con contundencia y mirando emocionado a Elvira.

Con esa confesión, Dale sabía que la perdía definitivamente. Ella nunca podría volver a confiar en él. Su bella Elvira no le volvería a dar una oportunidad.

—¿Y es tu mujer?

—Claro, Elvira, es mi mujer desde hace cinco años. Ya ves. No se trata de que no quiera casarme. Es, más bien, que no puedo casarme. Pero no soy feliz con ella, yo no la quiero, solo te quiero a ti…

Pero Elvira le dio la espalda y no quiso escuchar más. No sabía si alguna vez podría recuperar esa capacidad para confiar en el ser humano, pero de lo que estaba segura era de que en ese momento la había perdido. Dale quiso acompañarla a la estancia que compartía con Ana, pero ella se lo impidió. Le rogó que se quedara

en la orilla del río hasta que hubiera desaparecido de su vista. No quería que presenciara su desesperación, su agonía.

Al llegar al pequeño cuarto que ella y Ana compartían, su profunda congoja la dejó sin fuerzas, sin palabras para contarle a su amiga nada de lo que acababa de escuchar. Se encerró en la habitación y lloró desconsoladamente sobre su cama, sintiendo que el mundo desaparecía a su alrededor. Que aquello que había oído suponía el final de sus días. Ya no tenía ganas de seguir hacia delante, ni fuerzas para afrontar las contrariedades del destino.

Dale la había engañado de manera impune, pese a justificar su actuación argumentando que no le había mentido, sino simplemente ocultado la existencia de aquel hijo y aquella mujer para no hacerle daño. Decía que sus sentimientos habían sido sinceros y que si pudiera se hubiera casado con ella nada más pisar Fray Bentos. «¡Miserable!», pensó ella mientras hundía su sollozo en la almohada.

Ana llamó a la puerta. Escuchaba su llanto silencioso, su pesar entrecortado, su dolor. Imaginó que habrían discutido por algo respecto a los preparativos de la boda. Solía ser común en las parejas que organizaban un enlace, pero al ver que no paraba y que a cada momento resultaba más agónico, decidió acercarse a la puerta y preguntar.

—¿Estás bien, Elvira?, ¿ha pasado algo con Dale? —le preguntó su amiga, desconcertada.

Pensaba que su querida Elvira vendría alegre y, por fin, con una fecha de boda. Ella había planificado una semana repleta de compras para que fuera la novia más guapa del planeta, pero algo había ocurrido.

—No, nada. Es la morriña. Echo mucho de menos mi casa —explicó Elvira para que Ana no se preocupara.

—Venga, anímate. Descansa. Ya verás como mañana no tienes tanta pena y podemos prepararlo todo —le dijo dándose la vuelta y dejándola tranquila.

A la mañana siguiente Elvira sacó fuerzas de donde no las tenía y decidió ocultar tanto el embarazo como las terribles noticias sobre Dale durante los primeros meses en los que no se apreciara tanto el

cambio de su cuerpo. No era lo más correcto ni merecedor de la confianza y cariño de Ana, pero no podía soportar tanta vergüenza.

Necesitaba tiempo para pensar y reflexionar sin que nadie enturbiara sus decisiones. No se lo diría hasta diciembre, antes de las Navidades, cuando ya su barriga no pudiera disimularse con el largo y holgado vestido que se ponía todos los días y lavaba por la noche. Había pensado en todo.

37
Una edad ficticia

Fray Bentos, diciembre de 1928

A principios de diciembre, cuando los vómitos se hacían cada vez más evidentes y ya no podía soportar el olor de la cocina ni de las reses, Elvira se armó de valor y le comunicó a su amiga la fatal noticia: se encontraba en cinta. Dale la había engañado, ya estaba casado y tenía un niño pequeño, por lo tanto, no cabía pensar en un enlace entre ellos ni nada parecido. Habían roto. Estaba segura de que Ana la iba a apoyar y que intentaría evitar el escándalo pidiéndole a su padrino que le permitiera seguir trabajando en la fábrica, a poder ser en un departamento sin tantos olores.

A Dale no le había vuelto a ver, pese a que él había intentado varias veces encontrársela de un modo casual por la factoría y a la salida del trabajo, pero no habían coincidido. Elvira le había rehuido sin disimulo. Lo despreciaba. Se había aprovechado de su inocencia, de su confianza, de su bondad. No quería saber nada de un tipo tan falso, capaz de ocultar algo tan trascendental en su vida como un hijo o una mujer. Parlanchín para lo frívolo pero mudo para lo más importante, para que los demás no pudieran ver su inmundicia, sus malos pensamientos, su carácter mezquino, cruel y perverso.

Había decidido por ella. Se había aprovechado de su candidez y buena voluntad. Le había negado la posibilidad de tener criterio propio, engañándola, mintiéndole, ocultándole información, puesto

que para Elvira el silencio suponía lo mismo que el engaño o peor. Igual de reprobable. Pese a haberle asegurado que la quería con locura, Elvira percibía ahora la gran falsedad en el fondo de su mirada. Solo le movía el interés: conseguir un trabajo seguro y bien pagado en Fray Bentos gracias a la mediación de su amiga.

Esas pupilas negras, profundas como dos pozos oscuros y peligrosos, no escondían sino una gran frialdad, una falta de empatía respecto al resto de los seres humanos. Pupilas vacías, despojadas de amor, de calor, frías. Incapaces de reflejar unos sentimientos inexistentes.

—Pero ¿estás segura de que es así, de que realmente está casado? —le preguntó Ana, desorientada, cuando su amiga le contó lo que ni siquiera su intuición había percibido.

—No tengo otra seguridad que su palabra…, pero lo peor no es eso, sino que además tiene un hijo. Ambos viven en Montevideo. Me contó que tuvo que casarse con ella después de dejarla embarazada. ¡Menudo golfo!

—Desde luego —soltó Ana—, por eso se conocía tan bien la capital, la historia del Antonio Delfino…

—Sí, y por eso llegó recién aseado a la estación —continuó Elvira.

—Sí, todo cuadra. Se ha comportado como un auténtico sinvergüenza contigo. Sin alma ni corazón. Te ha encandilado sin piedad. Merecería que le contase todo a mi padrino y que le echara. Que le dejara sin trabajo, con una mano delante y otra detrás, para que aprendiera que todo acto reprobable tiene sus consecuencias —dijo Ana, llevada por la ira y la rabia, al comprobar el lamentable estado de su querida amiga. Esos ojos sin luz, tan tristes. Ese rostro sin alma.

—No lo hagas, Ana. Eso nos pondría a su altura y quien más sufriría sería ese niño. Encima, seguro que lo volvería a hacer una y mil veces más, porque dice que se siente infeliz con su mujer. ¡Qué culpa tendrá la pobre! ¡Otra víctima! Dice que sus sentimientos siempre han sido sinceros hacia mí y que a ella hace tiempo que la dejó de querer. ¡Será cobarde! —La joven Elvira se tapó la cara con el pañuelo para que su amiga no pudiera ver su dolor.

Ana la abrazó con ternura, sintiendo su aflicción, su pena, como si fueran suyas. No quería provocarle más dolor, pero se acordó de aquella frase que en una ocasión le dijo en el barco: estaba claro que Dale no era trigo limpio. Lo pensó al darse cuenta de un detalle al que ella no le había dado demasiada importancia: su edad. Dale les había dicho que solo tenía cinco años más que ellas, pero en un descuido Ana había visto su fecha de nacimiento en el pasaporte y la diferencia llegaba a ser de más de una década, exactamente doce años.

En ese momento, evitó contárselo a Elvira, quizá no lo había visto bien, pero en el fondo de su corazón sabía que el muchacho les mentía, y ahora se lo dijo a su amiga. No tenía veintiún años, como les había hecho creer, sino que era un hombre hecho y derecho de casi treinta años, pese a su apariencia juvenil.

—¡Una edad ficticia! ¡Una estratagema para camelarme por si no le aceptaba por la edad! —exclamó Elvira.

—Le pediré a mi padrino que te cambie a un lugar donde no haya tantos olores, quizá en el enlatado, y así podrás continuar aquí sin tantas náuseas, ¿te parece? —le propuso su amiga.

Ana quería que Elvira mirara al futuro con decisión, que no se rindiera por aquel tropiezo. Pensaba que nadie conoce de verdad a una persona en los primeros momentos de una relación. No había sido culpa de Elvira haber caído rendida y enamorada ante los encantos de Dale. Se había comportado como cualquier mujer encandilada, creyendo sus palabras, las promesas, proyectando sus propios sentimientos en lo que él le mostraba sin preguntarse si era verdad o no, porque se supone que el amor es eso: confianza y entrega.

—Gracias, Ana, por estar siempre a mi lado. Debí hacerte caso, pero confié más en la palabra de Dale. Te debo la vida.

Ambas se volvieron a abrazar, emocionadas. Ana conseguía de algún modo que la existencia de Elvira se convirtiera en algo fácil y sencillo. Luego, para quitar hierro al asunto, las dos empezaron a reírse al comentar lo coqueto que había sido Dale, bajándose nada más y nada menos que siete años su edad real.

—¡Será presumido! ¡Menudo engreído! —reía Ana—. ¡Si es casi un viejo!

Para ellas, ambas con dieciséis años, se trataba de un ser patético que intentaba aparentar juventud con el claro propósito de embelesar. Las dos sentían que para Dale envejecer era más que un insulto.

Un rostro con surcos y arrugas, una silueta menos flexible y atlética…, lo peor que le podía ocurrir en su mundo de seducción. Las dos se mofaban de lo ridículo que les parecía… ¡Claro, si el alma la tiene podrida, la única solución para compensar su deterioro es cuidar su aspecto! Ni su espíritu ni su conocimiento. Para ellas, seguía siendo un necio con el pelo negro. «¡A saber si es teñido!», dijeron ambas riéndose.

Para distraer a su amiga, Ana le contó que acababa de recibir una carta de los compañeros de la escuela de Martina Baras, Manuel y Adrián, escrita de su puño y letra. Ana le confesó a Elvira que, secretamente, siempre le había atraído Manuel, y que esperaba mediante las misivas estrechar la relación con el muchacho, que pronto viviría al otro lado del Río de la Plata. Confiaba en que, en un futuro, ambos pudieran reunirse en Buenos Aires y, si él sintiese lo mismo, quizá la chispa que no había saltado en Galicia, en Bueu, prendiese ahora…

38
Primeras misivas

Fray Bentos-Bueu, diciembre de 1928 y enero de 1929

Los muchachos, Manuel y Adrián, estaban haciendo progresos importantes en la Escuela de Martina Baras; no solo habían conseguido escribir, sino que, además, apenas tenían faltas de ortografía y se expresaban de una manera sencilla y agradable. Ana corrió a buscar la carta y ambas la leyeron juntas con inmenso cariño y expectación por conocer las noticias que venían del otro lado del océano, de su tierra. Elvira se mostró nerviosa por tenerla en sus manos y sin más demora comenzó su lectura…

Bueu, 1928

Queridas amigas Ana y Elvira:

¿Cómo estáis?

Esperamos que muy bien de salud y con muchas cosas nuevas que contarnos desde Uruguay o mejor dicho desde Fray Bentos. Nosotros, gracias a Dios, progresando en la Escuela de la señorita Baras. En Bueu, sin demasiados cambios, aunque la situación en España como ya había advertido Elvi sigue un poco revuelta. Los unos pidiendo una cosa, los otros otra. Hay quien

sugiere que a este paso pronto se pondrá fin al Gobierno de Primo de Rivera.

Doña Martina y el resto de los alumnos os mandan recuerdos. Ahora leemos de todo. Espero que vosotras también saquéis tiempo para la lectura. Ojalá pronto recibamos correspondencia vuestra y nos contéis cómo es aquello. No os olvidéis de ponernos todos los detalles de la Frigorífico Anglo, de vuestros compañeros, de la vida allí. En cuanto tengamos los billetes para ir a Argentina, os avisaremos. Recibid todo nuestro aprecio y amistad.

Un abrazo,

Manuel y Adrián

A Elvira esas líneas la conmovieron y recompensaron por todo lo que había pasado. Suponían la conexión con su mundo. Esa tierra que ambas habían dejado, pero cuya existencia vivían de cerca, en su mismo pecho, colándose a través de su respiración y sus venas. Galicia siempre estaba próxima, en su alma. En ese momento, Elvira sintió paz y así se lo dijo a Ana. Empezaba a ver con esperanza e ilusión a su nuevo retoño.

Acarició su barriguita mientras Ana le preparaba la humilde cena. Después, ambas se pusieron a escribir a sus respectivas familias y a responder a sus amigos. Intentarían escribir cartas amables para no preocuparles, como solían hacer casi todos los emigrantes, aunque la mayoría seguían siendo analfabetos. Por eso, ambas amigas se prestaban a hacer favores a algunos compatriotas leyendo las misivas que recibían desde Galicia y escribiendo de vuelta a sus parientes. Gracias a ello, se ganaban alguna propinilla, y eso les venía bien para ahorrar con vistas a la llegada del bebé.

Elvira empezó a escribir una tradicional carta de Navidad, deseando a su familia unas felices Navidades acordándose de ella. Con una exquisita letra cursiva, empezó anotando la ciudad donde vivía:

Fray Bentos, diciembre de 1928

Queridos padres y hermano:

Les deseo que pasen una feliz Nochebuena y un próspero Año Nuevo, que Dios los tenga en su gracia y que no dejen de rezar por mí.

¿Cómo están? ¿Cómo se encuentran? A Dios gracias, nosotras bien, trabajando mucho en Frigorífico Anglo, yo en el enlatado y Ana en la cocina, y gracias a nuestro salario podemos vivir sin dificultades.

Fray Bentos es un pueblo precioso y con mucha animación. Ahora aquí es verano y hace mucho calor y humedad, y por las tardes Ana y yo paseamos por la orilla del río, que es enorme y se llama Uruguay, como el mismo país. Muchos de los vecinos de La Ranchada, de nuestro barrio, son también compañeros de la fábrica y bastantes de ellos españoles (aunque aquí nos llaman gallegos a todos, seamos de Galicia o de Asturias o de cualquier otro lugar), y como somos de las pocas que sabemos leer y escribir, nos ganamos un extra leyendo y escribiendo cartas para España.

Les envío unos cuantos pesos para estas Navidades, que no dará para mucho, pero al menos servirá para alguna comida especial. No se olviden de tenernos en sus rezos y en sus pensamientos.

Con todo mi cariño, siempre suya,
hija y hermana que los quiere,
Elvira

P. D.: Por favor, padres, hermano, no me olvidéis nunca. Os quiero muchísimo. Algún día regresaré. Xián, he empezado a escribir un diario en el cuaderno que me regalaste. Es precioso. Gracias.

No los informaba de que pronto serían abuelos y tío. No sabía cómo afrontar esa situación. Se imaginaba que la noticia los iba a

decepcionar muchísimo y no deseaba apesadumbrarlos con más preocupaciones. Había pensado que cuando vieran a su niño o niña ya mayorcito, la noticia no les caería tan mal, así que prefirió darle tiempo al tiempo.

Al cabo de un mes, las noticias de Elvira llegaron a su destino.

—*Miña nai, miña nai,* ha llegado una carta de Elvira, del mismísimo Uruguay. Abulta mucho —exclamó Xián, mostrándole el sobre a su madre—. ¡Mire! ¡Mire!

—¡Hijo, por Dios, qué alegría, cuéntanos! ¿Cómo le va, qué pone? ¡Corre, apura, date prisa, ábrela, léenos! ¿De qué fecha es? ¡Venga! ¡Dinos!

Se le agotó la paciencia y arrancó la carta de las manos a Xián. Quería cogerla ella, abrirla. No sabía muy bien cómo actuar. Tocaba la carta, la estrechaba contra su pecho, se la entregaba a su hijo, la volvía a coger. Necesitaba asirla como si de ese modo estuviera también tocando a Elvira, a su hijita, a la que ya no podía ver todos los días. Echaba de menos su risa, sus comentarios al salir del trabajo, su alegría. Así pasó los primeros minutos hasta que Xián le arrebató de nuevo la carta y de una vez rasgó con cuidado un extremo del sobre, sacó la cuartilla, el dinero y comenzó a leer: «Queridos padres y hermano…».

En la carta tampoco se explicaba mucho, así que repasó con cuidado y esmero cada una de las escasas líneas de la misiva. Lo hizo como unas cuatro veces seguidas ante la solicitud impaciente de sus padres: primero, leyéndola de corrido; luego, deteniéndose en cada frase, y las siguientes veces parándose en cada una de las palabras con lentitud y cariño, porque sabía que ese era el deseo de sus padres, para intentar reproducir la emoción, las sensaciones que su hermana había tratado de transmitir letra a letra desde el otro lado del Atlántico.

Al son de la lectura, iban repitiendo y comentando lo que había escrito Elvira, mirándose mutuamente, sonriendo emocionados, rememorando la voz de su hija, imaginándola ya como una mujercita, con un buen trabajo y salario, con responsabilidades,

afrontando su vida adulta. Había dejado de ser una niña. Hasta que Elvira no enviara nuevas noticias, todos sabían que aquella misiva ocuparía el centro de atención después de cada cena, evocando su presencia un ratito todas las noches, comentando lo bien que escribía ya. La mirada nostálgica de esos padres traslucía los recuerdos de una época en la que la pequeña Elvira apenas sabía caminar.

39
Un asunto turbio

Fray Bentos, abril de 1929

En abril, Elvira dio a luz a una niña hermosa con un cabello fino dorado y unos hermosos ojos azules. A la pequeña la iban cuidando entre todas las compañeras de la Anglo en función de los turnos para que Elvira no perdiera su puesto de trabajo. Solían alternarse para pasear al bebé por la orilla del río, en un carricoche que habían regalado a la joven madre, esperando su salida de la fábrica.

Una de aquellas tardes uruguayas en las que el sol iba cayendo lánguidamente y se reflejaba moroso sobre las aguas del río, Dale, conocedor de los paseos de las amigas de Elvira, se apresuró para terminar pronto la faena e intentar conocer a su hija. Cuando finalmente encontró a una compañera de la fábrica empujando un carrito, se acercó con aire despreocupado para preguntarle y enseguida pudo ver la luz y belleza que desprendía la carita redondita de la bebé. Era clavadita a su madre. Algo en su corazón le movía a cogerla, a besarla, a quererla, pero se contuvo.

Por la gente de La Ranchada y de la fábrica, sabía que Elvira no había contado al resto de la plantilla quién era el padre de su retoño. La mayoría pensó que venía embarazada desde Galicia y que, precisamente, por esas circunstancias había decidido embarcar, para no tener que avergonzarse ante su familia y resto de su entorno. La

consideraron siempre una madre soltera entregada y cariñosa que se desvivía para que a su hijita no le faltara ningún tipo de cuidado.

Salvo su querida amiga Ana y el padrino de esta, quienes conocían la verdad del asunto, nadie más supo de aquel idilio en la travesía del Antonio Delfino, así que Dale tampoco tuvo la mínima intención de delatarse, para no quedar mal ante el resto de sus compañeros de la Anglo. La pequeñita, además, no había heredado ninguno de sus rasgos, ni el color moreno de su tez ni el pelo negro, así que resultaba difícil relacionarlos. De modo silencioso por si interrumpía su sueño, Dale se acercó para contemplarla.

—¿Es la pequeña de Elvira? —le preguntó a la mujer que empujaba el carrito. Ella afirmó con una sonrisa.

Observó sus diminutas manitas. Escuchó sus gorgoritos y sintió una punzada en el pecho. Después de verla por primera vez en su vida, se despidió y se dirigió a su casa en el mismo barrio.

Allí le esperaban ya su esposa y su pequeño hijo. Había conseguido un permiso especial en Frigorífico Anglo, juntando varios días de descanso, para ir a buscarlos a Montevideo y traerlos a vivir con él en La Ranchada, donde podían disfrutar de una casa gratis, con pocos lujos pero muy cómoda. Le había costado tomar esa decisión, pero al final lo había asumido para que el niño tuviera más oportunidades en un hogar estable, lejos de los vaivenes económicos que sufría su esposa.

De ella no quería saber nada. La había conocido en el puerto de Montevideo cuando llegó la primera vez a la capital uruguaya buscando un porvenir y, sin estar enamorado, había iniciado una relación que se había convertido en los últimos años en un tormento de reproches e insultos. Su vida era un infierno.

Y ahora, sin haberlo previsto, se había enamorado locamente de Elvira. De la pasión durante la travesía por el Atlántico había pasado al ensimismamiento profundo, algo que reconocía no haber sentido jamás por ninguna mujer. De la zozobra por no poder verla ni un segundo a solas había pasado a la angustia y anhelo por ni siquiera encontrársela mientras faenaba o salía de la Anglo. Ella cada vez le rehuía más.

El desprecio absoluto de Elvira había sido la única respuesta a sus desvelos. Para ella se había convertido en un ser despreciable, una persona gris que le repugnaba por su engaño y su comportamiento vil y que, incluso, le producía arcadas. Daba gracias a Dios porque su hijita no hubiera heredado ninguna de sus facciones y no se pareciera en lo más mínimo a su padre.

Él, en cambio, la perseguía. Cuanto mayor era el rechazo, en peor se convertía su obsesión. Todas las mañanas intentaba, por su ventana, verla caminar alegre hasta la planta. Después del embarazo, Elvira había ganado rotundidad en sus caderas y pechos y había cambiado su fina figura por una con más curvas, convirtiéndose en una mujer más atractiva, más voluptuosa que cuando partió de Bueu.

Al principio se había mostrado terriblemente desesperanzada por la situación sobrevenida, pero a los pocos meses, con el nacimiento de su retoño, su estado anímico había mudado por completo. Se la veía cada vez más feliz, con más fuerza y energía y mayor entereza. La niña le había aportado una felicidad indescriptible.

A sus padres y hermano les había escrito una carta muy sentida con las fotos de la pequeña, que ellos recibieron al principio con dolor, más tarde con algo de vergüenza, para, finalmente, sentir una inmensa alegría por haberse convertido en abuelos de una nieta preciosa. Entendieron entonces por qué se había demorado unos meses en escribirles de nuevo y quisieron ayudarla desde la lejanía, pese a que Elvira les contaba que sus compañeras habían adoptado a la niña como si fuera de todas y siempre se prestaban a ayudarla cuando ella trabajaba para que no perdiera el empleo. Eso los tranquilizó.

También les explicó que había sido una ingenua y se había quedado embarazada al creer en la promesa de quien se había convertido en su novio en el barco. Él le había asegurado que, en cuanto llegaran a Fray Bentos, se casarían por la Iglesia, pero no pudo ser porque él ya tenía mujer e hijo, así que ambos habían decidido tomar caminos distintos.

Con el paso del tiempo, Dale se había convertido en una persona solitaria, huraña y obcecada con Elvira. Un controlador de sus

movimientos, de sus idas y venidas. De ser un hombre aparentemente divertido se había vuelto un celoso empedernido y vigilante de sus andanzas, una persona crítica y desagradable. No soportaba que sus compañeros del matadero miraran a Elvira al pasar o realizaran el más mínimo comentario ante su belleza. Necesitaba a toda costa pasar a solas con ella unos minutos, unos segundos. Se inventaba cualquier excusa para poder contemplarla, para observar ese andar pizpireto que a Dale le traía por la calle de la amargura.

En uno de esos días en los que no veía solución a sus problemas se encolerizó con su mujer. Ella le acusaba de estar prendado de Elvira, pues las habladurías no habían tardado en llegarle, y de no hacerles caso ni a ella ni al niño, lo que derivó en una pelea en la que no faltaron los gritos. Le achacaba que todas las mañanas se desvivía por espiarla a través de la ventana para verla pasar, y que salía corriendo como un endemoniado hacia la Anglo para hacerse el encontradizo con Elvira. Y por primera vez le acusó de lo que a Dale le podía doler en lo más profundo de su alma: de ser el padre de su hija bastarda. Él lo negó hasta la saciedad, acusándola de celosa y de haberse vuelto majara, echándole a ella las culpas como un buen cobarde, sabiendo, con hondo pesar, que su esposa tenía razón. Le bastaba solo un saludo de Elvira para vivir hasta el día siguiente.

No fue el único momento de enojos. A ese día le siguieron otros y otros. Dale sentía que se había equivocado contrayendo matrimonio con esa mujer incapaz de comprenderle, de leer sus más profundos sentimientos, que no entendía su dolor y no hacía más que reprocharle su comportamiento, hasta que una tarde, desesperado por tantos alaridos, la insultó y empujó. Fue entonces cuando Dale sintió que el mundo entero se le venía encima. Acto seguido, y tras comprobar que su hijo dormía, enloquecido y sin mirar atrás, salió a buscar a Elvira.

40
La huida a la capital

Fray Bentos, mayo de 1929

Dale se dirigió a donde vivía Elvira con su pequeña bebé y su amiga Ana. Llamó a la puerta y cuando Elvira abrió, ignorante de quién la requería a esas horas, la sacó de manera brusca a la calle diciéndole que le siguiera. Tenía que ayudarle en un asunto serio y trascendental, algo a lo que Elvira se mostró reticente. Se negó e intentó zafarse.

No quería líos con ese hombre que ya no era ni la sombra de lo que había sido para ella. Le veía huraño, malvado, parco en palabras, brusco, soez y hasta carente de la belleza que la había enamorado en el barco. Dale insistía en que le acompañara, soltando exabruptos desagradables, llamándola zorra y puta mientras, otra vez, la agarraba con fuerza del brazo, retorciéndoselo para que cediera a sus reclamos, pero Elvira no estaba dispuesta a soportarlo, así que amenazó con empezar a chillar y montar un escándalo allí mismo.

Entonces, Dale respiró hondo y decidió cambiar de estrategia. Quiso convencerla al principio de buenas maneras, ofreciéndole la carta de recomendación de Miguel Baras que le había robado en el tren sin que ella ni Ana se dieran cuenta. Elvira entonces se percató de cuál había sido la causa de no encontrarla. Había imaginado que la había traspapelado con tantos documentos en el bolso a su

llegada a Fray Bentos. Tras escucharlo, sintió un desprecio mucho mayor hacia él del que ya sentía. Su mirada airada, sin embargo, crispó la paciencia de Dale, que de manera violenta la agarró por la cintura y le tapó la boca bruscamente mientras la arrastraba con él.

—Majadera, loca…, todo esto lo hago por ti. ¿Y así es como me lo pagas? —le susurraba Dale camino a su casa.

Ella lloraba, no hacía más que gemir y revolverse.

Dentro, Ana permanecía cuidando a la niña. Había escuchado la voz engolada y ronca del que un día había sido su amigo. Hablaba con Elvira, así que, por poco que le gustase la intempestiva visita, no quiso interrumpir, no fuera a ser que se tratara de un asunto íntimo, hasta que al escuchar gritos ahogados y después dejar de oír abruptamente la conversación, sintió que algo pasaba fuera. Cuando se decidió a salir para comprobar qué ocurría, ya no los encontró, así que, atemorizada, se quedó dentro de la casita jugando con el bebé y esperando a que Elvira regresara.

Elvira retornó conmocionada, muda y ciega casi cuando ya estaba amaneciendo. Apenas le dio tiempo a prepararse un café caliente para calmar su inquietud. Sin contar absolutamente nada a Ana de lo ocurrido aquella noche fatídica, le mintió diciéndole que Dale se había arrepentido de robarle la carta de recomendación de Miguel Baras en el tren y había ido a llevársela. La puso ante ella sobre la mesa de la cocina para que comprobara que era cierto. Luego pasó la noche allí en la salita para no molestarlas, ni a ella ni a la niña. Ana evitó hacer ningún comentario, pero no la creyó.

En ese momento, Elvira decidió que su vida no podía seguir allí, en Fray Bentos. Se sentía nerviosa, dolida, angustiada, sin saber cómo actuar, pensaba y reflexionaba sobre la manera de salir de esa ciudad sin que Dale la siguiera. Una mañana muy temprano, tras pasar la noche en blanco asediada por el miedo y los remordimientos, buscó el cuaderno de hule negro que su hermano le había regalado antes de embarcar y empezó a desahogarse. Todavía faltaban dos horas para entrar en la factoría.

Entre página y página de diario, y mientras los días pasaban, Elvira fue tejiendo minuciosamente una estrategia para marcharse de Fray Bentos sin causar demasiado revuelo. Hacía poco el padrino

de Ana les había propuesto a ambas ascender a una posición más alta y con mejor salario, algo que ninguna de las dos acababa de aceptar. Habían demostrado ser trabajadoras eficientes y responsables, y tanto ella como Ana serían las próximas jefas de despiece y de cocina, respectivamente. Pero Elvira tomó la determinación de no demorar ni un minuto más su decisión y aprovechar la buena imagen que tenían los jefes de ella para solicitar el traslado a la central de Frigorífico Anglo en Montevideo.

Armándose de valor, le propuso a su supervisor el traslado a la capital. Su petición resultó inesperada. Todos pensaban que se encontraba totalmente integrada en Fray Bentos y se quedaron sorprendidos por el cambio tan drástico. No obstante, se lo concedieron. Ella explicó que quería ofrecerle más oportunidades a su hija, ahora que tendría que empezar a ir a la escuela.

A partir de ese momento tendría pocos días para la mudanza y preparar todo con su pequeña hijita. Elvira sabía que iba a echar mucho de menos a Ana y a las compañeras de Fray Bentos, que tan bien se habían portado con ella y tanto la habían ayudado, pero no le quedaba otra alternativa. Necesitaba alejarse de ese hombre cuya mera existencia suponía una espada de Damocles en su vida.

Sabía que si no lo hacía, antes o después pagaría las consecuencias. Durante esos pocos días, Dale no había hecho otra cosa que perseguirla. El acoso continuo la estaba dejando sin fuerzas, sin energía. Pensaba que, si se iba, podría tener, por fin, un futuro mejor.

Madre e hija partieron en tren dispuestas a iniciar una nueva vida en Montevideo llevando con ellas sus enseres más imprescindibles. A nadie, solo a Ana, quien le juró no desvelarlo, le dio indicación sobre su paradero, para que Dale no pudiera dar con ella. Elvira había solicitado también a los directores que no dijeran jamás el lugar a dónde se marchaba.

Durante el tiempo de empeño en la nueva fábrica, Elvira se mostró siempre solícita a prestar ayuda a cualquier trabajador que lo necesitara, a quedarse un poco más de tiempo si la situación lo exigía y a ofrecer una solución ante cualquier problema. Su fama sirvió para que los jefes ingleses reconocieran su valía y la llamaran

para darle la enhorabuena. Ahora sí podría ser, si ella quería, jefa de despiece.

Elvira estaba exultante con su nueva posición; también la mayoría de la plantilla, que prefería trabajar bajo sus órdenes antes que con cualquier otro mando. Y lo más importante: ahora podría pagar lo que restaba del importe para comprar un nuevo billete de regreso a España, a su querida Galicia. Estaba dispuesta a volver a su *terriña,* pero las circunstancias económicas y políticas fueron prorrogando año tras año su vuelta a casa.

41
La Gran Depresión

Bueu, octubre de 1929

Durante el mes de octubre de ese mismo ejercicio estalló en Estados Unidos y en Europa una convulsión de dramáticas consecuencias económicas y empresariales que originó la mayor inestabilidad financiera de los mercados de la época, conocida como la Gran Depresión, de la que no se libraron ni grandes ni pequeños inversores, muchos de los cuales terminaron suicidándose al perder todo su patrimonio en los mercados bursátiles de la noche a la mañana. En Galicia, gracias a que los capitales para emprender nuevos proyectos venían más de la financiación bancaria que de la Bolsa, los efectos no llegaron a resultar tan desesperantes.

Los Massip empezaban a ser conscientes de lo que suponía comandar una de las mayores conserveras del mundo. El gran desastre de la avaricia humana y la especulación, sin embargo, no les afectó. La Bolsa de Madrid, abierta casi desde unos cien años atrás, en septiembre de 1831, se libró del pánico del resto de las plazas europeas. Y como La Perfección no cotizaba, apenas quedaron afectadas sus cuentas.

Ni la matriz ni ninguna de sus participadas se resintieron de manera especial. Ni Tranvías Eléctricos de Pontevedra, ni el Banco de Vigo ni tampoco La Metalúrgica de Vigo, de modo que el patrimonio

de la factoría no solo se mantuvo, sino que se dobló gracias a los pingües beneficios que fueron aportando la diversificación en otras industrias y el aumento de ventas tanto en España como fruto de la exportación.

Ese año, el capital de la sociedad Hermanos Massip había pasado de dos a cinco millones de pesetas. Después de eso, el negocio se ampliaría gracias a las colaboraciones con los Hermanos Fernández López, comercializadores en Europa de la carne en lata transportada en barcos congeladores desde América, principalmente Argentina, Uruguay y Chile.

La toma del poder del imperio por parte de la tercera generación de la familia, los tres hermanos Massip, produciría cambios importantes. Con ellos comenzó la apuesta por las nuevas inversiones en embarcaciones de diésel, frente al vapor que había caracterizado la década de los años veinte, y un nuevo avance comercial: la implantación del *marketing* y la publicidad para vender más. A partir de ese momento, se convertirían en la primera compañía en utilizar el carburante en el buque Blanes, bautizado con el nombre de la ciudad de origen del imperio catalán, y también la primera que abriría la nueva década con una gran campaña publicitaria, prevista para lanzar en el año treinta.

La Perfección bullía de gente interesante, creativos, publicitarios, contratados con el objetivo de vender más y convertirse en el espejo de otras empresas conserveras de la zona. Estaban trabajando en los nuevos anuncios que inundarían los periódicos en los próximos meses cuando don Gabino Massip solicitó a Fernando Vila que repasara con él los lemas, las marcas, todo. Se encontraba en un estado de nervios y expectación tal que se veía incapaz de detectar los posibles fallos o ausencias.

—Fernando, has de revisar bien las matrices de impresión para las nuevas inserciones publicitarias en el *Faro de Vigo.* ¡Nos las están pidiendo ya para hacer las primeras pruebas!

—Ya, ya, ya las he visto, pero no sé, incluiría en el anuncio, además, nuestras marcas, Massip, Le Drapeau, El Porrón, Cosmopolite, Kayrel… ¿Le parece bien?

—Muy bien, pues habla con Francisco para cambiarlo. ¡No hay tiempo que perder! ¡La campaña saldrá al público en los próximos meses, hay que coordinar la cartelería, los nuevos folletos comerciales, las vallas, las inserciones…!

—Lo podríamos insertar en la parte inferior del anuncio, pero resaltando la experiencia: «Una experiencia de 40 años». Si algo nos distingue de la competencia es nuestra historia —apuntó Fernando.

—¡Adelante, perfecto, pero ya, sin demora! Y quizá también habría que destacar la calidad y variedad de nuestros productos: los calamares en su tinta, las almejas al natural y escabeches, la caballa, las sardinas… ¿Qué te parece?

—Por supuesto. Se lo digo a Francisco para que le dé el último toque a todo y lo enviamos al *Faro*.

Ya no solo producían sardinas en lata. Los Massip habían empezado a diversificar su fabricación con otros productos del mar que los habían impulsado a nuevos mercados. Su producción se consideraba como una de las mejores del mundo, pero la familia, además, pretendía seguir siendo un modelo de perfección y un ejemplo para la competencia en innovación.

—Francisco, incluye, por favor, las nuevas marcas y productos en los anuncios. ¿Podría ser? —le solicitó Vila al creativo, siguiendo las órdenes de don Gabino.

—Efectivamente. Ya sabes mi lema: lo que no se dice no existe.

—Exacto. Si no tuviéramos tus ilustraciones y dibujos sería mucho más difícil abrir mercado.

Parecía que todo iba sobre ruedas. El único frente que La Perfección tendría que bandear para seguir creciendo a buen ritmo sería la inestabilidad política. Después del fallecimiento de Primo de Rivera en marzo de 1930, llegaría la llamada «dictablanda» del general Dámaso Berenguer, en un momento en el que las cárceles seguían llenas de presos políticos. La presión en las calles generó la necesidad de legalizar el sindicato anarquista CNT en abril de ese mismo año y, con ello, la reaparición de la revista *Solidaridad Obrera,* suspendida por el Gobierno desde 1924.

Meses después del crac del 29 y de la muerte de Primo de Rivera, a finales del verano de 1930, tuvo lugar la reunión que promovió el

conocido como Pacto de San Sebastián, en el que diferentes grupos políticos republicanos acordaron una estrategia que pusiese fin a la monarquía de Alfonso XIII, y con ello el advenimiento de la Segunda República.

42
La Segunda República

Bueu, abril de 1931

—¿Habéis visto el resultado de las elecciones? —exclamó Juana, interrumpiendo la faena—. ¡Menudo chasco se habrá llevado Su Majestad!

Todas se miraron sin decir nada. Se mostraban inquietas por el cambio, no sabían qué podría suponer para la fábrica y, por tanto, para el sustento de sus familias. Juana pensó en su amiga Elvira, en Uruguay. Seguramente hasta allí habrían llegado ya las noticias del nacimiento de la Segunda República después de las elecciones municipales del 12 de abril de 1931. La victoria de las candidaturas republicanas en casi todas las capitales de provincia había sellado la suerte de la monarquía. Tan solo veinticuatro horas después de las votaciones, España se levantaba republicana dejando a un lado la monarquía.

—Juana, calla. ¡No te metas en líos! —la increpó, tajante, Crisálida, temerosa de que alguien pudiera reprenderla por ese tono burlón referido al rey—, no hables de política aquí dentro. Hazme caso, por tu bien.

—¡Si le da igual! —dijo Maruxa para ridiculizarla—. ¡Si ya sabes que a metepatas no la gana nadie, igual que a su amiguita uruguaya! Jamás llegarás a nada. ¡Eso es obvio!

Juana enmudeció ante semejante humillación. A veces le entraban ganas de liarse a tortas con Maruxa y estirarle los cuatro pelos lacios y tiesos que tenía sin un color definido. Pese a la crítica de su odiosa compañera, Juana sentía una gran seguridad en sí misma. Se veía mucho más guapa que Maruxa y mucho más inteligente, y había conseguido conquistar a un hombre de clase pudiente con el que coqueteaba de vez en cuando.

Por eso le hizo gracia el comentario. Con ese carácter agrio y malhumorado, Maruxa sí que se iba a quedar para vestir santos, mientras el resto de las trabajadoras, a las que creía tan inútiles y a las que humillaba de manera hiriente, empezaban a asentarse y a casarse. La mayoría de las trabajadoras de la factoría se marchaba cuando se emparejaban con algún muchacho; pese a que su salario completaba el de sus maridos, abandonaban el empleo más por imperativo marital que por voluntad propia.

A ellos no les agradaba demasiado oír los comentarios de la calle achacándoles el no poder ni siquiera sostener a una familia. Juana, sin embargo, las intentaba convencer para que no abandonaran. Defendía como nadie la autonomía e independencia de las mujeres, les pedía que, por nada del mundo, rechazaran su puesto ni su jornal, que jamás dependieran de los hombres, porque eso las hacía vulnerables, pero ante la presión familiar la mayoría solía dejar La Perfección.

El nuevo escenario político, sin embargo, no causó ningún temor entre los dirigentes de la compañía Massip. Gabino y sus hermanos no dejaban de buscar nuevos emplazamientos para crecer en Galicia y en otros lugares de España. Habían heredado de sus padres el impulso de avanzar con el progreso, revertir sus inversiones, nunca gastar más de lo debido y evitar la opulencia. La familia Massip se mostraba siempre con discreción, sin hacer gala del dinero ni ser ostentosos. Con eso estaban seguros de seguir creciendo. A oídos de los trabajadores ya había llegado la idea de seguir avanzando por tierras limítrofes, seguramente por Cangas de Morrazo, uno de los pueblos más próximos a Bueu, con una bellísima costa.

—Acercaos —susurró con sigilo Crisálida al resto de las compañeras—. Se especula que quieren abrir ¡la segunda

Perfección! Me parece que están buscando terrenos para una nueva fábrica. He escuchado cómo don Gabino y don Fernando hablaban en el pasillo de que La Perfección se estaba quedando pequeña para los planes futuros.

—¿Pequeña? —se interesó Maruxa—. ¡Si somos ya más de seiscientas mujeres y cuatrocientos hombres! ¡En nada nos hemos convertido en la fábrica más grande de la zona!

—Ya, pero creo que van a contratar en un futuro hasta dos mil personas. A lo mejor necesitan producir más y un espacio de mayores dimensiones, ¡qué sé yo! —contestó Crisálida.

Cuando estaban hablando de ello vieron aparecer en la sala al joven Gabino Massip solicitando a Fernando Vila su presencia. Hablaban en alto, sin preocuparles lo más mínimo ser escuchados. Gabino Massip necesitaba consultarle sobre los nuevos terrenos que pensaban adquirir. Le habían hablado de una excelente oportunidad en el Salgueirón, en Cangas de Morrazo, a la venta después de que su propietario, el genovés Guido Paganini Picasso, quebrara y el Banco di Roma se quedara con los terrenos.

—¿Qué te parece? Podría ser una solución, ¿no crees, Fernando? —dijo el director pidiéndole su opinión a quien se había convertido en su mano derecha.

—Excelente idea. Iremos a visitarlos cuanto antes; eso sí, en pocos lugares va a encontrar la costa tan cerca y con tanto terreno a su disposición —aseguró Vila.

—A mis hermanos y a mí nos gustaría construir, más que una fábrica, un gran complejo industrial con múltiples servicios para las empleadas. Al fin y al cabo, todas las mujeres han convertido La Perfección en lo que es hoy en día. Al igual que mi abuelo y mi padre, yo también pienso que es de ley devolver a Galicia todo lo que esta tierra nos ha dado… —le explicó Gabino Massip a Fernando Vila, con convicción. El encargado asintió.

Como empresario, Gabino Massip se había forjado en los ideales de la distribución de la riqueza, del bienestar social, para ser solventes y poder contribuir al ennoblecimiento de su apellido, pero también pensando en la población que había participado en el crecimiento de la compañía. Con esos comentarios entre los

directivos, todas las mujeres se enteraron de que, efectivamente, sería Cangas de Morrazo el primer lugar de expansión para los Massip. A ninguna le supuso ninguna inquietud, porque tampoco se encontraba tan alejado de Bueu, apenas unos siete kilómetros de distancia, así que apenas se miraron y siguieron limpiando el pescado como si tal cosa.

Por esa época, Maruxa ya había conseguido convertirse en la jefa de las cocinas, aún dependiente de Crisálida. Recogía el pescado recién limpiado por sus compañeras y lo llevaba a cocer para prepararlo antes de ser enlatado. El ascenso le había servido para ser más despótica, más tiránica e insultante, si cabe, con sus compañeras. Como jefa, aquel premio le había servido para retratarse más aún ante las trabajadoras, incluso ante Crisálida, quien cada vez se sorprendía más de la distancia que Maruxa ponía entre ellas dos. Era evidente cómo eludía el saludo cuando se encontraban en los pasillos y cómo prefería charlar con los hombres que ocupaban cargos intermedios antes que con ella. De algún modo, iba marcando sus preferencias. Se le empezaba a ver el plumero.

Maruxa sabía que sus aspiraciones resultaban legítimas: ¿por qué no podía asumir ella un nuevo ascenso en la factoría de Cangas de Morrazo, de ser ciertas las noticias sobre una segunda Perfección? ¿Acaso no tenía todo para superarse: juventud, experiencia, disposición, mano firme? ¿A qué se debía que todas miraran a Crisálida como posible candidata? Ella pensaba que se necesitaban nuevos aires, una renovada manera de manejar la situación para que las mujeres trabajaran más, sin descanso, obteniendo una mejor rentabilidad para la empresa. Nadie mejor que ella conocía sus posibilidades y el manejo de la situación.

No le costaría nada ir inoculando esa idea entre los compañeros de mayor rango, abriéndose un poco más el escote si el momento lo propiciaba, dejándoles que se arrimasen más de lo marcado por el decoro y la decencia. Al ser tan poco agraciada, con esas orejas de soplillo, los ojos saltones sin brillo y ese cuerpo insulso sin formas, Maruxa sabía que sus únicos atributos deseables se encontraban en su torso, en esos enormes pechos que brotaban sin que nadie

quisiera acariciarlos, así que no solo les dejaba mirar, sino que si alguno alzaba la mano para tocar tampoco le molestaba demasiado. Sonreía y pensaba que ya se lo cobraría con otro ascenso.

Utilizaría cualquier cosa, mentiras, patrañas, ocultamientos, silencios, falsas sonrisas, confidencias, secretos, con tal de que esos hombres hablasen a favor de su desempeño y en contra de Crisálida, una mujer mucho más rotunda que ella, algo más decente y con un sentido más estricto de la justicia social. Con un poco de maña, no le costaría que el resto de sus compañeros hombres, a los que consideraba flojos y sin criterio, creyesen a pies juntillas lo que les contaba.

Si a alguno se le ocurriera defender a Crisálida por su buen hacer entre las empleadas y su generosidad, ya se ocuparía Maruxa de desprestigiarla a tiempo con algún chisme o insidia en su contra.

De sobra sabía Maruxa que nadie iba a ir a cerciorarse de si había dicho o no la verdad. Su plan resultaba muy fácil. Consistía en poner en boca de Crisálida palabras jamás dichas por ella para desprestigiarla, para acusarla de algo que ni se le hubiera pasado por la cabeza decir. Lo que desconocía en ese momento Maruxa era que la verdad siempre suele resurgir y no acarrea los efectos deseados entre quienes se han burlado de ella, y pronto iba a experimentar en sus propias carnes los efectos de esas malas habladurías. Mucho antes de lo que pensaba.

Al poco tiempo de esos planes de expansión, el sentimiento de pertenencia de todas las trabajadoras y empleados de La Perfección se agudizó con la apertura en 1932 del primer museo marinero, en cuya sala principal se sentaba el Consejo de Administración de la compañía Massip, rodeado de viejos documentos, grabados, instrumentos de navegación, cartografía marítima y maquetas de barcos históricos que de generación en generación habían ido pasando por las manos de la familia. Desde esa majestuosa estancia, con una mesa central de madera maciza y enormes sillas brocadas, los propietarios de La Perfección vivirían con temor e incertidumbre el estallido de la Guerra Civil.

43
El gran casino de la sardina

Bueu, julio de 1936

Durante la Guerra Civil, Galicia quedó inmediatamente ocupada por el ejército sublevado, de manera que la industria gallega sirvió para suministrar alimento y conservas al bando liderado por el general Francisco Franco. Gracias a esta situación y de manera inesperada, la fábrica de los Massip, lejos de hundirse por la contienda, vivió uno de los momentos más boyantes de su historia, hasta el punto de que solo un año después del estallido bélico, en 1937, don Gabino Massip, asesorado por Fernando Vila, materializó uno de sus sueños con la construcción de la nueva fábrica de Cangas de Morrazo, a la que se referiría como la segunda Perfección, pero que el pueblo denominó con retranca «El gran casino de la sardina*»,* por el dinero que allí se manejaba.

El encargo del proyecto y su construcción lo derivó al ingeniero Tomás Bolívar Sequeiros y al arquitecto Jacobo Stens Romero, quienes ya anteriormente habían participado en la puesta en marcha de la primera gran fábrica de los Massip. La estructura de la nueva planta, de hormigón armado, contaba con enormes cristaleras al exterior para iluminar con luz natural la zona de trabajo. En uno de los extremos se alzó una torre, igualmente pintada de blanco y con ventanales, coronada con la palabra «Massip», donde se ubicaron las oficinas.

El complejo, situado en el paraje de Punta Balea (cuyo nombre hacía referencia a las ballenas que se cazaban en la zona), pretendía mejorar las instalaciones de Bueu. Se componía no solo de esa gran nave, con un área para la fabricación de envases y otra para el procesado de pescado y enlatado, además de los almacenes y las oficinas correspondientes, sino que las instalaciones se ampliaron con un varadero que permitía el ascenso de los barcos a la zona de reparación o construcción y una sección de secado de redes y aparejos.

A su vera, además, se construyó una fábrica de hielo y de harina de pescado, junto con un hangar de cámaras frigoríficas, así como un taller mecánico y hasta una pequeña central eléctrica para evitar los cortes de corriente. El recinto, además, dispondría de una hospedería para los trabajadores solteros y de viviendas para acomodar a las familias de los empleados.

Sin embargo, algo nefasto e inesperado iba a ocurrir a comienzos de la década de los cuarenta. En el primer año de la posguerra, 1940, y cuando ya se había construido la lonja y la plaza de abastos en la primera Perfección y empezaba a funcionar la segunda en Cangas, resultó que la excesiva captura pesquera había esquilmado el mar. Como si hubiera sido un castigo por el enfrentamiento de los dos bandos hermanos, el mar dejó de ofrecer alimento a los gallegos justo cuando más se necesitaba, cuando la población se encontraba más hambrienta y aislada por la autarquía impuesta por el nuevo dirigente en España.

A don Gabino Massip se le veía preocupado, trémulo, así que uno de aquellos días, sin querer demorar más su aflicción, llamó a su despacho a Vila. Necesitaba consultar con él la manera de proceder ante lo que denominó el primer gran desastre de la empresa: la falta de pescado para fabricar las conservas.

—Fernando, tenemos por delante un asunto muy serio que necesitamos resolver cuanto antes. Por favor, toma asiento. Déjame que te cuente —le pidió con semblante circunspecto.

Fernando se acomodó en el sillón frente al escritorio de don Gabino. Al director general se le notaba perturbado, nervioso, apurado. Se frotaba las manos de una manera mecánica, sin saber

cómo abordar la cuestión. Cuando consiguió tranquilizarse un poco, le expuso la situación real que afectaba a las dos fábricas, la de Bueu y la de Cangas, y que podría suponer la ruina de la compañía.

—Dígame, don Gabino, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Fernando Vila mirándole fijamente a los ojos.

Por cada esquina de la fábrica, los rumores y cuchicheos entre los trabajadores eran una constante. La producción de la segunda Perfección había descendido bruscamente. Las mujeres se encontraban con poco trabajo y el enlatado tampoco presentaba una actividad frenética. Los empleados imaginaban que algo ocurría en la empresa, pero desconocían el origen de este descenso en la elaboración de conservas.

Todos, excepto los pescadores, achacaban la carencia de pescado a la pequeña capacidad de la flota, pero los hombres del mar sabían que la escasez no se debía a las embarcaciones, sino a la captura intensiva realizada año tras año. Embarcaciones había, pescadores también, lo que faltaba era la materia prima. La habían agotado, sin propiciar la reposición de los peces.

—Fernando, ¡no tenemos sardinas! —le dijo azorado a su hombre de confianza—. Apenas existe producción para los próximos meses. Hay una gran escasez del producto y esto sí que va a constituir nuestra ruina. Habrá que echar a muchos de los trabajadores, a nuestras mujeres. ¡Me siento totalmente atormentado, desolado! No sé qué hacer.

La fragilidad del todopoderoso don Gabino se reflejó en sus ojos nublados. Desde que asumiera el puesto de director general de la fábrica, jamás había vivido una situación similar, sin sardinas que enlatar. Tenían que pensar algo ya, no podían demorarlo más. Las pequeñas embarcaciones llegaban a Punta Balea todos los días medio vacías. Los pescadores parecían desesperados. Entre ellos, comentaban que una pesca abusiva podía haber acabado con la gallina de los huevos de oro.

—¡Dios mío!… ¿En ninguna parte de la costa gallega?

—En ninguna. Los pescadores aseguran que, de haber, se encontrarían en los bancos de Asturias o en Cádiz, pero aquí en Galicia, nada de nada.

—Déjeme pensar —le pidió Fernando, intentando buscar otra solución—. ¿Y no sería posible desplazar a los pescadores a esas zonas?

—No. El producto se pudriría.

—Claro, pero eso no ocurriría si consiguiéramos envasar allí el producto —anunció, y recitó en voz alta el dicho popular—: Si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña…

—¡Bien pensado! ¡Abramos factorías allí! ¡Una en Asturias y otra en Cádiz! Al menos, hasta que Galicia recupere su producción.

—¿Eso es factible?

—Mala idea no es, aunque eso supone una gran inversión que ahora mismo no podemos permitirnos. No lo comentes con nadie, Fernando, pero las nuevas políticas intervencionistas nos han limitado mucho la política de precios y apenas tenemos liquidez. Ya había sopesado esa posibilidad, pero para poder invertir de una forma viable, sin arruinarnos, tendríamos que recurrir a solicitar nuevos préstamos a los bancos. Supondría endeudarnos más de lo que estamos.

—¡Hágalo, don Gabino, o eso o la ruina! ¡Pida todo el dinero que pueda solicitar! ¡Ya lo recuperaremos! Quizá haya que endeudarse para sobrevivir…

—Tantearé a mi familia, a ver si me permiten asumir un mayor endeudamiento. Mientras, tú, por favor, encárgate de mirar con algunos hombres de confianza los terrenos y las posibilidades en ambas regiones.

A los pocos días y tras la aprobación de los bancos, Fernando Vila viajó con un reducido equipo de tres trabajadores a Avilés, en Asturias, y de ahí al sur, a Barbate, en la costa gaditana. En la primera localización, observó una gran oportunidad para la apertura de una fábrica de envasado de anchoa y bonito, mientras que en Cádiz optó por una planta de sardina similar a La Perfección, y así se lo expuso a don Gabino por teléfono. Este, confiando plenamente en su intendente, y tras el visto bueno del Consejo de Administración, le concedió su inmediata aprobación y destinó todo el dinero necesario para empezar a construir en un plazo récord las dos fábricas que dieran oxígeno a la empresa.

Con la financiación sobrante, don Gabino renovó las principales máquinas para las plantas de las Rías Bajas, con nuevos canales de eviscerado y hornos de cocción continuos. Además, decidió afrontar otro asunto delicado. En comparación con la competencia, las embarcaciones de los Massip se estaban quedando obsoletas, así que había que afrontar una renovación de la flota. Si quería que sus pescadores faenaran en caladeros mayores, como el Gran Sol, en el Atlántico Norte, no tenía más remedio que dotarlos de embarcaciones mejores y más grandes, así que sopesó la idea de proponer a su primo lejano, José Carreras, padre de aquel muchacho que conoció años atrás con intenciones de convertirse en médico, un proyecto de mayor envergadura que el que este había forjado en Vigo.

Se trataba de transformar el pequeño taller de Carreras en un gran astillero, capaz de encargarse de la construcción de grandes buques y en el que Massip participara con capital. A su primo, la idea le pareció de lo más atractiva, así que empezó a imaginar cómo sería el nuevo proyecto, al que llamaría Astilleros Familia Carreras y en el que pondría a trabajar a sus propios sobrinos para que asumieran el cargo. Para entonces, Héctor ya se había convertido en un médico famoso, especializado en pediatría, y ejercía en el Hospital Provincial de Pontevedra, y por esa razón, no podrían contar con él.

Al mencionárselo, don Gabino se interesó por su carrera:

—Por cierto, ¿cómo le va a tu hijo Héctor? —Sin decirlo, ya estaba pensando en crear un departamento médico en la misma fábrica para el cuidado de las mujeres y sus hijos.

—Muy bien. Sigue en el Provincial de Pontevedra. Entró cuando se convirtió en hospital de guerra y allí continúa. Ahora se ha convertido en un médico muy reputado.

—Lo sé, lo sé. Me han hablado muy bien de él, por eso te preguntaba. Quería que me asesorase sobre un asunto que estoy barajando para esta fábrica. A ver si consigues convencerle para que venga a mi despacho algún día y así podemos hablar tranquilamente.

—Con gusto se lo diré. Guarda un grato recuerdo de vuestro primer encuentro. Gracias a ello, se decantó finalmente por medicina, en vez de elegir la arquitectura o la industria.

—Es muy importante ser un buen médico, casi más que ser un buen industrial. Necesito que mis trabajadoras vean que me preocupo por su salud y la de su familia, y al mismo tiempo, evito situaciones de riesgo y posibles intoxicaciones. Necesito duchas. Más aseos. Más prevención en salud. Ahora que somos tan grandes no podemos cometer ningún error.

—Por supuesto, hoy mismo le pongo al tanto.

Ambos se despidieron con un fuerte abrazo y la promesa de decírselo a Héctor.

Las nuevas fábricas de Avilés y Barbate se pusieron a funcionar en la década de los cincuenta. Después de aquella charla y en esa época, Gabino Massip llegó a convertirse en uno de los socios más importantes y presidente de la sociedad MAR, S. A., Motopesqueros de Altura Reunidos, el grupo pesquero privado más grande de España, donde llegó a administrar ciento tres buques de pesca, de los cuales una veintena pertenecían a la sociedad Hermanos Massip. El gran conglomerado Massip acometió durante aquellos años nuevas inversiones, nuevos endeudamientos, cada vez más personal y mejores salarios. Habían llegado a la cúspide.

44
La ballenera

Cangas de Morrazo, diciembre de 1950

El comienzo de la década de los cincuenta trajo una nueva forma de pensar. En los comedores de la fábrica ya lucían los grandiosos y bellísimos murales que el pintor gallego Urbano Lugrís había empezado a dibujar por encargo de los propietarios y que representaban, precisamente, grupos de mujeres faenando, en cuyos rostros muchas quisieron verse retratadas, y eso fue la comidilla durante meses entre las trabajadoras de La Perfección.

Ellas eran el gran tesoro de la fábrica. Siempre dispuestas a descargar el cargamento cuando arribaba un barco, colocándose en fila para recoger la mercancía, que pasaban de unas a otras, subidas en tablones y cajas de madera para no mojarse los pies. Y lo mismo para cargar los navíos que salían a las rutas internacionales. Gracias a ellas, a su trabajo incansable, rodaban los pesados bidones de aceite a costa de doblar su lomo. Destripaban, enlataban, etiquetaban, todo con tal de que la factoría estuviera siempre a punto y fuera la avanzadilla de la industria.

Los Massip siempre se sintieron deudores de este trabajo, de ahí que, en medio de un ambiente político y social cada vez más revuelto, siempre estuvieron en la vanguardia del establecimiento de las mejores condiciones laborales de la época.

Sin embargo, la necesidad apremiaba y, por ellas, había que dar un nuevo golpe de timón y apostar por la pesca de ultramar, más brava y con mayor rendimiento, que no dejara a la compañía tan a expensas del producto local, como la sardina. Fue entonces cuando los Massip decidieron aprovechar la tradición gallega de cazar cetáceos. Las imponentes ballenas que bajaban por las aguas de Fisterra en busca de pastos marinos de plancton con los que alimentarse ya fueron un codiciado botín de los pescadores gallegos allá por la década de los años veinte. La flota ballenera estaba entonces formada por barcos pequeños que se limitaban a cazar a los animales y remolcarlos lo antes posible a la fábrica de Caneliñas, en el *concello* coruñés de Cee, que cerró en pocos años ante la escasez de cetáceos. Pero en los cincuenta volvió a haber abundancia de animales, y los Massip decidieron apostar por una producción industrial en Punta Balea, que se acondicionó al efecto.

Su embarcadero tenía una anchura considerable para poder atracar las ballenas, y el muelle, repleto de piedras pedregosas y una ancha rampa, terminaba en una enorme nave de planta rectangular que albergaba el despiece. Al fondo, una chimenea y dos pequeñas fábricas, una a cada lado de la nave, para el procesado de las ballenas.

La coordinación de todos los trabajadores, pescadores y mujeres encargadas del corte de los grandes animales, resultaba imprescindible para propiciar una rápida actuación nada más atisbar al ballenero con la carga. Don Gabino no sabía a quién encomendar tal empeño, y ante ese reto, como solía hacer con cada problema, el señor Massip consultó con Fernando Vila por si le podía aconsejar algún experto en esta materia.

Fue entonces cuando Vila se acordó de aquella muchacha en la que tanto había confiado, llamada Elvira Fandiño. Después de haber tenido que despedir a Maruxa por sus continuas intrigas y maledicencias, varios trabajadores acabaron confesándole que el problema con las latas mal hervidas no se había debido al despiste de la joven Elvira, sino que había sido producto de la envidia y resentimiento de su inmediata superior, que buscaba avanzar rápidamente en la empresa y que había movido las manecillas del

autoclave para que la partida no alcanzara el punto de ebullición adecuado. No había podido olvidarlo desde entonces, lamentaba no haber sido más ecuánime y se sentía, en cierto modo, en deuda con ella.

Por Héctor Carreras, que seguía manteniendo con ella un esporádico contacto epistolar, supo que la joven había prosperado mucho en Uruguay, alcanzando las mejores posiciones en la conservera cárnica Frigorífico Anglo, así que solicitó a su ahijado que le escribiera para tantear si le apetecería volver a Galicia y ocupar una posición importante en la ballenera.

Si ella aceptaba, los Massip se habían mostrado proclives a comprar el pasaje de vuelta para ella y su hija. A Héctor se le iluminó la cara. Vivía apesadumbrado por el peso de la equivocación, el desánimo y la congoja de haberse dejado arrastrar por esa primera impresión sobre ella de su familia y padrino; en resumidas cuentas, por su cobardía y por haberla dejado marchar. Le escribió una cariñosa carta en la que, simplemente, le proponía la posibilidad de incorporarse a la nueva ballenera. No quería descubrir sus cartas hasta no tenerla cerca, pero en su fuero más interno se mostraba dispuesto a enmendar sus errores, a quererla con fortaleza de ánimo y seguridad, y a convertirla en la mujer de su vida si ella aceptaba y le perdonaba.

Cuando Elvira abrió la carta de su amigo no se imaginaba que Héctor iba a volver a traerle la suerte que ya creía perdida. Enseguida, se lo comentó a su hija, una jovencita de veintiún años, y, sin dudarlo, esta aprobó la nueva oportunidad para ambas. Instó a su madre a preparar las maletas y volver a su país. Tras otros treinta días de travesía, que se volvieron a convertir en un infierno, desembarcaron con la esperanza de ver de nuevo su tierra y a su familia. Héctor las estaba esperando nervioso en el puerto de Vigo.

Había conseguido que el señor Massip les cediera una casita de alquiler, por cien pesetas al mes, de las denominadas residencias para familias trabajadoras de la ballenera, ubicada detrás de Punta Balea. Su sueldo sería el doble, así que no tendría dificultad para pagarla, y además se hallaría muy cerca de la factoría a la que Elvira tendría que ir a trabajar; solo necesitaría atravesar andando el barrio

chino, llamado así, afortunadamente, no por la proliferación de tabernas y lupanares, sino porque allí se alojaban los maestros japoneses expertos en el corte de los cetáceos.

Elvira y su hija llegaron casi con lo puesto. Habían traído muy poco equipaje, apenas unos pequeños recuerdos de su paso por el país uruguayo, como el termo y la hierba para seguir con la costumbre del mate que ambas habían adoptado. Al verse por primera vez en tantos años, Héctor no pudo contener la emoción ni Elvira las lágrimas. Se abrazaron de una manera fuerte, alejados del mundo de la cortesía, agarrados como las lapas a las rocas, para no dejar de sentir ese profundo cariño tejido con dolor y tiempo entre dos seres queridos que volvían a reencontrarse.

El pelo de Héctor peinaba canas, mientras que Elvira todavía lucía una figura espléndida y una mirada azul fresca, aunque algo cansada por el viaje y los ajetreos de la vida. A ninguno de los dos le costó entablar conversación. Héctor le insistió en la satisfacción con la que don Gabino había acogido la noticia de la llegada de una mujer especialista en el manejo de grandes especies. Al entrar en el coche que los llevaría de Vigo a Cangas, Héctor le pidió paciencia en la nueva factoría que empezaba a funcionar porque no sabía si la pobre Elvira podría soportar el tremendo olor… Ella le tranquilizó, ¡las enlatadoras de carne de res seguro que no olían mucho mejor!

Hector le habló también de las nuevas y favorables condiciones laborales para las mujeres en la factoría de Cangas, y cuando llegaron a la casita, las dos, madre e hija, se sintieron al minuto en su hogar. En su clima, con su lengua, su manera peculiar de ser y Elvira emocionada, con las pupilas mojadas, le agradeció muchísimo a Héctor todo lo que había hecho para propiciar su regreso. Después, el doctor Carreras las dejó para que se acomodaran y descansaran de la travesía, y pidió a Elvira que estuviera preparada para el encuentro con don Gabino, que tendría lugar antes, incluso, que el ansiado reencuentro con sus padres y su querido hermano.

A la mañana siguiente, Héctor fue a buscarla. Recorrieron el camino de apenas diez minutos andando por el sendero de tierra que los llevaba a la fábrica para bajar después las escaleras hasta la entrada a la nueva planta, que casi parecía un palacio, tan blanco y

reluciente. Allí Héctor presentó a su amiga como una de las grandes profesionales del despiezado de grandes reses tras su paso por Frigorífico Anglo. Don Gabino la hizo sentar para que compartiera sus experiencias en Uruguay y, al cabo de un rato, le propuso que comenzara en la sección de corte y eviscerado para luego ir escalando en la ballenera.

La tarea resultaría ardua, pero eso nunca había achantado a Elvira. Del cachalote se aprovechaba todo, tanto que por ello se le denominaba «o porquiño do mar». La carne iba para exportación a los países asiáticos, principalmente Japón, para congelar, ahumar, conserva e, incluso, para la elaboración de harinas. Con el tocino o la grasa se construía glicerina; con los huesos se realizaban colas, gelatinas, harina, abonos y fósforo. Los dientes, que es lo que más diferencia a simple vista a los cachalotes de las ballenas, iban para marfil, y los intestinos, a la industria del ámbar. Incluso el esperma servía para construir velas o para la industria farmacéutica, algo similar a las reses de Uruguay.

Tras acordar el salario, don Gabino le pidió a Héctor que acompañara a Elvira a la conservera para que la conociera y después a la ballenera para presentarla a sus compañeros. Cuando estaban llegando, de repente, un sonido agudo de bocina dejó medio sorda a la nueva encargada de disección y la planta se desalojó de inmediato. Traían una ballena y había que empezar con todo el proceso. La caza era uno de los momentos más complicados de la tarea, pero ya en tierra el asunto tampoco parecía sencillo.

45
La señorita Amara

Cangas, 1955

Al año siguiente de iniciar la actividad ballenera, los Massip empezaron a tantear la incorporación de nuevos profesionales a la fábrica. Se requería, además de personal especializado en el corte de la ballena, arponeros y pescadores diestros en caladeros alejados de las rías, otro tipo de licenciados con diferentes estudios para las oficinas, especializados en las nuevas áreas de *marketing* y publicidad, personas preparadas para gestionar plantillas, profesionales de la salud… Así pues, se pusieron manos a la obra para contratar a una nueva ola de expertos, entre los que priorizaron a la primera asistenta social de todo el tejido empresarial español. Esta figura se la había recomendado Héctor Carreras a don Gabino años atrás.

Le había aconsejado contar con alguien que resultara de la confianza de las mujeres para que pudiera recabar información sobre ellas y sus familias con el fin de mejorar su salud y situación laboral. Se trataba de un perfil imprescindible, incluso más necesario que el propio médico o la enfermera. Por aquello de la sensibilidad y empatía, siempre apostó por que el puesto lo ocupara una mujer para propiciar las confesiones sinceras de las trabajadoras. Cinco años después de aquella conversación, Massip decidió que ya era el

momento y solicitó a la Escuela de Trabajo Social de Madrid una egresada para ocupar dicha posición.

A la entrevista se presentó una muchacha alegre de veintinueve años que había estudiado Magisterio con los jesuitas y posteriormente se había especializado en la Escuela de Madrid. La joven Amara María Santos Lareira se presentó ante don Gabino con más ilusión que destreza, confesándole con sinceridad su escasa experiencia, apenas unas prácticas de unos meses en una industria cercana a Vigo, su lugar de residencia, pero su total vocación de servicio a los trabajadores. Por ello, le pidió tres meses para realizar un informe, etapa en la que no tendría que darle de alta en la Seguridad Social, y poder recabar toda la información necesaria sobre las mujeres de las fábricas de Bueu y de Cangas, que en ese momento empleaba ya a mil de las dos mil trabajadoras que llegaría a albergar.

Al mes y medio de la primera entrevista, Amara María Santos ya tenía el informe acabado. Para ello, había visitado muchas de las casas en las que trabajaban las mujeres y había visto las malas condiciones higiénicas de los hogares, sin agua corriente, excusado, duchas ni baños. Al lado de las viviendas, en los corrales para gallinas, era donde las familias hacían sus necesidades. Esa insalubridad despertó las alarmas de don Gabino cuando leyó las conclusiones del documento. Como ya había vaticinado, tendrían que colocar al menos duchas en la fábrica y propiciar el aseo para evitar intoxicaciones y el contagio de enfermedades.

—¡Créame! Si consigue que estas mujeres se duchen antes de entrar y al salir de la planta, la hago fija. Hoy mismo empieza a trabajar —sentenció don Gabino cuando la muchacha le contó sus apreciaciones. Amara aceptó sin vacilar.

El propósito no resultaba baladí. A mediados de los años cincuenta no estaba muy extendida la costumbre del aseo personal diario entre los gallegos de los pueblos, y ese asunto podía poner en jaque a la compañía. Don Gabino dejó todo en sus manos y ordenó a Fernando Vila que dispusiera cualquier cosa que la joven trabajadora social necesitara sin rechistar ni medir el coste.

Nada más verla, a Fernando Vila, un hombre de más que mediana edad, le impactó su dulzura, ese saber estar siempre correcto, su palabra precisa y sincera, tierna y delicada. Creía que su condición de soltero iba durar toda su vida, pero cuando la conoció le entraron ganas de pedirle matrimonio en ese mismo instante. Si no lo hizo, entonces ni nunca, fue porque a ambos los separaba un abismo de años, le doblaba la edad, así que asumió su condición de admirador absoluto y se comportó siempre como lo que había sido, un gran profesional, un amigo fiel a su lado, un compañero de charlas, paseos e intercambios de ideas para toda la vida hasta que Vila se jubiló.

Le encantaba que Amara fuera a su despacho para solicitar mejoras en las instalaciones: duchas, nuevas toallas, percheros para colgar la ropa, cabinas para dejar los enseres, lo que fuera. Entre ambos, y dada la cercanía, fueron estrechando una amistad cada vez más apreciada. A ella le fascinaba su diligencia y presteza ante cualquier solicitud. También le hubiera gustado que no existiera tanta diferencia de edad, pero se sentía feliz con sus advertencias y consejos, y quizá por ello, al sentirse realmente plena, nunca volvió a mirar a ningún hombre como a él a lo largo de su vida. Se centró en ese trabajo que tanto le gustaba, en ayudar a los más desfavorecidos.

Para evitar que la joven perdiera demasiado tiempo en los viajes diarios en barco, el señor Massip había solicitado a Fernando Vila que le proporcionara un pasaje gratuito anual que le permitiera pasar de Vigo a Cangas sin tener que detenerse en las taquillas, así que Vila le pidió a Amara que, una tarde, cuando ambos hubiesen terminado sus funciones, le acompañase a realizar los trámites para obtener aquella tarjeta.

—Claro, Fernando, vamos juntos y allí cerramos este asunto de los viajes. Le agradezco muchísimo su tiempo y disponibilidad —le contestó Amara con amabilidad.

En el camino, ambos estuvieron conversando sobre sus vidas. Fernando recordaría aquella tarde como algo muy especial. Fuera de lo común. Alejado de sus tareas cotidianas, de la lectura en la que siempre se sumergía al llegar a casa. Con Amara sentía especial

curiosidad, quería conocer más sobre ella, saber cuál había sido la motivación para estudiar esa novedosa carrera.

Alegre, la joven le explicó que su hermana solía decir a la gente que había estudiado en Madrid algo así como «asistenta» y las vecinas se sorprendían asegurando que «para servir no parecía necesario estudiar tanto». Vila se reía con sus ocurrencias. Le gustaba su manera irónica de hablar, la escasa importancia que se daba a sí misma.

La muchacha reconoció que, tras estudiar Magisterio en Santiago de Compostela, había conocido a un jesuita que, en una charla ante un numeroso auditorio, explicó la existencia de una nueva profesión destinada a mejorar el bienestar de las personas, de los empleados y sus familias dentro de las empresas. Nunca había oído aquel término, «trabajadora social», pero con su natural inclinación por la justicia social y por buscar el bien de los más desfavorecidos, se interesó por dichos estudios. Aquel mismo religioso realizó todos los trámites para conseguirle una beca y un alojamiento en Madrid, y al finalizar la carrera regresó a Vigo.

En aquella charla, Fernando también indagó sobre sus principales objetivos. Amara le contó que lo primero que iba a exigir a los trabajadores, con el permiso de don Gabino Massip, sería el carné antituberculosis, para evitar que la enfermedad hiciera estragos entre los empleados como había ocurrido en otras fábricas, donde el contagio incluso había ocasionado fallecimientos. Pero no era lo único. Quería exponer a don Gabino la necesidad de contratar un médico y una enfermera, y que fuera de preferencia pediatra, para conseguir que los niños salieran adelante y las madres no sufrieran tanto. Consideraba que esa función no la podía ejercer ella, pues carecía de los suficientes conocimientos.

—¡Qué casualidad! Mi ahijado Héctor estudió pediatría en Santiago y actualmente ejerce en el Provincial. ¿Lo sabía? —le comentó Fernando Vila.

—No, no lo sabía.

—Pues fue él quien le recomendó a don Gabino Massip contar en las fábricas con un perfil profesional como el suyo. Él lo había visto en otras fábricas de La Coruña.

—Entonces, a lo mejor no le importaría trabajar en La Perfección II. ¿No cree?

—¡No será fácil de convencer! Ya se lo adelanto. ¡Habrá que ser muy persuasivo, mucho! Don Gabino lo ha intentado infinidad de veces, pero nunca lo ha conseguido. Aunque quién sabe, viniendo de una mujer tan convincente como usted, lo mismo acepta.

Ella se mostró dispuesta a intentarlo. Al llegar al embarcadero, el señor Vila realizó los trámites necesarios y, a partir de entonces, Amara María viajaría todos los días gratis sin necesidad de detenerse en la taquilla.

Su aceptación y fama entre la plantilla resultó todo un acierto, hasta tal punto que muchas mujeres aprovechaban su camino hacia el muelle para ir contándole sus problemas. Se lo había ganado a pulso. Al incorporarse, lo primero que hizo fue mostrar su entrega y absoluta disponibilidad. Su despacho permanecería siempre abierto para quien lo necesitase. Desde entonces nunca cerraría la puerta.

Como estrategia para incorporar a Héctor Carreras a la factoría, la señorita Amara utilizó a una gran aliada, Elvira Fandiño, a quien solía consultar sobre los avances en la ballenera de Punta Balea. Ambas habían forjado una buena amistad y, un buen día, Amara confió en la supervisora de corte y despiezado de la ballenera y le pidió que la ayudara a convencer a Héctor para entrar como pediatra de la empresa.

—Elvira, me tienes que apoyar —le rogó, explicándole lo importante que era contar con una estrategia de prevención sanitaria en la fábrica—. No puede negarse.

—Lo sé, pero se lo han insinuado hasta la saciedad y no cambia de opinión. Se siente muy ligado al hospital —respondió Elvira un tanto apesadumbrada.

—Pero allí solo puede certificar fallecimientos o casos extremos de enfermedad casi siempre incurables. ¿No es mejor actuar antes? Cuando todavía se puede sacar adelante a los *nenos* para que no mueran y así sus madres se sientan más felices. Dile que la prevención resulta vital para que nunca lleguen a los hospitales esos casos tan desesperados. ¿No te parece?

Elvira asintió. Esa misma tarde quedaría con Héctor y le explicaría la petición de la señorita Amara.

46
La captura

Cangas, abril de 1960

En aquel encuentro, Elvira aseguró a Héctor que, si aceptaba la propuesta de la señorita Amara, esta le facilitaría su función. Acompañaría a las mujeres y a sus hijos a la sala médica para explicarles exactamente qué tipo de dolencias padecían, sus hábitos de higiene, y se ocuparía de que la plantilla cumpliera sus instrucciones a rajatabla, un seguimiento que en el hospital nunca lograba realizar. Además, le señaló que don Gabino estaba dispuesto a dotar a la fábrica de un espacio igual al que él tenía en el hospital, con los mayores avances médicos, modernos aparatos e incluso un pequeño laboratorio para proseguir con sus investigaciones.

Elvira le insistió con vehemencia: si aceptaba el puesto salvaría a muchos niños pequeños, de cero a cuatro años, que se criarían en la guardería construida al lado de la fábrica cuidada por matronas y enfermeras a su cargo. Podría sanar a más niños que en el hospital. Además, la señorita Amara estaba dispuesta a realizar la trazabilidad de los casos, visitando las viviendas de la plantilla para enseñarles a mantener el mínimo estándar de limpieza evitando así contagios y enfermedades. Había mucho trabajo preventivo que realizar y él no podía eludir esa responsabilidad.

De esta manera, y después de quedarse completamente fascinado por la energía y pasión vertidas en el discurso de Elvira, Héctor

aceptó el nuevo cargo en la fábrica. Se había convencido de que parecía más acertado curar las dolencias cuando apenas se habían convertido en enfermedades que hacerlo cuando ya no existía solución. Estaba dispuesto a ayudar aquellas dos mujeres, Amara y Elvira, que tanto habían puesto de sí mismas para cambiar las condiciones de la población pesquera.

Con la incorporación de Héctor, la posición de la señorita Amara logró afianzarse ante la dirección de la compañía. Tras instaurar la sala médica, compuesta por un doctor de prestigio y un equipo de enfermeras y matronas, empezó a ser considerada como una de las profesionales más influyentes para don Gabino. Gracias a su empeño, muchos de aquellos niños consiguieron una vida diferente a la que sus abuelos y padres habían vaticinado para ellos una vez que la joven Amara les tramitó las becas de estudio para mejorar su vida y formación.

Lo mismo le ocurrió a Elvira. A los seis años de su llegada, se había convertido en una de las jefas más destacadas de la ballenera. Ya estaba totalmente acostumbrada al olor de las ballenas, al despiezado y a las señales que avisaban de una nueva captura, y su carrera progresaba a medida que lo hacían la ballenera y en general la empresa.

Por aquellas fechas la sociedad Hermanos Massip se alzó como uno de los *holdings* empresariales más importantes de la región, con proyectos en los tranvías de Pontevedra, en las metalúrgicas de Vigo o en los carbones de Barcelona. Hasta el paternalismo de don Gabino resultó premiado con el galardón de «Empresa ejemplar», concedido por el mismo Franco.

En la primavera del primer año de la nueva década de los sesenta, asentados todos con un buen trabajo, Héctor decidió por fin arriesgarse y proponer a Elvira, a quien hasta la fecha no se le conocía amistad ni compañía masculina de ningún tipo, que se convirtiera en su esposa, y a la hija de esta en su propia hija. Se dispuso a hacerlo una tarde fresca y luminosa, mientras iban paseando por la orilla del mar. No sabía cómo comenzar su discurso, pero esta vez estaba dispuesto a sobreponerse a sí mismo, a su timidez, a su leve cojera…

—Elvira, por favor, para un momento. Ya sé que no tengo muchas esperanzas, que nuestras vidas han ido por caminos distintos, que he cometido miles de equivocaciones, pero, por favor, déjame al menos que te lo pregunte. ¿Querrías compartir tu vida conmigo? ¿Me aceptarías como esposo hasta el final de nuestros días? ¿Querría ser tu hija también hija mía? —le preguntó con los ojos arrasados en lágrimas.

Héctor ya tenía cincuenta y cinco años, a Elvira le quedaba poco para dejar la cuarentena. Su hija estaba a punto de casarse con un joven de buena familia de la zona. Desde su regreso a España, aquella linda jovencita había tratado a Héctor más que como un tutor, como un auténtico padre.

Elvira no sabía cómo agradecer tanta generosidad, sin embargo, se consideraba ya muy mayor para casarse. Siempre había soñado con ceñir su cintura en un traje blanco, pero ya no tenía ni silueta ni ganas de grandes festejos.

Además, existía aquel otro pesar en su alma. Solo si él estuviera dispuesto a aceptar lo que había ocurrido en Uruguay podría darle una oportunidad. Así que le pidió que la acompañara a su casa y, una vez dentro, mientras preparaba un café, sacó de un cajón un cuadernito de hule negro y lo puso sobre la mesa. Héctor, al principio, no entendía por qué estaba demorando su respuesta, qué significaba aquel cuaderno, qué le quería contar, pero ella le explicó que primero tendrían que tomarse el café.

47
El horror de una vida

Cangas de Morrazo, mayo de 1960

Entre sorbo y sorbo, Elvira cogió su diario, aquel cuaderno que le había regalado su hermano Xián, y lo abrió por la página encabezada con el título «El horror de mi vida». Estaba fechada en Fray Bentos hacía más de treinta años.

—Héctor, te pido por favor que leas este pasaje de mi diario. Lo necesito antes de darte una respuesta.

No tenía las fuerzas suficientes para contárselo de viva voz, así que de un modo sutil puso en marcha su confesión más íntima. Necesitaba que él supiera lo ocurrido en Uruguay. Que su petición de matrimonio estuviera avalada con el conocimiento de toda su vida, con sus errores y aciertos. Héctor empezó a leer.

Elvira relataba apenas en varias páginas lo sucedido aquel día negro y oscuro en el que Dale la arrastró a su casa, nerviosa y aterrada, en contra de su voluntad, agarrándola con violencia de un brazo para que no pudiera escapar. Una vez allí, Elvira se quedó paralizada al contemplar el atroz espectáculo que la esperaba en la sala principal.

En las páginas siguientes, Elvira planificaba su vuelta a España. Se acordaba de su Bueu natal, de aquella infancia alrededor del astillero de Purro, de los Massip y La Perfección, de sus compañeras de la fábrica, de Juana, y de Héctor. Retrocedía al momento en el que

parecía que todo lo bueno estaba por llegar, al viaje en el transatlántico A. Delfino, a la primera vez que se vieron ella y Dale, de ese amor exaltado y apasionado que la había llevado hasta donde entonces se encontraba. Parecía que había pasado una eternidad de todo aquello y, sin embargo, apenas había empezado su vida en Uruguay.

Pedía a Dios que le borrara esas imágenes de la memoria y que nunca más pudiera recrearlas, y sopesaba primero solicitar un ascenso para dejar saldada su deuda y pedir un traslado a la central de Montevideo; después estudiaría la posibilidad de abrir un pequeño almacén de latas de conserva en Montevideo y posteriormente regresar a España. Eso es lo que había escrito en su diario, y así supo Héctor que su plan fue minuciosamente ejecutado sin decirle nada a Dale. Todo parecía perfecto.

Héctor leyó detenidamente cada frase del cuaderno. Esas páginas que describían con detalle el sufrimiento de Elvira. La miró un momento y siguió leyendo, pero antes una lágrima rodó por su rostro. ¡Cómo había podido sufrir tanto! ¡Cuánto dolor! ¡Cuánto daño!

De repente lo entendió todo. Ya había madurado. Su abuela y sus padres habían fallecido. Se arrepintió de haber atendido entonces a las plegarias egoístas de su familia. Solo su hermana pequeña, Flavia, defendió en ese momento a Elvira con uñas y dientes. Ella quería demasiado a su hermano. ¡Le veía tan feliz cuando se reunía con la joven! Su dicha se escapaba por cada uno de sus poros y ella, como hermana fiel a Héctor, solo podía desearle felicidad. Por eso, intentó convencer a su abuela y a sus padres, pero sin éxito.

Él recordó entonces cómo su hermana le había instado a seguir su corazón, sus sentimientos. No deseaba para él una vida triste y en soledad. Quería convencerle para que fuera valiente, incluso si eso suponía contrariar los deseos de los Carreras, porque al fin y al cabo, y como fijaban las leyes de la naturaleza, todos moriríamos y al final de su vida solo se reprocharía no haber intentado convencer a Elvira para que permaneciera a su lado. La voz de su hermana resonaba en su interior mientras Héctor seguía leyendo el cuaderno de hule.

Elvira, sin embargo, no podía olvidar todos esos años en los que la familia de Héctor la atacaba con mentiras asegurando un interés oculto por la herencia y el buen salario que obtendría como doctor. Aún recordaba con nitidez esos momentos en los que él, lejos de seguir los designios de su corazón, escuchó las patrañas de su familia sobre ella. Todos se habían opuesto a esa relación desde el primer momento, no solo su manipuladora abuela Mercè, sino también sus padres, e incluso su padrino Fernando, que no quiso abogar en su favor en el asunto del autoclave.

Aquel episodio dejó maltrechos el orgullo y la dignidad de Elvira, que vio cómo su gran amigo aceptaba cobardemente las injurias contra su persona. Para sus adentros, Elvira pensaba que tendría que haber defendido con mayor determinación, honestidad y franqueza su amor ante su familia y su supervisor. Debería haber velado por su persona ante Fernando Vila para que escuchara su versión, pero no hizo nada de eso.

Héctor prefirió esperar una nueva oportunidad y a ella no le quedó más remedio que marcharse a Uruguay a intentar recobrar su vida sin tantos vilipendios. No quería violentar a los seres queridos de Héctor, así que se subió al Delfino y se marchó. Desde ese momento, se comportaron como amigos, escribiéndose cartas de vez en cuando sin desvelar los sentimientos ni los reproches entre ambos. Después de casi toda una vida en Uruguay, Elvira se había convertido en una mujer distinguida, de una belleza inigualable, con ese porte elegante y ese profundo azul en su mirada.

Ahora, no sabía qué responder a Héctor al cabo de tantos años. Dudaba de si seguir los dictados de su mente o, por el contrario, confiar en los sentimientos de su corazón. Le costaba demasiado perdonar para intentarlo de nuevo. No le importaba permanecer al lado de Héctor en silencio, como su amiga, pero aquella petición de mano no la esperaba. No tenía ya el cuerpo para contraer matrimonio y empezar una vida nueva en Cangas.

Entonces, ella le miró.

Le vio desvalido, triste. Héctor ya estaba temiendo que nunca tendría a su lado al amor de su vida: al principio, por culpa de su familia y por su cobardía, y ahora, por la negativa de Elvira. La

entendió. Habían desperdiciado su vida por escuchar a los otros. Meditó: ¡¿por qué se dejó convencer?! ¡¿Por qué no luchó por su amor?! ¡Total!, ¿qué les importaba a sus familiares con quién deseaba casarse, si solo se habrían visto de Pascuas a Ramos? ¿Por qué había priorizado lo que su familia pensaba que estaba bien y no su felicidad? ¿Por qué no escuchó a su querida hermana Flavia, que era la única que le quería de verdad?

Enmudeció. Estaba a punto de asumir su derrota cuando de repente Elvira habló.

—Te acepto, Héctor. Si a ti te da igual mi pasado, yo también estoy dispuesta a empezar de cero. —Lo dijo en un tono serio, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. No pudo hablar más.

—Perdóname, querida. Perdóname. Ya pasó el sufrimiento de Montevideo, ahora estamos juntos en Galicia y espero compensarte por todo el dolor que has padecido por mi culpa, por mi cobardía. —Se abrazaron llorando los dos. Y él la besó, como había deseado hacerlo desde el baile del Pirigallo.

Tercera parte

48
Voces de ultratumba

Madrid, abril de 2019

Montevideo, Montevideo… Me sentía incapaz de quitarme esa ciudad de la mente. La misma de Lucio, de aquella imagen color sepia de la tía de mi madre, de mi pasado más reciente. No hacía más que preguntarme si esa coincidencia sería casual o más bien la deriva natural de algo desconocido y que poco a poco podría ir desentrañando. Al pensar de nuevo en la capital uruguaya, recordé la zozobra y angustia provocadas por aquella pesadilla en la que me sumergí al poco de retornar mi exmarido a su país. Esos días oscuros posteriores a su partida.

Habían pasado muchos años de aquello, los sueños afortunadamente desaparecieron; sin embargo, nunca había conseguido desentrañar los misterios de esa pesadilla atroz: el emparedamiento de una mujer en una casa desconocida a manos de un hombre cuyo rostro jamás había visto ni me resultaba familiar. En mi interior, siempre guardaba la esperanza de encontrar el sentido a esa maldita ensoñación que me despertaba sobresaltada cada noche, con un fuerte sentimiento de culpa y el corazón encogido. Nunca hallé el porqué de esa desolación y pesar, así que seguí con mi vida, intentando recuperar la calma y el sosiego sin indagar más sobre aquel suceso inexplicable.

Tiempo después, cuando, por fin, las escenas de aquella mujer inerte se habían desvanecido por completo de mi existencia y ya no me asaltaban el miedo aterrador ni la desesperanza, la vida con sus desgarros empezó a inundar mi rutina con imágenes aún más sobrecogedoras. El horror dejó de ser fantasmal para convertirse en un asunto mundano y tangible, con mi madre agonizando en la unidad de cuidados intensivos y mi padre ignorante de lo que le estaba sucediendo a su mujer.

Tras marchar ella para siempre, a esos desvelos se sumaron otros. Con el anuncio de su fallecimiento, producto de una negligencia o de la fatalidad, mi padre comenzó a sumirse definitivamente en el pozo de la desmemoria. La demencia apareció de una forma insistente, sin llegar a arrebatarle por completo los recuerdos de quién había sido él ni quiénes éramos nosotros, como ocurría con el alzhéimer, pero de una forma quizá más cruel, haciéndole consciente de su deterioro y envolviéndole en una neblina que suponía un auténtico peligro para su supervivencia. No le importaba saltar desde la cama ni precipitarse por las escaleras. Se sentía inmortal, capaz de volar por los aires, de realizar cualquier proeza o pirueta sin pensar en las consecuencias.

Resultaba frecuente escuchar extrañas voces en un tono altísimo que salían inconexas desde el interior de su cuarto cuando íbamos a acompañarle los fines de semana para que su cuidadora, su ángel de la guarda, Ysa, descansara del ajetreo diario. No parecía su propia voz, sino gritos de niños, de mujeres, de viejos, risas terroríficas o jocosas, broncas.

¿Quiénes eran? ¿De qué se reían? ¿Me estaría volviendo loca yo también? ¿Retornarían otra vez las pesadillas? Cuando afrontaba mis miedos y temores, abría la puerta y allí le encontraba, solo, sentado en su lecho, con su gracioso acento andaluz, sin nadie más. Ni rastro de los alaridos.

Al contárselo a mi hermana pequeña, Xita, me confirmó que ella también había escuchado esos parlamentos con diferentes voces, pero que en esos momentos ella nunca tuvo el valor suficiente para entrar en su habitación. Natural. Le dije que yo sí había conseguido sobreponerme, y le conté con calma lo que me había encontrado: a

papá, le dije. Solo estaba papá. No había espíritus ni almas vagando a su alrededor. Ella me miró incrédula. ¡No podía ser!

Me parecía que las voces provenían de su interior, de los miedos internos acumulados a lo largo de su vida, del dolor y las decepciones que le había tocado vivir. Ese sufrimiento que todos hemos experimentado alguna vez y que, sin saberlo, se va quedando en algún rincón nuestro, de nuestra mente, de nuestro subconsciente, para salir cuando más profundo es el sueño. Xita no lo creía posible. Me preguntó cómo estaba tan segura y entonces me armé de valor para explicarle la pesadilla recurrente que durante años había asolado el tiempo de mi descanso.

Le conté que mi terrible alopecia, años atrás, no se había debido al estrés por el trabajo como entonces le dije a nuestra madre para tranquilizarla, sino al terror que cada noche me producía una espantosa pesadilla que yo no acababa de entender. Le dije que se trataba de algo tan real, tan palpable, que por las mañanas me levantaba angustiada, pensando incluso que quizá me habrían drogado y, sin quererlo, me había convertido en una asesina con todas las letras o, al menos, en cómplice de un crimen. Pasaba la vida esperando que la policía viniera a detenerme.

Le confesé que, una de las veces, mientras soñaba con el asesino que me exigía arrastrar un cadáver para emparedarlo, me desperté sobresaltada con la sensación vívida de que aquellos gritos apabullantes, broncos, horrorosos, que se acercaban más y más a mi oído, eran auténticamente reales. Los sentía cerca, demasiado próximos a mí. A punto de estallarme el tímpano, aquel tipo, de unos treinta años, de pelo negro azabache y ojos brillantes, me gritaba cada vez más fuerte. Cada minuto chillaba más, en un tono cada vez más elevado, mientras yo solo ansiaba salir de allí, huir de ese lugar en el que me encontraba, apartarme de todo aquello, escapar despavorida…, hasta que, haciendo un esfuerzo mayúsculo, lograba despertarme en mi cama, segura de haber oído esos gritos, esos alaridos, increpándome.

Xita dudó, pero intenté convencerla. Todo había sido producto de mi fantasía, mi mente deprimida y enferma que me machacaba con más dolor. Estaba soñando. Quizá esos gritos tan horrorosos ni

siquiera procedían de los recuerdos de una realidad vivida y olvidada, sino que se trataba simplemente del dolor padecido en algún momento de la relación con Lucio que me dejó sin aire, destrozada ante tanta mentira. Resultaba lo más razonable. Esa voz que yo creía de otro, que parecía tan real, era simplemente la mía, la voz de mi alma, quién sabe si fruto de un desgarro interior.

Xita me miró asustada.

—Puede ser. ¿Será verdad? —preguntó, extrañada. Me miraba atenta, incrédula, intentando saber si pretendía asustarla, pero cuando me vio seria y circunspecta, trató de comprenderme.

—Lo es —asentí—. El problema es que aún sigo sin saber por qué apareció ese maldito sueño. Tiene que existir una causa. Seguramente los psiquiatras, los neurólogos, los psicólogos lo puedan explicar. Siempre me pareció una voz rotunda, bronca, similar a la de Lucio. Desde luego, en mi fuero interno pienso que ocurrió algo durante aquella época de mi matrimonio que no logro recordar ni discernir, y que, a buen seguro, dañó mi serenidad. ¿Qué fue? No lo sé, Xita, cuatro años después de aquella abrupta separación, todavía estoy intentando descifrarlo. Seguro que algo respecto a Lucio tuvo que ver, pero no sé exactamente el qué.

—¿Necesitas algo? ¿Que te acompañe a un psicólogo? —me preguntó, preocupada.

—No. Gracias. Por una parte, sí que me gustaría tener una explicación que me sirva para conocer el origen de aquello, para saber por qué mi dolor se transformó en una pesadilla sin sentido. Porque debió de ser eso, una brutal herida producida por la agonía del desengaño y la decepción. Pero no quiero volver a eso, no quiero revivirlo…

—Bueno, Lúa, no te obsesiones. Has sufrido mucho con todo lo que te ha pasado en los últimos años. La pérdida del bebé, el ERTE de la editorial, la huida en estampida de Lucio, la quiebra de la empresa que empezaste a montar, el descalabro económico… y ahora nuestros padres.

—Sí. Ha sido palo tras palo. Por eso creo que no puedo soportar nada más. No quiero que papá se muera —le dije sollozando—, no aguanto más sufrimiento, por favor, Xita.

Sabía lo que me iba a suponer perderlo. Necesitaba prolongar su presencia, pese a su estado. No podía enfrentarme a otro fin como el de mi madre, con nuevos papeleos, firmas, y dejar de abrazarle para siempre. Dicen que después de un hijo, la falta de los padres, que sigue las dramáticas leyes de la vida, supone siempre la congoja más traumática para un ser humano, imposible de imaginar hasta que no ocurre, pero yo ya lo había experimentado y no podía volver a repetirlo. No tan pronto. Hubiera preferido morir con tal de no sentirlo de nuevo. No tenía hijos que tiraran de mí. Me veía sola.

—Pero tiene noventa y tres años, Lúa.

—Lo sé. —Lo dije en un tono que ella interpretó desesperanzado.

Nos abrazamos en un llanto mudo, sin sonido.

De algún modo, intuí lo que al cabo de unos días iba a suceder. Quizá era más consciente que ella. Con ese sexto sentido que no me agradaba poseer en determinados momentos en los que la vida nos prepara para otro batacazo. Por eso, sabía que, cuando él se fuera, ya no tendría más fuerzas.

Acerté en mi vaticinio. Al poco tiempo, mi padre nos dejó también. Cuando ya ambos se habían marchado, y pese a lo difícil que me resultaba seguir adelante sin ellos, me propuse no defraudarlos, levantarme de nuevo y acompañarlos al lugar donde empezó todo.

Nada mejor para cambiar mi vida que residir en Marín, donde en otra época habíamos conseguido ser felices. Así decidí romper con todo e irme a vivir a mi pueblo, a Marín, iniciar la búsqueda de mis orígenes en el Pazo de Lourizán y crear un periódico local, sin demasiadas pretensiones. Así surgió *Diario Marín,* sin imaginar, ni por asomo, que me iba a llevar a descubrir la verdadera razón de mis pesadillas.

49
Diario Marín

Marín (Pontevedra), septiembre de 2019

Empecé a diseñar *Diario Marín* como una fórmula para conectar con los seres queridos que ya no estaban. Quería volver a disfrutar con ellos, andar por las calles que habían pisado y en las que había transcurrido una parte importante de sus vidas. En el lugar donde se habían enamorado e imaginado crear su propia familia. Se trataba del único sitio en el mundo donde podía sentirme feliz, donde volver a empezar. No había otro.

Al principio intenté que el diario tuviera un sesgo económico y ecologista y estuve a punto de denominarlo *Ecomarín,* pero el nombre me parecía más apropiado para un economato que para un periódico digital, así que lo deseché al minuto. Consciente de que tenía que inaugurarlo con algún tema resonante, inicié un proceso de documentación por los alrededores para ver si encontraba algo que mereciera la pena investigar. Jamás había ejercido el periodismo, pero dada mi experiencia escribiendo y redactando notas de prensa en el Departamento de Marketing de la editorial sentí que podía aventurarme en mi nuevo proyecto con cierta soltura, siempre que encontrara algo impactante que contar en la portada del primer número.

Sabía que tenía que causar furor, tenía que ser un asunto que centrara todas las miradas de Marín, algo trascendental de verdad,

con lo que conseguir una enorme visibilidad en la villa y sus parroquias. Pensé que debía ser un acontecimiento que hubiera ocurrido hace años y del que los más jóvenes ni siquiera se acordaran. Un suceso que sirviera para refrescar la memoria de los mayores y sorprender a quienes no lo hubiésemos vivido. Un trabajo de investigación, a ser posible con repercusión nacional e incluso internacional, así que con tal empeño pedí permiso a la dirección del *Faro de Vigo* para estudiar en su hemeroteca y profundizar en las páginas de su pasado.

No tardé demasiado en encontrar una información de enjundia que atrajo poderosamente mi atención. Era algo de lo que jamás había escuchado hablar ni comentar entre mis familiares marinenses, pese a dedicarse al comercio marítimo. Un suceso a punto de cumplir su cuarenta aniversario y que había acaecido en el puerto de Marín, ocasionando un gran revuelo en la localidad: el estallido de dos bombas colocadas en sendos buques balleneros, el Ibsa I y II, ambos propiedad de la familia Massip, los grandes magnates de la conserva gallega. El atentado había sucedido cuando las embarcaciones se encontraban atracadas en el muelle comercial después de varios meses de reparaciones a la espera de partir al día siguiente, hacia la ballenera de Cangas de Morrazo.

Al leer el primer artículo, enseguida me puse manos a la obra. Apunté que había sido perpetrado durante el mediodía del domingo 27 de abril de 1980, en el momento en el que las embarcaciones se hallaban sin tripulación a bordo gracias a que a esa hora los marineros habían bajado a tierra a tomar un café después de comer. De no haber sido así, aquello habría causado una auténtica masacre. A buen seguro, cada movimiento, rutina, horario de la tripulación habrían sido observados y vigilados a conciencia para llevar a cabo el atentado justo a esa hora y en la jornada previa a salir del puerto.

Los presentes calificaron la escena como dantesca. La fotografía de impacto que ilustraba la información mostraba a los dos buques colocados uno al lado del otro, a escasa distancia del Ibsa III, atracado detrás. La primera deflagración, según recogía el *Faro de Vigo,* había estallado a las doce y cuarenta de una manera estruendosa, provocando un gran boquete en el casco del Ibsa I,

que fue trasladado junto con el tercer ballenero, el Ibsa III, sin apenas desperfectos, a uno de los muelles de la Escuela Naval Militar para su inspección. La segunda detonación tuvo lugar una hora y veinte minutos más tarde, y provocó el hundimiento del Ibsa II y, ahora sí, el pánico entre quienes lo presenciaron.

Los testigos afirmaron que las explosiones habían generado una columna de agua de una altura considerable, entre seis y siete metros, con tanta potencia que parecía más bien salida de un surtidor a presión, algo que inducía a pensar que los explosivos, según los expertos en bombas lapa, se habían colocado debajo de los buques. Sin embargo, no encontré nada más. Existía mucha información sobre la industria ballenera, pero ningún periodista del momento quiso o pudo realizar un seguimiento diario o semanal para esclarecer la autoría del atentado. Parecía como si no interesara demasiado saber quiénes habían sido los culpables. Ni siquiera los Massip realizaron una campaña para reclamar la detención de los culpables.

Los titulares de la época apuntaban, eso sí, a los ecologistas como presuntos inductores del atentado, advirtiendo que dos años antes, en 1978, el Ibsa I ya había sufrido una deflagración en Corcubión que no había producido apenas daños. Eran los años ochenta, la década en la que los defensores del medio ambiente intensificaron la lucha contra las empresas que cazaban cetáceos, acusándolas de sobrepasar la cuota marcada. El 18 de junio de ese mismo año 1980, el barco emblema de la organización, que presumiblemente había estado involucrado en el atentado, fue apresado y trasladado al puerto de Ferrol por una fragata de la Armada española, donde permaneció cinco meses inmovilizado hasta que, de manera inesperada, consiguió darse a la fuga sin que las patrulleras españolas que lo seguían pudieran alcanzarlo. Llegaron hasta Normandía y allí todo se olvidó.

A partir de entonces, el caso de las bombas en el puerto de Marín quedó en manos de la justicia gallega, que finalmente no había tenido más remedio que determinar el sobreseimiento provisional del atentado por falta de pruebas, sin llegar a aclararse nunca quiénes habían sido realmente los inductores y ejecutores del atentado.

Aquel desastre en Marín, en cualquier caso, supuso el comienzo del fin para el imperio de los Massip, y yo estaba dispuesta a indagar más sobre ello, a no rendirme, a saber lo que había ocurrido. Intentaría buscar por donde nadie había investigado. Publicaría algo que fuera novedoso, inédito, que permitiera aportar luz al suceso.

50
Punta Balea

Bueu, octubre de 2019

A los pocos días de mi descubrimiento en la prensa y tras una exhaustiva documentación, llamé a un taxi para que me llevara a tantear sobre el terreno el legado de aquellos conserveros. Según Google Maps y para mi asombro, Punta Balea, esa zona del Morrazo alejada de Cangas que albergaba la ballenera y La Perfección II, se encontraba ahora rodeada de una exuberante y salvaje vegetación. Nada más. Ni siquiera las minúsculas casitas de los empleados respiraban vida. Un paraje inerte y desolador componía la escena.

Ansiosa por descubrir ese retazo de la historia industrial con mis propios ojos, me bajé rápidamente del coche, solicitando a Tomé, el taxista, que me fuese a recoger dos horas después en la entrada de La Perfección II. Nada más salir del vehículo, el viento revuelto y airado de la primera hora de la mañana me azotó en la cara como enfadado por mi osadía de pretender ultrajar un lugar sagrado y protegido. Parecía como si la ira de los dioses me advirtiera de que allí habían sido descuartizados seres angelicales, con aletas en vez de alas, ballenas y cetáceos, a manos del ser humano, y que nada bueno me podía esperar. Casi me pareció que sus espíritus se mantenían presentes, vengativos del horror y al acecho para evitar nuevas perversidades humanas.

Asustada y temerosa afronté con más dudas que determinación la tarea de seguir adelante. Poco a poco fui caminando por un pequeño sendero de tierra hasta encontrarme con un endeble alambrado que prohibía el paso a la zona de la ballenera de los Massip. Tras observar a un lado y a otro para comprobar que no había nadie custodiándolo, salté decidida y seguí el recorrido sorteando la maleza.

Al andar unos pasos en dirección al mar, de repente la vi. En lo alto de la pequeña colina, la ballenera emergía como un templo griego dedicado a alguna deidad, con el evocador frontón de su fachada. En sus inmediaciones se respiraba un silencio sepulcral, igual que un camposanto vacío y dejado de la mano de Dios, con la única compañía de las gaviotas volando y graznando alrededor. De su brillante pasado apenas quedaba nada, tan solo el esqueleto de la techumbre y una estructura rectangular, con muros llenos de grafitis. Contaba con unas dimensiones importantes y una entrada amplia para dar cabida a los enormes animales marinos arrastrados por los barcos.

Abajo, el muelle se había convertido en una zona pedregosa por donde resultaba complicado avanzar. El mar había ido descolocando los grandes bloques de piedra a su libre albedrío, arrastrándolos a las profundidades marinas para luego escupirlos a su antojo y destruir por completo el alisado varadero que antaño permitía atracar a las embarcaciones. En ese momento, se había quedado transformado en una especie de alfombra de cantos erosionados imposible de pisar. Tras sacar algunas fotografías y grabar unos vídeos, desanduve el camino recorrido para dirigirme a lo que había sido La Perfección II. Pensaba que me iba a encontrar algo parecido a la ballenera, simples ruinas de otro tiempo, pero cuál fue mi sorpresa al descubrir la fábrica tal y como había estado en su momento más álgido. Casi lloré. Era bellísima.

Parecía un palacio de cristal, con grandes cristaleras por todo su contorno, la mayoría milagrosamente intactas, y una torre cuadrada en su esquina, por donde imaginé se accedería a la zona de oficinas. En la cúspide del torreón todavía se conservaban las letras del apellido de aquella ilustre familia, los Massip, pintado de azul añil,

que coronaba un reloj circular de manecillas congelado en el tiempo a las once horas y diez minutos de la mañana o la noche. La base de la factoría, rectangular, se extendía paralela a la ría, y en su final, una chimenea de ladrillo visto y grandes dimensiones señalaba lo que había sido: la mayor conservera de Europa.

El acceso a los trabajadores, un portalón amplio de madera pintado de verde esmeralda, se encontraba a la vuelta de la torre, cerca de lo que había sido la guardería y el economato para los trabajadores. En el interior varios operarios se encontraban apuntalando la estructura para evitar que se viniera abajo. Me deslicé silenciosamente en el interior del edificio sin que nadie me viera ni se percatara de mi intromisión y desde allí, aprovechando la luz natural que entraba por los ventanales, me escurrí como si fuera una sombra y comprobé el aire decadente que aún seguía manteniendo la factoría levantada el año posterior al estallido de la Guerra Civil.

El tejado forjado con una estructura metálica sin soldar, a imitación de la primera Perfección de Bueu, aún conservaba su prestancia. Decidí subir a la zona de oficinas y pude comprobar que desde uno de los despachos de la torre, donde aún permanecía un sillón orejero deshilachado, se podían contemplar las más increíbles vistas de la costa, un impagable espectáculo, con los rayos de sol incidiendo en la superficie del mar. Me pregunté quién habría sido la última persona que se habría sentado en él antes que yo.

El resto del complejo industrial presentaba la misma imagen de abandono y deterioro. El hotelito donde se alojaban las tripulaciones cuando atracaban los buques parecía habitado por okupas. La humedad y el verdín habían cubierto la piedra de la fachada y las ventanas languidecían con sus cristales rotos. Adentro se escuchaban voces, así que decidí no asomarme a su interior y seguir investigando por las inmediaciones. Por último, entre la maleza, observé una modesta edificación que, por el rótulo, imaginé que correspondía a la antigua escuela.

Resolví que aquella primera toma de contacto era más que suficiente por el momento y resolví marcharme. Todo permanecía

olvidado, como si nunca hubiera existido la algarabía de décadas atrás, desde la playa del Salgueirón hasta el Porto da Congorza.

Cuando salí, Tomé ya estaba esperándome a la altura de La Perfección II, y le indiqué que, por favor, nos dirigiéramos a Bueu para visitar la Casa-Museo Massip. La llovizna del amanecer había dejado el pavimento de la localidad en un tono gris plomo con aspecto resbaladizo. Cuando llegamos, apenas reconocí el pueblo al que había ido tantas veces a hacer la compra en mi infancia acompañando a mi tía Dolors y a mi padre mientras veraneábamos en la playa de Lagos, al lado de Beluso.

La calle principal, denominada como el ilustre político Eugenio Montero Ríos, presidente del Consejo de Ministros durante los comienzos del reinado de Alfonso XIII, se mostraba sin gente y silenciosa, cuando yo la recordaba bulliciosa y con mucha algarabía. Tampoco reconocí la vía Eduardo Vincenti, nombre del yerno de Eugenio Montero Ríos. Cierto que yo frecuentaba el pueblo en los meses estivales, más animados, pero creí detectar un cierto aire de decadencia. Casi medio siglo de cambios se había dejado sentir en sus rúas y plazoletas.

Me adentré en el museo como si fuera una turista más de Madrid. Los vigilantes me advirtieron que estaba prohibido hacer fotos. Vi primero un breve documental que solían proyectar para las visitas de los colegios y después pasé a las salas de la planta inferior. En aquella residencia de piedra de dos plantas había vivido muchos años atrás el fundador de La Perfección con su mujer e hijos. De aquel esplendor apenas quedaba la escalinata central. Ahí, en esa estancia, se había forjado el gran complejo empresarial que ocuparía durante todo el siglo XX el centro de la localidad, ahora convertido casi en su práctica totalidad en un solar. Cuanto más me adentraba en los entresijos de aquella familia, más me interesaba la causa de su desaparición.

Después de recorrer la primera sala con una fascinante colección de instrumentos de navegación, documentos y libros antiguos, objetos curiosos y maquetas de barcos históricos, giré a mano izquierda sin saber lo que me esperaba y, de repente, entré en otra

sala de menores dimensiones donde se veía una exposición dedicada a la caza de la ballena. Sin duda, suponía lo más interesante para mi investigación, el reportaje en el que estaba inmersa, pero al ver las inmensas fotografías cubriendo las paredes de aquellos cetáceos destrozados, troceados como si fueran seres humanos asesinados, salí estupefacta y mareada del recinto, con ganas de vomitar. De pronto, sentí mi cuerpo temblar, mi sensibilidad a flor de piel no me permitía estar allí ni un minuto más, no podía soportarlo. «¡Dios mío! ¡Dios mío! —me dije para mis adentros—. ¡Cómo se llegó a permitir esto! ¡Con lo bellas que eran!».

Salí corriendo, confiando en que Tomé me llevara de vuelta a Marín sin mayor dilación. Me vio un poco alterada e intentó tranquilizarme. Le conté entonces que estaba investigando para escribir un reportaje sobre la industria conservera y las ballenas y que al ver las imágenes del museo me había mareado. Fue cuando empecé a explicarle que me interesaba especialmente la antigua fábrica de La Perfección, la primera gran factoría de la familia Massip y en la que la mitad de la población femenina de la comarca había trabajado.

Ese hombre, algo más joven que yo, me contó que, casualmente, su abuela había sido una de esas trabajadoras y que todavía vivía, así que sin consultarlo conmigo ni esperar mi respuesta la llamó y puso el móvil en manos libres.

Se llamaba Lida, el nombre abreviado y heredado de su madre, Crisálida. Seguía la costumbre de la zona de acortar, modificar o poner mote a todo el mundo. Aquella mujer estaba a punto de cumplir noventa años.

—Dime, *filliño* —le contestó con dulzura a su nieto.

51
El cuaderno de hule

Marín, octubre de 2019

Lida aún mantenía una buena memoria pese a su avanzada edad. Permitió que su nieto me acercara a su casa de modo que pudiera conocerla personalmente, aunque ella se mostraba segura de que tampoco iba a ofrecerme una información especial sobre lo que había ocurrido en el pueblo de al lado, en Marín, con aquellos balleneros de los Massip. Al llegar nos agasajó con un vasito de agua fresca y un suculento queso, que bebí y comí como si fueran un auténtico reconstituyente.

No solo su madre había trabajado en La Perfección de Bueu, la primera fábrica de los Massip, sino que ella misma, muchos años después, había seguido la tradición familiar incorporándose a la factoría de Cangas. Al ver mi interés por el sector de la conserva y el mundo de los balleneros, sacó de la alacena un cuaderno muy antiguo, manoseado, con tapas de hule negro, como los que le gustaban a mi profesora de matemáticas de la EGB, doña Encarna.

Parecía una especie de diario donde alguien había apuntado absolutamente todo lo que parecía tener relevancia de aquellos años en los que las plantas del Morrazo se encontraban a pleno rendimiento. A medida que se iba acordando de algún acontecimiento, lo iba consultando para cerciorarse de algún dato del relato que había empezado a contar, y que yo iba grabando en

mi móvil con su permiso. Mientras la escuchaba, me confesó que, de alguna manera, al leerlo retornaba a su niñez, recordando el corrillo que su madre y sus amigas formaban para hablar y charlar de épocas pasadas.

En las últimas hojas cuadriculadas del cuaderno y a modo de recordatorio se explicaba con pelos y señales cómo los Massip habían construido la primera Perfección en Bueu, contigua a la casa señorial de la familia y al Almacén del Rey, que todavía podía visitarse. Además, me detalló cómo contrataron a su madre, que fue una de las primeras trabajadoras de la salazonera, y que después pasó a la conservera con el cargo de oficial de primera cuando inauguraron La Perfección en 1926. De todo aquello pronto se cumpliría un siglo.

Al final del cuaderno, según me enseñó, sin dejarme que yo lo cogiera, había apuntados algunos datos relevantes: la fecha de la ceremonia de apertura de la primera fábrica o el nombre de alguno de los asistentes, entre los que se citaba a personalidades ilustres de la sociedad bueuense del momento, la mayoría descendientes directos de los pioneros catalanes y los principales números de la empresa. Con orgullo, me señaló que su madre y el resto de sus compañeras siempre habían mostrado un gran sentido de pertenencia a esa compañía, que incluso había visitado el propio rey Alfonso XIII. En el fondo, la plantilla entera se sentía fuertemente vinculada y en deuda con la familia Massip, que tanto bienestar económico les había proporcionado.

Al escucharla, sentí que el cielo me volvía a bendecir con ese encuentro casual. Empezaba a creer que aquella pirueta del destino ya estaba escrita en mi futuro. Mi investigación empezaba a ser más prolífica de lo que en un principio había pensado. Fuera producto de la casualidad o no, escuchar a aquella mujer supuso para mí un acercamiento a esa parte del legado que el pueblo gallego no debía olvidar. De hecho, la edad de Lida se acercaba bastante a la que habría tenido mi madre si hubiera estado viva, un poco mayor si acaso, así que seguí prestando atención a sus palabras como quien encuentra un tesoro sonoro. Con sus anécdotas obtuve el mejor

testimonio para aprender cómo se había forjado y desvanecido un imperio.

Me relató que los Massip se habían convertido en los mayores magnates de la industria conservera no solo de Bueu y de toda aquella comarca, sino del resto de España y hasta del mundo gracias al esmerado trato que brindaban a las trabajadoras y a creer en ellos mismos, en sus posibilidades. Además de la casa solariega, ahora convertida en museo, a espaldas de la casa consistorial de Bueu, la familia había construido un imponente edificio cercano a las oficinas centrales de Hermanos Massip en Vigo en el que pasaban gran parte del año, mientras que durante el verano preferían ocupar la gran finca que poseían en la playa de Lagos, cercana a la población de Beluso. Se trataba de una propiedad blindada, llena de alarmas y perros para evitar el paso de personas no deseables.

Cuando doña Lida contó lo de los perros, mi memoria se remontó a un suceso ocurrido en mi infancia que me dejó impactada: me acordé del día que escuchamos los gritos de un niño, entre ladridos, desde el jardín de la casita de mi tía Dolors en la playa de Lagos, que estaba muy cerca de la residencia de verano de los Massip. Uno de los mastines de la finca se había soltado y abalanzado sobre uno de los pequeños de la familia. No me había acordado hasta entonces de que, durante todos los veranos de la infancia, fuimos vecinos de los ilustres Massip, que se alojaban en esa enorme residencia veraniega. Se lo conté a Lida, y luego ella prosiguió:

—Sí, ya son pocos los Massip que viven por aquí, apenas un puñado de descendientes. La mayoría volvió a Cataluña, a Blanes, Gerona, a sus raíces, y el resto se desperdigaron por la península del Morrazo.

Lida añadió entonces que, al poco tiempo de cerrar la primera fábrica, la segunda que quedaba en pie, la del Salgueirón en Cangas, aquel magnífico edificio acristalado que había podido contemplar unas horas antes, había dejado de funcionar por disputas sindicales con la propiedad y se había quedado como un vestigio congelado en el tiempo de lo que había llegado a ser en otras épocas, algo parecido a lo ocurrido con la ballenera en Punta Balea.

—A una se le rompe el corazón al observar el Salgueirón tan desangelado, sin trabajadoras, sin ruido. ¡Con lo que fue aquello! ¡Madre mía, siempre con el bullir continuo de gente!

Después me relató cómo era su día a día en La Perfección II, en un ambiente tan ruidoso y alborotado que a veces les resultaba imposible oírse las unas a las otras. Me explicó que, cuando sonaban las estruendosas sirenas anunciando pesca, había que dejarlo todo y salir corriendo al muelle para ayudar en la descarga y evitar que la pesca se echara a perder. Recordaba el alborozo, la alegría, las risas. Recordaba el alborozo, la alegría, las risas. El entusiasmo con el que todas trabajaban, intentando dar lo mejor de sí mismas, contribuyendo a crear una sensación de bienestar y compañerismo.

—Después llegó el primer revés por culpa de la ballenera —se lamentó.

Cada vez me sentía más atraída por la historia. Mencionó que dos años antes de fundarse La Perfección, en 1924, se había creado la Sociedad Ballenera Española, con un primer buque, en Caneliñas, pero que no sería hasta el año 1954 cuando los Massip crearan la gran ballenera de Punta Balea.

—Todo lo que tocaba esa familia se convertía en oro y así ocurrió también con el negocio de las ballenas —añadió.

E incidió en algo que me sorprendió: el aprovechamiento intensivo de cada ejemplar de cetáceo que se cazaba. Se utilizaba todo.

—Eran los *porquiños* del mar —comentó riéndose. Aunque apuntó que el producto más preciado para la empresa siempre fue el aceite.

La carne de ballena solo se preparaba para el comercio con Japón, donde se consideraba un manjar suculento; sin embargo, en el mercado español no tenía demasiada buena acogida. Tal fue la demanda que ella recordaba cómo los Massip tuvieron que llevar a vivir a Cangas a una colonia de maestros japoneses, que enseñaron a los gallegos a preparar los cortes al gusto nipón para mejorar así las exportaciones.

El resto de la historia y del hundimiento de la compañía no hacía falta que lo detallara. Se encontraba bien documentado en Internet, en los periódicos y en los libros conservados en el Museo Massip. Todo se fue al traste con el cambio de la percepción de la caza de la

ballena. De repente, lo que había sido considerado como una actividad heroica empezó a convertirse en una amenaza para el ecosistema marino.

52
El fin de un imperio

Bueu, noviembre de 2019

Después de aquella visita, Lida se despidió mostrándose dispuesta a facilitarme más datos si los necesitaba para terminar el reportaje, y lo cierto es que aquel encuentro me había servido de acicate para indagar más. El atentado de Marín parecía haber sido el último eslabón de una cadena de hechos aciagos que precipitaron el fin de la empresa: primero con la crisis del petróleo en los años setenta, después con la fuerte subida de tipos de interés que aumentó su deuda de manera considerable y, por último, con el batacazo del aceite de colza y la oposición de los ecologistas a la caza ballenera.

Volví a la hemeroteca del *Faro de Vigo* y me documenté profusamente. Tras la subida del precio del petróleo, en 1973, las grandes entidades financieras del momento se habían quedado sin liquidez para poder ofrecer créditos a las empresas o particulares, algo similar a lo que recientemente había ocurrido en España tras la gran crisis financiera con las hipotecas basura. Esta situación generó grandes problemas de efectivo para las compañías más endeudadas, como era el caso de la Sociedad Hermanos Massip, S. A., que empezó a ahogarse al tener que afrontar grandes sumas monetarias con la subida del precio del dinero. Cada alza del tipo de interés suponía un desembolso imposible de afrontar, retrayendo capital

para el negocio puro y duro de las conservas de pescado y el pago de la masa salarial.

La compañía necesitaba una reestructuración profunda, en cuanto a los trabajadores, los procesos y la deuda, si quería sobrevivir. Así, en los años setenta, los tres hermanos Massip iniciaron un cambio sin precedentes. Como primera medida para remontar la sociedad, decidieron externalizar la fabricación de las latas con la empresa Carnaud, así como imponer el método Bedaux, que convertía los tiempos laborales en unidades de trabajo para mejorar de ese modo los procesos productivos. Las mujeres debían obtener cuarenta y ocho puntos con ese sistema si querían tener derecho a su salario completo, frente a los cincuenta y cuatro puntos que se les exigía a los hombres. Pero la medida más drástica que se hubiera necesitado, la reducción de plantilla, no se efectuó.

Ninguno de los hermanos, nietos del fundador, se mostró dispuesto a despedir a las mujeres que tanto habían entregado a la empresa, convirtiéndose en el centro conservero con más carga salarial del sector en España. Ellas se habían dejado las manos limpiando pescado en la fábrica y la empresa no las iba a dejar tiradas, pese a que muchas se enteraron tiempo después de que no habían sido aseguradas todos los años que estuvieron trabajando.

Después sobrevino la fuerte caída de la demanda a causa de la crisis del aceite de colza de los años ochenta, en la que murieron cinco mil personas y veinte mil quedaron con graves secuelas, y que dejó el consumo de las latas de aceite bajo mínimos. El gran miedo que surgió entre la población española provocó que la mayoría de los productos Massip dejaran de consumirse. Los potenciales compradores apartaron de sus alacenas las latas de atún, de sardina y de cualquier producto envasado en aceite, por miedo a que pudiese estar adulterado. Fue el principio del fin.

A ello se sumaron, posteriormente, las nuevas inversiones en embarcaciones y reparaciones de los barcos afectados por los explosivos. La flota ballenera de Cangas había tenido ocho buques, y de ellos, los tres últimos habían sido bombardeados en Marín: el Ibsa I, II y III. Con ellos la compañía había llegado a capturar un total de medio millar de ejemplares, pero después de las explosiones

en el puerto de Marín, el Ibsa II quedó inservible, mientras que hubo que invertir cuarenta y cinco millones de las antiguas pesetas para la reconstrucción del Ibsa I.

Y, pese al coste que supuso repararlo, su vida útil quedó muy limitada cuando en 1985 varios países se unieron para solicitar la interrupción de la caza de la ballena, lo que se concretó en un tratado internacional. En ese momento, la mayoría de los once países balleneros aceptaron la medida con la esperanza de que más adelante remitiera la prohibición. Pero, tras la entrada de España en la Unión Europea en 1986 y la moratoria refrendada por el Parlamento de Galicia el 28 de agosto de 1987, la flota ballenera se extinguió. En 1991, con el fallecimiento de Gabino Massip, a la edad de 91 años, sin una cúpula fuerte, la empresa no tuvo más remedio que presentar la quiebra.

Después de empaparme de todo aquello llamé de nuevo a Lida para ver si me podía dar más detalles de la vida en la fábrica. Había anotado en mi iPad algunas preguntas que quería que me contestara: colza, externalización de Carnaud, productividad, despidos, un mar de dudas que necesitaba que ella me esclareciera. Su madre lo había vivido en sus propias carnes y ella, como hija y también trabajadora, tenía que haber notado la angustia de los tiempos de incertidumbre. Sin duda, sería oro todo lo que me pudiera ir contando.

A ella no le costó invitarme a un café, así que ese mismo día llamé a su nieto Tomé para que me recogiera en su taxi en Marín la tarde del jueves y me volviera a acercar a la casa de su abuela, en una pequeña vivienda de la ladera de Bueu. No había aprendido a conducir y no me iba a poner ahora. Nada más verla, tuve la intuición de que ella me esperaba deseosa de quitarse algún lastre de encima. A lo mejor, por eso había conservado aquel cuaderno.

Nos saludamos amablemente. Mientras nos sentábamos en un pequeño sofá, le fui contando mis avances y mis dudas, a las que ella iba respondiendo, haciendo memoria de lo que se acordaba.

—Lida, ¿podría, por favor, mirar el cuaderno por si anotó algún nombre, alguna compañía u organización, además de los ecologistas que citan en algunos medios, que en aquel momento le pasara

desapercibida y con la que se especulara en ese momento sobre la autoría del atentado? —le pregunté con gran curiosidad.

—¿Quién te ha dicho que lo escribí yo? —me preguntó para mi sorpresa.

—¿No me lo dijo usted? Creí entender que se trataba de su diario. ¿No es así? —pregunté, perpleja.

—No, no. Yo dije que se trataba de un diario, no de mi diario. Yo no lo escribí —añadió, puntillosa.

—Entonces, ¿quién lo escribió? ¿Su madre? —sugerí, asombrada.

—No, no, una amiga de mi madre, Elvira Fandiño —me contestó con rotundidad.

—¡Una amiga!… ¿Y quién era?

—¿Elvira Fandiño? Una mujer del pueblo que se convirtió en la mejor amiga de mi madre, pese a los reveses que tuvo al principio su relación.

—No entiendo… ¿Y por qué tiene su diario? —dije de nuevo, extrañada.

—Porque lo heredé de mi madre y quise conservarlo. Me trae buenos recuerdos. Nunca lo tiré, como te dije, me recuerda a mi infancia.

—Cuénteme más, por favor, acerca de la mujer que lo escribió. ¿Quién era? ¿Qué hacía? A lo mejor ella sí sabía quién había sido el culpable de ese estropicio en el puerto de Marín.

—No creo, pero no tengo inconveniente en contarte su historia, por si puede servirte de ayuda…

»Se trata de una vida muy interesante, larga de contar, pero lo resumiré de la siguiente forma: a Elvira Fandiño y a mi madre las unían lazos familiares, pero apenas tenían trato por disputas de tierras. Aunque eran compañeras en La Perfección, tampoco allí tuvieron buena relación, hasta que un día ocurrió algo que provocó que ambas se distanciaran por completo y que Elvira Fandiño cogiera las maletas y se marchara a Uruguay.

»El asunto tuvo que ver con los celos y envidias en el trabajo. Mi madre, dejándose llevar por la manipulación y los engaños de una subordinada, una tal Maruxa, un mal bicho, permitió que esta llevara a cabo una fechoría para inculpar a su pobre prima del desaguisado.

Parece ser que Elvira había asumido de manera provisional el control de la temperatura de ebullición del autoclave en sustitución del encargado, que no había acudido por enfermedad. Entonces, Maruxa, sin que ella se diera cuenta, modificó los parámetros para jugársela. ¡Le cayó una reprimenda de órdago y la desconfianza del superior! ¡A punto estuvo de provocar una intoxicación que hubiera puesto en jaque el buen nombre de la empresa! Y solo porque mi madre y la tal Maruxa estaban rabiosas del aprecio que el jefe le tenía a Elvira… Un asunto muy feo.

»Al principio, mi madre le había seguido el juego a Maruxa porque le había dolido en su amor propio que los jefes hubieran elegido a Elvira y no a ella para ese reemplazo, pero luego empezó a arrepentirse al observar que la ira y el odio de Maruxa empezaban a volcarse también contra ella. Por la fábrica se empezaba a especular con que, si Crisálida no le paraba pronto los pies a Maruxa, esta treparía hasta convertirse en la superior de la sección de eviscerado.

»Después de aquello, Fandiño quiso poner distancia con aquellos seres maliciosos, por salud y por dinero, y se marchó a hacer las Américas. Sin embargo, la vida volvió a unir a mi madre y a Elvira cuando esta volvió a España para asumir un puesto de responsabilidad en la ballenera. Mi madre, arrepentida, mudó su comportamiento hacia su prima lejana. Según creí oír en una de aquellas tardes de confidencias, cuando ya había retornado Fandiño, algo importante las unió para siempre. No sé exactamente el qué. No me lo contó y tampoco aparece en el diario, y eso que lo he leído unas cuantas veces, pero nunca he logrado descifrar qué fue lo que pasó entre ellas para que se convirtieran en inseparables. El caso es que aquel suceso hizo que se mantuvieran unidas hasta la muerte.

»¡Aún me parece que las estoy viendo, riéndose juntas en esta misma casa, cuando ambas sobrepasaban los setenta años! Al fallecer *miña nai* y recoger todos sus enseres, me encontré con el diario de Elvira Fandiño y una carta en la que esta le pedía a mi madre que lo guardara con mucho celo, como el testimonio de todo lo que habían vivido. Me pareció un recuerdo precioso. Estaba escrito como un cuento, así que lo conservé.

—Hizo bien. Si lo ha leído, entonces no le resultará complicado decirme si existe o no alguna evidencia de quién pudo haber causado ese desastre en el puerto de Marín —le pregunté de nuevo con algo más de insistencia—. A lo mejor entre sus páginas se esconde alguna pista, algún nombre.

—Nada de eso, se lo aseguro, no hay nada. Ahí solo hay tonterías, vivencias, experiencias. Ningún dato que le pueda interesar para su investigación —dijo, convencida, intentando apartar mi interés.

Tras esa conversación, mi decepción fue absoluta. Esperaba algo, no sé, alguna pista. Un indicio. Sabía perfectamente que no me iba a encontrar con el nombre del ejecutor de las deflagraciones, pero a lo mejor existía una idea, alguna posibilidad, un hilo de donde tirar. Una fecha. Sin embargo, Lida se había manifestado rotunda. Estaba segura de que allí no había nada, así que me miró de frente y volvió a poner el cuaderno en la alacena sin inmutarse. A pesar de su amabilidad, preservaría su contenido de cualquier extraño con una excesiva dosis de curiosidad, incluso de mí misma.

No obstante, aquel «nada» me sonó igual de vacío que las excusas y silencios de mi pobre madre en mi infancia cuando evitaba que indagara sobre los Carballo. Ocultaba algo importante, eso sin duda. Ya nadie me podía engañar, quizá en mi niñez sí, pero ahora que ya había cumplido el medio siglo resultaba muy difícil mentirme u ocultarme información trascendental. No había disimulo capaz de evitar que siguiera buscando. Había perdido gran parte de mi inocencia y me había convertido por aquel entonces en una experta en la interpretación de los silencios.

Me pareció que aquella buena mujer presentía que el cuaderno escondía un secreto, quizá fuera verdad que ella no sabía dónde, pero imaginé que en su día había prometido a su madre no desvelar nada de lo que allí estaba escrito por si alguien sabía armar las piezas del puzle. ¿Por qué? Ni idea. La respuesta, a buen seguro, se hallaba dentro de ese cuaderno, pero tendría que buscar por otro lado.

53
El Guardián de las Ballenas

Marín, diciembre de 2019

Me centré entonces en los ecologistas que citaban los artículos y que, según las informaciones, habían sido liderados por un tal Peter Holmes, uno de los cofundadores de los Green, que vivía ahora en Bath, en el sudoeste de Inglaterra, apartado de la organización que él mismo había creado. Siempre con el objetivo de la salvación de los cetáceos, había abandonado el activismo directo para pasar a la política, con métodos mucho más democráticos. Desde entonces, Holmes se había dedicado en cuerpo y alma a luchar ante las instituciones europeas y mundiales para garantizar la supervivencia de los grandes mamíferos de los océanos.

Atrás quedaba la etapa de juventud, mucho más guerrera y reivindicativa, que tuvo su culmen en 1978 cuando compró un buque al que llamó El Guardián de las Ballenas, con el que pasó a la batalla campal en alta mar con la intención de proteger la vida marina salvaje. Tras un año surcando los mares, El Guardián de las Ballenas persiguió y embistió en aguas portuguesas al ballenero chipriota Montaña.

Esta acción supuso su punto final: el buque de Holmes fue apresado por la armada lusa y, antes de que fuera entregado a la Montaña Trading Company en compensación por la pérdida sufrida, el capitán tomó una decisión drástica y sin precedentes que pasó a

la posteridad en la historia del movimiento ecologista: con todo su pesar decidió hundir su viejo arrastrero, considerado en aquella época la insignia de los piratas ecologistas, poniendo fin a sus aventuras y hazañas por los océanos del mundo.

A partir de este hecho, Holmes se retiró en Bath para participar de un modo más pacífico, pero su obra siguió adelante con otros activistas que utilizaban flotas pintadas con motivos de camuflaje azul océano. Muchos de esos ecologistas siguieron ligados a la acción directa, pero nadie sabe si fueron ellos u otros quienes ejecutaron las deflagraciones en el puerto de Marín. Quien lo llevó a cabo fue tan inteligente que no dejó ningún rastro, ni una sola pista, y supo desvanecerse como si se lo hubiera tragado la misma ría. Todo resultaba muy misterioso.

Podría ser cierto o no que las órdenes hubiesen llegado de aquel combativo ecologista o de algún otro miembro de los Green, pero, sin duda, alguien tenía que haberlo planificado y ejecutado al detalle, porque las explosiones habían tenido lugar cuando la tripulación no se hallaba a bordo. ¿Quién había sido? ¿Cómo lo habían hecho? ¿Detonar una bomba y, una hora después, la otra, sin ser descubiertos? ¿Cómo pudo ser que el caso quedara sin resolver para la justicia gallega? Demasiadas preguntas sin respuestas, así que decidí investigar e inaugurar mi nuevo periódico digital con lo que fuera descubriendo.

Tenía casi cuatro meses, los que faltaban hasta la fecha que me había marcado para el lanzamiento de *Diario Marín,* para saber qué escondía todo aquello y por qué ese hecho había afectado de una manera tan agresiva al conglomerado empresarial de los Massip, provocando casi su desaparición. Empecé a estudiar el perfil de Peter Holmes y a plantearme la posibilidad de ir a Bath, una de mis ciudades preferidas de Gran Bretaña, por el pasado que la unía a mi escritora favorita, Jane Austen.

Localicé su teléfono sin dificultad y le llamé.

—Could I speak to Mr. Holmes, please?

54
Bath

Bath, enero de 2020

Después de una pequeña charla amistosa por teléfono, aquel ecologista de avanzada edad accedió sin problema a ser entrevistado de manera presencial, así que no me lo pensé. Llegué a Bath en tren tras aterrizar en el aeropuerto de Bristol. Desde su refugio en la ciudad, famosa por sus termas romanas, había prometido contarme lo que supiera, aunque él mismo pensaba que ninguno de sus recuerdos conseguiría esclarecer mis dudas. A mí me bastaba cualquier pista, el más mínimo detalle, para seguir investigando.

En esos momentos, empezaba a llegar a España la noticia de una extraña enfermedad respiratoria en China, por la ingesta, decían, de un animal exótico y pequeño, el pangolín, del que yo ni siquiera había oído hablar. No me asusté demasiado, porque ni había comido nunca un bicho tan raro ni había viajado jamás a un país asiático, así que cogí mi maleta y me dispuse a pasar un fin de semana en una de mis ciudades británicas preferidas.

Quedé el último domingo de enero con el señor Holmes en el número 1 de Royal Crescent, para conversar tranquilamente en un ambiente relajado. Dar una vuelta por esta típica casa museo georgiana era uno de mis *hobbies* preferidos desde mis tiempos de juventud cuando, después de conocer por primera vez a mi tía

Paritxu y a mis primos británicos, dediqué muchos veranos a perfeccionar mi inglés en la Universidad de Bath.

Mientras íbamos paseando por las habitaciones decoradas al estilo dieciochesco, observando sus maravillosas vistas al jardín y sus espectaculares salas, Peter Holmes me iba contando sus hazañas de juventud para evitar el exterminio de los cetáceos. Cómo había comprado El Guardián de las Ballenas y surcado los océanos para salvaguardar su supervivencia. Cuando ya habíamos recorrido todo el interior de la casa, decidimos sentarnos a degustar un café y unos canapés en una cafetería cercana.

Holmes se sentía embriagado por el tiempo pasado, por la gente que había conocido durante esa etapa y por todo lo conseguido para que muchos países europeos, entre ellos España, dejaran la caza de los grandes mamíferos de los océanos, aun a costa de la supervivencia de las grandes industrias pesqueras, como suponía el caso de los Massip y sus fábricas.

Ahí fue cuando introduje el asunto de los atentados ocurridos en abril de 1980 en Marín. Holmes se quedó callado. Sabía perfectamente de lo que le estaba hablando. Había pasado mucho tiempo de aquello y me aseguró que él jamás había participado. Por mucho que la justicia gallega hubiera querido orientar el caso en torno a su figura, me insistió en que no había tenido nada que ver. Parecía sincero en sus declaraciones, pero yo había llegado a una fase en mi vida en que no solo me bastaba la intuición, sino que necesitaba algo más.

—No me cree, ¿verdad? —dijo en un español rudimentario mirándome a los ojos—. Piensa que participé, que estoy implicado. ¿No es así?

—Bueno, eso no lo puedo saber, pero sí me gustaría entender por qué la justicia gallega se fijó en su persona, porque todos los periódicos de entonces hablaban de usted. Algo debió de haber, ¿no?, para rondarle de esa manera. A lo mejor si me lo explica y se sincera del todo conmigo, lo puedo llegar a entender.

Entonces, cabizbajo, decidió contarme de un modo transparente a qué se debió el interés de los jueces gallegos. Ahí comenzó de

nuevo su relato, ahora sí, mucho más franco y en inglés, por supuesto…

—Salvar a las ballenas suponía para mí el sentido de mi vida. Desde niño, después de leer *Moby Dick,* la novela de Herman Melville, y las historias del barco ballenero Pequod con su tripulación, el capitán Ahab, Ismael y el arponero Queequeg, solo quería salvar ballenas y cachalotes de las garras del ser humano. Que, por cierto, no sé si lo sabrá, pero se trata de dos especies distintas, más pequeño el cachalote, no superior a 20 metros, mientras que las ballenas pueden alcanzar los 30 metros de longitud y pesar hasta 180 toneladas.

»Desde siempre este ha sido mi *leitmotiv.* A eso he dedicado mi vida, mis esfuerzos, mi ilusión. Sin embargo, al principio nos costó muchísimo concienciar a la sociedad. Algo que ahora se ve como natural, y pocos países se cuestionan, en aquellos momentos suponía una línea de negocio adicional para muchas compañías con muchísimos empleos y generadoras de riqueza, entre ellas, los Massip.

»Por eso, presionamos para que abandonaran esta actividad, porque además en España nadie comía carne de ballena. La mayor parte de la carne se envasaba para el mercado japonés, así que no nos pareció que estuviéramos pidiendo demasiado, pero no nos hicieron ningún caso. Ante tal reticencia, muchos de los compañeros se mostraron a favor de la lucha armada y empezaron a contactar con personas con conciencia ecológica y social no fichadas dispuestas a realizar el trabajo sucio.

»En aquella época, los tupamaros uruguayos estaban librando su propia batalla contra la dictadura establecida en Uruguay y muchos necesitaban esconderse para no ser encarcelados. La mayoría sabía que debían estar calladitos porque pronto se instauraría la democracia, como así ocurrió el 1 de marzo de 1985.

»Estos guerrilleros uruguayos entendieron la necesidad de respetar a los animales de los océanos y se unieron a la causa de los compañeros ecologistas más combativos. En suma, pidieron cobijo y se lo dieron. De esa manera, crearon una especie de alianza no escrita entre unos y otros. A mí me sorprendió el asunto en pleno

Atlántico, en el momento en el que los portugueses iban a apresar El Guardián de las Ballenas, así que tomé la opción de no continuar con el activismo y hundí mi propio buque para que no fuera utilizado para cazar ballenas. Es lo más terrorista que he hecho en mi vida.

»Como utilicé explosivos para hundir mi barco, me imagino que los gallegos relacionaron una cosa con la otra y pensaron que aquella actuación me dejaba al descubierto. Tampoco tenían ningún otro hilo del que tirar. Pero le aseguro, Lúa, que yo no tuve nada que ver. Tampoco encontraron nada con lo que involucrarme: durante esos días, ya sabe, me encontraba a bordo de mi propio buque y esa fue mi coartada. No tuvieron la misma suerte algunos de los tupamaros que estaban aliados con los Green y a los que pusieron en busca y captura para poder interrogarlos y comprobar hasta qué punto habían estado implicados en lo de las bombas de Marín, pero en esa época no existía un tratado de extradición entre España y Uruguay, y luego, cuando se firmó años después, tampoco se realizó una búsqueda intensiva. Creo que esto nunca llegó a trascender, y es todo lo que le puedo contar.

Al narrármelo de ese modo, me sorprendió y, por alguna razón, le creí a pies juntillas. Me parecía todo verosímil, así que, pese a mi innata incredulidad, decidí confiar en él, no sin antes alertarme por la tremenda coincidencia: otra vez salían a la palestra los tupamaros uruguayos, esos combatientes que habían luchado para dar al pueblo llano lo que ellos creían que les había sido arrebatado y que habían resultado cruciales para derrocar la dictadura en Uruguay. Al final, hasta llegaron a imponer un presidente de esa facción, muy valorado por todo el entorno internacional.

Armándome de valor, le pregunté a Holmes si alguno de aquellos guerrilleros podría haber colaborado en el atentado de Marín. No me parecía tan descabellado, después de que los ecologistas los hubieran cobijado en sus peores momentos, cuando más represaliados estaban. Esperé su respuesta para confirmar lo que ya empezaba a intuir.

55
El pasado de Inda

Bath, enero de 2020

Miré de frente a Peter Holmes. Necesitaba una respuesta veraz, nada de rodeos. Mi cerebro ya se había puesto a funcionar, me pedía que indagara, que ahondara más, aunque ello supusiera sumirme en el dolor de recobrar la conciencia de mis años de matrimonio con Lucio. En el fondo de mi ser suponía que tantas coincidencias y casualidades no podían ser solamente fruto del destino ni del azar, sino más bien la consecuencia de una estrategia planificada y ejecutada, sin mi conocimiento, aprovechando mi ingenuidad, incapaz de enterarme de nada, velada por la confianza y el amor. Entonces decidí poner mis cinco sentidos en atender a su discurso y todo mi arrojo en preguntarle:

—¿Pudo ser que en los atentados de Marín participara alguno de esos tupamaros uruguayos? —incidí para ratificar mis sospechas.

—No estoy seguro. En ese momento fue cuando decidí retirarme a Bath y alejarme de todas las reivindicaciones ecologistas radicales. Me vine aquí a pasar los últimos años de mi vida y dejé de tener contacto con los Green. De hecho, me salí de la organización y ya no sé qué pasó ni cómo evolucionó. Le prometo que le he contado todo lo que sé —añadió mirándome fijamente a la cara.

—¿Y se acuerda de algún nombre de aquellos tupamaros que se unieran a la causa de los Green, algún contacto con el que hubiera

tenido algo de relación antes de marcharse de la organización? —le pregunté, ansiosa, intuyendo su respuesta.

Mi piel me estaba avisando de que su contestación no me iba a gustar. Le dejé continuar. Necesitaba que me confirmara lo que empezaba a vislumbrar para comprobar hasta qué punto había sido una ingenua. Cómo no había caído antes en el hecho de que mi matrimonio se había constituido en base a una patraña, una treta, una mentira, para conseguir determinados objetivos. Seguí escuchando.

—En realidad, Lúa, solo tenía contacto con un tal Inda. —Al decir aquel nombre, mis neuronas se paralizaron.

—¿Cómo? Repita de nuevo. ¿Inda? ¿Podría ser Indalecio Gómez? —dije, añadiendo el nombre completo.

—Sí, creo que esa era la denominación exacta, apellido incluido, aunque nosotros solo nos referíamos a él como Inda. Aquel hombre era mitad español, mitad uruguayo, con raíces gallegas, por lo que resultaba perfecto para realizar cualquier actuación en Europa. Conocía bien el terreno por donde se movía, pero desconozco si tuvo alguna implicación en el atentado de Marín.

—¡Lo sabía! —ratifiqué de modo airado.

Peter Holmes me escuchó sin entender a qué me estaba refiriendo. Contempló mi abatimiento y se dio cuenta de que algo me unía con aquel hispanouruguayo. Aquel tupamaro era el padre de Lucio, mi exsuegro, al que todos llamaban Inda, pero cuyo nombre completo era Indalecio Gómez. Nunca había viajado a Galicia o eso me había comentado aquella vez que viajé a Montevideo para conocer a la familia de Lucio y estuvimos hablando sobre mis parientes en Latinoamérica. Quizá solo pretendiera despistarme, evitar que siguiera preguntando, indagando. ¿Con qué objetivo? No tenía ni idea, pero estaba claro que cuando Lucio mencionó Marín, sin haberle yo nunca hablado de mi pueblo, noté que necesitaba constatar algo.

Me pregunté si mi exmarido me habría buscado para llevar a cabo sus planes o habría aparecido en sus vidas de manera casual. Cierto era que Óscar había sido mi becario en la editorial y quien le había facilitado mi teléfono a Lucio. Ambos se conocerían de las ruedas de

prensa en Montevideo, donde la mayoría de los medios uruguayos coincidían a diario. A buen seguro que, antes de entablar conversación conmigo, Lucio le habría comentado que llevaba años trabajando en el conflicto de la papelera de Bentos y sería entonces cuando Óscar recordaría su etapa de pasantía en España y cómo yo solía echar pestes del olor que había en Marín a causa de otra pastera. Quizá eso motivó su interés por entablar relación conmigo.

Luego recordé otra cosa que Lucio jamás llegó a aclararme y que durante la conversación con Holmes empecé a entender. ¿Podría ser ese cobijo que había mencionado Peter, esa alianza no escrita entre ambientalistas y tupamaros, la que salvó a muchos de ser represaliados en los momentos más duros de la dictadura militar uruguaya a cambio de realizar «favores» en pro de la causa ballenera? ¿Se trataría de la deuda pendiente de la que siempre hablaban? De ser así, esto explicaría la sospecha de la policía española y el hecho de que, muchos años después, los ecologistas claudicaran permitiendo la implantación de la contaminante pastera de Bentos en Uruguay cuando el Frente Amplio llegó al poder, pagando un alto precio por haberlos sacrificado.

Dentro de mí, albergaba demasiadas preguntas por resolver. Al verme tan azorada, con la verdad de mi vida enturbiando mi mirada, Holmes se dio cuenta de que había dicho un nombre clave para entender no solo el atentado, sino algún episodio significativo de mi propia vida, de mi pasado, así que quiso contarme algo más, por si podía serme de ayuda.

—Conoce a Inda, ¿verdad, Lúa? —me preguntó—. Estuvo mucho tiempo en busca y captura. Hablé con su hijo hace bastantes años; quería averiguar si yo sabía algo de una posible reapertura del caso por parte de la justicia gallega, por si habían aparecido nuevos indicios que permitieran levantar el sobreseimiento provisional.

—¿En busca y captura?

—La policía, según entendí, pensaba que Inda podría haber participado como informador; su pertenencia al movimiento tupamaro y la nacionalidad española reforzaban esas sospechas, pero no hubo manera de demostrarlo. Sin embargo, no había rastro de él en hoteles ni en aeropuertos… Desconocían cómo había podido

llegar a Marín. No había ninguna prueba de que hubiera estado en este pueblo. Entre eso y que todavía no existía tratado de extradición, dejaron de investigar. Le conoce, ¿verdad?

—Sí, claro que le conocí. Era mi exsuegro. Falleció recientemente. Para eso sirve Facebook —respondí—. Uno se entera de quién sigue vivo y quién no. —No se lo iba a contar, porque pensé que no despejaba nada, pero, dadas las circunstancias, no me importaba confesarlo.

—Pues entonces fue su exmarido el que contactó una vez conmigo, hace algunos años ya.

—Seguramente… ¿Qué recuerda de aquello? —le pregunté.

Peter Holmes realizó un gran esfuerzo por acordarse, hasta que de pronto se dio cuenta de que había intercambiado un par de mensajes por *email* con Lucio antes de la llamada. Estaban en la carpeta de archivados y los podía consultar en su móvil. No solía borrar nada, y al final de toda la lista se encontraba el nombre de Lucio. Miró la fecha y me dijo que el contacto había tenido lugar nueve años atrás.

—Junio de 2011 —señaló de manera contundente mostrándome en la pantalla de su móvil el mensaje escrito en inglés—. Me pedía que le llamara en cuanto pudiera.

—¿Y le llamó?

—Sí, sí, por supuesto. Me había comprometido; sin embargo, cuando efectué la llamada algo debió de ocurrir que impidió nuestra conversación. Se escuchaba una discusión entre un hombre y una mujer y, acto seguido, me colgó. Entonces ya no lo intenté más. Le expliqué por correo electrónico que no sabía nada más de cómo estaba el asunto de su padre en España y simplemente me lo agradeció.

Con esos datos ya no me hizo falta mucho más. Sabía a qué día se refería. Sin esfuerzo, recordé la mañana en la que el sonido de un tono de móvil, identificado con el nombre de «Papá», había irrumpido en nuestra casa de Madrid mientras se estaba duchando. Creyendo que se trataba efectivamente de su padre, lo cogí de manera inocente, pero Lucio salió de la bañera de un salto y, hecho una fiera, me arrancó brutalmente el teléfono de la mano.

Retorciéndome primero el brazo y luego lanzándose sobre mí encima de la cama, casi asfixiándome, para que lo soltara.

Recuerdo que, en ese momento, su fuerza me pareció desmedida, nunca entendí a qué vino todo ese despliegue para que soltara el teléfono. Luego vino nuestra discusión, el enfado, su falta de confianza, todo coincidía. Evidentemente, aquella llamada no venía de mi exsuegro, sino de Peter Holmes.

—¡Claro! Por eso Lucio no quería que yo contestara esa llamada —le dije—. Identificó su teléfono con el nombre de «Papá» para despistarme, pero le agregó un tono diferente para detectar cuándo llamaba usted y cuándo su padre. ¡Qué listo! Por eso, al escucharlo, saltó de la ducha sabiendo de quién se trataba y yo no entendí qué le causaba tanta ofuscación.

—¿A dónde quiere llegar, Lúa? —me preguntó Holmes.

—No lo sé, quizá Lucio pensó que si contestaba yo a esa llamada iba a abrir la caja de los truenos, a descubrir algo que no me iba a gustar nada. ¿El qué? No lo sé.

Tras aquel viaje a Bath, al menos había descubierto algo incuestionable: el interés real respecto a nuestro matrimonio, su insistencia por hablar conmigo durante los primeros momentos, por mantener una conversación casi diaria, por infiltrarse en mi vida, aunque fuera por teléfono, su embaucamiento hasta enamorarme para provocar que cayera en sus redes, su llegada a España. Todo cobraba sentido.

Nuestra boda, los continuos viajes a Galicia para aportar la documentación al enlace, coger, recoger, arreglar el libro de familia en los juzgados, en suma, meras excusas para enterarse de si se archivaba o no definitivamente la causa de los atentados de Marín. Hasta nuestro propio retoño, que gracias a Dios no quiso nacer, me parecía ahora más fruto de una estrategia endemoniada para continuar ligado a España y descubrir lo que pudiera ir ocurriendo en los juzgados gallegos.

De repente, descubrí sus retorcidas y escabrosas intenciones, fruto de un alma insana, a la que no le había importado dejar un corazón destrozado ni la ilusión de una vida hecha añicos. Sin el más mínimo poso de bondad y compasión. Después de ese despertar,

tenía que llegar a Marín cuanto antes. En un cajón había dejado las últimas pertenencias de Lucio y nuestro libro de familia para iniciar el divorcio. Ahora, sin embargo, necesitaba comprobar su contenido. Ya me había cerciorado de que era posible que se hubiera casado conmigo con una intención diferente al amor: investigar la involucración de su padre en el atentado de Marín.

56
La pandemia

Marín, marzo de 2020

Llegué al piso de Marín y me fui directa a los papeles de Lucio que yo había dejado guardados en un cajón de la habitación. Allí estaba nuestro libro de familia, antiguas acreditaciones de prensa, su antigua BlackBerry que había cambiado por un iPhone de última generación, y varios documentos sin demasiada importancia. Recordé ese fogonazo que tuve el primer día que le conocí en persona y me mostró su pasaporte de forma insistente para que comprobara que realmente estaba divorciado. No casado ni separado, sino totalmente desligado de su mujer.

Es verdad que, en ese momento, no me detuve en nada más. Me daba vergüenza seguir escudriñando en su documento identificativo, pero llegué a registrar un nombre ligeramente distinto al que utilizó para presentarse. En aquel instante no le otorgué demasiada importancia. Como nuestra boda había sido organizada por él al completo porque yo, por motivos de trabajo, carecía de tiempo para encargarme de nada, nunca me había fijado en los papeles que nos iban solicitando las instituciones, ayuntamientos y juzgados. No había reparado en su verdadero nombre.

Lucio había realizado cada uno de los trámites necesarios para el casamiento civil sin mi ayuda. Todo lo había dejado, con absoluta confianza, en sus manos. Aunque ya intuía lo que me iba a

encontrar en aquel cajón, no dejó de ser una sorpresa enterarme en ese momento de que en el libro aparecía inscrito con su nombre íntegro, Indalecio Gómez, el mismo que su padre.

Así me cercioré de que Lucio se llamaba en realidad igual que su padre, Indalecio. De ahí las paradas en las fronteras para efectuar las comprobaciones pertinentes en los aeropuertos que tanto me sorprendían. Esas retenciones imprevistas en el control. Tal y como me había imaginado en Bath, lo de Lucio suponía una invención para intentar pasar desapercibido. Solo cuando se cercioraban, tras una primera alarma, de que el número de pasaporte y el segundo apellido eran diferentes al de su progenitor, en busca y captura según me había confirmado Peter Holmes, lo dejaban en libertad.

Mi vida marital había sustentado todo aquello. Nadie tiene una bola de cristal para conocer la verdadera esencia de las personas que forman parte de la más estricta intimidad. No sabemos si lo que nos contaron al conocerlas era cierto o se lo inventaron. Ignoramos su pasado y hasta sus verdaderos sentimientos. Nada hay que haga diferenciar la apariencia de la realidad. No podemos ir por la vida desconfiando de todo y de todos, poniendo en duda cualquier confidencia, analizando cada gesto o movimiento. Intuyendo consecuencias que aún no se han dado. Cualquiera puede ser una persona diferente. Aparecer como los seres más angelicales sin mostrar el lado más oscuro. La autenticidad no está garantizada, ni siquiera representa, hoy en día, un valor. La falsedad campea a sus anchas. Pensé en mi exmarido.

Durante aquel mes de marzo de 2020, mientras preparaba mi reportaje de investigación, todo cambió de manera abrupta e inesperada con el COVID-19. De repente sobrevino una pandemia de consecuencias mortales. El Gobierno decretó el estado de alarma, impidiendo a la gente salir de sus casas o viajar. Los desplazamientos por carreteras nacionales y autopistas, por avión y tren, quedaron interrumpidos. Con la irrupción del virus SARS-CoV-2 millones de comercios, bares, industrias, oficinas, hoteles y organismos públicos de todo el mundo tuvieron que cerrar sus puertas. Solo se mantuvieron aquellos que cubrían aspectos de

primera necesidad, como la alimentación o las empresas de energía, telefonía, gasolineras.

La mayoría del tejido empresarial se vio abocado a suspender su actividad y dejar a su personal en una especie de limbo a la espera de que la situación mejorase. Se trataba de los llamados expedientes de regulación temporal de empleo, los ERTE por sus siglas, un instrumento que el Gobierno había relanzado para evitar los despidos masivos, al que podían acogerse las compañías que justificaran drásticas caídas de la facturación para quedarse exentas del pago de las cuotas a la Seguridad Social a la par que el Gobierno pagaba el paro de los afectados hasta la reincorporación. Igual que el que me afectó a mí en su día en la editorial.

Mi investigación tendría que limitarse a lo que hubiera podido recopilar hasta ese momento, así que decidí empezar a elaborar la primera portada que se publicaría en el mes de abril sobre el cuarenta aniversario de las bombas en el puerto de Marín con la exclusiva de la entrevista de Peter Holmes en la que, por primera vez desde los años ochenta, el ecologista salía al paso de las acusaciones vertidas sobre su implicación en el atentado de Marín y confirmaba la relación que había existido entre los Green y la escisión más revolucionaria de los tupamaros uruguayos. Resultaba algo desconocido para el gran público, un secreto que la policía había mantenido oculto para no levantar sospechas.

Pocos se acordaban ya de esos atentados y menos aún había interés por encontrar a los culpables del hundimiento de los buques, así que de alguna manera la edición de *Diario Marín* pondría de nuevo sobre la mesa un asunto que los marinenses y autoridades judiciales de Pontevedra tenían olvidado por completo. Con ello intentaría que la noticia causara estupor no solo en el pueblo, sino también en la judicatura gallega.

A Tomé, mi nuevo amigo, los ERTE no le habían afectado, y seguía trabajando en su taxi con las disposiciones obligatorias impuestas por el Gobierno para este sector. Las nuevas medidas anti-COVID exigieron mascarilla en lugares cerrados y distancia interpersonal de, al menos, metro y medio de separación.

Abstraída como estaba, pensando en cómo abordar mejor mi primer tema de calado, no me había dado cuenta de que Tomé me había llamado. Vi su llamada perdida en el móvil, así que contacté con él por si se trataba de algo urgente. Eran días de continuas malas noticias.

—Dime, Tomé —le saludé con velocidad. Tenía prisa y no quería entretenerme demasiado.

—Lúa, ha ocurrido algo terrible. —Le costaba vocalizar. Le noté abatido.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado? —le pregunté, preocupada.

—Mi abuela Lida se ha marchado para siempre, y dejó sobre su mesa algo para ti.

Todo aquello era demasiado. La COVID, la investigación y ahora la pobre Lida.

En ese momento, sentí en cada uno de mis poros su inmenso dolor, su gran pérdida, Apenas habían pasado unos meses desde la última vez que había quedado con ella. Entonces era una mujer activa y vital, y no imaginé nunca un desenlace tan cercano. Sin duda, los mayores estaban siendo los más afectados por ese virus mortal, y a su edad, seguramente ella no había podido resistirlo. Maldije la pandemia, de la que se desconocía todo y que nos estaba arrebatando a nuestros seres más queridos.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Qué ha ocurrido?

—No sabemos casi nada. No respondía al teléfono, así que fuimos a verla y la encontramos sin vida. Llamamos corriendo a los servicios funerarios y no nos han dejado verla más. Se la han llevado directamente al cementerio para enterrarla. Solo pueden ir mi madre y su hermana, sus hijas, a acompañarla en sus últimos minutos. Ni siquiera nos dejan asistir a nosotros. ¡Maldito bicho!

Se le notaba triste, desolado. Aquella era la primera pandemia del siglo XXI y contra eso no había ni dinero, ni poder, ni riqueza que pudiera hacer nada. O te morías o te salvabas. Una de dos. Sentí miedo en mi soledad. Mis pulmones nunca habían sido mi gran fuerte y ahora ese bicho parecía cebarse con quienes más débiles los tenían.

Alertada, adopté todo tipo de precauciones, hice acopio de existencias para no tener que acudir de manera frecuente al supermercado y quedé con Tomé para vernos en cuanto se levantaran las restricciones de seguridad. Tenía que darle el pésame en persona.

57
El legado de Lida

Marín, abril de 2020

A finales de abril, lancé el primer número de *Diario Marín* con la exclusiva de la entrevista de Peter Holmes, lo que causó una gran expectación entre los vecinos del pueblo. El confinamiento provocó que la página recibiera un número altísimo de visitas y usuarios, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un nuevo medio. Los otros periódicos de la zona me ayudaron haciéndose eco de la noticia y, aunque el impacto quedó reducido a la información local, me sentía satisfecha de haber conseguido emprender en mi pueblo y con un proyecto tan necesario para la búsqueda de la verdad. Tomé fue uno de los primeros en darme la enhorabuena por el impacto que había tenido. Todavía teníamos pendiente nuestro encuentro después de la muerte de su abuela, así que, aprovechando su wasap, le emplacé a vernos en cuanto el Gobierno nos dejara salir.

Durante los trayectos de idas y venidas a casa de Lida, Tomé se había convertido en un compañero de fatigas, con quien alguna vez compartía café e incluso los pocos o muchos avances en la investigación. Era un hombre atractivo, mucho más joven que yo, resuelto, con unos enormes ojos color medio aceituna, medio ámbar, capaz de embelesar a cualquiera. Siguiendo con cautela las recomendaciones impuestas por la nueva enfermedad, quedamos a finales de mayo para dar un paseo por la vereda del río Lameira.

Nada más verle apoyado en la baranda, intuí su sonrisa melancólica debajo de la mascarilla.

—¿Quién nos lo iba a decir? —preguntó con una mirada triste cerrando los párpados.

—Lo siento mucho, Tomé —contesté; fue lo primero que se me ocurrió.

Aquellos enormes ojos se humedecieron sin que las lágrimas llegaran a desbordarse. En ese momento, sentí unas ganas irrefrenables de estamparle un beso sonoro en cada mejilla, pero me contuve. Nada de abrazos ni acercamientos, habían advertido las autoridades. Teníamos que esperar todos a que se investigara más la procedencia de aquella enfermedad porque las primeras cifras de defunciones sorprendieron a todos los Gobiernos. Cientos, miles, millones de personas iban cayendo atrapadas en una cruel enfermedad que para unos pasaba desapercibida y a otros los mataba.

Noté la pérdida de su abuela Lida en cada pestañeo. Sin saber cómo actuar, empecé a abrir y cerrar ansiosa las cremalleras de mi bolso tocando cada uno de los objetos de su interior como si en vez de dedos tuviera tentáculos para palpar lo que me encontraba en el fondo. ¡Nada, no había manera! ¡Me sentía ridícula andando tan alejada de mi amigo, como si fuera un apestado! Esa distancia, esa frialdad preventiva, me había despojado de mi esencia más profunda. Sin muestras de cariño o afecto no me sentía yo, me veía un poco patosa cada vez que me encontraba con alguien que apreciaba. Me sobraban las manos.

—¿Has perdido algo? —me preguntó mientras me observaba repetir compulsivamente mis gestos por las profundidades de aquel agujero negro.

A Tomé le resultaba graciosa mi torpeza, mi atolondramiento, algo que yo no soportaba ni llevaba demasiado bien. Siempre me enfadaba conmigo misma. A él le parecía chocante que una mujer tan hecha y derecha, tan perfeccionista y quisquillosa con el detalle más irrelevante, pudiera ser luego tan desastre y olvidadiza con los asuntos terrenales y mundanos de la vida. Siempre me olvidaba el

móvil, el paraguas, las llaves, nunca me acordaba de abrir el buzón de correo ni de consultar mis cuentas, recibos o citas médicas.

Ya me había acostumbrado a mi calamidad y me aceptaba tal como era, pero agradar no me agradaba nada. Me acordaba del Colombo de mi infancia, ese inspector torpón que, aparentando siempre despiste, conseguía resolver los casos más difíciles. Al igual que yo, su perspicacia se debía a la observación.

—¡El maldito desinfectante, que nunca sé dónde lo pongo! Y sí, a ti no te voy a engañar, estoy ofuscada. Me encuentro alteradísima —confesé sacando el bote de Limpiatol.

—¿Y eso?, ¿qué ha pasado ahora? —me preguntó Tomé, mirando el cuaderno de *Diario Marín* donde apuntaba todo.

—¡Pues que están cerrando todo y así no voy a poder seguir investigando! ¡Ni tampoco indagar más en mi exclusiva! ¡Jamás llegaré a conocer lo que ocurrió! —pronostiqué, echándome nerviosa grandes cantidades de espray por ambas manos.

—¡Como sigas así, me duchas! —apreció con una tímida sonrisa Tomé. Me gustó verle sonreír en su dolor.

—Ay, disculpa. ¡Cómo te he puesto! Sé que suena tremendamente egoísta, lo sé. Es que justo tenía que venir ahora ese bicho, cuando más necesito seguir enganchando a los potenciales lectores con este tema. Pero, por favor, cuéntame cómo estás tú, cómo está tu madre después de lo de tu abuela…

—La verdad, no lo llevamos bien. ¡Queríamos muchísimo a la abuela Lida! ¿Quién iba a pensar que iba a ocurrir algo así? Que, después de todo lo vivido, iba a morir de repente. ¡Estoy confuso, cabreado! ¡Siento rabia, ganas de llorar, no sé! —confesó Tomé.

A diferencia de la mayoría de los hombres que había conocido en mi vida, Tomé podía hablar de sus sentimientos sin pudor. No le apuraba dejar que su mirada se nublara mostrando azoramiento o vergüenza. Si yo hubiera sido más joven estaba segura de que me hubiera enamorado de él, pero a estas alturas de la vida no estaba dispuesta a dejar que mi corazón se enterneciera otra vez.

Tomé echó mano de la bandolera en la que solía llevar su portátil para trabajar en su página web. Había estudiado *marketing* y se le notaba su pasión por hablar de su taxi como la mejor experiencia

que podía tener cualquier viajero de Bueu. Extrajo de la bandolera un pequeño cuaderno de hule negro. ¿El cuaderno de Lida? ¿Aquel diario? ¡No me lo podía creer!

—Toma, Lúa, mi abuela Lida lo dejó a la vista con una nota para mí advirtiéndome de que si le pasaba algo te lo entregara. Yo no he tenido tiempo de hojearlo. Ojalá puedas encontrar aquí alguna respuesta a tu investigación que ella no pudo o no se atrevió a contarte —me dijo emocionado Tomé.

Me lo entregó y yo le aseguré que lo conservaría como oro en paño. Se trataba de los sentimientos de aquella mujer, Elvira Fandiño, que había emigrado a Uruguay, pero también de los secretos que había compartido con la bisabuela de Tomé, la que había sido la primera jefa de Elvira Fandiño, luego su compañera en la ballenera y después su íntima amiga. Lo abrí y me emocioné. Apenas hacía unos meses que Lida lo consultaba para rememorar los mejores años de su vida. Acompañé a Tomé en su silencio y decidí leerlo cuando estuviera más tranquila.

58
Páginas arrancadas

Marín, mayo de 2020

Al llegar a casa me dispuse a recorrer las páginas del cuaderno. Intentaba descifrar por qué al morir esa trabajadora de La Perfección se lo había legado con tanto celo a su prima. Recordé el cariño con que Lida lo mostraba, sin permitirme apenas tocarlo, contándome que su madre lo había guardado como un tesoro. Siempre sospeché que tanto Lida como su progenitora albergaban la sospecha de que en esas páginas se escondía algo más que la simple existencia de una mujer emigrante y trabajadora, y por eso ambas lo custodiaron durante toda su vida sin un rasguño, esperando encontrar a alguien que le pudiera sacar partido.

Me detuve en las fechas del final, que Elvira había ido anotando a modo de índice cronológico, para después volver al inicio del cuaderno. Para mi sorpresa, la primera entrada estaba fechada en Fray Bentos, Uruguay. ¡Otra vez! ¡Aquello ya se estaba convirtiendo en una costumbre! ¡La conexión entre Galicia y Uruguay de nuevo en mi vida! Relataba la llegada de Elvira Fandiño a esa ciudad, limítrofe con Argentina, a finales de los años veinte del siglo XX. Contaba cómo se había enamorado en el transatlántico y cómo de aquel amor había nacido una hija que el padre no había querido reconocer, pues estaba casado ya en Montevideo y ya tenía un niño.

Empezaba a temer que en esas hojas solo se encontraran retazos de una vida, con sus particulares dramas y alegrías. No me estaba resultando sencillo descubrir los elementos claves, escondidos o disimulados entre los días más insignificantes, pero no pensaba desfallecer. Leía cada fragmento de esa letra cursiva y maravillosa con pasión, intentando empatizar con el sufrimiento que había padecido aquella galleguiña al separarse de su tierra.

De repente, al ir avanzando por el diario, algo me hizo parar. Me quedé pensativa y volví atrás. En dos puntos distintos detecté un detalle que me había pasado desapercibido y que indicaba que alguien había eliminado algunas hojas. Se distinguían unos pequeños mordiscos de papel sobresaliendo del eje, como si alguien hubiera arrancado esas páginas. Debían de estar escritas, porque en alguno de aquellos restos de papel se apreciaba el arranque de unos trazos escritos con tinta.

Parecía que las primeras hojas desprendidas, seis o siete, correspondían a la última etapa de Uruguay, y el siguiente bloque, dos o tres, mucho más adelante, ya de vuelta en España, en Galicia, cuando Elvira Fandiño, de mediana edad, había entrado a trabajar en la ballenera.

¿Habría sido la propia Elvira la que habría arrancado esas páginas? Empecé a sospechar que alguien, quizá ella misma, quería dejar al margen a Crisálida de algún episodio crucial, y por eso las habría escondido a saber dónde, o, incluso peor aún, las habría tirado. Era absurdo seguir preguntándomelo porque ni ella, ni su amiga, ni tampoco la hija de esta se encontraban ya vivas, así que seguí leyendo.

Comprendí el dolor de aquellos gallegos de principios del siglo XX y de los que vinieron después con la hambruna de la posguerra y las sucesivas olas migratorias, gente a la que no le quedó más remedio que marcharse a América o a otros países de Europa para intentar mejorar su vida, muchos de los cuales jamás pudieron volver porque carecían del dinero necesario para sufragarse el pasaje de vuelta. Me detuve en aquellos fragmentos del diario en los que Fandiño hablaba de aquellos a los que la vida no trató demasiado bien, y cuyos

sueños se fueron apagando a la par que su existencia. Hablaba de los que fracasaron e iban envejeciendo y muriendo en esos países alejados de Galicia, pero también de los que lograron mejorar y enriquecerse, y consiguieron casarse allí, en los lugares de destino, donde tuvieron hijos, luego nietos, y no se sintieron con fuerzas para dejarlos atrás y retornar solos a su país de origen, especialmente porque en su tierra ya todos sus conocidos y familiares habían fallecido. No había nadie a quien abrazar, ninguna persona a la que contar su aventura. Ellos tampoco regresaron.

Como los tíos de mi madre, Roi y Laurita, a quienes jamás conocí, pero con los que sentía un profundo vínculo a través de las historias que me contaba mi madre, que tanto los quiso. Cuando me anunció el fallecimiento del tío Roi sentí un inmenso dolor. Recuerdo que iba en el metro y mis lágrimas se convirtieron en un torrente imparable, una detrás de otra, nublando mi vista y haciendo que todo el pasaje se diera cuenta de mi inmensa tristeza. En silencio y avergonzada por el espectáculo que estaba dando, no podía sin embargo contenerme, hasta que una mujer que se encontraba apoyada en la puerta vino hacia mí y me abrazó. Le agradecí su empatía. Pensé que si supiera que lloraba por un familiar al que no había visto en mi vida no comprendería mi desazón, pero yo lloraba precisamente por eso, por no haberlo podido conocer, porque mi madre me había enseñado a quererlos en la distancia, a él, a mi tía y a mis primos, y en ese momento, no los podía besar.

Me golpeó el sufrimiento de mi madre, la pequeña Nita, que no podría abrazar nunca más a su tío preferido. El último de los hijos de don Aldo Ramón Carballo se marchaba para siempre en Caracas, Venezuela, y no en Marín, su localidad natal.

En ese momento, sentí el dolor de todos los familiares de emigrantes gallegos que se fueron enterando de cómo sus allegados iban falleciendo al otro lado del océano sin poder despedirse de ellos. El mismo dolor que experimentan ahora tantas familias latinoamericanas, asiáticas o africanas al saber que sus seres queridos mueren aquí, sin poderles agarrar de la mano en el último momento, ni poder ofrecerles la última palabra de aliento.

59
El bidón de cal

Marín, junio de 2020

Pasaba el tiempo y mi pensamiento seguía más centrado en la parte que faltaba que en todo lo leído en el diario. En mi fuero interno, mantenía la ridícula esperanza de que quizá Elvira Fandiño, o quien fuera que las arrancase, no habría tirado esas hojas, sino que solo las habría escondido en alguna parte. Y de repente un día, con el cuaderno entre las manos, tuve la sensación de que la tapa trasera era más voluminosa que el resto, que parecía más abultada de lo normal.

Comparé el grosor de esta con la cubierta y vi que eran diferentes. Yo había estudiado de niña con ese tipo de cuadernos, de tapas rugosas y negras de hule y bordes morados en cada canto, y sabía perfectamente que ahí había algo raro.

Podía tratarse de una encuadernación más ruda de las que yo recordaba, pues era mucho más antigua, pero pensé que aquel grosor quizá ocultaba algo. Un escondite perfecto para un secreto, al alcance de todos, pero a la vista de ninguno. Cabía la remota posibilidad de que Elvira Fandiño hubiera guardado con maestría artesanal aquellas hojas perdidas entre la guarda posterior y la cubierta. ¿Contendrían, quizá, algún secreto que no quería confesar a su prima, pero tampoco pretendía que se olvidara? Así que, siguiendo mi instinto, me dispuse a separar la guarda de la cubierta

trasera con un cortaplumas, con sumo cuidado para evitar dañar lo que pudiera encontrarse en su interior.

Como esperaba, allí las encontré. No cabía en mí de gozo. Plegadas en dos, Elvira Fandiño había escondido con extrema delicadeza las páginas que faltaban del cuaderno. Ni Crisálida ni Lida habían dado con ellas. Esas hojas habían sido separadas para permanecer ocultas durante mucho tiempo hasta que Tomé, sin él saberlo, me las entregó.

Las desdoblé con mucho cuidado. Nerviosa, noté cómo me temblaba el pulso. Tenía el corazón a mil. Estaba segura de que iba a descubrir el gran secreto de Elvira Fandiño, pero en ningún momento llegué ni siquiera a imaginar lo que me esperaba. Aquellas páginas, fechadas en Fray Bentos en abril de 1929, contenían un texto que había sido titulado «El horror de mi vida»:

Aquella noche le pregunté aterrada a Dale adónde me llevaba. Al principio, me pidió que le acompañara a su casa para devolverme la carta de recomendación de Miguel Baras que me había robado en el tren camino a Fray Bentos, pero como me resistí, me agarró por el brazo y tiró de mí. Sus ojos amenazantes y la tensión en la mandíbula, con un rictus serio, enfadado, como jamás le había visto, me paralizaron. Me pidió que me quedara en silencio si no quería que hiciera una locura.

Desde allí, nos dirigimos a una calle cercana de La Ranchada, el barrio donde vivíamos. Entramos a una casa que me era completamente desconocida, imaginé que la suya porque utilizó unas llaves para abrirla. Nada más acceder al interior pude vislumbrar el atroz espectáculo de la estancia principal: una mujer aparentemente muerta, inerte, con un pelo rubio platino cubriéndole parcialmente la cara, con los ojos abiertos como platos mirando fijamente el infinito, yacía en el suelo.

Quise morirme yo también en ese instante. ¿Qué había hecho Dale? ¿Quién era aquella mujer? ¿Qué había ocurrido? Pensé en nuestra hija. Dale se enfadó ante mis gritos de terror. Me obligó de nuevo a permanecer callada, temeroso de que pudieran oírnos. Yo no podía parar de temblar.

—Cállate, mujer, que nos van a oír. ¿No es esto lo que querías? ¿Acaso crees que ha sido fácil? —me recriminó y escupió en el suelo—. ¿No eras tú la que querías que cumpliese la palabra que te di en el barco? Pues mira, aquí lo tienes. Ahora ya podemos casarnos. Ahora ya puedo ser tu marido y el padre de mi hija. Mira lo que has conseguido. Ahora, ayúdame.

Se trataba de su mujer. Resultaba obvio. Supuse que la había matado para empezar una nueva vida conmigo. Parecía que había acabado con su existencia esa misma noche de un fortísimo golpe por la señal que pude observar en su frente, de la que apenas escurría un hilo de sangre. Dale se disponía a construir una doble pared para ocultar el cuerpo, y a su lado esperaba un bidón de cal viva con el que tapaña su fechoría para así evitar en el futuro el olor de la descomposición. Dios mío, todo aquello estaba preparado.

Quería inculparme como inductora, convertirme en su cómplice, obligarme a que le ayudara a cubrirla de cal y emparedarla. Me dijo que si no compartía esa culpa, entonces me mataría a mí también y después a nuestra hija, así que no me quedó más remedio que ayudarle a cargar con la víctima con un gran esfuerzo por el peso, y entre los dos la arrimamos contra la pared en la que tenía la intención de emparedarla. Una vez allí, Lucio utilizó una pala para arrojar cal sobre ella, y entre ambos construimos el torpe muro tras el que quedaría olvidada la mujer.

Acabamos de madrugada, y lo peor no fue eso, sino que por una de las puertas de la habitación pude ver cómo un pequeño de cinco o seis años se asomaba gimiendo. Al verle, Lucio se enfureció. Le obligó a volver sobre sus pasos de un modo autoritario y tajante para que no viera nada de lo que estaba sucediendo. El niño, que imaginé que era el hijo que había tenido con esa mujer, volvió a su cama haciendo pucheros, llamando a su madre con un gemido, una tenue voz.

A la mañana siguiente, Dale me acompañó a mi casa. De nuevo, antes de salir, me amenazó de muerte si se me ocurría contar algo de lo que había visto. Llevaba con él al niño, que

seguía preguntando por su madre. Me dijo que, a partir de ese momento, tendría que hacerme cargo de los dos niños, su hijo y nuestra hija, y reducir las horas de trabajo. No dejó de recordarme que ahora yo era tan culpable como él, que no lo olvidara. Que si alguien me preguntaba, que no contara lo que había visto, que respondiera con silencio, que no alborotara. Si finalmente la policía o alguien lo llegara a descubrir, ni él ni yo estaríamos ya aquí. Habríamos vuelto a Galicia.

Me daba lástima el pequeño. El niño lo iba escuchando todo, Dale no dejaba de repetirme que yo había sido la culpable. Sin mi existencia, aquello jamás habría ocurrido. ¡Culpable, culpable, culpable…! Esas palabras se me iban clavando en el alma.

Apenas me quedaban tres horas para dormir en la habitación que compartía con Ana, quien se había hecho cargo de mi criatura en mi ausencia. Pero no pude pegar ojo. Desde lo más profundo de mi ser, extrañé como nunca mi Bueu natal, aquella infancia alrededor del astillero de Purro, de mis padres y mi hermano Xián, y me acordé de los Massip y de La Perfección, de mis compañeras de la fábrica, de Juana, hasta de mi jefa, Crisálida, y de Fernando Vila. De mi queridísimo Héctor.

Retrocedí al momento en el que parecía que todo lo bueno estaba por llegar, al viaje en el Delfino, en el que me había embarcado para cruzar el océano, a la primera vez que vi a Dale, y sentí su amor apasionado, que me había llevado hasta donde me encontraba. Parecía que había pasado una eternidad de todo aquello y, sin embargo, en realidad había transcurrido muy poco tiempo.

Pedí a Dios que me borrara aquellas terribles imágenes de la memoria, pero desgraciadamente intuí que me acompañarían a lo largo de mi vida y más allá, así que tomé este cuaderno de hule negro, el que me había regalado Xián antes de partir, y decidí escribirlo todo aquí, para intentar expulsarlo y cerrarlo. Mis penas entre hojas me proporcionarían el desahogo que necesitaba en ese momento y que no podía compartir con nadie más. En ese preciso instante, decidí marcharme de Fray Bentos.

Sopesé la posibilidad de solicitar un traslado a la central de Montevideo, y así se lo anuncié al padrino de mi amiga Ana.

Comuniqué mi intención a los jefes y estos me ayudaron. A Dale, sin embargo, no le conté nada. Me iría con mi pequeña a la capital uruguaya, aunque no conociese a nadie, aunque tuviera que dejarla en una guardería mientras trabajaba. No quería que conociera a su padre. En cuanto pude, empaqueté mis cosas y me despedí de mi queridísima Ana. Precisamente por ella supe que, cuando Dale se enteró de que me había marchado de Fray Bentos, se puso como un basilisco, dando puñetazos a una de las reses como si fuera un saco de boxeo. Intentó por todos los medios averiguar mi paradero, pero les había rogado a todos que por favor no se la dieran, porque de ello dependían mi supervivencia y el bienestar de mi hijita.

Zanjaba ese día con una mancha borrosa que delataba su llanto al escribir. ¡Dios mío! ¡Aquel episodio! ¡Narraba lo mismo que yo había visto en mi fatal pesadilla! ¡Con las mismas palabras, las mismas recriminaciones, idénticas imágenes! ¡El bidón de cal, el emparedamiento, la mujer del pelo rubio platino! ¡Todo estaba retratado exactamente igual a lo que yo visualizaba por las noches! ¡Parecía como si ambas hubiéramos vivido el mismo episodio! ¡Como si lo pudiéramos recrear con absoluta precisión! ¿Cómo era posible? ¿Habría sucedido de verdad un asesinato tal y como yo lo soñaba? ¿Y por qué lo recreaba? ¿Qué conexión me unía a Elvira Fandiño? No entendía nada. Aquella mujer, trabajadora de La Perfección, había escrito en su cuaderno cuarenta años antes de mi nacimiento el horror que había vivido con aquel hombre que le había obligado a convertirse en cómplice de un asesinato.

Quizá por eso aquellas páginas estaban escondidas. Elvira Fandiño nunca quiso contarlo, pero tampoco dejarlo impune ni implicar a su prima. ¿Aquello habría existido de verdad? Tenía que investigarlo, debía llamar a la embajada. Descubrir por qué yo lo soñaba. Empecé a llorar. ¿Qué tenía que ver aquello conmigo? Cada vez comprendía menos lo que estaba sucediendo, cómo había llegado hasta ese punto.

60
El buque Artigas

Marín, junio de 2020

Aún con lágrimas en los ojos, las manos temblorosas y la boca seca por lo que acababa de saber, seguí leyendo el resto de las páginas arrancadas, escritas al parecer en otro momento, para ver si explicaba algo de aquel terrible episodio. Sin embargo, a primera vista, parecía que no existía ninguna conexión. Estaban fechadas mucho después de lo ocurrido en las páginas anteriores, en el mismo año del atentado en el puerto de Marín, en abril de 1980. ¡No me lo podía creer! ¿Podría Elvira Fandiño haber averiguado algo importante de los atentados de los buques balleneros de los Massip? ¿Contaría algo de lo que allí pasó? Me senté inquieta y, con el corazón en un puño, comencé a leer:

El buque Artigas
Cangas de Morrazo, 1980

El buque Artigas, de Uruguay, había atracado en la Escuela Naval de Marín unas semanas antes por la mañana. Lo había escuchado en la radio y leído en los periódicos. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al ver la bandera de aquel buque con el sol radiante uruguayo en la fotografía del Faro de Vigo*. Desde entonces, intuí que iba a pasar algo, que estaba a punto de*

desencadenarse la catástrofe que había temido durante tantos años y que había sido el acicate para pedirle a mi hija que se fuera lejos de Marín.

No sé por qué, pero lo sentí así. Me pasaba siempre que oía algo de aquel país en el que había pasado tantos años de juventud y donde había sido tan infeliz. Entonces salí de la casa camino de Cangas para asistir al Consejo. Cuando estaba aparcando, un hombre de pelo oscuro se me acercó para preguntarme si yo era Elvira Fandiño. Asentí. Pensé que se trataría de alguno de los comerciales de la empresa, pero cuando de repente se abalanzó sobre mí y me retorció el brazo pensé que mi vida corría el gran peligro que me había atemorizado siempre.

De forma despiadada, me recriminó que yo había sido la culpable de que él se hubiera criado sin madre. Me hacía daño. Entonces caí. Era él. Ese niño que gemía llamando a su madre cuando su padre cometió aquella atrocidad. Creí reconocer en él los rasgos de su padre, de Dale. El mismo pelo negro y aquella mirada fría y profunda, esa voz bronca, con un fuerte acento uruguayo, cargada de odio y dolor. Había heredado no solo los rasgos físicos, sino también su timbre de voz y hasta su culpa. Estaba cargado de odio, de ira, temblaba diciendo barbaridades.

Entonces vi que alguien se acercaba y grité pidiendo auxilio. Una vecina de la zona acudió a socorrerme, dando ella también grandes voces y provocando que el hombre saliera corriendo ante el temor de una avalancha de gente. Me faltaba el aire, no podía ni respirar, hasta que de repente vi que se trataba de Crisálida, mi antigua supervisora en La Perfección, mi prima lejana, y nos abrazamos. Casi podría decir que me salvó la vida. Había pasado muchos años desde nuestro último encuentro. Ya más tranquilas, mi antigua jefa me pidió perdón por su comportamiento sin escrúpulos cuando éramos más jóvenes y yo estaba a su cargo. La disculpé.

A partir de ese momento, las rencillas entre nosotras desaparecieron. Me contó que la insensata actuación que había podido causar un desastre había sido culpa de Maruxa, pero que

ella lo había consentido faltando a su profesionalidad solo para provocarme dolor. Aquel episodio había precipitado mi viaje a Uruguay, pero ya todo daba igual.

Le agradecí su confianza y desde ese momento empezamos una amistad basada en el apoyo mutuo. Le conté cómo había sido mi vida en Fray Bentos, en Montevideo, y mi vuelta a España.

A Héctor no le dije nada de lo ocurrido para que no se asustara, pero cuando al día siguiente leí en el periódico la noticia sobre los bombardeos ocurridos en el puerto de Marín, supe que aquel hombre, el hijo de Dale, estaba implicado. Quise comprobar si entre la tripulación del Artigas se encontraba alguien con ese nombre y apellido, y aunque el buque había partido esa misma mañana, pude saber que su nombre se encontraba en la lista de los tripulantes del buque: Indalecio, o Inda, Gómez, había estado en Marín.

¡Por fin, lo descubrí! ¡Todo cuadraba! ¡Ahí estaba delante de mí aquel misterio cobrando sentido! Me quedé paralizada. Inda, mi exsuegro, había sido un colaborador necesario en el plan para acabar con el Ibsa I, el Ibsa II y el Ibsa III de los Massip. ¡Me parecía increíble que hubiese llegado a implicarse tanto con los tupamaros hasta el punto de participar en un atentado! Sin embargo, ahí estaba la prueba. El buque Artigas había estado en la Escuela Naval Militar de Marín en el crucero de instrucción del año 1980, y por eso la policía española quería interrogarle. ¿Habría sido él el encargado de vigilar los movimientos de la tripulación de los balleneros, los horarios de la comida, los descansos? ¿Habría colaborado para encontrar el mejor modo de colocar los explosivos e incluso de evitar que causaran víctimas mortales? ¿Hasta qué punto estaba involucrado en ese delito?

Gracias a esa entrada del cuaderno de Elvira Fandiño comprobé que Inda, el padre de Lucio, me había mentido. ¡Conocía perfectamente mi pueblo! Debió de ser uno de los tupamaros uruguayos a los que los ambientalistas habían protegido para evitar las represalias de la dictadura militar. A cambio, él se habría

comprometido a participar de forma activa en la destrucción de aquella industria. Posiblemente, y como sospechaba la policía española, durante la parada del Artigas, había ido informando desde su puesto de intendente para luego desvanecerse sin dejar rastro en hoteles, aeropuertos o estaciones. Después de las deflagraciones, el buque insignia de Uruguay habría partido con Indalecio Gómez dentro sin dar más explicaciones.

Las páginas arrancadas del diario de Elvira Fandiño constataban, además, otra evidencia: Inda era el hijo de aquel Dale que había embaucado a Elvira en el transatlántico Antonio Delfino camino a Uruguay y acabado con la vida de su mujer de manera despiadada para poder despejar el camino a un nuevo casamiento con Elvira. Ambos compartían el mismo nombre, Indalecio Gómez.

Inda, por tanto, sería aquel niño de cinco o seis años, testigo del horror más absoluto, que había presenciado el asesinato y el emparedamiento de su madre. Me imaginé entonces cómo, a lo largo de su vida, habría ido acumulando una montaña de revancha y odio contra esa mujer que él pensaba que le había arrebatado a su madre. Por lo que había leído en aquellas hojas, Elvira Fandiño, aterrada por lo que había presenciado, no había querido saber nada más de Dale y por ello decidió huir de Fray Bentos y con el tiempo de Uruguay. Desde ese momento, la ira de ese hombre se enconó hasta el punto de convencer a su hijo para que también odiara a Elvira.

Por sus palabras, Fandiño siempre habría temido una venganza, como pareció ocurrir cuando ya había dejado de trabajar en la ballenera. Ese era el suceso que la propia Lida me había comentado al referirse a algo que provocó que Elvira y Crisálida pasaran casi de ser enemigas a convertirse en inseparables, en amigas íntimas de por vida. Gracias a la ayuda de Crisálida, Elvira salió indemne del ataque de Inda, quien seguramente aprovechando su estancia en Marín la habría buscado para cumplir su venganza.

61
La foto sepia

Marín, julio de 2020

Decidí comprobar si ese escabroso suceso relatado en las páginas escondidas y tan parecido al de mis pesadillas había ocurrido en realidad y no era una pura invención de la tal Elvira Fandiño. Necesitaba saber si en marzo, abril o mayo de 1929 alguien había denunciado la desaparición de una mujer, la esposa de un tal Indalecio Gómez, en el barrio de La Ranchada, en la ciudad de Fray Bentos, y si la policía había descubierto su cadáver emparedado en alguna de las casas.

No tardaron en contestarme con una respuesta contundente: el 3 de mayo de 1929, un familiar de una mujer llamada María Antonia Álvarez notificó su desaparición en La Ranchada. Según el expediente, no se halló ninguna pista sobre su paradero, pero muchos años después reabrieron la investigación para indagar más en el lugar de su residencia y allí encontraron el cadáver de mi pesadilla. En una de las paredes de la casa habían emparedado y cubierto de cal a aquella mujer.

¡El relato terrorífico de Elvira Fandiño y las imágenes que yo recreaba en mi pavoroso sueño habían existido de verdad! Me quedé conmocionada. ¡Un asesinato! ¡Un crimen! Pero ¿por qué lo soñaba yo? Desconocía qué tenía que ver mi sueño con aquello y a cuento de qué venía recrear con tanta precisión ese relato que yo no había

vivido y que ahora leía de manera sorprendente en aquel cuaderno de tapas de hule negro. Pese a la distancia, en otra época, otro lugar, y a estar protagonizado por seres que nada tenían que ver conmigo, seguía sintiendo que, de alguna manera, había sido yo quien había escuchado esos gritos de aquel hombre llamado Dale, y no Elvira Fandiño.

Intentando buscar la causa de la relación, y destrozada con las noticias de la embajada uruguaya, retomé el diario por donde lo había dejado antes de rasgar la parte trasera de la guarda.

Montevideo, junio de 1950
El encuentro

Cuando mi hija estaba a punto de cumplir los quince años, su padre dio con nosotros. No sé cómo lo hizo, pero se enteró de que yo trabajaba en la Frigorífico Anglo de la capital, me llamó a la oficina central y me pidió de forma muy amable conocer a su hija. No me pude negar.

Quedamos en la Rambla y se la presenté. Fue la primera vez y la última que mi hija le vio. Incluso les hice una foto para que quedara constancia de que, finalmente, yo había aceptado ese acercamiento y no me oponía a posteriores visitas, para evitar su ira, pero empecé a preparar mi vuelta a España sin decirle nada. Pronto retornaríamos a Vigo.

Cuando se lo comuniqué a Héctor Carreras, me escribió de vuelta, muy alegre por la noticia de mi retorno e insistiendo mucho en que aceptara un nuevo puesto de trabajo en la ballenera de los Massip. No lo dudé. Nos marchamos de Uruguay en el momento en el que la industria conservera uruguaya ya estaba en declive por la bajada de la demanda. Terminada la Segunda Guerra Mundial, ya nadie quería comer corned beef *porque les recordaba las penurias padecidas. Fue entonces cuando los ingleses empezaron a marcharse poco a poco y a dejarlo todo en manos de los militares, quienes crearon una trama corrupta que empobreció a los trabajadores.*

Así que, sin dudarlo, volví a mi terriña, *a mi gente, a recuperar mi vida. Otros compañeros emigrantes nunca lo pudieron hacer, pensaron volver enriquecidos, pero no ocurrió y allí se quedaron de por vida. Añorando su Galicia del alma. Héctor me prometió que me ayudaría a mí y a mi hija María Laura como si fuera suya, incluso otorgándole el apellido Carreras, así que empecé a preparar mi vuelta.*

Al leerlo se me paró el corazón. ¿Había leído bien? ¿María Laura Carreras? Volví a la página y ahí estaba ese nombre, María Laura, y de apellido, Carreras. ¿María Laura Carreras, la hija de Elvira Fandiño, era la tía de mi madre, Laurita Carreras? ¡Claro! ¡La mujer del tío Roi! Ambos habían decidido irse a vivir a Caracas por recomendación de su madre, huyendo de esa venganza que ella presagiaba que en algún momento podría ocurrir.

¡Aquella descripción en el diario de Elvira Fandiño con la Rambla de Montevideo de fondo y acompañada de un hombre de mediana edad coincidía con la foto de la tía Laurita con apenas quince años y que mi madre me confirmó que estaba fechada en Montevideo de 1950! Ahí estaba la conexión con la capital uruguaya que tanta extrañeza nos había provocado a mí y a mi madre y que habíamos atribuido a algún viaje realizado en su incipiente juventud.

Ahora comprendía que el hombre que aparecía con ella en la imagen se trataba en realidad de su padre biológico. Héctor Carreras, que durante toda su vida había actuado como un padre para ella, no lo había sido. Y lo más sorprendente era que esa mujer, Elvira Fandiño, y yo estábamos conectadas por lazos familiares. Aquella muchacha de la foto que luego se casaría en Marín con el tío de mi madre, Roi Carballo, el más pequeño de los Carballo, hermano de Madrinita y de mi abuelo, Aldo Carballo, era mi tía Laurita. Yo era una de sus familiares, y la inquina de Lucio e Inda hacia mi persona no era casual, sino motivada por ello. ¿Cómo lo averiguaron?

62
Susurros en la noche

Marín, septiembre de 2020

Esclarecido lo que había ocurrido, me quedaba por resolver por qué había soñado yo con aquel asesinato. Esa era la mayor incógnita para mí, la que me afectaba más personalmente. ¿Cómo podía ser que un suceso acaecido hace años en otro lugar y en un tiempo lejano pudiera aparecerse en mi sueño? ¿Qué tipo de conexión espiritual podía traer un suceso real a una ensoñación después de tantos años?

Llegué incluso a pensar en consultar a algún experto en sucesos paranormales, ya que nadie más iba a creerme, para ver si me podía explicar el porqué de todo aquello, mis dudas, la falta de respuestas…; sin embargo, decidí finalmente que las casualidades suelen ser menos casuales de lo que aparentan y que las coincidencias, a veces, responden a una explicación más terrenal de lo que había imaginado en su momento. La respuesta no podría dármela nadie, estaba en mi interior.

Lo cierto es que durante la etapa final de mi matrimonio hubo muchas noches en las que caía exhausta, medio inconsciente en la cama. El estrés me obligó a tomar ansiolíticos para poder tranquilizarme y descansar, y mi sueño era profundo, pero al mismo tiempo sobresaltado y poco reparador. En esos momentos, mientras

yo dormía, Lucio se quedaba hablando con su familia uruguaya: su padre, hermanos, hijos, tíos, primos, amigos…

Sus conversaciones, con aquel deje rioplatense, se iban colando en mi oído y en mi mente mientras yo me agitaba en un estado de somnolencia semiinconsciente. Muchas noches oía una voz engolada, similar a la de Lucio, con su mismo timbre de voz pero distinto acento. Unos siseos que, sin importar mi descanso, a veces se convertían en gritos y palabras abruptas, y me despertaban con ansiedad.

Haciendo un ímprobo esfuerzo evoqué esas noches, palabra por palabra, frase por frase, y tuve una dolorosa iluminación. Esos gritos amenazadores nunca habían sido ensoñaciones, ni mi voz interior, habían ocurrido de verdad. Se trataba de mi exsuegro Inda contándole a su hijo su dolor: día tras día le narraba en voz alta por Skype cómo en su infancia presenció el horrible final de su madre, la descripción de la macabra pared construida por su padre Dale en Fray Bentos, la visión de su madre con sus rubios cabellos desparramados por el rostro. Lo narraba con imágenes tan impactantes y escalofriantes que resultaban reales, como si las estuviera presenciando, pese a no verlas.

Aquel pequeño, entonces un viejo, recordaba con exactitud cómo Elvira había arrastrado el cuerpo inerte de su madre, cómo su progenitora yacía a su lado con los ojos abiertos, el enfado y los gritos de su padre… Había presenciado aterrorizado aquel espectáculo grotesco a través de la puerta, y cuando empezó a sollozar su padre le había ordenado que volviera inmediatamente a su habitación.

Angustiado, Inda aprovechaba cada conexión nocturna con su hijo Lucio para imitar el acento gallego de Dale y volver a describir la escena que le conmocionó de niño. Era su obsesión. Empezaba cada charla de la misma forma, anotando los principales rasgos de su padre en ese momento, un joven moreno de unos treinta años, con cabello negro y ojos oscuros, una imagen que yo iba recreando en mi subconsciente mientras mi memoria grababa sus palabras exacerbadas, que, erróneamente, yo interpretaba como lanzas directas contra mi persona: «Ahora ya te has convertido en alguien

tan culpable como yo, así que no lo olvides: ni se te ocurra hablar. Si alguien te pregunta, no cuentes lo que has visto, responde siempre con silencio. No alborotes. Nadie se va a dar cuenta de lo sucedido y si finalmente por desgracia, y después de muchos años lo descubren, no te preocupes porque ya ni tú ni yo estaremos aquí. Habremos vuelto a Galicia…».

Esa era mi confusión. Ahí estaba la clave de mi fatídico sueño. Y también su insistencia a no olvidar: «Acuérdate, hijo, acuérdate de todo lo que sufrimos por esa mujer. Por esa víbora. Su familia tiene que pagarlo. Por si algún día te entran remordimientos, recuerda cómo mi padre culpaba a Elvira Fandiño como la mujer que había destrozado nuestras vidas. Nunca olvidé las palabras de mi padre la noche que desapareció mi madre».

Esa voz profunda que escuchaba mientras dormía no pertenecía a mi exmarido, sino a su padre. Parecía la misma, pero no lo era. Las imágenes que Inda relataba una y otra vez a su hijo desde Uruguay a través del ordenador fueron registradas en mi cerebro como algo real. Como si yo misma hubiese sido Elvira Fandiño, a quien él chillaba y reprendía. Su inmenso dolor, su trauma habían provocado que el resto de su vida lo dedicase a intentar dañar a Elvira Fandiño o a sus descendientes. Si no podía ser su hija, María Laura Carreras, por no encontrarla en Marín, lo haría con cualquier otro.

Al resultar infructuosa la búsqueda de esa hija, su hermanastra al fin y al cabo, quien se hallaba ya en Caracas, Inda necesitaba, bien entrado ya en la vejez, pedir a Lucio que encontrara a cualquier familiar de Elvira Fandiño. Dio conmigo por casualidad, gracias al becario Óscar, pero a medida que iba conociendo a mi familia se iba dando cuenta de su gran suerte. Lo supe por la BlackBerry de Lucio que dejó abandonada en un cajón y que llevé a una tienda de móviles para ver si podían revivirla. Allí estaban los mensajes que había ido mandando a su padre sobre mí. A Inda y Lucio les parecí un blanco perfecto, lo suficientemente distante y cercano como para planificar una venganza sin mayores consecuencias. Solo iban a destrozar un corazón. De esa manera, descubrí que todo había sido planificado con alevosía y premeditación, fruto de una obsesión

alimentada durante décadas. Sin lugar a dudas, mi matrimonio había sido una patraña.

En esos mensajes pude comprobar, horrorizada, cómo se había gestado no solo la particular *vendetta* de Inda contra Elvira Fandiño, sino también cómo cuarenta años antes se había comprometido a apoyar a los ecologistas en la defensa de los cetáceos como pago a su protección. Inda, que se desempeñaba como intendente de compras en el buque insignia de Uruguay, el Artigas, esperó pacientemente a que el velero hiciera escala en la Escuela Naval Militar de Marín en su crucero de instrucción. Aquella ansiada oportunidad llegó en 1980, justo cuando los últimos tres buques balleneros de los Massip se encontraban en reparación en Marín. Era la tormenta perfecta. Cuando los ecologistas le contaron a Inda que necesitaban su ayuda para que los informara de los horarios de la tripulación a fin de infiltrarse para la colocación de los explosivos y no causar posteriormente víctimas mortales, no vaciló en prometerles su ayuda.

Y cuando contó sus planes a su padre, a Dale se le iluminó la cara al escuchar el apellido de la familia que se vería perjudicada por esas acciones. Recordaba no solo cómo Elvira Fandiño le había contado en el Antonio Delfino su pasado en La Perfección de los Massip, sino también cómo llegó a averiguar gracias a un compañero de Frigorífico Anglo la buena suerte de Elvira al regresar a Galicia como supervisora en la ballenera, e incluso consejera en la corporación tras su jubilación. La ira, envidia y el odio de Dale y su hijo crecieron. El imperio de la familia Massip quedaría dañado de muerte y con ello también el bienestar de Elvira Fandiño.

El plan parecía redondo. En uno de los SMS de la BlackBerry también supe acerca de la financiación para llevarlo a cabo. Se trataba de una trama integrada por políticos corruptos, empresas constructoras y entidades financieras afincadas en Galicia que estaban dispuestos a ayudar a los ecologistas si eso suponía terminar con el imperio Massip ubicado en el Salgueirón, dejando así libres los terrenos con el objetivo de poder negociar con ellos. Al leer esas conversaciones de Inda con su padre, me acordé entonces del

escaso interés que me pareció detectar por investigar más y perseguir a los culpables.

Confirmé así que Lucio jamás se había enamorado de mí. Desde el mismo día en el que vino a vivir a Madrid ya sabía que se iba a marchar. Me presionó para casarnos con el fin de visitar con asiduidad los juzgados de Pontevedra para comprobar en qué estado se encontraba el caso de los atentados de Marín. Finalmente, descubriría que no había novedades, y por eso se marchó. Lo que no sabía era que el Código Penal español iba a cambiar y que a partir de entonces los atentados serían considerados actos de terrorismo que jamás prescribían. Eso no lo vio venir. Sin embargo, ahora ya nada importaba, Inda había fallecido en Montevideo. El caso estaba cerrado. No se podía actuar contra mi exsuegro, pero al menos sí podría saberse qué sucedió de verdad.

Quienes habían vivido esos momentos en Uruguay, en Galicia, ya no se encontraban en este mundo. Ni Dale Gómez, ni Elvira Fandiño, ni Héctor Carreras, ni Laurita, ni Inda, ni Crisálida, ni siquiera su hija Lida. Todos se habían marchado. Al final, reconocer los detalles de lo que había ocurrido solo me sirvió para recuperar la calma. Para pensar que no estaba loca ni me había convertido en una asesina. Con eso me bastaba. La vida, al final, puso a todos en su sitio y mi existencia en Marín permaneció como siempre había imaginado, apacible recorriendo casi todos los días la bella playa de Portocelo, la ladera del río Lameira o el Pazo de Lourizán. Olvidando esa etapa matrimonial que no me había reportado nada bueno.

De Lucio ya no supe nada más. Nunca en mi vida volví a contactar con él ni quise saber nada de su familia. Tampoco permití que el odio pudriera mi alma y me convirtiera en una mala persona. Al fin y al cabo, el odio solo afecta a quien detesta, nunca al ser odiado, que siempre permanece ajeno a esos sentimientos. Sucumbir a influencias malignas, a esos deseos maliciosos, cargados de ira y resentimiento, solo genera dolor a quienes los padecen.

Por el contrario, mi nueva vida en Marín se convirtió en mi mayor fuente de felicidad. Mis hermanos empezaron a barajar también la idea de establecerse aquí, y poco a poco, Germán, Sefa y Xita realizaron el recorrido inverso a nuestros padres y, en compañía de

sus parejas e hijos, se instalaron en la *terriña,* cerca de mí, como siempre habíamos estado. También los nietos de Elvira Fandiño y Roi Carballo, nuestros primos, deshicieron la distancia y volvieron a Galicia, como el resto de los descendientes de los Carballo. Cada año, primos y hermanos nos juntábamos en Marín, al lado de la playa, para recordar nuestra infancia. Parecía que nada había cambiado.

Elvira Fandiño me había conducido a la verdad a través de ese diario que tanto le sirvió para desahogarse durante toda su vida. Ese gran secreto que escondía Lida sin ella saberlo.

En algún momento he llegado a pensar que Elvira Fandiño, por alguna razón, me había elegido, se había colado en mis sueños, para hacer justicia tantos años después, y había puesto en mi camino su cuaderno para ayudarme a desvelar la verdad.

63
El cumplido

Marín, octubre de 2020

—Hola, Tomé, cuéntame —le contesté, intuyendo la trascendencia de la conversación. Me había acostumbrado a que todo debía tener un porqué, una razón de ser, y esta llamada no iba a ser menos.

—¡Lo has conseguido, Lúa! ¡Enhorabuena! —dijo, emocionado.

—Conseguir… ¿el qué? No entiendo a qué te refieres —le pregunté, intrigada.

—¿No estás viendo la TVG? ¿Las noticias? —Se rio de nuevo por el despiste tan característico en mí.

—No, no he visto nada. Me acabo de despertar, aún ni he preparado el café.

—Pues, antes que nada, corre, pon la tele.

En ese momento no me imaginaba a qué se refería. Tras publicar el reportaje de los atentados de Marín con las declaraciones de Holmes y las indagaciones que había logrado reunir, todos los vecinos en el pueblo me paraban para comentar la noticia; sin embargo, para mi decepción, el asunto no había trascendido más allá de la localidad. Y había pasado bastante tiempo de la portada.

Encendí el canal gallego mientras echaba un vistazo rápido a las portadas digitales de la prensa regional y nacional. Ahí estaba el reportaje: la TVG se hacía eco de las declaraciones vertidas por Holmes en *Diario Marín,* y hablaba de la reapertura del caso. El

presentador informaba de que, tras aparecer nuevos indicios sobre el atentado, la justicia gallega iniciaba la apertura de una línea de investigación paralela con el objetivo de comprobar si realmente existían esos lazos entre la colocación de las bombas en los dos balleneros atracados en Marín y la facción más revolucionaria de los primeros tupamaros apoyados por los ecologistas. Al ser considerados actos terroristas, de comprobarse esto, el delito ya no prescribiría y se trasladaría a la Audiencia Nacional.

Me quedé callada. Yo sabía que uno de los principales informadores de aquella trama y quien, sin duda, había vigilado la instalación de aquellas minas magnéticas en el casco de ambos buques, ya no estaba. Había fallecido. Sin embargo, quedaba por descubrir a los autores materiales del atentado y al resto de los integrantes de la trama. Mi trabajo había servido para dar luz a lo ocurrido, no solo para hacer justicia, sino para, de algún modo, contribuir a explicar la decadencia de una compañía clave en Bueu y Cangas que ofrecía riqueza y sustento a la población de las Rías Bajas.

Tomé me invitó a sumarme a su café matutino y acepté. Me vestí y salí directa para La Farola. Ya se podía salir a las terrazas, así que le encontré sentado esperando, protegido con la mascarilla, que resaltaba sus ojos color verde aceituna. Le saludé sin acercarme demasiado.

—¡Parece que lo esperabas! No te veo saltando de alegría —me dijo nada más verme.

—¡Ni mucho menos! ¡Estoy muy contenta! Solo que el asunto resulta más complicado de lo que parece. Esa exclusiva abre la caja de los truenos y podría implicar a gente importante, y también a alguien que conocí hace años —le adelanté sin explicarle demasiado.

No quería empezar a contar toda la historia de mi pasado, de mi relación con Lucio, ni los lazos que me unían a mi tía María Laura, de Caracas. El pasado me pesaba demasiado.

—Bueno, por ahora lo importante es que todo el mundo habla del reportaje de *Diario Marín.* Sin duda, eso supondrá un espaldarazo para el periódico, ¿no crees?

—Eso desde luego.

—¿Y quién es ese alguien?

—Nada, un expariente político. Por increíble que parezca, gracias a investigar los hechos para el reportaje descubrí la verdad de mi matrimonio. La estrategia sibilina que lo sustentaba y que entonces no logré descifrar. Todo era falso. Interés. Puro interés.

—Todos lo son, ¿no? —me dijo sonriendo.

Quizá tuviera razón. A lo mejor, uno mismo sin darse cuenta va evaluando, a lo largo de su vida, a todas las personas con las que se tropieza, sopesando por cuál apostar y por cuál no, quién te convence o te disgusta, hasta detectar al candidato o candidata ideal para los intereses particulares, como en un concurso público. En mi caso, pensaba que solo había actuado por amor, pero pudiera ser que Tomé tuviera razón. Que yo también me dejara guiar por el interés de lo que me compensaba más.

¡Relaciones perfectas no existen! ¡Empresas, tampoco!

Tomé me expuso que, si el interés de alguien suponía aumentar un patrimonio, entonces el seleccionado debería ser una persona solvente y con un buen puesto de trabajo de por vida; si ese aspecto lo tuviera cubierto y prefiriera gente que resultase afectivamente cercana, entonces el interés se centraría en los valores del candidato; si el objetivo, por el contrario, implicaba tener descendencia, la búsqueda debería acotarse a alguien en edad fértil, y así hasta encontrar a la pareja ideal con quien compartir la vida.

La forma de explicármelo me resultó divertida y convincente. ¡Quién era yo para decir lo contrario! A continuación, Tomé me explicó que él buscaba también a alguien por interés. Me quedé impactada por su sinceridad. Le escuché en silencio. Su interés se centraba en compartir charlas, momentos, vivencias, experiencias. Alguien que le aportara una manera de reflexionar y pensar diferente, que le hiciera crecer como hombre y como profesional, que consiguiera fortalecer su seguridad y le hiciera brillar más en una sociedad en la que todo se ponía en duda y cualquiera podía machacarte la autoestima a través de las redes sociales. Me pareció bonito escucharlo.

—Alguien como tú —soltó de pronto.

«¡Madre mía, madre mía! —pensé sin abrir la boca—. ¿A ver cómo salgo yo de esta?». Me quedé completamente paralizada. No me encontraba preparada para aquello. Después de lo de Lucio, me había hecho el propósito de enmienda de parar y conformarme con lo que tenía: mi familia, amigos y mi compañerita de cuatro patas.

Había decidido vivir sin amor romántico, sin entrega absoluta al otro. ¡Ya había entregado bastante a lo largo de la vida y no me apetecía seguir esa tendencia generosa de mi naturaleza! No quería volver a confiar, ni otorgar mi cariño a mansalva, ni ayudar económicamente a quien lo necesitara para convertirme de nuevo en un ser vulnerable que tuviera que soportar de nuevo, a la primera de cambio, un «adiós muy buenas, y si te he visto, no me acuerdo». Aquello me sobrepasaba.

No estaba dispuesta a que alguien cogiera de nuevo mi corazón y lo destrozara dejándome sin ganas de vivir, con una existencia hecha añicos. No cedería ese poder sobre mí, ni tampoco soportaría a más familias políticas inmiscuyéndose en asuntos ajenos e intentando manipular cada actuación. Necesitaba más gente propicia a aportar, a hablar de los sueños y proyectos más que de las miserias del vecino. Que contribuyera al crecimiento mutuo y mejorara la versión que teníamos de nosotros mismos. Le apreté las manos.

—Gracias, Tomé, por el cumplido. Me siento muy halagada —le dije tímidamente como gesto de buena educación.

De repente, vi que mi teléfono estaba lleno de avisos de llamadas perdidas. Había silenciado el móvil para que no nos molestaran en ese ratillo de café, pero en la pantalla aparecían compañeros periodistas que sin duda querían saber algo más sobre lo que la TVG estaba contando. De modo precipitado, le expliqué que tenía que volver a la redacción de *Diario Marín* para atender las llamadas.

—No es un cumplido —respondió serio.

Me miró de manera directa. De esa forma en la que no hace falta hablar más para expresar todo lo que se quiere decir. Con la convicción y seguridad de querer derrumbarme, desarmarme, sin más excusas, ni cafés. Sentí que me vencía.

Y entonces me levanté de manera apresurada, vertiendo la taza con el resto de café que quedaba y tirando la cucharilla al suelo, y

pedí la cuenta al camarero. Tomé permanecía sentado, observándome. Seguía cada uno de mis pasos atolondrados, mi nerviosismo. Fui a coger mi chaquetilla de verano para ponérmela y también se me cayó al suelo. Nada me salía bien. Él pareció comprenderme y decidió no presionar más, algo que le agradecí en silencio. Sin duda, ya se había dado cuenta de que necesitaba a alguien que jamás me forzara a tomar decisiones precipitadas. Quizá ese momento de comprensión podría suponer un buen comienzo. El tiempo lo diría.

—Anda, deja que pague yo, pero conste que no es cumplido. Es una propuesta. —Y me estrujó con un solo brazo de forma cariñosa, como un buen amigo, mientras pagaba en la barra del bar.

En ese momento me sentí en el paraíso, igual que Héctor Carreras la tarde en la que vio a Elvira Fandiño por primera vez y se dio cuenta de que la quería sin haberla besado, según había anotado ella en alguna parte del diario. Feliz. Casi casi rozando la perfección que aquellos industriales catalanes habían deseado imprimir en sus fábricas de Galicia donde miles de gallegas se dejaron la vida limpiando el pescado durante todo el siglo XX. Ya me veía preparada para iniciar una nueva fase de mi vida. Sin odio ni rencor, sin pesadillas ni malos sueños, quizá no tan armoniosa o perfecta como la fábrica de los Massip, pero siempre auténtica.

Agradecimientos

Siempre hay que dejar hueco para los que vienen, aceptar con calma la decisión de los que se van y disfrutar de quienes permanecen con generosidad, sin juzgar, mostrando cariño, ofreciendo ayuda, amor y cuidado en el desaliento y la enfermedad.

Inmensas gracias siempre a ti, mi hermana pequeña Inma, Concha, o Xita en la novela, por ser mi inspiración, por tu apoyo incondicional, tus llamadas y visitas. A mi cuñado Ángel, niños y michis, por compartir vuestros veranos conmigo. A mis hermanos mayores y cuñados, María José y Jesús, Gisleno y Amparo. A mis tesoros. A mis primos y tíos gallegos, andaluces y *british.* A mis amigos de Madrid, pilares en la capital. Gracias por no olvidarme y perdonar mi ausencia cuando más falta os hacía.

A las mejores lectoras cero del mundo. Mi mañica Inma Quílez, psicóloga y lectora infatigable, que dedicó un gran número de horas de su descanso para leer el primer borrador, y a mi querida bonaerense Verónica Rizzo, que dotó al texto de rigor y acento rioplatense en los diálogos.

A los que llegaron desde esa maravillosa tierra de Breogán. A Diana Cidrás Rosario, a su familia, en especial a mami Maribel, por cada uno de vuestros mensajes de aliento. A mis escritoras y periodistas que vinieron a visitarme: mis queridas Silvia Rodríguez Coladas, Cristina Corral Soilán, Susana Criado, Almudena Santamaría y Cristina Vatra, mis imprescindibles para no desfallecer en esta novela. A las amigas que llegaron con *El Pazo de Lourizán,* Pili

Rodríguez, Montse Fanego y tantas libreras, libreros y magníficos clubes de lectura, por vuestro apoyo. Al pueblo de Marín y al de Paymogo, a Pontevedra, Ponferrada y Madrid, por tan buena acogida.

A todo el equipo de la editorial HarperCollins Ibérica, en especial a mi editora y maestra Elena García-Aranda, por su gran implicación y excelente labor, a Laura, a Juan Carlos, a Ángel, a Almudena, a Elisa, a Estrella, a María Eugenia, a Guillermo, a Luis, y a un largo etcétera de ilustradores, correctores, distribuidores, libreros y demás, por el trabajo para hacer real esta segunda ilusión. A Pau Centellas, mi agente, por creer siempre en mí.

Al equipo médico del Hospital Provincial de Pontevedra y del Hospital de Montecelo, en especial a mi doctora Sabela Fernández, por no permitir que desfalleciera nunca, así como a las enfermeras que la acompañan. A mi doctora Luz López Blanco, que me cuidó en Marín.

A mi peludita Bronty, que pasó tantas horas husmeando alrededor de mi ordenador mientras escribía y dejó de ser tan arisca para consolarme y convertirse en portadora de mensajes de quienes siempre perduran a mi lado, en mi corazón: mis padres, porque esta novela, también, va por vosotros, como todo lo que hago, escribo y sueño. Os echo de menos cada día de mi existencia.

Y por último, a mis lectores, mi gran agradecimiento por compartir su tiempo leyéndome. Tiempo es lo único que, de verdad, tenemos, así que gracias de corazón por pasarlo conmigo.

Personajes

- LÚA CID PALACIOS. Protagonista de *El Pazo de Lourizán,* se ha convertido en una mujer adulta que trabaja para una editorial y se casa con un periodista uruguayo.
- LUCIO GÓMEZ. El marido uruguayo de Lúa Cid Palacios. Toda su familia guarda un secreto relacionado con Marín.
- INDA GÓMEZ. Suegro uruguayo de Lúa.
- ROI CARBALLO y MARÍA LAURA. Los tíos de Venezuela de Lúa Cid Palacios.
- ELVIRA FANDIÑO. La joven trabajadora de La Perfección que protagoniza la segunda parte de la novela.
- DALE. Amante del que se enamora Elvira Fandiño en la travesía.
- FAMILIA DE ELVIRA: Doña Elvi. Madre de Elvira Fandiño. Juan Fandiño. Padre de Elvira Fandiño. Xián Fandiño. Hermano de Elvira Fandiño.
- HÉCTOR CARRERAS. Emparentado con los industriales Massip, descendiente de la colonia de las barretinas y fiel amigo de la joven Elvira.
- FERNANDO VILA. Catalán y padrino del joven Héctor. Subdirector de La Perfección.
- FAMILIA DE HÉCTOR CARRERAS. Doña Mercè. Abuela de Héctor Carreras. Flavia Carreras. Hermana de Héctor Carreras.
- JUANA PALACIOS. Amiga de Elvira Fandiño.
- DOÑA CRISÁLIDA. Prima de doña Elvi que se convertirá en amiga de Elvira tras su regreso a tierras gallegas. De ahí su nombre,

por el cambio que experimenta.

- MARUXA. La odiosa compañera de Elvira Fandiño en La Perfección.
- LIDA. Hija de doña Crisálida.
- TOMÉ. Nieto de Lida.


LOLA FERNÁNDEZ PAZOS
El PAZO de LOURIZÁN
«Un viaje nostálgico
a nuestro pasado,
entre lo real y lo mágico».
ARANTZA PORTABALES
Harper
Historias en femenino

El pazo de Lourizán

Fernández Pazos, Lola
9788418976278
400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Un majestuoso escenario que esconde el secreto silenciado durante años por una poderosa saga industrial gallega. Una conmovedora novela inspirada en sucesos reales que desentraña la dificultad de revelar lo casi inexplicable.

Lúa, una niña pequeña de seis años, observa cómo cada Navidad llegan a su casa unos extraños sobres ribeteados en rojo y azul. Ella le pregunta inocentemente por su procedencia, pero su madre se resiste a responder. Poco a poco se va dando cuenta de que su anodina vida, en la época de la transición española, oculta secretos que nadie ha desvelado nunca. Su padre aparece en una foto trajeado junto a una novia que no es su madre. A su abuela la llaman Madrinita. Sus apellidos no coinciden con los de sus primos…

Cuando Lúa averigua, ya de adulta, que aquellos sobres vienen de Londres, acabará reconstruyendo la misteriosa historia familiar, que se remonta a una historia de amor de principios del siglo XX en el Pazo de Lourizán entre el primogénito de los Carballo, una familia adinerada y poderosa de la zona, y Xoana, una vendedora de pescado en la lonja de Marín…

«Historias que van pasando de generación en generación, tardes nubladas y misterios escondidos. Una novela que rescata lo que se dice y lo que se calla dentro de las familias, lo que trasciende o se oculta».

«Un viaje nostálgico a nuestro pasado, entre lo real y lo mágico».

Arantza Portabales

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Huellas de sal

Miñana Márquez, Eva
9788410641440
240

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El humor, cuando vence, ilumina, porque la risa brilla

Amelia, viuda y con los hijos ya mayores y lejos, traspasa el negocio familiar, alquila la casa y se marcha rumbo a un mar que añora.

A mitad de camino se cruza con Marisol, una mujer con un pasado oscuro, pero capaz de llenar el presente de luz.

Días después, instaladas en Canesba, conocen a Tim y a Ramiro. Entre los cuatro aparecen y se mezclan las ganas de explorar y de sentir, entre risas y conversaciones que embellecen el paso del tiempo. Pero, de súbito, el hallazgo de un cadáver en el lugar más inesperado quiebra su armonía y los enfrenta. Los sentimientos se transforman. ¿Quién era ese hombre? ¿Lo ha matado uno de ellos? ¿Cómo salir airosos de semejante lío? ¿Cómo librarse de un muerto?

La situación les plantea un gran dilema: avanzar juntos y repartirse el peso de la culpa o regresar cada uno a su soledad para que el silencio sepulte lo ocurrido y los proteja, pero... ¿y si hay más muertes?

A fin de cuentas, la vida es como el mar: imposible predecir su comportamiento. Cada ola influye, ya sea con la suavidad de una lágrima o con la furia de un llanto descontrolado, dejando siempre a su paso el rastro efímero de sus huellas de sal.

Una novela repleta de nostalgia, amistad, romance y suspense, con una buena dosis de humor negro.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Uxoa, el secreto del valle

San Basilio, Paloma
9788410643000
384

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

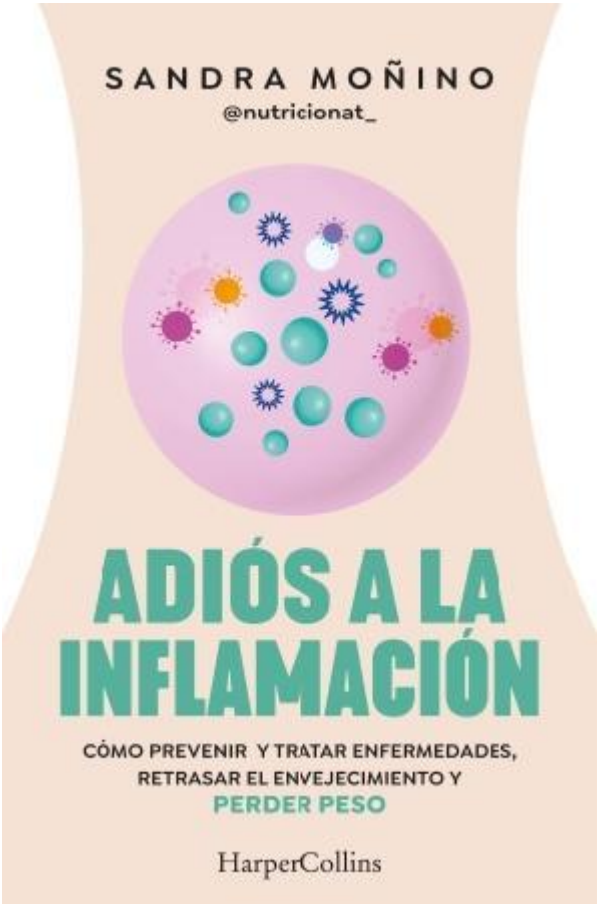
Tras el fallecimiento de su hermana mayor y compañera de vida, Ágara abandona, desolada, el hogar de la familia en el madrileño barrio de Chamberí para refugiarse en Uxoa, el caserío heredado en el valle de Baztán, en Navarra.

Allí va recuperando la calma perdida, al tiempo que se despierta en ella la necesidad de bucear en sus orígenes, para así saber cómo Uxoa, la preciada reliquia familiar, llegó a ellos. Poco a poco, los brumosos prados y las piedras ancestrales la atrapan, también sus misterios, y comienza una delicada investigación entre los vecinos, la parroquia y la abadía de Arizcun. En este particular peregrinaje, encuentra un aliado inesperado: Íñigo, un joven argentino descendiente de emigrantes, que ha vuelto para hacerse cargo de la herencia de un tío soltero en Irurita, un pueblo cercano…

Paloma San Basilio logra cautivarnoscon esta hermosa y emotiva novela, a caballo entre el presente, el siglo XVI y el XVIII; con ella viajamos desde el valle de Baztán al Tíbet, de Cádiz al Callao, en Perú. Una historia de amores y secretos, de búsqueda personal y de paisajes inolvidables.

Uxoa, el secreto del valle **reflexiona sobre algo tan necesario como el hecho de hacer frente a las pérdidas, al duelo, e intentar seguir adelante.**

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Adiós a la inflamación

Moñino, Sandra
9788410021242
288

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿SIENTES TU VIENTRE HINCHADO? ¿PESADEZ EN TU CUERPO? ¿TE NOTAS DE MAL HUMOR, ESTRESADO O MÁS CANSADO DE LO NORMAL? ¿SABÍAS QUE DETRÁS DE ELLO PODRÍA ESCONDERSE UN PROBLEMA DE INFLAMACIÓN?

Aumento de peso, problemas en la piel, dolores de cabeza o patologías como la diabetes, el hipotiroidismo, la esclerosis múltiple, el cáncer o la depresión podrían deberse a una inflamación crónica.

En este libro descubrirás que una dieta adecuada, hábitos saludables y una buena gestión de las emociones son primordiales para desinflamarte y recuperar tu salud.

La nutricionista Sandra Moñino, una de las mayores expertas en inflamación, nos da todas las claves y trucos para identificarla, prevenirla y combatirla. Además, te ofrece un completo menú antiinflamatorio con recetas ricas, fáciles, saciantes y muy saludables.

UN MANUAL IMPRESCINDIBLE QUE MEJORARÁ TODOS LOS ASPECTOS DE TU SALUD Y CAMBIARÁ TU VIDA.

Incluye gratis RETO 3 DÍAS antinflamatorio.

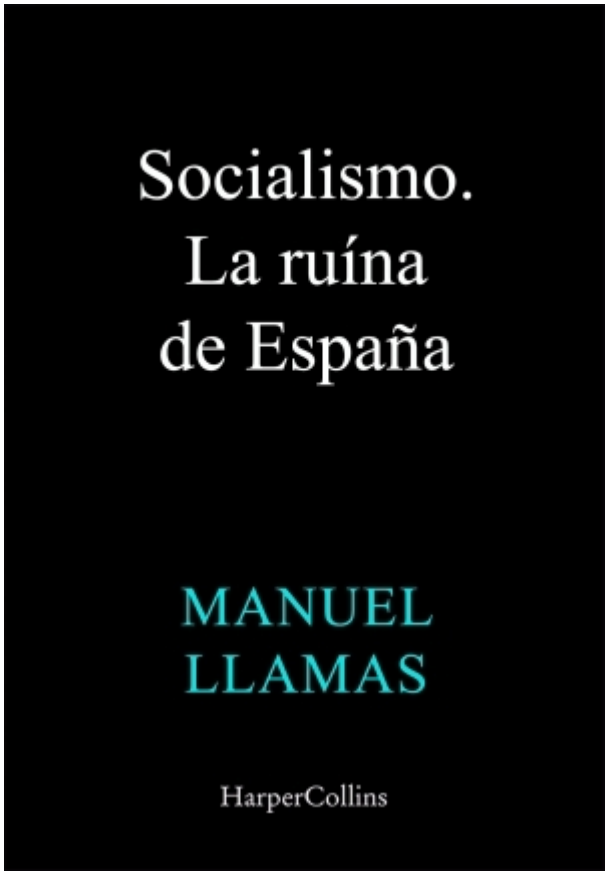
«Descubrir el significado de la inflamación ha sido un antes y un después.

Gracias a ello he conseguido en mis pacientes mucho más de lo que nunca me hubiera imaginado. Revertir enfermedades crónicas, conseguir reducir su medicación, eliminar síntomas de patologías, mejorar su calidad de vida, pérdidas de peso a largo plazo que parecían imposibles y un largo etcétera. Es increíble lo que se puede lograr al llevar una alimentación antiinflamatoria.

Ojalá puedas leer este libro con detenimiento y abrir la mente hacia este cambio, porque te aseguro que la nutrición es la medicina del futuro.

¡Desinflámate conmigo!».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


Socialismo.
La ruína
de España
MANUEL
LLAMAS
HarperCollins

Socialismo, la ruina de España

Llamas, Manuel
9788410642065
304

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

EL SOCIALISMO ES UNA DE LAS IDEOLOGÍAS MÁS DEPREDADORAS DE LA HISTORIA.

En todos aquellos Estados donde se han implementado políticas socialistas, la economía y la sociedad se han degradado irremediablemente. La República Democrática Alemana, Venezuela, Argentina o Cuba entre otros muchos países son ejemplos evidentes de esto.

En España, los últimos veinte años de influencia socialista han marcado por completo todos los aspectos de nuestra vida cotidiana, especialmente durante el mandato de Pedro Sánchez, que ha sido capaz de traspasar cualquier límite con tal de llevar a cabo su proyecto de supervivencia política.

Manuel Llamas, uno de los analistas económicos más importantes, realiza en este afilado y rompedor libro un repaso a las dos últimas décadas de historia socialista en nuestro país, con especial atención al sanchismo, para retratar cómo, bajo su influencia, España se ha ido degenerando en todas las vertientes para situarse al borde del precipicio político y económico.

«España vive un punto de inflexión crítico, cuyo resultado determinará el futuro de al menos una generación en las próximas décadas. El país avanza de cabeza hacia una democracia de segunda división como resultado de una grave crisis institucional, junto con una economía estancada y empobrecida, fruto, a su vez, de un intervencionismo atroz, unos impuestos confiscatorios y un ataque sin tregua a la cultura del trabajo, el esfuerzo, el ahorro y el emprendimiento.

España todavía es un país rico, pero lo cierto es que cada vez es más pobre en comparación con el resto del mundo libre. El libro que tiene en sus manos explica las causas y consecuencias del éxito y caída de
los países, centrando su atención en España, donde el socialismo, si nada lo remedia, nos lleva de cabeza a la ruina».

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)